

EDGAR RICE BURROUGHS

Salvaje Pellucidar



se

Salvaje Pellucidar está compuesta por cuatro relatos interconectados. En *Regreso a Pellucidar*, una fallida expedición bélica acaba con David Innes perdido en territorio hostil, mientras Dian prueba el globo, invento surgido de la incansable mente de Abner Perry, con funestas consecuencias. En *Hombres de la Edad de Bronce*, Dian y O-aa acaban entre los xexots, un pueblo que ha alcanzado la Edad de Bronce, y se convierten en sendas diosas... de dos ciudades enfrentadas a muerte. En *Tigresa*, David llega a la ciudad de la que O-aa es diosa residente y se las arregla para convertirse a su vez en dios; Dian, que ha huido de sus labores divinas, acaba como esclava en la peligrosa isla de Tandar. Finalmente, en *Salvaje Pellucidar*, los destinos de los cuatro protagonistas se entrecruzan en el inmenso océano de Korsar Az y sus inexploradas costas. El romance, el humor y la aventura se combinan en la séptima y última entrega de la serie, para mostrarnos un mundo salvaje, en el que la supervivencia se pone a prueba a cada instante. Cuatro historias repletas de acción, fantasía y aventura como solo la imaginación de Edgar Rice Burroughs podía haber sido capaz de concebir.



Edgar Rice Burroughs

Salvaje Pellucidar

Pellucidar - 7

ePub r1.0

Titivillus 27.03.16

Título original: *Savage Pellucidar*
Edgar Rice Burroughs, 1966
Traducción: Desconocido
Ilustraciones: Frank Frazetta
Retoque de cubierta: Pipatapalo

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Presentación

Una de las cosas que más llaman la atención al examinar las bibliografías oficiales de la serie de Pellucidar es el hecho de que esta novela que ahora tenéis en vuestras manos, *Salvaje Pellucidar*, aparezca mayoritariamente mencionada como la séptima y última del ciclo, señalándose como fecha de su publicación la de 1963. Esto requiere una explicación, porque, aunque es cierto, hay que realizar algunas matizaciones.

A principios de los años cuarenta, Edgar Rice Burroughs experimentaba con éxito una nueva forma de publicación. En lugar de las tradicionales entregas que luego se recopilaban en un solo libro, Burroughs comenzó a escribir una serie de relatos cortos que, conectados entre sí, formaban una única novela.

Fruto de esta técnica surgirán *Llana de Gathol*, perteneciente a la serie de Marte y compuesta por cuatro relatos (*The City of Mummies*, *The Black Pirates of Barsoom*, *Yellow Men of Mars* e *Invisible Men of Mars*), *Huyendo de Venus*, perteneciente a la serie de Venus y compuesta también por cuatro relatos (*Captured on Venus*, *The Living Dead*, *The Fire Goddess* y *War of Venus*) o *Tarzán y los Náufragos*, perteneciente a la serie de Tarzán y compuesta de tres relatos (*Tarzan and the Jungle Murders*, *Tarzan and the Champion* y *The Quest of Tarzan*). Incluso existen relatos, como *Skeleton Men of Jupiter* o *The Wizard of Venus*, que deberían haber acabado como parte de otras novelas pero que debido a distintos motivos —la corresponsalía de guerra en la zona del Pacífico que Burroughs llevó a cabo para *Los Angeles Times* durante la II Guerra Mundial, en un primer momento, y la edad y el desinterés posteriormente— no tuvieron continuación.

En este contexto es donde debemos situar la novela que ahora

tratamos. *Salvaje Pellucidar* fue escrita en 1941 y aparecía compuesta de cuatro relatos: *Hodon and O-aa*, *Men of the Bronze Age*, *Tiger Girl* y *Savage Pellucidar*. Los cuatro relatos fueron escritos para ser publicados en la revista *Amazing Stories* y, de hecho, los tres primeros fueron publicados en ella durante los meses de Febrero, Marzo y Abril de 1942, respectivamente. Sin embargo, no ocurrió lo mismo con el cuarto, *Savage Pellucidar*. Los motivos que hicieron que este relato, que suponía la conclusión de la historia, no llegase a ser publicado son un tanto oscuros, pero al parecer, hubo algún tipo de desacuerdo económico entre Burroughs y los responsables de *Amazing Stories*. En cualquier caso, el resultado fue que Burroughs no les entregó el manuscrito y, por tanto, la novela quedó inconclusa. Al no haber sido publicada en su totalidad, tampoco recibiría posteriormente la habitual recopilación en libro y, de este modo, la sexta entrega de la serie de Pellucidar sería ignorada (incluso por el propio Burroughs) y oficialmente dada como inexistente hasta veinte años después.

En 1944 se publicaría directamente en formato de libro, sin publicación previa en revista, *La tierra del terror* (*Land of Terror*), la última novela de Pellucidar, que sería considerada desde ese momento la sexta de la serie. No obstante, como decimos, esta consideración requiere determinadas precisiones.

En primer lugar, Burroughs era consciente de que previamente a *La tierra del terror* había escrito otra novela del ciclo, pero para obviar este hecho y poder continuar la coherencia interna de la serie, aunque sitúa la acción de *La tierra del terror* en el viaje de regreso de David Innes a Sari tras haber localizado a von Horst al final de la quinta entrega, hace que la acción no transcurra en el presente, sino en el pasado, al ser narrada por el propio David Innes, con lo que resolvía los problemas de cronología interna y, al mismo tiempo, permitía que los lectores que conocían los relatos de 1942 pudieran interpretar que esa narración de Innes tenía lugar con posterioridad a los mismos.

En segundo lugar, otra circunstancia que explica que oficialmente *La tierra del terror*, a pesar de ser de fecha posterior, aparezca reseñada antes que *Salvaje Pellucidar* tiene que ver con la propia idiosincrasia del mundo editorial americano. La publicación en revista —los famosos *pulps*—, aunque un soporte adecuado para

llegar a un público mayoritario, se consideraba un medio de poca calidad para ser mencionado en círculos de prestigio editorial. En consecuencia, lo que no era publicado como libro, editorialmente no existía. De ahí que la novela de 1942 no solo se encontrase inconcluso sino que además, en 1944, ni siquiera se consideraba su existencia.

A la muerte de Burroughs en 1950, el resultado fue que el ciclo de Pellucidar solo se componía de seis novelas, *Salvaje Pellucidar* no existía y se tenía por seguro que la obra de Burroughs había sido editada en su totalidad.

Pero la realidad no era así. En 1963, al proceder a la reorganización de la Edgar Rice Burroughs Inc. y hacer el correspondiente inventario del material existente, aparecieron una serie de trabajos inéditos del autor, entre los que se encontraba *Salvaje Pellucidar*, el relato que faltaba para completar los tres publicados en 1942 por *Amazing Stories* y que suponía la conclusión de la historia original. Así, en 1963, veintiún años después, *Canaveral Press* recopilaba por fin los cuatro relatos en un solo libro al que se titulaba *Salvaje Pellucidar* —sin duda, para llamar la atención sobre la inclusión del cuarto relato—, al tiempo que se le daba un nuevo título (*Return to Pellucidar*) al primero de ellos.

Como veis, la cronología de esta novela es complicada y, dependiendo de la publicación que consultéis, en unos casos aparecerá como la sexta novela de la serie y en otros como la séptima. El Rastro Ediciones prefirió atender a la fecha en que fue concebida y escrita, y publicarla en sexto lugar, aunque realizando antes la oportuna advertencia para dar a conocer la discusión que existe al respecto.

De todos modos, polémicas bibliográficas aparte, *Salvaje Pellucidar* es una de las novelas más interesantes de la serie y una de las que cuentan con mayor número de seguidores entre los lectores de Burroughs. Leyéndola, se entienden los motivos por los que merece esta consideración.

EL RASTRO EDICIONES

Primera parte



Regreso a Pellucidar

I

David Innes acababa de regresar a Sari. Había estado ausente durante una semana, aunque podía haberlo estado durante años, puesto que aún era mediodía. Mientras tanto, Perry había terminado su aeroplano. Estaba tan orgulloso de él, que apenas podía esperar a mostrárselo a David Innes.

—¿Crees que volará? —preguntó Innes.

—Naturalmente que lo hará —respondió Perry—. ¿Para qué serviría un aeroplano que no lo hiciese?

—Para nada —replicó Innes—. ¿Lo has probado ya?

—No, por supuesto que no. El día que realice su primer vuelo marcará una época en los anales de Pellucidar. ¿Crees que lo habría hecho volar sin que tú te hallaras presente?

—Eso es muy considerado por tu parte, Abner; y lo aprecio. ¿Cuándo te propones probarlo?

—Ahora mismo. Ven a verlo.

—¿Y para qué pretendes utilizar un aeroplano? —preguntó Innes.

—Para arrojar bombas, naturalmente. ¡Piensa en el caos que levantará a su paso! Piensa en toda esa pobre gente que jamás ha visto un aeroplano correr a sus cavernas mientras vuela en círculos sobre sus cabezas. ¡Piensa en el avance que supondrá en su civilización! ¡Seríamos capaces de arrasar todo un poblado con tan solo unas cuantas bombas!

—Cuando volví al mundo exterior, hubo una gran guerra que finalizó en el dieciocho —dijo Innes—. Oí hablar mucho del uso que se daba a los aeroplanos en esa guerra. Pero también oí hablar bastante de un arma que causaba más muertes y sufrimientos que cualquier bomba.

—¿Cuál? —preguntó Perry con ansiedad.

—El gas venenoso —contestó Innes.

—¡Ah! —exclamó Perry—. Puede que me ponga a trabajar en eso en el futuro.

David Innes sonrió. Sabía perfectamente que no había una persona con mejor corazón que Abner Perry. Igualmente, también sabía que los planes de Perry para semejante carnicería eran puramente académicos. Perry era un teórico, pura y simplemente.

—Está bien —dijo—; vamos a echar un vistazo a ese avión.

Perry le llevó hasta un pequeño hangar, un extraño anacronismo en el Pellucidar de la edad de piedra.

—¡Ahí está! —dijo con orgullo—. Aquí lo tienes: el primer aeroplano que surcará los cielos de Pellucidar.

—¿Esto es un aeroplano? —preguntó Innes—. A mí, la verdad, no me lo parece.

—Eso es porque he aplicado en él unos principios totalmente nuevos —explicó Perry.

—Más bien parece un paracaídas con un motor y una cabina encima.

—¡Exactamente! —exclamó Perry—. Has captado enseguida la idea. Aunque hay más de lo que se percibe a primera vista. Como sabes, uno de los peligros que tiene el volar es, naturalmente, el riesgo de caída. Sin embargo, al diseñar un avión según los principios de un paracaídas, he minimizado enormemente ese riesgo.

—¿Pero qué es lo que lo mantiene en el aire? ¿Cómo se eleva?

—Bajo el avión hay un fuelle accionado por un motor. Esto proporciona constantemente una fuerte corriente de aire, directamente bajo el «ala»; y, por supuesto, el aire discurre mientras el aparato se encuentre en un movimiento sostenido, como ocurre en otros diseños menos avanzados. Mientras tanto, el fuelle le ayuda a ganar altura rápidamente.

—¿Y vas a intentar subir a esa cosa? —inquirió Innes.

—No. Te he reservado a ti ese honor. ¡Piénsalo! El primer hombre en volar por los cielos de Pellucidar. Deberías estarme agradecido, David.

David Innes tuvo que sonreír. Perry era a veces demasiado inocente.

—Está bien —dijo—. No quiero contrariarte, Abner. Daré una oportunidad a este chisme, aunque solo sea para demostrarte que no puede volar.

—Te sorprenderás —dijo Perry—. Se elevará tan alto como lo haría una golondrina con sus alas.

Un número considerable de saris se había reunido para ver el aeroplano y ser testigos de su primer vuelo. Todos eran escépticos al respecto, aunque no por las mismas razones que David Innes. Nada sabían sobre aeronáutica, pero estaban convencidos de que un hombre no podía volar. Dian la Hermosa se hallaba entre ellos. Dian era la compañera de David Innes.

—¿Crees que eso va a volar? —le preguntó a David.

—No.

—¿Entonces por qué arriesgas tu vida?

—Si no vuela, no habrá ningún riesgo. Y, además, Abner se quedará satisfecho si lo intento —contestó.

—No habrá ningún honor en esto —señaló la muchacha—. No sería la primera nave en volar sobre Pellucidar. El gran navío al que llamasteis dirigible ya trajo consigo un aeroplano. ¿No fue Jason Gridley quien voló en él hasta que fue derribado por un thipdar?

Caminaban alrededor del aeroplano, examinándolo con atención. El armazón del ala que se asemejaba a un paracaídas era de bambú. El «tejido» había sido fabricado con el peritoneo de un dinosaurio. Se trataba de una membrana fina y transparente que servía bien a tal propósito. La cabina estaba asentada en la parte superior del ala. El motor había sido situado enfrente. Por detrás, una larga cola había sido diseñada para hacer de contrapeso al motor. En ella se hallaban los estabilizadores, aleta, timón y elevadores.

El motor, el primer motor a gasolina construido en Pellucidar, era de por sí un logro de primera magnitud. Prácticamente había sido construido de manera artesanal por aquellos hombres de la edad de piedra bajo la dirección de Perry y sin utilizar ningún instrumento de precisión.

—¿Funcionará? —preguntó Innes.

—Por supuesto que funcionará —replicó Perry—. Te concedo que es un poco tosco y que es susceptible de algunas mejoras, pero, aun así, es una maravilla.

—Así lo espero —suspiró Innes.

—¿Estás listo, David? —le preguntó el inventor.

—Sí —contestó Innes.

—Entonces sube a la cabina y te explicaré el manejo de los controles. Encontrarás todo bastante sencillo.

Diez minutos más tarde, Innes dijo saber todo lo necesario para hacer volar el aparato. Perry descendió al suelo.

—¡Todo el mundo fuera de su camino! —gritó—. ¡Estáis a punto de ser testigos del comienzo de una nueva era en la historia de Pellucidar!

Uno de sus ayudantes se situó junto a la hélice. Se hallaba tan alta que tuvo que subirse a una escalera especialmente construida para tal propósito. Al otro lado, un hombre estaba preparado para quitar los bloques que sujetaban las ruedas.

—¡Contacto! —gritó Perry.

—¡Contacto! —replicó Innes.

El hombre de la hélice la hizo girar. El motor tosió y se apagó.

—¡Demonios! —exclamó Innes—. ¡Se ha encendido de verdad! ¡Vuélvelo a intentar!

—Abre más la válvula —dijo Perry.

El ayudante hizo girar la hélice una vez más y esta vez el motor se puso en marcha. El hombre saltó de la escalera, arrastrándola con él. David abrió un poco más la válvula y entonces el motor casi se salió de su sitio. Sonaba como si cien hombres estuvieran batiendo otras tantas calderas simultáneamente.

David gritó a los dos hombres que apartaran los bloques, pero nadie fue capaz de oírle por encima del ruido del motor. Haciendo gestos con las manos indicó lo que quería hasta que finalmente Perry averiguó cuál era su intención e hizo que retirasen los bloques. Todo el mundo permanecía con los ojos muy abiertos y en silencio mientras David abría aún más la válvula. El motor se revolucionó. *¡Y el aparato se movió!* Pero lo hizo hacia atrás. Osciló a un lado y a otro y casi se estrelló contra la multitud de saris antes de que Innes pudiera apagar el motor.

Perry se aproximó, confuso.

—¿Qué diablos has hecho para que el aeroplano vaya hacia atrás, David? —preguntó.

David Innes se echó a reír.

—¿De qué te estás riendo? —preguntó Perry—. ¿No te das cuenta de que podemos haber tropezado con algo sensacional en la aerodinámica? ¡Piensa en un aeroplano de combate que pueda ir tanto hacia delante como hacia atrás! ¡Piensa en cómo puede evadirse de los aparatos enemigos! ¡Piensa en su maniobrabilidad! ¿Cómo lo has hecho, David?

—El honor es todo tuyo, Abner —contestó Innes—. Yo no he hecho nada. Has sido tú.

—¿Cómo que he sido yo?

—Has invertido el grado de elevación de las palas de la hélice. El aeroplano no puede ir en otra dirección más que hacía atrás.

—¡Oh! —gimió Perry débilmente.

—Pero funciona —dijo Innes animándole—, y ese fallo es fácilmente remediable.

Al no existir el tiempo en Pellucidar, nadie se preocupó de saber cuánto llevó cambiar la hélice. Todo el mundo, excepto Perry y un par de sus ayudantes, se tendió a la sombra, bien bajo los árboles bien bajo el aeroplano, hasta que por fin Perry anunció que todo estaba arreglado.

Innes ocupó su lugar en la cabina. Uno de los ayudantes hizo girar la hélice, el motor se puso en marcha y los bloques fueron retirados. El motor rugió, se estremeció y dio una sacudida. El aeroplano casi saltaba en el suelo en armonía con la vibración. Innes sufrió una sacudida tan violenta en el interior de la cabina que apenas consiguió mantener las manos y los pies sobre los controles.

De repente, el aeroplano comenzó a avanzar y ganó aceleración, abalanzándose sobre la larga y nivelada llanura que Perry había elegido para construir su hangar. Innes forcejeó con los controles, pero aquella cosa insistía en no querer elevarse. Se balanceó de un lado a otro como un navío en una mar pesada hasta que Innes comenzó a sentirse aturdido. Entonces, repentinamente, el ala empezó a arder.

David Innes descubrió las llamas cuando casi se hallaba al final de la pista. Apagó el motor, tiró de los frenos y saltó. Un momento después, el tanque de gasolina estallaba y la última invención de Abner Perry se desvanecía envuelta en humo.



II

Aun cuando la primera pólvora que había fabricado no había conseguido arder, su aeroplano había sido incapaz de despegar del suelo y su primer navío había volcado en el momento de ser botado, Abner Perry había obtenido grandes logros desde que el Destino y el *Topo de Hierro* le habían depositado en el centro de la Tierra.

Había descubierto minerales metalíferos y los había fundido; había conseguido manufacturar acero. Había fabricado cemento y producido un hormigón de excelente calidad. Había encontrado petróleo en Sari y lo había refinado hasta obtener gasolina. Había manufacturado cañones y armas de fuego. Había descubierto y puesto en explotación minas de oro, plata, platino, plomo y varios metales más. Era posiblemente el hombre más atareado de todo un mundo y, al mismo tiempo, el más útil. Su mayor problema era que los hombres de la edad de piedra, o al menos la mayoría de ellos, no estaban lo suficientemente avanzados como para apreciar lo que Perry había hecho y podía hacer por ellos.

A menudo, guerreros armados con rifles los arrojaban a un lado durante la batalla y se abalanzaban contra sus enemigos utilizando sus hachas de piedra o bien, agarrándolos por el cañón, los utilizaban como mazas. Aun cuando había construido una planta para bombear agua cerca de Sari, y había logrado hacerla llegar con unas tuberías de hormigón hasta el poblado, muchas mujeres aún insistían en recorrer media milla hasta el manantial, llevando luego en vasijas el agua sobre sus cabezas. El tiempo no significaba nada para ellas y transportar el agua de aquella manera menos todavía.

Pero Perry era inasequible al desaliento. Jamás se desanimaba. Su buena disposición nunca le abandonaba; cuando no estaba rezando, juraba como un carretero. David Innes le adoraba, como

también lo hacían Dian la Hermosa y Ghak el Velludo, el rey de Sari. De hecho, todo aquel que conocía a Abner Perry le apreciaba. Los jóvenes saris que trabajaban para él le miraban y le trataban como si fuera un dios. Y Abner Perry era feliz.

Después de que su aeroplano hubiese fracasado, Perry se enfrascó en otro proyecto que tenía en mente desde hacía algún tiempo. Si hubiera sabido lo que iba a resultar de él, probablemente lo habría mandado al diablo; pero, naturalmente, no tenía modo de saberlo.

David Innes, por su parte, tomó una compañía de guerreros y partió en una gira de inspección hacia varios de los reinos de la dispersa Federación que constituía el Imperio de Pellucidar, del que él había sido elegido emperador. En primer lugar se dirigió a Amoz, a doscientas millas al noreste de Sari, a orillas del Lural Az, un océano inexplorado y desconocido. A seiscientas millas al nordeste de Amoz se encuentra Kali. Kali es el último de los reinos que en esa dirección presta su alianza al Imperio. Suvi, a cuatrocientas millas al oeste de Kali, se había separado de la Federación y había declarado la guerra a Kali. El rey de Suvi, un individuo llamado Fash, había capturado en una ocasión a Dian la Hermosa y la había hecho su prisionera. Aquel acto aún no había sido vengado.

David Innes tenía esta circunstancia en mente cuando partió hacia el norte. Su propósito era dar una buena lección a Fash y, a ser posible, situar en el trono de Suvi a un hombre más leal al Imperio.

Sari no es una población costera, así que la partida marchó hacia Greenwich, a ciento cincuenta millas de distancia, y allí tomó uno de los barcos de la flota construida bajo la dirección de Perry. Greenwich es un lugar establecido y bautizado así por David Innes y Abner Perry. A través de él discurre el principal meridiano de Pellucidar, una invención también de Innes y Perry.

Desde Greenwich navegaron hasta Amoz en el *NIP Sari*. *NIP* es un concepto ideado por Perry. Significa *Navío del Imperio de Pellucidar*, algo similar a nuestra utilización de los términos *USS California*, por poner un ejemplo fácil de entender. El *Sari*, al igual que la mayoría de los navíos de Pellucidar, estaba tripulado por mezops, los guerreros de piel roja nativos de la isla de Anoroc, una raza marítima y guerrera. Los mezops tan solo conocían el uso de

canoas hasta que Innes y Perry les introdujeron en los principios de la navegación a vela; sin embargo, en poco tiempo construyeron nuevos navíos y aprendieron lo poco que de navegación que David Innes fue capaz de enseñarles: básicamente, la situación aproximada de un buque en el mar con la ayuda de un toSCO compás.

Bajo un sol estacionario, sin el auxilio de la luna o las estrellas, lo cierto es que poca ayuda puede haber para la navegación. Los mezops sabían todo lo que había que saber sobre las corrientes y las mareas que existían en las aguas costeras cercanas a su isla. Innes y Perry les habían enseñado lo que era un compás, una bitácora y un cronómetro. No obstante, es necesario señalar que en Pellucidar estos instrumentos no son demasiado fiables, de ahí que no se usen en demasía. Su navegación se basa en parte en la suposición y en parte en la ayuda de Dios, pero así y todo existe. Siempre consiguen que sus velas sigan el rumbo más directo hacia su hogar gracias al maravilloso instinto que le es común a todos los pellucidaros, una compensación otorgada por la Providencia para suplir la falta de cuerpos celestes.

Kander es el actual rey de Amoz. El título, al igual que el de emperador, fue una idea de Perry. Kander, como los otros reyes de la Federación, era jefe de una tribu de hombres de las cavernas antes de la llegada de David Innes. Aproximadamente, se halla tan avanzado en la escala evolutiva como pudieron haberlo estado los cromañones en su tiempo. Y, al igual que estos, es un hombre inteligente.

Innes supo por él que Fash estaba haciendo de nuevo a Kali, y que se jactaba de que luego se dirigiría al sur y conquistaría Amoz y Sari, proclamándose a sí mismo emperador de Pellucidar. Innes llevaba a cincuenta guerreros consigo, pero decidió encaminar sus pasos en primer lugar hacia Kali para saber de primera mano lo que allí estaba sucediendo. Lo primero que hizo fue enviar un mensajero a Sari con instrucciones para Ghak de reunir la flota en Amoz y dirigirse después hacia Kali con tantos guerreros como pudiera transportar; luego, tras aceptar otros cincuenta guerreros ofrecidos por Kander, navegó hacia el norte, en dirección a Kali. Los cien guerreros casi sobrepasaban la capacidad del *NIP Sari*.

Seiscientas millas por mar llevaron al *Sari* frente a las costas de Kali, que se encuentra a cuarenta millas tierra adentro. Desde allí

despachó un mensajero a Oose, el rey de Kali. Aquel mensajero era Hodon el Ligero, un guerrero sari de probada lealtad y coraje. Y lo cierto es que se requiere coraje para llevar un mensaje a través del salvaje Pellucidar. Feroces bestias y reptiles aún más feroces suponen una constante amenaza. Además, tribus hostiles pueden acechar a lo largo de todo el camino.

Durante las cuarenta millas que le separaban de Kali, Hodon tuvo la fortuna de su lado. En una ocasión, sin embargo, se topó con un tarag, el gigantesco tigre de dientes de sable. La bestia cargó contra él, si bien, al ser un experimentado mensajero, sabía como resguardarse de tales peligros. No corrió en línea recta a través de la abierta llanura, sino que lo hizo de árbol en árbol, a la manera en que un buque mercante zigzaguaría para eludir un submarino.

El dientes de sable, uno de los carnívoros más contrastados de Pellucidar, puede ser a veces consciente de esta estrategia puesto que caza hombres desde tiempos inmemoriales. El caso es que, sea como fuere, aquella bestia en particular calculó su carga con precisión y la llevó a efecto en el momento en que Hodon se hallaba más lejos de cualquier árbol.

Fue una carrera asombrosa. Para Hodon, una carrera a muerte, pues muy pocos hombres son capaces de matar a un tarag con las manos desnudas. Algunos destacados guerreros presumen de haberlo hecho con la larga y pesada lanza que suelen llevar todos los pellucidaros, pero Hodon, para poder correr más rápido, no llevaba lanza. Únicamente poseía su velocidad para defender su vida; su velocidad y un cuchillo de piedra.

El tarag cubrió el terreno con grandes y ágiles saltos que rápidamente hubieran alcanzado a un hombre ordinario; pero Hodon no era un hombre ordinario. No se había ganado el sobrenombre de «el Ligero» sin ninguna justificación. Y, además, en aquella ocasión, corrió de verdad.

La gigantesca bestia se hallaba a apenas unas cuantas yardas cuando Hodon ganó el árbol que constituía su objetivo y trepó a él alejándose de todo peligro; luego, se sentó en una rama y escupió al rostro del tarag, dedicándole todos los insultos de los que es capaz un pellucidaro en su propia lengua, y estos, en verdad, son muchos.

El tarag no perdió el tiempo esperando a que Hodon bajase. La experiencia le había enseñado que podía perecer de inanición antes

de que una de aquellas cosas-hombre descendiese para ser devorada. En consecuencia, se marchó en busca de otra presa.

Algún tiempo después, otro árbol salvó a Hodon de las garras de un thipdar, el enorme pterodáctilo que antaño sobrevoló los humeantes cielos del Mesozoico. Aquel poderoso pteranodonte, cuyas alas desplegadas sobrepasan los veinte pies de longitud, cazaba desde el aire: un halcón sobrenatural, un águila impensable dispuesta a abatirse sobre cualquier ser viviente. La única defensa posible contra él consistía en buscar el refugio de un árbol. Y, una vez más, Hodon alcanzó su objetivo justo a tiempo.

Siseando de rabia, el reptil se elevó a los cielos. Cuando se halló fuera de su vista, Hodon emprendió de nuevo el camino hacia Kali, llegando hasta allí sin más incidentes.

El poblado de Kali consistía en varias cavernas situadas en un risco calizo con unas cuantas chozas de paja en su base, las cuales se usaban para cocinar, comer y llevar a cabo las reuniones colectivas.

Al aproximarse, Hodon se topó con una veintena de guerreros, que no era sino lo que cabía esperar encontrar al acercarse a cualquier poblado bien vigilado. Le preguntaron qué asunto le llevaba allí. Cuando Hodon respondió que traía un mensaje del emperador de Pellucidar para Oose, el rey de Kali, los guerreros se miraron unos a otros; algunos hicieron extraños gestos a sus espaldas.

—Se lo comunicaré al rey —dijo uno—. Espera aquí.

El guerrero regresó en breve y ordenó a Hodon que le siguiera. El resto de guerreros les acompañaron. Aunque bien pudiera haber sido una guardia de honor, Hodon tuvo la sensación de que se trataba más bien de la guardia propia de un prisionero.

Fue conducido hasta una de las chozas de paja, donde un hombre se sentaba sobre una especie de taburete, rodeado por varios guerreros.

—¿Qué mensaje le traes a Oose, el rey de Kali, del emperador de Pellucidar? —preguntó el hombre.

Hodon nunca había estado en Kali, ni tampoco conocía a Oose, pero era evidente que aquel hombre era el rey. Pensó que era un individuo desagradable e instintivamente sintió un cierto rechazo.

—¿Eres el rey? —inquirió, deseando asegurarse antes de

entregar su mensaje—. ¿El rey de Kali?

—Lo soy —contestó el hombre—. ¿Qué mensaje traes?

—El emperador quiere hacerte saber que su nave está anclada frente a las costas de Kali con cien de sus guerreros. Ha averiguado que tenéis problemas con Fash, el rey de Suvi, y desea tratar el asunto contigo para que se envíe una expedición contra él y se le castigue por su traición al Imperio. Yo le llevaré tu respuesta, aunque, si quieres, puedes venir conmigo a la costa y dársela tú personalmente. Si lo prefieres, será él quien venga aquí, pero es consciente de que no es fácil para un poblado alimentar a cien hombres más.

—Yo mismo enviaré un mensajero al emperador —dijo el rey de Kali—. Tú te quedarás aquí a descansar.

—Mis órdenes son las de llevar personalmente tu respuesta al emperador —repuso Hodon.

—Aquí las órdenes las doy yo —contestó el rey, dirigiéndose a continuación al jefe de los guerreros que rodeaban a Hodon—: Lleva a este hombre a una de las cuevas y haz que lo vigilen. Cuida de que no escape.

—¿Qué significa esto? —preguntó Hodon—. Soy un sari; un guerrero del emperador. Lo que estás haciendo es traición.

—Lléváosle —ordenó el rey.

Ascendiendo por unas vacilantes escalas de madera, los guerreros obligaron a Hodon a subir hasta el nivel más elevado del risco. Allí, una estrecha cornisa corría frente a la entrada de varias cavernas. Dos guerreros se hallaban de guardia al final de la escala; otros dos se sentaban ante la boca de una de las cavernas. Hodon fue introducido en aquella cueva; al mismo tiempo, un mensajero era despachado por el rey de Kali hacia la costa con un mensaje para David Innes.

Cuando los ojos de Hodon se acostumbraron a la oscuridad que reinaba en el interior de la cueva, descubrió que no estaba solo. La caverna era bastante amplia y más de cincuenta hombres se hallaban sentados o tendidos sobre el suelo.

—¿Quién eres? —le preguntó uno de ellos mientras Hodon buscaba un sitio en el que sentarse.

—Al parecer soy un prisionero —contestó Hodon.

—Todos somos prisioneros —repuso el hombre—. No te he

reconocido al entrar. ¿Eres de Kali?

—¿Y tú? —preguntó Hodon.

—Lo somos todos.

—Entonces, ¿por qué estáis prisioneros en vuestro propio poblado? —inquirió Hodon.

—Porque los guerreros de Suvi nos atacaron y consiguieron conquistarlo mientras la mayoría de los guerreros nos hallábamos de caza. Cuando regresamos nos tendieron una emboscada. Muchos murieron. El resto fuimos capturados.

—¿El hombre que se sienta en esa choza al pie del risco no es el rey de Kali? —preguntó Hodon.

—Se proclamó a sí mismo rey de Kali cuando conquistó el poblado —respondió el hombre—, pero el verdadero rey de Kali soy yo.

—¿Tú eres Oose? —repuso Hodon.

—Sí, soy yo. El hombre que se llama a sí mismo rey de Kali es Fash, el rey de Suvi.

—Entonces le he dado el mensaje del emperador a uno de sus enemigos —murmuró Hodon—; pero ¿cómo iba a saber lo que estaba sucediendo?

—¿Traías un mensaje para mí? —preguntó Oose.

—Sí, era para ti —contestó Hodon, que repitió su mensaje a Oose.

—Todo se ha complicado —dijo Oose después de haberlo escuchado—. Ahora Fash está al tanto de lo que ocurre.

—¿Cuántos guerreros tiene? —preguntó Hodon.

—Solo pude contar diez veces el número de mis dedos —contestó Oose—. Los kalianos no sabemos muchas de las cosas que los saris aprendieron de David Innes y Abner Perry, pero sí soy capaz de contar diez veces el número de mis dedos. Por eso, puedo decir que Fash debe tener cinco veces ese número de guerreros.

Hodon movió su cabeza, apesadumbrado.

—Tengo que escapar —dijo—. Si no he regresado en un par de sueños, el emperador vendrá en mi busca y se verá sobrepasado en un número de cinco a uno.

—No lo conseguirás —repuso Oose—. Hay cuatro guerreros armados en la cornisa y muchos más al pie del risco.

—¿Nos permiten salir a la cornisa? —preguntó Hodon.

—Si tienes una buena razón, te permitirán ir a una pequeña cueva que hay en el otro extremo.

—Tengo esa buena razón —dijo Hodon, que asomándose a la entrada de la caverna se dirigió a uno de los guerreros que se hallaban de guardia.

El individuo le dio permiso con un hosco gruñido y Hodon salió a la cornisa, dirigiéndose con lentos pasos hacia la pequeña cueva del otro extremo. No miró en ningún momento hacia abajo, sino hacia lo alto, inspeccionando la pared del risco hasta su cumbre, que tan solo se encontraba a unos cuantos pies por encima de su cabeza.

Un guerrero llegó hasta la orilla del Lural Az. Allí vio un navío anclado en una pequeña cala situada a corta distancia de la costa y gritó hasta llamar la atención de los que se hallaban a bordo. Un pequeño bote fue bajado desde la nave y, en breve, varios guerreros de piel cobriza descendieron de su cubierta y se introdujeron en el bote, remando hasta la playa. Cuando se hallaron a la distancia adecuada, preguntaron a voces al guerrero quién era y qué quería.

—Traigo un mensaje del rey de Kali para el emperador de Pellucidar —contestó el hombre; a continuación, el bote fue guiado hasta la costa y el mensajero fue subido a bordo. Unos instantes después, era izado hasta la cubierta del *Sari* y llevado ante David Innes.

—¿Traes un mensaje del rey de Kali? —preguntó Innes—. ¿Por qué no ha regresado mi guerrero contigo como se le ordenó?

—Estaba enfermo y se hallaba muy cansado —contestó el mensajero—. El rey me envió a mí para evitar cualquier retraso.

—¿Cuál es el mensaje?

—El rey te pide que vayas a Kali. Él no puede abandonar el poblado porque teme un ataque.

—Entiendo —dijo Innes—. Acudiré enseguida.

—Partiré cuanto antes y le comunicaré tu respuesta al rey. Te estará muy agradecido. ¿Irás solo?

—Llevaré cien guerreros conmigo —contestó Innes.

Y así David Innes partió hacia Kali, mientras el mensajero de Fash se adelantaba para llevar la respuesta a su rey.

Hodon avanzó lentamente sobre la cornisa, examinando cada

pulgada de la pared del risco que se hallaba por encima de él hasta llegar a la pequeña cueva. Allí, el risco se inclinaba y su cumbre quedaba a apenas cuatro pies de la cabeza de Hodon. Dándose media vuelta, miró a lo largo de la cornisa. Uno de los guardias le estaba observando. Hodon se detuvo y entró en la cueva. Girándose de inmediato, esperó un momento y volvió a mirar. El hombre aún le seguía observando. Hodon retrocedió hasta la caverna, permaneció en ella un rato y luego salió como si nada hubiese ocurrido. Su corazón dio un salto: dos de los guerreros tenían sus ojos fijos en él. Era consciente de que debía aguardar el momento en que nadie le estuviese mirando para poner sus planes en práctica. Ahora no había otra cosa que hacer sino regresar a su prisión.

Una vez dentro de la caverna, intentó pensar en algo que le ayudase a llevar a cabo lo que tenía en mente. Finalmente, dio con ello. Se acercó a Oose y se sentó a su lado; luego, en voz baja, le explicó su plan.

—Lo haremos —dijo Oose—; pero no olvides que ya te lo he advertido: no conseguirás escapar.

—Tengo que intentarlo —respondió Hodon.

Algún tiempo después —tal vez una hora, un día o quizás una semana de tiempo en la corteza exterior, quién puede saberlo—, la guardia de la cornisa fue reemplazada. Hodon se dirigió inmediatamente a la entrada de la caverna y pidió permiso para ir a la pequeña cueva. De nuevo le fue concedido.

Avanzó lentamente a lo largo de la cornisa. Esta vez miró hacia abajo. En la base del risco vio mujeres y niños, pero muy pocos guerreros, apenas los suficientes para proteger el poblado. ¿Dónde estaban los demás? Hodon creyó saberlo y sintió acrecentarse la necesidad de lograr el éxito de la fuga. Ahora bien, ¿llegaría a tiempo si conseguía llevarla a cabo?

En el momento de alcanzar la cueva, percibió gritos a su espalda. Le llegaban amortiguados, como si procedieran del interior de una de las cavernas. Miró de reojo hacia atrás y vio a los cuatro guardias corriendo hacia la cueva prisión. Hodon sonrió.



III

Después de que David Innes hubiese partido hacia Kali, Perry se ocupó en un nuevo proyecto. Estaba decidido a conseguir algo de valía para poder mostrárselo a Innes cuando este regresara. Aún se hallaba deprimido por el fracaso de su aeroplano.

Envió a varios guerreros a que cazasen dinosaurios —los más grandes que pudieran encontrar—, con órdenes de traer consigo únicamente sus peritoneos. Una vez que los guerreros partieron para llevar a cabo su tarea, Perry consiguió taponar un pozo de gas natural que había estado arrojando millones de pies cúbicos de gas al aire de Pellucidar durante... ¿quién sabe cuánto tiempo?

Tenía a muchas mujeres trenzando cuerdas. Otras preparaban una gran cesta de unos cuatro pies de diámetro y tres de altura, la mayor cesta que los saris habían visto jamás.

Las diferentes tareas iban progresando cuando llegó el mensajero de Innes ordenando a Ghak que partiera con sus guerreros. Después de que estos se marcharan no quedaron muchos guerreros en Sari, y los que lo hicieron tuvieron que permanecer de guardia en el poblado, con excepción de los cazadores que eran enviados regularmente a por carne fresca. El poblado se hallaba ocupado prácticamente solo por mujeres, aunque eso no interfería en los planes de Perry. Así estaban las cosas cuando regresaron los guerreros que habían sido enviados a por los peritoneos, trayendo consigo una cantidad más que suficiente.

Los peritoneos fueron estirados, secados y alisados hasta que estuvieron lo suficientemente curados; luego Perry los cortó en extrañas formas, de acuerdo con el modelo que tenía en mente, y las mujeres los cosieron entre sí con finas agujas. Las costuras fueron más tarde selladas con un adhesivo que Perry consideró que

no se vería degradado por los componentes del gas natural.

Cuando el trabajo estuvo finalizado, Perry utilizó las cuerdas para atar la gran bolsa que había resultado de su labor a la cesta que las mujeres habían fabricado. También ató una gruesa cuerda, de unos quinientos o seiscientos pies de largo, al fondo de la cesta. Nunca se había visto en Sari una cuerda semejante, pero hacía mucho tiempo que los saris habían dejado de maravillarse ante cualquier cosa que hiciera Abner Perry.

Con pequeñas cuerdas, muchísimas pequeñas cuerdas, Perry aseguró la cesta al suelo gracias a una serie de clavijas clavadas en el terreno, a su alrededor. Finalmente, tendió una tubería de arcilla desde el pozo de gas hasta una abertura existente en el extremo más estrecho de la bolsa. ¡Perry había construido un globo! Para él era el primero de una flota de poderosos dirigibles capaces de transportar toneladas de bombas y de traer la civilización a incontables de aquellos desamparados habitantes de los riscos.

Hodon sonrió; una leve sonrisa que prácticamente se desvaneció nada más nacer. Luego se detuvo ante la pequeña cueva que había en el extremo de la cornisa y saltó hacia arriba. Hodon, al igual que todo Sari, estaba orgulloso de sus piernas. Eran las mejores piernas del Imperio de Pellucidar y eran tan maravillosas corriendo como saltando. Impulsaron con facilidad a Hodon hacia lo alto, permitiendo que sus dedos se aferraran a la cumbre del risco. Era de sólida piedra caliza, como Hodon había comprobado la primera vez que había examinado el risco. Si se hubiera encontrado con tierra suelta en aquella parte de la cima, la cosa no habría resultado tan fácil; habría sido, de hecho, algo imposible de lograr. Pero no la había, y, en consecuencia, la roca no solo no se escurrió entre sus dedos, sino que aguantó magníficamente su peso, cumpliendo su papel en el desbaratamiento de las diabólicas maquinaciones de Fash.

Es cierto que a veces nos vemos incomodados por las estudiadas perversidades de los objetos inanimados, como las que nos deparan los botones del cuello de nuestras camisas o la codorniz que dejamos en el horno. Sin embargo, también debemos recordar que al fin y al cabo algunos de esos objetos pasan por ser los mejores amigos del hombre. El caso de los billetes de dólar es un buen ejemplo. No hace falta seguir. Seguro que vosotros podríais poner

tantos ejemplos como yo.

Lo cierto es que Hodon el Ligero trepó hasta la cumbre de los riscos de Kali sin que nadie le descubriera. Al llegar a Kali llevaba un cuchillo de piedra, pero los suvios se lo habían arrebatado y ahora tenía que recorrer más de cuarenta millas de peligroso terreno completamente desarmado. Sin embargo, no sentía ningún temor ante semejante circunstancia. Esto me lleva a pensar que los hombres de la vieja edad de piedra debieron haber sido muy bravos. De hecho, tuvieron que ser muy bravos porque de lo contrario no habrían sido capaces de sobrevivir a su entorno. Los cobardes podrían haberlo hecho durante algún tiempo —el necesario hasta que les llegase la muerte por inanición—, pero se requiere ser hombres muy valientes para salir y enfrentarse a las terroríficas criaturas a las que tuvieron que hacer frente para poderse alimentar a sí mismos y a sus familias.

El único pensamiento de Hodon era alcanzar a David Innes antes de que cayera en la emboscada que estaba seguro le había tendido Fash. Se movió rápidamente, aunque en silencio. Sus sentidos estaban constantemente alerta ante cualquier peligro. Su aguda mirada batía el horizonte; su sensitivo olfato captaba todos los aromas que llevaba hasta él la errante brisa. Se sentía satisfecho de tener que correr contra el viento, pues así podía estar prevenido de los peligros que pudieran encontrarse por delante de él.

De repente percibió un olor que le hizo fruncir el ceño a causa del asombro; un olor que le indicaba que había una mujer delante de él —una mujer sola—, donde no debería haber habido ninguna. Su juicio le decía que al menos debía haber un hombre allí donde había una mujer tan lejos de su poblado, pero, sin embargo, su olfato le indicaba que no había ningún hombre.

Avanzó hacia donde se encontraba la mujer, pues esta se hallaba en la misma dirección que él estaba siguiendo. Ahora marchaba incluso con mayor cautela, si es que ello era posible. Por fin la vio. Se hallaba de espaldas a él. Se movía lentamente, mirando en todas direcciones. Hodon supuso que estaba atemorizada. La muchacha no se enteró de que había alguien a su lado hasta que sintió caer una mano sobre su hombro. Se giró rápidamente con un cuchillo en su mano —un fino cuchillo de basalto laboriosamente trabajado— y, al girarse, lanzó un violento golpe al pecho de Hodon.

Siendo un pellucidaro, había esperado algo por el estilo, puesto que nadie se acerca impunemente a una damisela en la edad de piedra. Ese fue el motivo por el que se hallaba preparado. Cogiéndola por la muñeca, detuvo su mano. Entonces ella intentó morderle.

Hodon sonrió al mirar sus ojos relampagueantes. La muchacha era joven y bonita.

—¿Quién eres? —preguntó—. ¿Qué estás haciendo aquí sola y tan lejos de tu poblado?

—Eso es asunto mío —replicó ella—. ¡Déjame! No puedes retenerme. Si lo haces, te aseguro que te costará la vida.

—No puedo perder el tiempo contigo —dijo Hodon—, aunque eres demasiado joven y hermosa para dejarte aquí y que algún tarag vagabundo te devore. Puedes venir conmigo si lo deseas. Solo disponemos de tu cuchillo, así que yo lo usaré por ti.

—Antes dime quién eres —repuso ella con un tono algo más amistoso.

—Soy Hodon de Sari —respondió él.

—¡Un sari! Los saris son amigos del pueblo de mi padre. Si de verdad eres un sari no me harás ningún daño.

—Quién lo diría. En efecto, soy un sari. Ahora dime, ¿quién eres?

—Me llamo O-aa; soy hija de Oose, el rey de Kali.

—Y te has escapado porque Fash ha conquistado tu poblado, ¿verdad?

Hodon aflojó la presa sobre su muñeca y la joven devolvió el cuchillo a su funda.

—Sí, así es —contestó ella—. Después de que Fash hubiera conquistado Kali, quiso tomarme como compañera; pero conseguí escaparme. Fash tuvo suerte de que lo hiciera, porque si no le hubiera matado. Yo soy la hija de un rey y mi madre era...

—No tengo tiempo para oír como me cuentas la historia de tu familia —repuso Hodon—. ¿Vas a venir conmigo o no?

—¿Adónde vas?

Hodon se lo dijo.

—No me gustan tus maneras. Y posiblemente tampoco me gustes tú —dijo O-aa—, pero iré contigo. Eres mejor que nada. Sin embargo, al ser la hija de un rey, estoy acostumbrada a ser tratada

con respeto. Toda la gente del pueblo de mi padre...

—¡Vámonos! Hablas demasiado —dijo Hodon, emprendiendo el camino hacia la costa.

O-aa se situó a su lado.

—Supongo que vas a hacer que me retrase —gruñó Hodon.

—Puedo correr tan rápido como lo hagas tú. El padre de mi madre era el guerrero más veloz de toda su tribu, y mi hermano...

—Tú no eres ni el padre de tu madre ni tu hermano —le interrumpió Hodon—. Solo me interesa lo rápido que corras y la distancia que puedas recorrer. Si no puedes mantener mi paso tendré que dejarte atrás. El destino del emperador es para mí más importante que el tuyo.

—No le estarás llamando a esto correr, ¿verdad? —replicó O-aa burlonamente—. Cuando era una niña ya era capaz de cazar un orthopi a la carrera. Todos estaban maravillados de mi rapidez. Ni siquiera el padre de mi madre ni mi hermano eran capaces de cazar un orthopi corriendo.

—Deja ya de contar mentiras —dijo Hodon incrementando su velocidad.

—Mi hermano probablemente te matará por haberme dicho eso —replicó O-aa—. Es un poderoso guerrero. Él...

Hodon corría tan rápido que O-aa se vio obligada a guardar silencio para poder mantener su ritmo, que era lo que el sari pretendía.

Ghak el Velludo, el rey de Sari, embarcó un millar de guerreros en dos navíos. Se trataba de barcos muchos mayores que el *Sari*, el cual, al haber sido el primer navío construido por Perry, se había quedado prácticamente obsoleto. Mientras que el *Sari* solo poseía dos cañones de una libra cada uno —uno en la proa y otro en la popa—, los nuevos navíos disponían de ocho cañones, cuatro a cada lado de la cubierta inferior. Había ocasiones, sin embargo, en que los proyectiles disparados no estallaban. Se suponía que debían hacerlo siempre, pero lo cierto es que eran más las veces que no lo hacían o lo hacían de un modo prematuro. A pesar de todo, los cañones montaban un alboroto considerable entre los enemigos y emitían convincentes nubes de humo negro.

La primera vez en que se probó uno de los cañones de Perry, la bala salió rodando y cayó al suelo, frente al cañón. Innes dijo que

aquello tenía sus ventajas ya que así no se desperdiciaba la munición: bastaba con recoger los proyectiles y volverlos a usar de nuevo. Sin embargo, las nuevas piezas de artillería construidas por Perry tenían un alcance superior a una milla. Perry estaba orgulloso de ellas. El único problema era la falta de enemigos contra los que dispararlas. No se conocía ninguna otra flota en Pellucidar excepto la de los korsars, y Korsar se hallaba a más de cinco mil millas por mar de Sari.

Mientras la flota expedicionaria dirigida por Ghak bordeaba la costa en dirección a Kali, David Innes y sus cien guerreros marchaban tierra adentro hacia el poblado. La mitad de los hombres de Innes iban armados con los mosquetes fabricados por Perry, unos fusiles de chispa de estrechos y pulidos cañones. La otra mitad utilizaba arcos y flechas. Todos tenían cuchillos y muchos llevaban la corta lanza que los pellucidaros acostumbran a usar. Colgaban de sus cuellos gracias a unas recias tiras de cuero y se balanceaban a sus espaldas.

Aquellos hombres eran todos veteranos, los *cuerpos de elite* del ejército pellucidaro. Perry les había bautizado como la Guardia Imperial e Innes había conseguido inculcar algunas nociones de disciplina en sus tempestuosos e individualistas egos. Marchaban en columnas de cuatro y llevaban guerreros en la vanguardia y en sus flancos. A unas cien yardas por delante de la vanguardia, tres guerreros formaban la punta de lanza. Innes no quería correr riesgos de emboscadas.

Habían cubierto aproximadamente la mitad de la distancia que les separaba de Kali cuando la avanzadilla se detuvo en la cima de una pequeña elevación. Uno de los guerreros que la formaban se giró y corrió hacia el cuerpo de la columna, dirigiéndose directamente hacia Innes.

—Se acercan muchos guerreros —informó.

Innes dispuso a sus hombres y avanzó con precaución. Los guerreros armados con mosquetes se hallaban en la primera línea. Generalmente, el ruido y el humo de los fusiles bastaban para aterrorizar a casi todos los enemigos, lo cual era de agradecer pues rara vez alguien resultaba herido. Después de que hubieran disparado, los arqueros avanzaban entre sus filas y pasaban a formar la primera línea mientras los mosquetes recargaban.

Pero nada de esto fue ahora necesario; un nuevo mensajero vino corriendo desde la avanzadilla para informar que los guerreros que se acercaban venían en son de paz: los guerreros de Oose les daban la bienvenida a Kali y se ofrecían para escoltarles hasta el poblado.

Innes se adelantó para informarse personalmente. En la cima de la colina le esperaba un peludo cavernícola. Más allá se veía una larga hilera de guerreros.

—¿Dónde está Oose? —inquirió Innes.

—Oose se encuentra enfermo. Tenía un dolor en su vientre que le ha impedido venir. Me envía a mí para guiarnos a Kali.

—¿Por qué has traído tantos guerreros?

—Porque estamos en guerra con Suvi y los guerreros de Fash pueden estar cerca de aquí.

Innes asintió. La explicación parecía razonable.

—Está bien —dijo—. Muéstranos el camino.

Los guerreros del Imperio avanzaron y pronto se encontraron con los de la otra partida, ofreciéndoles esta comida. Parecían ansiosos de trabar amistad con ellos. Se movían tranquilamente entre los guerreros de la Guardia Imperial, entregándoles la comida y gastándoles rudas bromas. Aparentaban un gran interés en los mosquetes, sosteniéndolos entre sus manos y examinándolos con atención. En poco tiempo la mayoría de los mosquetes de la Guardia Imperial se hallaron en manos de aquellos amistosos guerreros, al tiempo que cuatro o cinco de ellos rodeaban a cada uno de los miembros de la Guardia.

Hodon había tomado un atajo. Dejando atrás la selva, O-aa y él ascendieron una pequeña colina. Deteniéndose en su extremo, miraron hacia el valle que se divisaba abajo. En el valle había cientos de guerreros. Hodon descubrió a David Innes entre ellos. Al ver los mosquetes de los guerreros, el sari se quedó desconcertado. Sabía que la mayoría de aquellos guerreros pertenecían a Fash de Suvi, pero no había ninguna batalla. Los hombres parecían estar conversando amistosamente.

—No lo entiendo —dijo pensando en voz alta.

—Yo sí —repuso O-aa.

—¿Lo entiendes? —inquirió Hodon—. Pues explícamelo con pocas palabras, omitiendo cualquier referencia genealógica.

O-aa irguió la cabeza.

—Mi hermano... —empezó.

—¡Oh, deja ya en paz a tu hermano! —exclamó Hodon—. Dime lo que crees que está sucediendo. Puedes contármelo mientras bajamos ahí abajo y nos reunimos con David Innes.

—Seguro que eres lo bastante idiota como para hacer algo así —dijo la muchacha despectivamente.

—¿A qué te refieres?

—Es un ardid de Fash. Espera un poco y lo comprobarás. Si bajas de aquí, dentro de un rato estarás en la cueva prisión... si es que no te matan en el acto; aunque también es cierto que así me libraría de ti.

O-aa apenas había terminado de hablar cuando el jefe de los pacíficos guerreros lanzó un grito de guerra y, junto a varios de sus hombres, saltó sobre David Innes, derribándole al suelo. A su señal, el resto de los guerreros se precipitaron sobre los miembros de la Guardia Imperial a quienes tenían rodeados. Hubo alguna resistencia, pero fue inútil. Varios hombres fueron asesinados y muchos resultaron heridos. La conclusión fue inevitable. En menos de cinco minutos los supervivientes de la Guardia Imperial yacían con las manos atadas a su espalda.

Fash salió entonces de detrás de los arbustos en los que había permanecido escondido y se enfrentó a David Innes.

—Te llamas a ti mismo emperador —dijo en tono de burla—. Te gustaría ser emperador de todo Pellucidar. Pero solo eres un estúpido. Es Fash quien debería ser emperador.

—Puede que creas haber conseguido una victoria, pero no te va a servir de nada —replicó David Innes—. ¿Qué piensas hacer con nosotros?

—Aquellos de tus hombres que me juren obediencia, vivirán; el resto, morirán.

—Por cada uno de mis hombres que mates, morirán cinco suyos.

—Hablas mucho, pero eres incapaz de hacer nada. Estás acabado, David Innes. Puede que hayas estado en ese otro mundo del que dices venir, pero eso no basta para llegar a Pellucidar y entrometerse en nuestros asuntos. Todavía no sé lo que voy a hacer contigo. Tal vez te mate; tal vez te retenga y te cambie por naves y armas. Ahora que también soy rey de Kali puedo usar esas naves

para conquistar el resto de Pellucidar. ¡Ahora el emperador soy yo! Construiré una ciudad en las orillas del Lural Az y todo Pellucidar sabrá muy pronto quién es el verdadero emperador.

—Tienes una boca muy grande, Fash —dijo Innes—. Tal vez estés cavando tu propia tumba con ella.

—También tengo un puño muy grande —gruñó Fash, dándole un fuerte puñetazo.

A una orden de Fash, un par de guerreros levantaron a Innes del suelo. Innes permaneció en pie mientras la sangre manaba de su boca. Un rugido de rabia brotó de las gargantas de los hombres de la Guardia.

David Innes miró directamente a los traicioneros ojos de Fash, el rey de Suvi.

—Harías mejor en matarme antes de que consiga librarme de estas ligaduras, Fash —dijo.

Hodon miraba todo aquello con consternación. No podía hacer nada. Retrocedió hasta la selva antes de alguno de los hombres de Fash pudiera descubrirle. No sentía ningún temor de que fueran capaces de capturarlo, pero no deseaba que supieran que aquel acto había sido observado por un amigo de David Innes.

—Tenías razón —le dijo a O-aa—. Era una trampa de Fash.

—Siempre tengo razón —respondió O-aa—. Es algo que a mi hermano siempre le pone furioso.

—Creo que le comprendo perfectamente —dijo Hodon.

—Mi hermano...

—Sí, sí —repuso Hodon—; ¿no tienes otros parientes además de tu hermano y el padre de tu madre?

—¡Claro que sí! —exclamó O-aa—. Tengo una hermana. Es muy hermosa. Todas las mujeres de la familia de mi madre han sido siempre muy hermosas. Dicen que la hermana de mi madre era la mujer más hermosa de Pellucidar y que yo me parezco mucho a ella.

—¡Así que tu madre tenía una hermana! —gruñó Hodon—. El árbol familiar va creciendo. Supongo que eso nos dará algo más de lo que hablar.

—Hay algo peculiar en las mujeres de mi familia —dijo O-aa—; no solemos hablar mucho, pero cuando lo hacemos...

—No paráis nunca —comentó Hodon con resignación.

—Hablamos cuando hay alguien inteligente que nos escuche —
replicó
O-aa.



IV

El globo de Perry se llenó de gas rápidamente. Hinchándose en el suelo, fue aumentando de tamaño hasta elevarse por encima de la cesta. Los Saris tenían los ojos abiertos a causa del asombro. A medida que aumentaba de volumen su envoltura se iba tensando. Las cuerdas que lo retenían se hallaban cada vez más tirantes.

Perry cortó el gas. Había lágrimas en las mejillas del anciano mientras permanecía de pie, mirando arrobado aquella cosa enorme.

—¡Es un éxito! —murmuró—. ¡Lo he logrado al primer intento!

Dian la Hermosa se acercó a él y le rodeó con su brazo.

—Es maravilloso, Abner —dijo—. Pero ¿qué es?

—Es un globo, cariño —le explicó—. Sirve para llevar a las personas por el aire.

—¿Y para qué las lleva por el aire? —preguntó Dian.

Perry aclaró su garganta.

—Bueno, pequeña, para muchas cosas.

—¿Sí? —inquirió Dian—. ¿Por ejemplo?

—Mejor que lo dejemos —dijo Perry—. No lo entenderías.

—¿Cómo harás para que vuelva a bajar al suelo? —preguntó la muchacha.

—¿Ves esa cuerda grande? La he atado al fondo de la cesta. El otro extremo gira alrededor de ese torno que hemos construido. Cuando el globo haya ascendido todo lo que deseemos, haremos girar el torno y descenderá.

—¿Para qué iba alguien querer subir ahí arriba? —preguntó Dian—. Allí tan solo hay aire, y ya tenemos aquí todo el aire que necesitamos.

—Piensa en todo el terreno que puedes abarcar con la vista

desde ahí arriba —señaló Perry—. Desde allí podrías ver el Lural Az. Con ayuda de mis prismáticos, incluso serías capaz de ver Amoz.

—¿Crees que podría ver a David cuando regresara?

—Verías sus naves en el Lural Az a mucha distancia de aquí —contestó Perry—. Es posible que incluso pudieses ver a una partida de hombres que se hallase en Greenwich.

—Voy a subir a tu globo, Perry —dijo Dian la Hermosa—. Trae tus pris... pris... como se llamen. Así podré ver a David cuando regrese. Hemos dormido muchas veces y aún no hemos tenido noticias tuyas desde que envió a aquel mensajero que traía órdenes para Ghak.

—Creo que será mejor que antes hagamos algunas pruebas más —dijo Perry—. Puede que tenga algún fallo que desconozcamos. Ya sabes que ha habido casos en que mis diseños no han funcionado de un modo totalmente satisfactorio la primera vez.

—De acuerdo —convino Dian.

—Pondré unas piedras con el doble de tu peso en el interior de la cesta, lo soltaré y luego lo haré bajar. Creo que eso será un buen test.

—Me parece bien —contestó la muchacha—. Pero date prisa, por favor.

—¿Seguro que no tienes miedo de subir ahí? —preguntó Perry.

—¿Cuándo has visto que una mujer de Sari tenga miedo de algo? —respondió Dian.

Hodon decidió retroceder hasta la cumbre de los riscos que dominaban Kali. Tenía un plan en mente, pero dependía de que Fash encerrase a David Innes en la caverna situada en la cornisa superior.

Un poco antes de llegar a los riscos se detuvo y le dijo a O-aa que permaneciera escondida entre los arbustos.

—¡Y no hables! —le ordenó.

—¿Cómo? —exclamó O-aa—. ¿Quién eres tú para prohibirme que hable?

—Eso da lo mismo —contestó Hodon—. Y no empieces a hablarme de tus parientes. Me pone enfermo. Lo único que tienes que tener en cuenta es que, si hablas, alguno de los guerreros de Fash puede oírte y acercarse aquí a investigar. Y otra cosa más: si

dices una palabra antes de que vuelva, te cortaré la garganta. ¿Serás capaz de recordarlo?

—Espera a que mi hermano...

—¡Cállate ya! —estalló Hodon, que comenzó a alejarse hacia la cumbre del risco.

Al aproximarse a él, se tendió de bruces y comenzó a arrastrarse como si se tratara de un indio apache, llevando un trozo de arbusto en su mano. Al llegar al borde del risco, sostuvo el pequeño arbusto frente a su rostro y avanzó con mucha más lentitud. Ahora podía ver el poblado de Kali. Permaneció inmóvil y esperó. Esperó con la paciencia propia de un hombre primitivo.

Pensó en David Innes. Daría gustosamente su vida por él. Pensó en O-aa y sonrió. La muchacha tenía espíritu, y a los saris les gustaban las mujeres con espíritu. Además, era innegablemente hermosa. El hecho de que ella lo supiera no disminuía su encanto. Hubiera sido idiota si no se hubiera dado cuenta de que era hermosa y una hipócrita si hubiera pretendido no serlo. Es cierto que hablaba demasiado, pero una mujer parlanchina era mejor que una que no dijese nada.

Hodon pensó que O-aa era una muchacha muy deseable, pero también era consciente de que la joven no sentía lo mismo por él. Había sido demasiado franca al exteriorizar su disgusto. No obstante, a veces un hombre tomaba a una compañera contra su voluntad. Meditó bastante en esta cuestión. El problema era que David Innes no aprobaba el viejo método de que los hombres golpeasen a las mujeres con un garrote y las arrastrasen luego hasta su cueva. Había impuesto leyes muy severas a ese respecto. Ahora ningún hombre podía tomar a una mujer sin su consentimiento.

Mientras aquellos pensamientos discurrían por su mente, vio como varios guerreros se aproximaban al poblado. Aparecieron ante su vista procedentes de una abertura en la frondosa selva. Sí; eran los suvios con sus prisioneros. Divisó a David Innes. Caminaba con la cabeza erguida, del mismo modo que lo hacía tanto cuando recorría el camino de la paz como el de la guerra. Nadie había visto jamás a David Innes inclinar la cabeza. Hodon se sentía orgulloso de su emperador.

Hubo un breve alto al pie del risco. A continuación, varios prisioneros fueron conducidos hacia él y obligados a subir por las

escalas. ¿Sería David Innes uno de ellos? Tantas cosas dependían de aquel hecho que Hodon sintió como se aceleraban los latidos de su corazón.

Era imposible que se acomodase a todos los prisioneros en la caverna de la cornisa superior. A algunos se les confinaría en otros lugares y otros serían asesinados. Hodon estaba seguro de que ningún miembro de la Guardia Imperial aceptaría la oferta de Fash y traicionaría al Imperio.

¡Sí! ¡Allí estaba David Innes! Los suyos se mostraban particularmente crueles con él. Le agujoneaban con sus lanzas para obligarle a ascender por las vacilantes escalas. Le habían desatado las muñecas, pero lo habían hecho después de asegurarse que Fash no se hallaba cerca.

Cada vez le obligaban a subir más arriba. Finalmente, llegó a la última escala. Hodon sintió una gran alegría en su interior. Ahora tenía una oportunidad. De acuerdo en que su plan estaba lleno de puntos oscuros, pero al menos había una oportunidad de que funcionase; una sola oportunidad.

Una hora de noche hubiera facilitado enormemente las cosas a Hodon. Pero el sari desconocía lo que era la noche. Desde el momento de su nacimiento lo único que había conocido era un largo y perpetuo día con un estacionario sol colgando eternamente en su cénit. Como siempre, cualquier cosa que se dispusiese a hacer tendría que llevarla a cabo a la luz del día, con una gente que no necesitaba de la oscuridad para poder dormir: al menos la mitad de ellos permanecerían despiertos y alerta durante todo el tiempo.

Siguió observando hasta que vio a David Innes entrar en la cueva prisión; luego se arrastró hacia donde se encontraba O-aa.

¡La muchacha se había quedado dormida! Era realmente adorable. Su esbelto y bronceado cuerpo se hallaba casi desnudo, revelando la perfección de su figura. Hodon se arrodilló a su lado. Por un instante se olvidó de todo, de David Innes, del honor, del deber. Se agachó y tomó a

O-aa

entre sus brazos. Presionó sus labios contra los suyos. Entonces la muchacha se despertó con un sobresalto. Con la rapidez y agilidad de un gato le propinó un golpe en la boca, al tiempo que sacaba el

cuchillo de su funda.

Hodon retrocedió rápidamente, aunque no lo suficientemente rápido. El cuchillo de basalto le hizo un corte de unas seis pulgadas en el pecho. Hodon no pudo reprimir un gesto de admiración.

—Bien hecho —dijo—. Algún día, cuando seas mi compañera, estaré muy orgulloso de ti.

—Antes me uniré a un jalok —repuso la muchacha.

—Te unirás a mí y lo harás por tu propia voluntad —contestó Hodon—. Ahora ven a ayudarme.



V

—¿**H**as entendido bien lo que tienes que hacer? —le preguntó Hodon poco después, luego de haber explicado su plan a O-aa.

—Estás sangrando —le contestó la muchacha.

—No es más que una herida —repuso Hodon.

—Déjame coger unas hojas para que impida que siga sangrando.

—Después. ¿Estás segura de haberlo entendido todo?

—¿Por qué querías besarme? —inquirió O-aa—. ¿Te parezco hermosa?

—Si te contesto, ¿responderás a mi pregunta?

—Sí —afirmó la joven.

—Creo que fue por ser como eres, O-aa —respondió por fin Hodon.

La muchacha suspiró.

—Comprendo —dijo—. Está bien, pongámonos en marcha.

Haciendo acopio de piedras y rocas de distintos tamaños, las subieron hasta el borde del risco. Situaron la mayor de todas sobre la escala que conducía a la cornisa del nivel inferior y otras muchas sobre la entrada de la cueva prisión.

Una vez que hubieron llevado todo esto a cabo, Hodon se introdujo en la selva y cortó varias lianas, arrastrándolas luego hasta el borde del risco; después ató el extremo de cada una de ellas a los árboles que crecían cerca de la selva, unas cuantas yardas más allá.

—¡Esto ya está! —susurró a O-aa.

—No se te vaya a ocurrir pensar que porque te he ayudado y no te he clavado mi cuchillo en las costillas, te odio menos que antes —replicó la muchacha—. Espera a que mi hermano...

—De acuerdo —le interrumpió Hodon—. Cuando todo haya acabado podrás decirme lo que quieras sobre tu hermano. Te lo has ganado,
O-aa.

Has estado magnífica. Creo que serás una excelente compañera.

—Por supuesto que seré una excelente compañera —convino O-aa—. Pero no creas que vas a ser tú mi compañero.

—Empecemos ya —dijo Hodon—. Y mantén la boca cerrada... si es que eres capaz de hacerlo.

La muchacha le lanzó una mirada asesina, pero siguió al sari hasta el borde del risco. Hodon echó un vistazo para asegurarse de que todo estaba en calma. Asintiendo con la cabeza, hizo a O-aa la señal que ambos habían convenido.

Hodon había empujado la mayor de las rocas casi hasta el borde del risco y O-aa había hecho lo propio con las de menor tamaño. La muchacha observaba atentamente los movimientos de Hodon y cuando vio como este comenzaba a empujar la enorme roca hacia abajo, se levantó y arrojó una de las suyas.

La gigantesca roca golpeó a los dos guerreros que se sentaban junto a la escala, arrastrándoles tanto a ellos como a la escala de cornisa en cornisa y precipitando a otras escalas en su caída.

Hodon corrió hacia las rocas que estaba arrojando O-aa, mientras esta lo hacía hacia el lugar donde se encontraban las lianas y las echaba pared abajo. El sari empezó a llamar a voces a David Innes. De los dos guardias que quedaban en la cornisa, uno había recibido un impacto y se había precipitado al abismo. David y varios de los prisioneros corrían hacia la entrada de la caverna.

Solo quedaba un guardia para oponérseles. Ni Hodon ni O-aa habían sido capaces de acabar con él. David Innes se dispuso a hacerle frente mientras el guerrero, lanza en mano, salía a su encuentro sobre la estrecha cornisa. Al abalanzarse sobre Innes, este agarró la lanza e intentó arrebatarla de las manos. Los dos hombres forcejeaban por el arma al borde del abismo. En cualquier momento cualquiera de los dos podía verse precipitado hacia el suelo. El resto de prisioneros parecían demasiado sorprendidos o demasiado ansiosos por escapar como para acudir en ayuda de Innes. Pero ese no era el caso de Hodon. Al ver el peligro en que se encontraba su caudillo, se deslizó por una de las lianas y corrió a su

lado. Derribando al suvio de un golpe, le hizo caer del risco; luego indicó las lianas a Innes.

—¡Deprisa! —exclamó—. ¡Están subiendo por el cañón para llegar al risco y cortarnos el paso!

Ascendiendo cada uno por una liana, los dos hombres alcanzaron la cumbre. La mayoría de los kalianos habían desaparecido ya en la espesura. Innes había sido el único de los saris en ser confinado en la cornisa superior. Oose no había huido. Él y otro de los guerreros kalianos discutían con

O-aa.

El acompañante de Oose era un individuo barbudo y achaparrado de semblante poco atractivo. Daba la impresión de ser un retroceso en el tipo evolutivo hacia el de los neandertales. Al aproximarse al trío, Innes y Hodon oyeron como la muchacha gritaba:

—¡No lo haré!

—¡Sí lo harás! —estalló Oose—. Soy tu padre y tu rey y harás lo que te digo. Blug es un poderoso guerrero y un gran cazador. Será un buen compañero para ti. Su cueva es grande y las tres mujeres que ya tiene te ayudarán en tus tareas.

O-aa dio una patada en el suelo con su pie calzado con sandalia.

—¡He dicho que no lo haré! Antes me uniría a un sagoth.

Los sagoths eran unos seres semihumanos muy parecidos a los gorilas. Habían constituido los ejércitos de los mahars antes de que David Innes los expulsara de la porción del mundo interior de la que él había sido elegido emperador. O-aa no podía haber escogido un insulto más ofensivo.

—¡Ya basta! —rugió Blug enfurecido—. Serás mi compañera ahora mismo.

Agarró a O-aa por el brazo, pero Hodon se interpuso y le apartó la mano de un golpe.

—No lo será —dijo—. La muchacha elegirá su propio compañero.

Blug, poco más que una bestia poseedora de un temperamento brutal, contestó a aquellas palabras del único modo que sabía. Lanzó un terrorífico golpe a Hodon que bien pudiera haber derribado a un bos si allí hubiera habido un bos y si el golpe hubiera llegado a su destino. Pero Hodon no solo consiguió esquivarlo, sino que devolvió otro golpe a Blug que le hizo caer

pesadamente al suelo.

Blug se quedó tan sorprendido como Oose, puesto que Hodon no daba la impresión de ser rival para el fornido Blug. Los músculos de Hodon se destacaban suavemente bajo su bronceada piel. Pero su suavidad era engañosa. Hodon poseía una gran fuerza y agilidad. Blug, por el contrario, solo poseía fuerza; también poseía coraje, pero era el coraje propio de la brutalidad. Levantándose de un salto, cargó contra Hodon como un toro salvaje. Esta vez el sari le golpeó en plena boca, tumbándole de espaldas.

—¡Dejadlo ya! —gritó David Innes—. Si continuamos aquí, nos capturarán a todos.

—Ya basta —ordenó Oose a Blug.

—Está bien. Puedo matarle más tarde —respondió Blug.

—¡Un momento...! —exclamó Hodon—. ¿Dónde está O-aa?

La muchacha había huido. Mientras los dos hombres se peleaban, ella había escapado. Seguramente había pensado, como lo habían hecho Oose y Blug, que este mataría a Hodon sin ninguna dificultad.

—No la he visto marcharse —señaló Oose—. Cuando la encuentre le daré una buena paliza antes de entregársela a Blug.

—No si yo estoy cerca —replicó Hodon.

—Mejor que no te entrometas en asuntos que no son tuyos, Hodon —le aconsejó David.

—Es un asunto mío —contestó Hodon.

Innes se encogió de hombros.

—Está bien —dijo—; pero si te ves envuelto en tu propio entierro no digas que no te lo advertí. Ahora hay que salir de aquí.

—Hay unas cuevas cerca de la costa —dijo Oose—. Las hemos utilizado en otras ocasiones en que han invadido Kali. Mi gente probablemente se ha dirigido allí. Creo que debemos hacer lo mismo.

—Prefiero permanecer cerca de aquí —repuso Innes—. Mis guerreros aún están prisioneros. No pienso abandonarles.

—Yo me quedo contigo —dijo Hodon.

Oose y Blug empezaron a alejarse en dirección a la selva.

—Si todavía te encuentras aquí cuando regrese —dijo Blug dirigiéndose a Hodon—, acabaré contigo. Encontraré a O-aa

en las cuevas y la tomaré allí como compañera. Luego la traeré conmigo para que me vea matarte.

—Tu boca es demasiado grande —contestó Hodon—. Ocupa tanto espacio en tu cabeza que no deja sitio al cerebro.

Blug no respondió. No se le ocurrió nada que decir, puesto que su capacidad de réplica era bastante limitada. Se limitó a desaparecer en la espesura envuelto en el lúgubre manto de una siniestra cólera.

—Oigo venir a los suvios —señaló Innes.

—Sí —contestó Hodon—. Sígueme. Estoy bastante familiarizado con este territorio y sé dónde podemos escondernos.

—No me gusta esconderme —repuso David Innes.

—Ni a mí; pero dos hombres no pueden luchar contra quinientos.

—Tienes razón —contestó Innes—. Indícame el camino y te seguiré.

Avanzaron muy despacio. Hodon solo pisaba sobre las rocas. Innes pisaba exactamente en los mismos sitios en los que lo hacía Hodon. Al llegar a un pequeño arroyo, Hodon se introdujo en él y se adentró en su lecho. Se necesitaría ser un excelente rastreador para poder seguirles.



VI

Perry sonreía satisfecho mientras Dian la Hermosa daba palmas embelesada. El resto de los saris, en su mayoría mujeres y niños, con los ojos abiertos como platos, miraban aquello boquiabiertos y asombrados. Inclinando sus cabezas hacia atrás, sus miradas se dirigían hacia lo alto, hacia el lugar en que el gran globo de gas eclipsaba parcialmente el eterno sol de mediodía de Pellucidar. El globo de Perry era un éxito.

A pesar de haber lastrado la cesta con piedras, el globo se había elevado todo lo que daba de sí la cuerda. Cuatro fornidos saris hacían girar el torno para que descendiera. Todo el mundo estaba sorprendido, pero nadie más que Abner Perry. Aquel era el primero de sus «proyectos» que funcionaba al primer intento; de hecho, no se hubiera sorprendido demasiado si en lugar de ascender al cielo, el globo se hubiera quedado clavado en el suelo.

—Este es un gran día para Pellucidar, Dian —dijo—. ¡Vaya sorpresa que se va a llevar David!

En efecto, David se iba a llevar una gran sorpresa.

Mientras los saris miraban al balanceante globo como niños que hubieran descubierto un juguete nuevo, Ghak el Velludo y sus mil guerreros navegaban en dirección a Kali.

En ese mismo momento, Hodon conducía a David Innes hacia un pequeño cañón desde cuya cima un arroyo montaños se vertía en una cascada de exquisita belleza. Continuamente regada por la espuma procedente de la cascada, recibiendo el calor y el abrazo del eterno sol pellucidaro, una lujuriosa vegetación ascendía por la pared del acantilado y se desplegaba por el suelo del valle. Grandes racimos de orquídeas descendían por la rocosa pared del risco,

esplendorosos corpiños prendían hasta el seno de la montaña. Flores que hacía eones que habían crecido y se habían marchitado en la corteza exterior multiplicaban la belleza de las orquídeas. Escondida entre aquella masa de verdor y hermosura había una pequeña cueva, una cueva capaz de ser defendida por un solo guerrero contra todo un ejército de hombres de la edad de piedra.

—¡Un lugar hermoso! —exclamo Innes—. Y no está muy lejos de Kali. Nos quedaremos aquí hasta que venga Ghak. Haremos turnos de vigilancia. Quizá deberíamos haber buscado un sitio más cercano al mar, pero prefiero estar aquí, donde podemos vigilar el poblado. Allí es donde se hallan apresados mis guerreros y puede que se nos presente una oportunidad de sacarles de esas cuevas.

Nueces y frutos crecían en abundancia en los árboles y matas de aquel pequeño cañón. Sin embargo, los guerreros necesitan comer carne y se requieren armas para obtener esa carne. Entre David y Hodon ni siquiera sumaban un simple cuchillo de piedra, pero también los primeros hombres habían carecido de armas en sus inicios. Tuvieron que fabricárselas.

Introduciéndose en el arroyo, David y Hodon buscaron por sus alrededores hasta que encontraron un molusco de gran tamaño similar a un mejillón. Lo abrieron con una afilada piedra y cada uno cogió la mitad de su cáscara. Gracias a las piezas resultantes cortaron sendos trozos de unas cañas arbóreas de aspecto parecido al bambú y se fabricaron los astiles de dos ligeras lanzas. Continuando su búsqueda, reunieron varias piedras de diversos tipos: duras, suaves, lisas y de bordes afilados. Con algunas de ellas astillaron y trabajaron las otras hasta obtener dos puntas de lanza y un par de toscos cuchillos. Mientras Hodon buscaba fibras lo bastante resistentes como para atar las puntas de piedra a los astiles de las lanzas, David se hizo un arco y varias flechas, pues aquellas eran sus armas preferidas.

Cuánto tiempo les llevó aquella tarea no hay forma de saberlo salvo por las veces que comieron y durmieron. En total les debió llevar una semana de tiempo de la corteza exterior, aunque quizá fuese un día o tal vez un año. De vez en cuando, alguno de los dos se dirigía a la cima de las colinas y examinaba el camino hacia la costa, siempre con la esperanza de divisar a Ghak y sus guerreros.

En una de esas ocasiones Hodon se hallaba cazando. Su suerte

no había sido buena y se había alejado hacia el nordeste de Kali mucho más de lo que solía hacerlo. Había atisbado la caza —ciervos rojos y orthopis, los primitivos caballos de pezuñas divididas en tres dedos que antaño habían recorrido la corteza exterior—, pero siempre había ocurrido algo que la había espantado antes de tenerla a tiro.

De repente, llegó hasta él un terrorífico rugido y el ruido de un pesado cuerpo aproximándose a través de la maleza. Hodon buscó un árbol al que poderse subir rápidamente y con facilidad, pues conocía al autor de semejante rugido. Se trataba de un león de las cavernas, y cuanto menos se tuviera que ver con un león de las cavernas más feliz se era y más tiempo se vivía.

Acababa de localizar un hermoso árbol al que subirse cuando vio surgir algo de los arbustos situados en la dirección de la que procedía el rugido. Pero no era ningún león de las cavernas. Era O-aa.

Corría como un conejo asustado y tras ella venía el león de las cavernas.

Hodon se olvidó del árbol. El león no avanzaba tan rápido entre la masa selvática como lo hacía

O-aa.

La muchacha saltaba tan ligera y grácilmente como una gacela. Hodon corrió a su encuentro.

—¡Atrás! —gritó O-aa—. ¡Es un ta-ho!

Hodon ya sabía que se trataba de un ta-ho, pero eso no le hizo retroceder. Cuando O-aa pasó a su lado, se agachó y apoyó la parte trasera de su lanza en el suelo, sosteniéndola en ángulo, con su afilada punta al frente.

Aquella lanza era demasiado pequeña para el propósito que se disponía a usarla. Con una lanza larga y fuerte, los grandes cazadores de Pellucidar eran capaces de matar de aquella forma tanto a leones de las cavernas como a tigres de dientes de sable. Pero con una lanza tan diminuta como la que ahora llevaba, cualquier guerrero resultaría mortalmente herido antes de conseguir acabar con aquella bestia. A pesar de todo, Hodon no vaciló ni un solo instante desde el momento en que vio que estaba en juego la vida de

O-aa.

El gigantesco león apareció prácticamente encima de él; su enmarañada faz era una espantosa máscara de salvajismo. Su ímpetu le lanzó contra la afilada punta de piedra. Hodon saltó a un lado y desenvainó su cuchillo. Sin pensárselo dos veces, se encaramó a la espalda del enloquecido monstruo y enredó una de sus manos entre su melena, mientras con la otra clavaba su cuchillo una y otra vez en la gruesa piel del costado de la bestia.

El león saltó de un lado a otro. Se giró sobre sí mismo intentando atrapar a aquella cosa-hombre. Rodó por el suelo intentando deshacerse de él. Entonces, de manera bastante repentina, cayó sobre su lomo. La punta de la lanza había alcanzado su corazón.

Levantándose, Hodon miró a su alrededor en busca de O-aa. No se la veía por ninguna parte. La llamó en voz alta, pero no obtuvo respuesta. ¡Había arriesgado su vida por ella y la muchacha había huido de él! En ese instante, Hodon sintió como un colérico odio crecía en su interior.

Emprendió su búsqueda con la intención de darle una paliza tan pronto como le pusiera la vista encima. Al ser un excelente rastreador, no le llevó mucho tiempo a Hodon dar con su pista. Comenzó a seguirla tan sigilosamente como si hubiera estado acechando a la más cauta de las presas que conocía.

Encontró a la muchacha casi en el mismo borde de la selva. Evidentemente, pensaba que había logrado eludirle puesto que caminaba con total despreocupación. La visión de aquella pequeña e impertinente figura volvió a espolear la furia de Hodon. Decidió que una paliza no era castigo suficiente. Desenvainando su cuchillo de piedra, avanzó silenciosamente hacia ella dispuesto a cortar su garganta.

Al fin y al cabo, Hodon el Ligero solo era un cavernícola de la edad de piedra. Sus instintos eran primitivos y directos aunque a veces le fallaran, como ocurrió en aquella ocasión. Creía que los sentimientos que albergaba hacia

O-aa

eran de odio cuando en realidad eran de amor. Si no la hubiera amado, no le hubiera preocupado que huyera mientras arriesgaba su vida por ella. Hay pocos sentimientos que estén más estrechamente unidos e inexplicablemente entremezclados que el

amor y el odio. Pero Hodon no era consciente de ello. En ese momento tan solo odiaba a

O-aa

con todo su corazón.

Aproximándose a la muchacha, la cogió por el cabello y le hizo girarse para poder ver su rostro. Si su verdadero propósito era matarla, aquello fue un error. Solo un hombre que hubiera tenido una piedra por corazón hubiese cortado la garganta de

O-aa

mientras miraba sus bellas facciones.

La joven tenía los ojos muy abiertos.

—¿Vas a matarme? —preguntó—. Cuando mi hermano...

—¿Por qué has huido de mí? —inquirió Hodon—. He podido haberte matado.

—No me fui hasta comprobar que habías matado al ta-ho —respondió ella.

—¿Por qué huiste entonces?

La mano de Hodon que sostenía el cuchillo colgaba inerte a su costado. Había aflojado su presa sobre el cabello de

O-aa.

La rabia de Hodon se desvanecía en sus ojos a medida que contemplaba los de la muchacha.

—Hui de ti porque me das miedo. No quiero unirme ni a ti ni a ningún otro hombre hasta que esté preparada para hacerlo. Y ahora no lo estoy. Ningún hombre me ha ganado todavía.

—Yo he luchado por ti —dijo Hodon—. Y he matado a un ta-ho en tu defensa.

—Un ta-ho no es un hombre —repuso O-aa, como si con aquello quedase zanjada la cuestión.

—Pero sí me enfrenté a Blug. Cada vez que lucho por ti sales huyendo. ¿Por qué lo haces?

—Aquella vez hui de Blug. Creí que te iba a matar y que luego vendría a por mí. De todos modos, haber luchado con Blug no significa nada. No llegaste a acabar con él. Le he visto hace poco con mi padre, aunque ellos no me vieran a mí.

—¿Me estás diciendo que tengo que matar a un hombre para que accedas a ser mi compañera? —inquirió Hodon.

—En este caso, sí. Tendrás que matar a Blug. Aún no puedo

entender como no acabó con tu vida cuando os enfrentasteis. Si yo fuera tú, me mantendría apartado de su camino. Es un formidable guerrero, capaz de partirte en dos. Creo que me gustará ver esa pelea.

Hodon la miró fijamente durante un largo instante; finalmente dijo:

—Me parece que no vales la pena como compañera.

Los ojos de O-aa relampaguearon.

—Tienes suerte de que mi hermano no te haya oído decir eso —replicó con aspereza.

—Deja ya en paz a tu familia —contestó Hodon—. Estoy cansado y aburrido de oírte hablar todo el rato de tu familia.

Mientras hablaban, inconscientes de cualquier otra cosa que no fueran ellos mismos, seis criaturas de extraño aspecto se arrastraban hacia ellos a través de la maleza.



VII

Los cuatro saris que manejaban el torno hicieron descender el globo al suelo, reteniéndolo allí mientras otros guerreros retiraban las piedras que hacían de lastre. Todo el mundo se apiñaba a su alrededor, examinándolo con atención y agolpándose para felicitar a Abner Perry. Este se sentía tan feliz y orgulloso que estaba a punto de ponerse a bailar.

—Ahora me toca subir a mí —dijo Dian.

—Quizá sería mejor que esperases a que regresara David —le aconsejó Perry—. Tal vez pudiera ocurrir algo imprevisto.

—Ha sido capaz de subir con todas esas piedras —argumentó Dian—, y yo no peso tanto como ellas.

—No es esa la cuestión —repuso Perry—. Por supuesto que subiría contigo a bordo. Simplemente, no creo que debas hacerlo hasta que regrese David. Como dije antes, podría ocurrir cualquier cosa.

—Estoy decidida a subir ahí —contestó Dian.

—¿Y si te lo prohíbo? —dijo Perry.

—Subiría de todos modos. ¿Acaso no soy la emperatriz de Pellucidar?

La muchacha exhibió su mejor sonrisa al decirlo, pero Perry era consciente de que, emperatriz de Pellucidar o no, Dian la Hermosa subiría a aquel globo si se le metía en la cabeza la idea de hacerlo.

—De acuerdo —dijo—. Dejaré que lo hagas; pero no subirás a mucha altura.

—Me dejarás subir todo lo que dé de sí esa cuerda —replicó la muchacha—. Quiero ver a David cuando regrese.

—Está bien —dijo Perry con resignación—. Sube.

Los saris se apiñaron alrededor de Dian mientras esta subía a la

cesta. Era una experiencia mucho más allá de lo que cualquiera de ellos hubiese imaginado nunca y Dian la Hermosa estaba a punto de disfrutarla. Todos la envidiaban. Le gastaron alegres bromas acerca de lo que tenía que buscar cuando tocase el sol. Le preguntaron las mismas cosas que la gente del mundo exterior le hubiese preguntado en similares circunstancias. Las mismas cosas excepto una: nadie le preguntó si tenía miedo. A un sari no se le pregunta si tiene miedo.

Perry hizo una señal a los hombres del torno y el globo comenzó a elevarse. Dian la Hermosa daba palmas de alegría.

—¡Más rápido! —gritó a los cuatro hombres que manejaban el torno.

—¡Más despacio! —les ordenó Perry—. Tomáoslo con calma.

El gran globo de gas ganó cada vez más altura. Una pequeña brisa lo cogió y lo balanceó de un lado a otro. Dian se sentía muy pequeña y sola allí arriba, con aquella enorme cosa oscilando sobre su cabeza.

—¿Puedes ver a David? —le gritó alguien.

—Aún no —contestó Dian—. Pero puedo ver el Lural Az. ¡Subidme un poco más!

En breve, la cuerda llegaría a su fin. Perry empezaba a sentirse más aliviado ya que faltaba poco para que pudiera hacer descender el globo. Estaba ansioso por ver de nuevo a Dian en tierra firme. Quizás Abner Perry estuviera teniendo una premonición.

Las terribles criaturas se arrastraban cada vez más cerca de Hodon y O-aa. Eran unos seres de piel negra, desnudos y con largas y prensiles colas. Sus frentes sobresalían sobre unos ojos pequeños y semicerrados. No parecía haber más cráneo por encima de aquellas frentes. Unos recios y cortos cabellos negros crecían en sus cabezas. Sin embargo, el rasgo que más llamaba la atención eran un par de colmillos que se curvaban desde su mandíbula superior hasta la barbilla.

—Preferiría que te fueses y me dejases sola —decía O-aa en aquel momento—. No me gustas. Si mi hermano...

En ese instante las extrañas criaturas se abalanzaron sobre ellos rugiendo como bestias. Con sus manos y sus colas atraparon a Hodon y a

O-aa,

que se encontraron indefensos en sus garras. Al arrastrar a sus prisioneros hacia la selva no dejaron de hablar y farfullar entre ellos.

Hodon intentó entablar una conversación con sus captores, pero ni estos le entendían ni él era capaz de entenderles a ellos. Su temperamento era bastante irascible y golpeaban a sus cautivos sin ninguna provocación.

—Vamos a morir —dijo O-aa.

—¿Qué te hace pensar eso? —inquirió Hodon—. Si hubieran querido matarnos lo habrían hecho ya, cuando nos atacaron.

—¿No sabes quiénes son? —le preguntó O-aa.

—No —respondió Hodon—. Nunca había oído hablar de estas criaturas.

—Son hombres de dientes de sable —le explicó la muchacha. Naturalmente, no empleó la palabra «sable». El término que utilizó fue el de «hombres con dientes de tarag». El tarag es el tigre de dientes de sable del mundo interior.

—Son devoradores de hombres —añadió para completar la explicación.

—¿Quieres decir que nos llevan a su hogar para devorarnos? —preguntó Hodon.

—Exactamente —contestó O-aa.

—Si hubieras venido antes conmigo, ahora no te encontrarías en esta situación —dijo Hodon.

—Bueno —replicó O-aa—, hay cosas peores que ser devorada por un hombre de dientes de sable.

—En eso tienes razón —convino Hodon—. Estar todo el rato oyendo hablar de tu familia es un buen ejemplo.

—Mi hermano es un poderoso guerrero —dijo O-aa—. A ti te podría partir en dos. Y mi hermana es muy hermosa. Seguro que vosotros no tenéis en Sari mujeres tan hermosas como mi hermana. Y el padre de mi madre era tan fuerte que podía llevar el cuerpo de un thag sobre su espalda.

—Estoy seguro de que todo eso es mentira —repuso Hodon—. ¿Por qué siempre mientes tanto cuando hablas de tu familia? A mí no me interesa tu familia. Solo me interesas tú.

—Mi padre es un rey —le contestó O-aa.

—En lo que a mí concierne puede ser un sagoth. Yo no deseo

unirme a tu padre.

—Pues ahora no creo que vayas a unirte a nadie —replicó O-aa—. Lo que creo es que vas a ser devorado por algún hombre de dientes de sable y por su compañera.

—Puede que sea el mismo individuo quien nos devore a los dos —contestó Hodon con una mueca—. Entonces sí que estaremos verdaderamente unidos.

—Si me hacen algo así, haré que el responsable tenga un buen dolor de barriga —afirmó

O-aa.

—Empiezas a no gustarme tanto como creía —comentó Hodon.

—Eres estúpido si de lo único que te has dado cuenta es de eso —replicó

O-aa.

—No entiendo porque te disgusto. No creo ser feo. Te trataría correctamente y, ciertamente, puedo protegerte.

—Sí, esa es la impresión que tengo —contestó O-aa mirando a su alrededor.

Hodon dejó la conversación por imposible.

Dos hombres de dientes de sable habían enroscado sus colas al cuello de sus cautivos. Les llevaban prácticamente a rastras mientras que otros, por detrás, les empujaban, pegaban y propinaban patadas. Las grotescas criaturas de piel negra no habían dejado de farfullar. A Hodon le recordaban los pequeños y velludos hombres negros que vivían en los árboles de las selvas cercanas a Sari.

Los riscos de Kali constituyen las primeras estribaciones de una cordillera montañosa que se extiende hacia el nordeste, en paralelo con la costa del Lural Az. En dirección a estas montañas era hacia donde Hodon y

O-aa

estaban siendo arrastrados. El terreno se volvía cada vez más escarpado a medida que ascendían. Las formaciones calizas cedían paso a las rocas volcánicas. Extintos volcanes se divisaban a ambos lados. La vegetación era pobre y escasa. El paisaje era desolado.

Golpeados y magullados, los prisioneros fueron conducidos hacia una cavidad abierta en uno de los lados de la montaña. Su interior estaba tan oscuro como la boca de un lobo, pero los

hombres de dientes de sable ni siquiera se detuvieron en el umbral. Sin dejar de farfullar, se introdujeron en la caverna y corrieron a través de ella como si se hallase iluminada por la luz del día. Hodon y

O-aa

eran incapaces de ver nada. Sentían la gastada superficie de la roca bajo sus sandalias y percibían que estaban ascendiendo. En breve, el ascenso se hizo tan pronunciado que habrían caído de espaldas si sus captores no les hubieran sostenido. Arrastrados por el cuello, subían cada vez a más altura. La presa de las asfixiantes colas apenas les permitía respirar.

Finalmente, el ascenso se hizo completamente perpendicular. Largas lianas colgaban desde lo alto, donde resplandecía la luz del sol. Por encima de ellos se veía una abertura circular en la que brillaba el astro rey, permitiéndoles ver que estaban subiendo por una chimenea circular. Aunque ellos no lo sabían, se encontraban en el interior de un volcán.

Los hombres de dientes de sable treparon por las lianas, arrastrando a Hodon y a O-aa tras ellos. Ninguno de los dos fue consciente del momento en que alcanzaron la cima del volcán. Cuando les soltaron, ambos quedaron tendidos e inertes en el lugar donde habían caído.

Dian la Hermosa observaba la selva, las suaves colinas y las fértiles llanuras. Veía como grandes rebaños de thags, ciervos rojos y dinosaurios herbívoros pastaban en la lujuriosa vegetación. Veía el Lural Az curvándose hacia lo alto, como según el profesor Einstein lo hacían el tiempo y el espacio, hasta perderse en la distancia, puesto que en Pellucidar no hay horizonte. Distinguió la isla de Anoroc, donde los cobrizos mezops habitaban en sus casas arbóreas y, más allá, el archipiélago de Luana. Podría haber visto Greenwich si no hubiera sido más que un lugar imaginario en un mapa imaginario. Sin embargo, no descubrió ningún rastro de David Innes, aunque esforzó sus ojos hasta que se le saltaron las lágrimas.

Los cuatro hombres seguían dando más y más cuerda; sus ojos se posaban en el globo y no en el torno. Perry también observaba el globo. Pensaba que Dian había subido demasiado y que ya había visto todo lo que era posible ver desde aquella altura, así que se

volvió hacia los hombres del torno para ordenarles que hicieran descender el globo. Lo que en ese momento descubrió hizo subir un grito de horror a su garganta.

Al mismo tiempo, David Innes permanecía de pie sobre el promontorio situado a las afueras de Kali y miraba en dirección al Lural Az. Su mirada recorría el mar buscando a Ghak el Velludo, pero su búsqueda no tenía más éxito que la de Dian. Lentamente, volvió a encaminar sus pasos hacia el escondido cañón. Hodon ya habría regresado con una buena provisión de carne, pensó. Sin embargo, no había ningún rastro de Hodon.

David se introdujo en la caverna y se tendió a dormir. Cuando despertó comprobó que Hodon aún no había aparecido. David se vio entonces obligado a partir en busca de caza. Comió varias veces y durmió algunas más, pero Hodon continuaba sin regresar. David empezó a preocuparse, pues era consciente de que Hodon ya habría regresado si no le hubiera sucedido nada. Decidió salir en su busca, aunque sabía que aquella tarea iba a ser como buscar una aguja en un pajar.

Descubrió el rastro de Hodon, a pesar de estar prácticamente borrado, y llegó hasta los restos del león. Las heridas de su costado y la lanza alojada en su pecho le narraron de manera gráfica lo ocurrido. Después halló las huellas de las pequeñas sandalias de O-aa.

Lo que leyó en el lugar donde habían sido capturados por los hombres de dientes de sable le llenó de aprensión. Se trataba de unas huellas demasiado grandes para ser humanas, aunque lo parecían. El rastro de la partida se dirigía hacia el nordeste. En su mayor parte, las huellas de Hodon y O-aa

estaban borradas por las de sus captores, pero lo que había descubierto le había bastado a David Innes para saber que una partida de criaturas desconocidas había capturado a Hodon y a O-aa.

Solo podía hacer una cosa: seguirlos. Y eso hizo. El rastro le condujo hasta la oscura entrada de una chimenea volcánica. Avanzó un poco, pero no consiguió ver ni oír nada. Percibió una fuerte brisa procedente de la dirección que estaba siguiendo y que se adentraba en el interior de la caverna. Continuó avanzando sin dejar de

examinar el terreno. Ante él apareció el talud de un extinto volcán. Se podía ver el borde del cráter claramente definido contra el azul del cielo. De repente tuvo una inspiración y comenzó a ascender la montaña.

Cuando Hodon y O-aa recuperaron el conocimiento todavía se encontraban en el lugar donde habían caído. A su alrededor se elevaban las paredes de un cráter volcánico. El suelo de la pequeña llanura en la que se hallaban estaba cubierto de verdor. En el centro había un diminuto lago de azules aguas. Toscas chozas aparecían dispersas por la zona.

Se encontraban rodeados por miembros del pueblo de los dientes de sable, hombres, mujeres y niños. Hablaban en aquella extraña jerga simiesca que constituía su lenguaje. Se rugían y gruñían unos a otros y, ocasionalmente, algunos de ellos intentaban apresar a Hodon o a

O-aa

con sus largas y prensiles colas. Tres o cuatro machos se hallaban muy cerca de los cautivos y cada vez que alguno de sus compañeros intentaba cogerles era rechazado o ahuyentado. Para Hodon era evidente que se les estaba protegiendo, pero ¿por qué motivo?

Después de haber recuperado la consciencia, sus guardianes les pusieron en pie a trompicones y les llevaron hasta una de las chozas —una estructura abierta con un sencillo techo de paja—. Allí, un gigantesco individuo se hallaba sentado en el suelo; a su lado, se encontraba el ser humano de aspecto más extraño que Hodon u

O-aa

hubieran visto jamás. Se trataba de un pequeño y apergaminado anciano cuya blanca barba casi ocultaba el resto de sus facciones. No tenía dientes, y sus ojos eran los de un hombre muy viejo.

—Bueno —dijo el hombrecillo, examinándoles—, me parece que estáis metidos en un buen lío. En Cabo Cod diríamos que estáis metidos en un lío de mil infiernos, pero ahora ni estamos en Cabo Cod ni vosotros habéis oído hablar jamás del infierno, a no ser que este lugar verdaderamente lo sea, cosa que a veces pienso. ¿Acaso no nos dice el Libro Sagrado que la gente *desciende* al infierno? ¿O no lo dice? Vaya, no estoy seguro. El caso es que yo *descendí* a este sitio, y no creo que el infierno sea mucho peor.

El anciano hablaba el pellucidaro con un marcado acento de

Cabo Cod.

—Bueno —continuó tras tomarse un respiro—, sea como sea, os encontráis aquí. ¿Sabéis lo que van a hacer con vosotros?

—No —respondió Hodon—. ¿Lo sabes tú?

—Bueno, probablemente os engordarán y después os comerán. Es lo que suelen hacer normalmente. Os mantendrán vivos durante algún tiempo. Les gusta hacerlo así. De todas formas, como aquí abajo no existe nada que se parezca al tiempo, ¿quién sabe lo que vais a tardar en engordar o lo que van a tardar en comeros? Solo Dios sabe cuánto llevo aquí. Cuando llegué a este sitio mi pelo era negro y tenía unos buenos dientes... ¡Miradme ahora! Es posible que también a vosotros os mantengan con vida hasta que se os caigan los dientes. La verdad, me gustaría que fuera así. Hacía mucho tiempo que no tenía alguien con quien hablar. Estas cosas no son precisamente muy buena compañía.

—¿Cómo es que aún no te han devorado? —preguntó Hodon.

—Bueno, esa sí que es una larga historia. Algún día os la contaré... si es que todavía estáis con vida.

El gigantesco hombre de dientes de sable que estaba sentado junto al anciano comenzó a hablar en su extraña jerigonza y este le respondió en la misma lengua; luego se volvió hacia Hodon.

—Quiere saber de dónde venís y si hay más de los vuestros cerca de aquí. Dice que si le guiais hasta donde se encuentran no os matarán.

—Dile que antes necesitamos descansar —contestó Hodon—. Puede que luego se me ocurra algún poblado en el que haya humanos rollizos y de buen aspecto.

El hombrecillo se volvió y tradujo aquella respuesta al hombre de dientes de sable, quien le respondió en la misma jerga.

—Dice que le parece bien. Enviará ahora mismo a varios de sus guerreros contigo.

—Dile que primero necesitamos descansar —insistió Hodon.

Tras un nuevo intercambio de palabras entre el hombre de dientes de sable y el anciano, este último dijo:

—Ahora tenéis que venir conmigo. Luego, cuando hayáis descansado, vendrán a buscaros.

El hombrecillo se levantó y Hodon y O-aa le siguieron hasta otra choza. Esta parecía mucho más sólidamente construida que el resto.

—Este es mi camarote —dijo el viejo—. Podéis sentaros y consideraros como en vuestra propia casa. Lo construí yo mismo. Tiene todas las comodidades de un verdadero hogar.

Las comodidades consistían en un jergón relleno de paja, una mesa y un banco.

—Explícanos cómo llegaste hasta aquí y por qué aún no te han devorado —dijo Hodon.

—Bueno, la razón por la que no me han devorado, o, mejor dicho, el motivo por el que no lo hicieron en un primer momento, es porque salvé la vida de ese tipo que habéis visto sentado a mi lado. Es su jefe. A veces creo que la única razón por la que no me han hincado el diente es porque soy demasiado viejo y estoy condenadamente duro. En cuanto a cómo llegué hasta aquí, procedo de un sitio del que jamás habéis oído hablar y que se encuentra en un mundo que ni siquiera soñáis que exista. Vosotros no lo sabéis, pero estáis viviendo en el centro de una gran bola redonda en cuya superficie existe un mundo completamente diferente al vuestro. Bueno, el caso es que yo procedo de ese otro mundo exterior. Ahí arriba yo era un hombre de mar. Solía navegar alrededor del Ártico. La última vez que estuve allí recuerdo que había un horroroso verano ahí afuera. Navegamos mucho más al norte de lo que nunca lo habíamos hecho antes. No había hielo, solo un enorme mar polar hasta donde alcanzaba la vista.

—Bueno —prosiguió—, todo iba a las mil maravillas hasta que nos vimos envueltos en la peor tormenta de mil demonios que jamás hayáis visto. El caso es que el *Dolly Dorcas* naufragó. El *Dolly Dorcas* era nuestro barco. No sé qué ocurrió con los demás, pero lo cierto es que tan solo quedamos ocho en el bote. Teníamos agua, comida, una brújula, velas y remos; pero aquello no tenía buena pinta: nos hallábamos en pleno Océano Ártico y el invierno empezaba a acercarse. Lo mejor que podíamos hacer era despedirnos y decirnos adiós. Navegamos hacia lo que creímos el sur durante mucho tiempo; la brújula actuaba cada vez de una manera más rara. Cualquiera hubiera pensado que aquel maldito cacharro se había vuelto loco. Entonces nos quedamos sin comida y lo peor de todo vino cuando tuvimos que empezar a comernos unos a otros... Comenzamos por el que más débil se hallaba. Algunos de los muchachos se volvieron locos; incluso dos llegaron a saltar por

la borda, lo que no estuvo nada bien teniendo en cuenta lo mal que andábamos de comida. Bueno, por acortar un poco la historia, como diría aquel, al final el único que quedó a bordo fui yo. Entonces, ¡por todos los diablos que el tiempo empezó a cambiar! Cada vez hacía más calor, y no pasó mucho tiempo antes de que avistase tierra firme. En ella encontré frutos, nueces y agua fresca. Creedme que ocurrió en el momento justo, porque me sentía tan condenadamente hambriento que estaba a punto de cortarme una pierna y comérmela.

O-aa estaba sentada con los ojos muy abiertos y absolutamente maravillada con la historia; prácticamente se bebía cada palabra. Hodon jamás la había visto en silencio durante tanto tiempo. Por fin había encontrado la horma de su zapato.

—¿Ahora no dices nada de tu hermano ni del padre de tu madre? —le preguntó Hodon en tono de burla.

—¿Eh? ¿Qué has dicho? —inquirió el viejo.

—Hablabas con O-aa —contestó Hodon.

—No me interrumpas, chico. Me parece que eres de los que hablan demasiado. No sé por dónde iba. Has hecho que me pierda.

—Estabas a punto de comerte tu pierna —le apuntó O-aa.

—Ah, sí. Bueno, por abreviar un poco la historia, como diría aquel, había llegado a Pellucidar. No sé cómo pude sobrevivir con el hambre que tenía, pero el caso es que lo hice. Vagué de una tribu en otra y, por uno u otro motivo, ninguna de ellas acabó con mi vida. Aprendí el lenguaje, a cazar con una lanza... De algún modo conseguí mantenerme vivo. Finalmente robé una canoa y me adentré en el océano más condenadamente grande que había visto en mi vida. Mi barba mediría una yarda de largo cuando desembarqué cerca de aquí y fui capturado por estas cosas. Bueno —concluyó—, lo mejor que ahora puedo hacer es alimentarnos bien para que engordéis lo antes posible. Creo que esta jovencita estará muy sabrosa dentro de poco.

Estirándose, pellizcó la carne de O-aa.

—¡Yum! —exclamó—. Creo que ya estás casi a punto.

—¿Tú también comes carne humana? —preguntó Hodon.

—Bueno, adquiriré un cierto gusto por ella cuando naufragó el *Dolly Dorcas*. Ole Bill estaba un poco rancio y duro, pero había un sueco que fue el manjar más delicioso que os podáis imaginar. Sí,

tuve que comer lo que dispuso el Señor. Y ahora parece que os tendré que comer a vosotros.

—Creí entender que esperabas que no nos comieran para poder disfrutar de nuestra compañía —dijo

O-aa.

—Sí, me encuentro dividido entre dos amores, como diría aquel. Me gusta comer y me gusta charlar.

—A nosotros nos gusta escuchar —dijo Hodon.

—Sí —convino O-aa—. Podríamos escucharte eternamente.

Lo que Perry había visto, lo que había hecho ascender un grito a sus labios, era que el extremo de la cuerda se estaba escapando del torno. ¡Se había olvidado de atarlo con fuerza! Saltó hacia delante y atrapó la cuerda, pero el globo se impulsó hacia lo alto, elevando el extremo de la cuerda por encima de su cabeza. Su gesto fue inútil; ni siquiera una docena de hombres hubieran podido retener al globo de gas más de lo que lo había hecho Perry.

El anciano vio como el globo se iba haciendo más y más pequeño a medida que ascendía. Luego se sentó y, cubriéndose el rostro con las manos, empezó a sollozar. Dian la Hermosa se había perdido para siempre. Ningún poder sobre la Tierra o en su interior podía hacer ya nada por la muchacha. Ni siquiera se podía calcular la altura a la que ascendería, y mucho menos la distancia que se la llevaría de Sari. Seguramente perecería por la falta de oxígeno. Su cuerpo sería transportado durante miles de millas antes de que el globo comenzase a perder gas y a descender.

Quería a Dian la Hermosa como si se hubiera tratado de su propia hija y era consciente de que David Innes la adoraba. Ahora, había causado la muerte de Dian y había destrozado la vida de David, las dos personas a las que más amaba en el mundo. Sus estúpidas invenciones podían haber reportado algún bien en el pasado, a pesar de que también habían causado algún daño. Sin embargo, cualquier logro que antes hubiera conseguido quedaba ahora borrado por lo sucedido. Lo peor, pensaba, era que todo se había debido a su criminal e inconsciente descuido.

Dian percibió la repentina y brusca elevación del globo. Mirando hacia abajo por encima de la cesta se dio cuenta rápidamente de lo que había ocurrido. Todo se veía cada vez más pequeño. En pocos instantes, ni siquiera pudo distinguir a la gente. Se preguntó qué iba

a ser de ella. Tal vez ascendiese hasta el sol y muriese incinerada. El viento impulsaba el globo hacia el sudoeste.

No se dio cuenta del mayor error que había cometido Perry, del mismo modo que tampoco lo había hecho este: no había instalado ninguna cuerda de apertura en el globo. Si la hubiera habido, Dian hubiera dejado escapar gradualmente el gas y habría podido aterrizar a no muchas millas de Sari. Perry siempre se había olvidado de algo esencial en todo aquello que había construido. Su primer mosquete carecía de gatillo.

Dian la Hermosa se dio a sí misma por muerta. Gritó, pero no porque tuviera miedo a morir. Gritó porque jamás volvería a ver a David.

Mientras tanto, muy lejos de allí, David alcanzaba el borde del cráter y se asomaba por él. Abajo, apenas a cien pies, descubrió un ondulado valle colmado de verde vegetación. Distinguió una pequeña laguna, chozas con techos de paja y mucha gente. Vio a Hodon y a

O-aa.

Sus suposiciones habían resultado correctas. Se fijó en el extraño pueblo de dientes de sable. Habría unos doscientos individuos. ¿Cómo se las iba a arreglar él solo para rescatar a Hodon y a O-aa de un número tan abrumador de enemigos?

David Innes era un hombre de recursos, pero cuanto más se estrujaba el cerebro, más imposible de resolver le parecía aquel problema. No les sería de ninguna ayuda si bajaba al cráter. Eso simplemente significaría su propia captura, y con eso no conseguirían nada.

Examinó el interior del cráter con atención. Las paredes eran perpendiculares e imposibles de escalar en todos sus puntos, excepto quizás en uno. Allí, el muro se había venido abajo. El derrumbamiento había formado una pendiente que alcanzaba el borde del cráter; apenas había más de cincuenta pies desde el suelo hasta su cima. Por allí podía intentarse la huida; pero ¿cómo llamar la atención de Hodon hacia aquel punto? ¿Cómo crear un señuelo que llamase la atención de sus enemigos el tiempo suficiente para que Hodon y O-aa intentasen recobrar su libertad? En ese momento, vino a su mente la brisa que le había acompañado mientras avanzaba a través de la oscura caverna que le había conducido al

interior del volcán. Dándose media vuelta, comenzó a descender la escarpada pendiente.

El hombrecillo había estado hablando sin cesar. Ni siquiera O-aa había logrado introducir una palabra en la conversación. Sin embargo, por fin se detuvo un instante, posiblemente para refrescar en su mente algún suceso pasado.

Hodon aprovechó ese momento para sugerir algo que le había estado rondando por la cabeza desde hacía algún tiempo.

—¿Por qué no huyes de aquí? —le preguntó.

—¿Eh? ¿Qué dices? ¿Escapar...? Bueno, no había vuelto a pensar en eso desde que se me cayó la última muela que me quedaba. Pues, naturalmente, porque jamás conseguiría huir de aquí.

—No veo porque no podrías hacerlo —repuso Hodon—. De hecho, tampoco veo porque no podríamos huir los tres. ¿Ves aquel punto de la pared que se ha venido abajo? Podríamos llegar allí en un momento si encontrases un modo de llamar su atención.

—¡Hum! —murmuró el viejo pensativamente—. Hay veces en que muchos de ellos duermen al mismo tiempo. Tal vez pudiera ser posible, aunque lo dudo. De todos modos, ¿de qué me valdría escapar? Seguramente acabaría conmigo la primera tribu que me capturase, si es que alguna bestia no me mataba antes.

—No sería así —dijo Hodon—. Vendrías conmigo a Sari, donde serías bien tratado. Incluso podrías encontrar allí a algunos viejos amigos. Hay dos hombres de Hartford, Connecticut, viviendo con nosotros en Sari.

El hombrecillo se puso alerta al instante.

—¿Qué sabes tú de Hartford, Connecticut? —preguntó.

—Yo no sé nada —respondió Hodon—, pero esos dos hombres sí que saben muchas cosas. Le he oído hablar de ese lugar muchas veces.

—¿Cómo llegaron hasta aquí? Seguro que su historia debe ser similar a la mía. Tal vez les gustase escuchar lo que me pasó a mí.

—¡Claro que les gustaría! —dijo O-aa, que no tenía nada de estúpida—. Deberías venir con nosotros.

—Tengo que pensarlo —dijo el viejo hombrecillo.

David Innes se dirigió a la entrada de la chimenea volcánica.

Haciendo acopio de madera seca, hojas y hierba, lo apiló todo cerca del tubo de tiro, colocando la hierba encima. Luego encendió un fuego y lo prendió todo. Tan pronto como lo vio arder, se alejó de la chimenea y ascendió por la pendiente tan rápido cómo le fue posible.

Al alcanzar la cima y mirar a su alrededor, vio como el humo surgía a través de la abertura y ascendía por encima del cráter. Una farfullante multitud de hombres de dientes de sable se había congregado en torno al volcán. Otros se les estaban uniendo. David estaba a punto de arriesgarlo todo y gritarle a Hodon que corriera hasta el derrumbamiento, cuando vio a

O-aa,

a Hodon y a otro individuo corriendo hacia allí. Aquel tercer miembro de la partida no era uno de los nativos, así que asumió que debía tratarse de otro prisionero.

La distracción que Hodon había esperado había tenido lugar de manera casi milagrosa, y los tres no habían dudado en aprovecharse de ella.

—¿Estáis seguros de que esos hombres de Hartford, Connecticut, están de verdad donde vamos? —preguntó el viejo—. Malditos seáis si me habéis mentido. Os juro que os comeré a la primera oportunidad que tenga.

—Naturalmente que están allí —contestó O-aa—. Les vimos justo antes de que nos fuéramos.

Hodon miró a O-aa con asombro.

—Nos encontraremos con uno de ellos antes de llegar a Sari —dijo—. Estaba conmigo antes de que nos capturaran.

—Así lo espero —dijo el hombrecillo—. Estoy ansioso por ver a alguien de Hartford. ¡Demonios, incluso me gustaría ver a alguien de Kansas!

—¡Claro que sí! —exclamó O-aa sin dejar de correr—. Tenemos a un montón de gente de Kansas. Podrás ver a todos los que quieras.

Hodon palideció ante aquella mentira de O-aa, pero ya se hallaban al pie del derrumbamiento. Miró hacia atrás. Todos los hombres de dientes de sable se hallaban congregados alrededor del respiradero por el que surgía el humo. Ni una sola mirada se volvía hacia ellos.

—Subid despacio —les advirtió—. No os apresuréis a no ser que

nos descubran; si lo hacen, entonces sí que habrá que darse prisa. Una vez que estemos fuera de aquí,

O-aa

y yo somos capaces de distanciarse a cualquiera de ellos, pero no sé si lo podrás hacer tú, anciano.

—Escucha, hijo —dijo este—, puedo dar las vueltas que quieras alrededor de ti y de toda tu familia. Cuando era joven solían hacer que me enfrentase corriendo a caballos de carreras. Les daba dos largos de ventaja y todavía les sacaba una milla.

Hodon no sabía lo que era un caballo, pero le daba la impresión de que, de cualquier cosa que se tratase, el viejo estaba mintiendo, así que prefirió no decir nada. Empezaba a pensar que entre

O-aa

y aquel anciano podía haber un empate técnico.

Llegaron a la cima sin ser descubiertos. Al empezar a bajar, Hodon vio a David corriendo hacia él y se apresuró a su encuentro.

—Has sido tú el que ha prendido fuego y ha causado ese humo, ¿verdad? ¿Cómo has sabido que estábamos en ese cráter?

—¿Es este uno de los hombres de Hartford? —preguntó el hombrecillo antes de que David pudiera contestar.

—Sí —respondió Hodon—, pero será mejor que no empieces ahora a contarle la historia de tu vida. Espera a que nos encontremos fuera del alcance de tus amigos.

Dian se sorprendió al descubrir el frío que hacía tan cerca del sol. También estaba desconcertada por el ruido que sentía en sus oídos y las dificultades que tenía para respirar. No obstante, incluso así, le dedicaba pocos pensamientos a la peligrosa situación en que se hallaba. Solo pensaba en David... David, a quien nunca volvería a ver.

El globo derivaba ahora incluso a mayor altura que antes. Ya no podía elevarse más. En algún momento empezaría a descender, pero antes de que lo hiciera Dian la Hermosa estaría muerta a causa del hambre y del agotamiento. Al ir prácticamente desnuda, salvo por las reducidas prendas de piel que llevaba, estaba congelada y no podía dejar de temblar.

Abajo, muy lejos de ella, una partida de caza divisó a aquel extraño objeto que flotaba en el cielo. Al pensar que se trataba de algún extraño y terrible reptil, echaron a correr y se ocultaron bajo

unos árboles. Dacor el Fuerte, el hermano de Dian, formaba parte de aquella partida. Poco se imaginaba que era su hermana la que se encontraba allí arriba, flotando por encima de ellos. Sus compañeros y él hablarían más tarde de aquella horrible criatura que habían visto y la historia iría luego creciendo a medida que la relatasen. Sin embargo, nada de lo que contasen llegaría jamás a superar la verdad, si hubiesen tenido posibilidad de saberla.

El pueblo de los dientes de sable no era muy inteligente, pero sí alcanzaban a saber lo que era un volcán a causa de la intermitente actividad de las montañas situadas cerca de su propio cráter. Por ese motivo, sumando dos y dos, asumieron que su volcán estaba a punto de entrar en erupción. Si hubieran poseído un poco más de inteligencia, habrían razonado que el humo de la madera no procede de un volcán. Pero lo único que sabían es que aquello era humo y que el humo significaba fuego. Y eso les causaba temor.

Lo mejor era salir rápidamente del cráter, así que se dirigieron hacia la pared derrumbada. Fue entonces cuando se dieron cuenta de que sus prisioneros se habían escapado.

Se sentían atemorizados pero también furiosos a medida que salían del cráter. Ninguno de sus prisioneros se les había escapado antes y no tenían intención de dejar que estos lo hicieran. Eran buenos rastreadores, capaces además de moverse a una gran velocidad, y no tenían dudas de que alcanzarían a los fugitivos. Sin embargo, estos también poseían unas veloces piernas y gozaban además de otras dos ventajas: no tenían que buscar ningún rastro y, sobre todo, corrían por sus vidas. Nada induce a un esfuerzo más generoso y concentrado que esta última circunstancia. Incluso el anciano demostraba poseer unas cualidades asombrosas al seguir a sus compañeros de fuga.

David y Hodon, opuestos por naturaleza a cualquier tipo de huida, odiaban la posición en la que se encontraban. Pero no cabía hacer otra cosa. David era el único que estaba armado. Llevaba su tosco arco y flechas, así como un cuchillo de piedra, pero estos no eran suficientes para repeler un ataque tan superior numéricamente como el de aquellas bestias salvajes que eran los hombres de dientes de sable.

A pesar de que aún no sabían que estaban siendo perseguidos, asumían que así sucedería; de hecho, el anciano les aseguró que eso

es lo que iba a ocurrir.

—Llevo con ellos desde que mis dientes empezaron a caerse —dijo—, y podéis apostar a que nos van a seguir hasta el mismo infierno. Ningún prisionero se les ha escapado desde que les conozco.

Hodon, que iba en cabeza, les guiaba hacia el pequeño cañón en el que David y él habían encontrado refugio, logrando llegar a su entrada antes de que el primero de sus perseguidores apareciese ante su vista. Apenas se habían introducido en él, un coro de salvajes rugidos les informó de que los hombres de dientes de sable les habían alcanzado.

David miró de reojo a su espalda. Corriendo hacia ellos venían tres o cuatro de los machos más veloces y, detrás, aparecían muchos más, incluso las hembras y los más jóvenes. ¡Toda la tribu venía en su persecución!

—¡Llévatelos a la cueva, Hodon! —gritó—. Intentaré contenerlos hasta que estéis todos dentro.

Hodon vaciló. Prefería dar media vuelta y luchar al lado de David.

—¡Vamos! —le urgió David—. Todos estaremos perdidos si no lo hacéis.

Hodon echó a correr hacia la caverna seguido de O-aa y del viejo.

David se giró y disparó una flecha al pecho del primero de los dientes de sable. El individuo soltó un rugido y aferró el dardo; luego, retorciéndose como una peonza, cayó de bruces al suelo. Una segunda y tercera flecha, disparadas en rápida sucesión, acertaron sus respectivos blancos y dos nuevos dientes de sable cayeron derribados. Los demás se detuvieron. David emplazó otra flecha en su arco y empezó a retroceder hacia la caverna.

Los dientes de sable empezaron a farfullar y a hablar entre ellos. De repente, un enorme macho cargó contra David. Hodon y O-aa

ya estaban en la caverna; el primero, extendiendo su brazo, alcanzó la mano del hombrecillo y le arrastró hacia arriba. David, sin dejar de retroceder, volvió a disparar. Su provisión de flechas no duraría eternamente. No podía fallar.

La gigantesca criatura se hallaba prácticamente encima de él

cuando disparó su flecha. Se clavó justo en el corazón del dientes de sable, pero ya otros le seguían. David hizo dos nuevos disparos en rápida sucesión antes de que las criaturas volvieran a detener su avance, al menos momentáneamente. Dándose media vuelta, David echó a correr hacia la cueva. Toda la tribu de dientes de sable se lanzó en su persecución, gruñendo y rugiendo. Se acercaban con poderosos saltos y zancadas, cubriendo el terreno dos veces más rápido de lo que lo hacía David.

Hodon se encontraba en la entrada de la caverna.

—¡Salta! —gritó a David, tendiéndose en el suelo y extendiendo su mano.

David saltó hacia la boca de la caverna en el momento en que un dientes de sable, prácticamente pegado a sus talones, se lanzaba para cogerle; pero, simultáneamente, una piedra de considerables dimensiones golpeó de lleno al individuo en pleno rostro, cayendo de bruces al suelo. O-aa, sonriente, se sacudió el polvo de las manos.

Hodon izó a David hasta la cueva.

—Nunca pensé que lo conseguirías —dijo.

Habían almacenado algunas lanzas y flechas y un poco de comida en la caverna. La cascada se encontraba tan cerca que extendiendo una mano ahuecada podían saciar su sed. Un solo hombre armado con una lanza podía defender la entrada contra aquellas airadas bestias. No obstante, estaban lejos de sentirse seguros.

—No creo que esas criaturas se queden aquí eternamente —dijo David—. Cuando se convenzan de que no van a conseguir atraparnos, se marcharán.

—No los conoces como yo —dijo el anciano—. Se quedarán rondando por los alrededores hasta que el infierno se congele. Pero el chasco que se van a llevar va a ser grande.

—¿A qué te refieres? —le preguntó David.

—A que en lugar de comerse a cuatro de nosotros, solo se comerán a uno —contestó el hombrecillo.

—¿Y eso? —inquirió David.

—Aquí no disponemos de suficiente comida —respondió el viejo —, así que tendremos que acabar comiéndonos unos a otros. Supongo que el último seré yo, ya que soy el más viejo y estoy

condenadamente duro. No creo que ni siquiera a los dientes de sable les apetezca comerme. Esta chiquilla, en cambio, va a ser un tierno manjar. Propongo que empecemos con ella.

—¡Ya basta! —estalló David—. ¡No somos caníbales!

—Bueno, ninguno de nosotros lo era en Cabo Cod. Yo mismo me hubiera encabritado como un potro salvaje y me hubiera enzarzado a golpes con cualquiera que me hubiera dicho que alguna vez me comería a un hombre, a una mujer o a un niño. Pero en aquel entonces no sabía lo que era pasar un hambre atroz ni lo sabrosa que puede estar alguna gente después de darle un buen uso. Antes de encontrarte les estaba contando a estos dos lo bueno que estaba un sueco que me comí una vez.

—También dijiste —le interrumpió O-aa—, que después de haberte comido a tus amigos estuviste a punto de cortarte una pierna y comértela.

—Sí, así es —admitió el hombrecillo—; tan seguro como el plomo.

—Entonces —repuso O-aa—, cuando tengas hambre, lo mejor que puedes hacer es empezar a comerte a ti mismo, porque ten por seguro que no nos vas a tocar a ninguno de nosotros.

—Esa me parece una actitud muy egoísta —dijo el viejo—. Si no nos comemos nosotros lo harán los dientes de sable, y me parece mejor que te coma un amigo que no una de esas cosas.

—Mira... esto... ¿cómo te llamas? —le interrumpió David con cierta aspereza.

El hombrecillo frunció el ceño en actitud pensativa.

—¡Demonios! —exclamó por fin—. ¿Cómo diantres me llamo? Maldita sea si no lo he olvidado. Lo siento, muchacho, pero no oigo mi nombre desde que era muy joven.

—Creo que dijo que se llamaba Dolly Dorcas —señaló O-aa a David.

—Está bien, no importa —dijo David—. Quiero que entiendas bien una cosa: no vamos a volver a hablar más de comernos unos a otros. ¿Está claro?

—Sí; pero espera a que sientas hambre de verdad —respondió el viejo—. Entonces no será una cuestión de si volvemos o no a hablar de ello.

David racionó la comida que había almacenada en la cueva,

nueces y tubérculos en su mayoría, pues este tipo de alimentos se conservaba con más facilidad. Cada uno tenía su propia ración. Hicieron turnos de vigilancia mientras los otros dormían, si es que los dientes de sable les dejaban hacerlo. Y toda vez que no había nada en que ocupar el tiempo, casi siempre estaban durmiendo. Esta costumbre se encuentra muy arraigada en los pellucidaros. Parece como si así acumulasen sus energías de manera que luego no necesitasen dormir. Es de este modo como preparan sus viajes más largos o sus empresas más arduas.

Algunos de los dientes de sable permanecían en el cañón durante todo el tiempo. Hacían numerosos intentos por irrumpir en la cueva, pero toda vez que siempre eran rechazados con facilidad, acabaron por desistir y decidieron vencer a sus presas por el hambre.

Las provisiones almacenadas en la caverna disminuían rápidamente. David empezó a sospechar que menguaban de manera más rápida cuando era al anciano a quien le tocaba hacer la guardia y ellos dormían. Así, en una ocasión, fingiendo dormir, descubrió al hombrecillo robando parte de las raciones de los demás y escondiéndola en una grieta del fondo de la cueva.

Despertando a los otros, les contó lo sucedido. O-aa quiso matar de inmediato al viejo.

—Merece la muerte —dijo David—, pero tengo una idea mejor que matarle nosotros mismos. Se lo entregaremos a los dientes de sable.

El hombrecillo lloriqueó y suplicó, prometiendo no volver a hacerlo. Decidieron dejarle vivir, pero no le volvieron a dejar de guardia.

Finalmente, sus provisiones se agotaron y los dientes de sable aún permanecían en el cañón. Los sitiados estaban hambrientos. Bebían todo el agua que podían para aliviar la falta de comida. Cada vez se sentían más débiles y David se dio cuenta de que el fin se hallaba cerca. Dormían mucho, pero a intervalos.

En una ocasión, cuando O-aa estaba de guardia, David se despertó con un sobresalto. Horrorizado, descubrió al viejo arrastrándose a espaldas de la muchacha con una lanza en su mano. Sus intenciones eran obvias. Lanzando un grito de aviso, saltó hacia él. Lo hizo justo a tiempo.

Hodon se despertó. El hombrecillo se arrastraba por el suelo de la caverna. David y O-aa le miraban.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Hodon.

Cuando se lo contaron, Hodon se dirigió hacia donde se encontraba el viejo.

—Esta vez morirás —dijo.

—¡No! ¡No! —gimió el aterrorizado hombrecillo—. No pretendía quedármela para mí solo. Pensaba compartirla con vosotros.

—¡Maldita bestia! —exclamó Hodon, recogiendo del suelo la lanza que el anciano había dejado caer.

Soltando un chillido, el viejo se levantó ágilmente y, corriendo hacia la entrada de la caverna, saltó al exterior.

Un centenar de dientes de sable se hallaban en ese momento en el cañón. El anciano corrió directamente hacia ellos, gritando con todas sus fuerzas. Sus ojos reflejaban un verdadero pánico; su desdentada boca aparecía contraída por el terror. Los dientes de sable, sorprendidos, se echaron a un lado, apartándose de él. A través del camino que le habían dejado, el hombrecillo voló como una flecha y desapareció en la selva, al otro lado del cañón.

Ghak el Velludo, con un millar de guerreros, marchaba hacia el poblado de Kali. No sabía que había sido conquistado por Fash, el rey de Suvi. Por ese motivo, se vio sorprendido cuando su avanzadilla fue atacada cerca de los riscos. No obstante, a la hora de luchar, para Ghak no había diferencia entre los suvios y los kalianos.

Fash había creído que aquella avanzadilla constituía toda la fuerza a la que tenía que enfrentarse, pues su costumbre era agrupar a todos sus guerreros en un solo ejército al atacar. No sabía que David Innes había enseñado a los Saris una manera diferente de hacer la guerra, lo que para Fash constituyó una verdadera desgracia.

Cuando apareció el grueso del ejército de Ghak, los hombres de Fash se dispersaron en todas direcciones. Muchos de ellos retrocedieron hacia las cuevas de Kali. Los saris cayeron sobre ellos antes de que pudieran retirar las escalas. Los hombres lucharon cuerpo a cuerpo sobre las estrechas cornisas hasta llegar al nivel superior. Allí, los acorralados suvios saltaron a una muerte segura y, finalmente, un victorioso Ghak el Velludo se irguió sobre las cuevas

de Kali.

Los prisioneros Saris comenzaron a salir entonces de las cavernas en las que habían permanecido apresados y, por primera vez, Ghak supo que la pequeña fuerza de David había sido capturada o asesinada y que el propio David había desaparecido. Todos coincidían en que debía haber muerto.

El ejército de Ghak comió y descansó en los riscos de Kali. Después, victoriosos pero tristes, partieron hacia las naves que les esperaban en el Lural Az. Apenas habían abandonado los riscos cuando una extraña figura surgió ante ellos en plena selva: un anciano hombrecillo sin dientes y con una enorme barba blanca. La barba estaba manchada de jugo de fresas y pulpa de fruta. No dejaba de quejarse, y gemía como si se tratara de uno de los pequeños hombres velludos que vivían en los árboles de la selva.

Los guerreros de Sari nunca habían visto una criatura como aquella, así que la capturaron como habrían hecho con cualquier otro animal extraño y se lo llevaron para mostrárselo a Ghak.

—¿Quién eres? —le preguntó Ghak.

—¿Me vais a matar? —gimió el hombrecillo. Las lágrimas corrían por sus mejillas.

—No —le aseguró Ghak—. Dime quién eres y qué estás haciendo aquí.

—Mi nombre no es *Dolly Dorcas* —contestó el viejo—. Yo iba a compartir a O-aa con los demás, pero Hodon no me creyó y quiso matarme.

—¡Hodon! —exclamó Ghak—. ¿Qué sabes de Hodon?

—Hodon quería matarme, pero logré escapar.

—¿Dónde está? —preguntó Ghak.

—Está en la cueva, con David y O-aa. Los hombres de dientes de sable pretenden comérselos.

—¿Qué cueva es esa? ¿Dónde está? —demandó Ghak.

—Si te lo digo, me llevarás otra vez allí y Hodon me matará —repuso el viejo.

—Si nos conduces hasta donde están David y Hodon, nadie te causará ningún daño. Lo prometo —le aseguró Ghak.

—¿Y harás que me den mucha comida?

—Toda la que seas capaz de comer.

—Entonces sígueme. Pero será mejor que tengáis cuidado con

los dientes de sable. Os devorarán si no acabáis antes con ellos.

O-aa estaba muy débil y pálida. Al verla así, a Hodon casi se le saltaban las lágrimas. Entonces se dirigió a David.

—David —dijo—, quizá me haya equivocado. No he comido toda mi ración; he guardado la mitad.

—Era tuya y podías hacer lo que quisieras con ella —respondió David—. Yo no voy a comerla.

—Ni yo tampoco —repuso Hodon—. La he estado reservando para O-aa, y creo que ahora ella la necesita.

O-aa le miró y sonrió.

—Yo también he reservado parte de la mía —dijo—. La he guardado para ti, Hodon. Está aquí.

La joven cogió un pequeño paquete que había envuelto en algunas de las hojas que crecían a la entrada de la caverna y se lo tendió a Hodon.

David salió a la entrada de la cueva y observó el pequeño cañón. Todo se veía borroso, como si estuviera cubierto de niebla.

Hodon se arrodilló junto a O-aa.

—Una mujer solo haría algo así por el hombre al que ama —dijo.

O-aa asintió y se acurrucó en sus brazos.

—Todavía no he matado a Blug —dijo Hodon.

O-aa unió sus labios a los de él.

—¿Qué dirían tu hermano o tu hermana? —preguntó Hodon.

—No tengo hermanos ni hermanas —dijo O-aa.

Hodon la abrazó con tanta fuerza que la muchacha casi no pudo respirar.

La neblina aclaró en breve y David pudo ver lo que le rodeaba con bastante claridad. Los dientes de sable corrían de un lado a otro. Farfullaban excitadamente. Entonces descubrió a unos guerreros que se aproximaban, unos guerreros armados con mosquetes. Había muchísimos. Cuando los dientes de sable cargaron contra ellos, fueron abatidos por una descarga de fuego cerrado. El ruido fue terrorífico y nubes de humo negro coparon la boca del cañón.

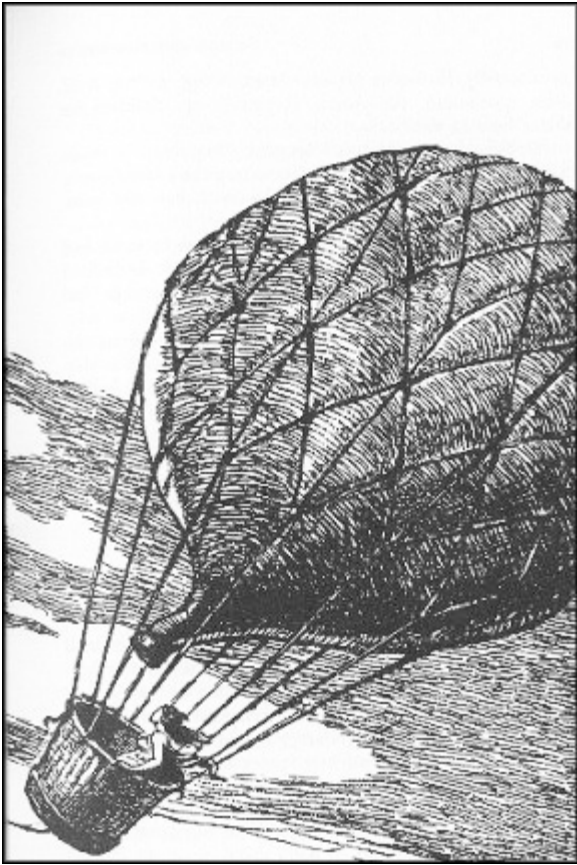
Al oír el estruendo de los mosquetes, Hodon y O-aa corrieron a la entrada de la caverna.

—Ghak está aquí —dijo David—. Todo se ha solucionado.

David tuvo así un breve interludio de felicidad antes de regresar a Sari.



Segunda parte



*Hombres de la Edad de
Bronce*

I

Una vez que el último de los hombres de dientes de sable hubo caído muerto o hubo huido, David, Hodon y O-aa se reunieron con Ghak y sus guerreros. Hodon descubrió entonces al anciano hombrecillo y avanzó hacia él.

—Voy a matarte —exclamó Hodon.

El hombrecillo chilló y se escondió detrás de Ghak.

—Prometiste que si te guiaba hasta aquí no dejarías que Hodon me matase —gimoteó.

—Yo cumplo mis promesas —dijo Ghak—. ¡Deja en paz a este hombre, Hodon! ¿Qué es lo que ha hecho para que quieras matarle?

—Intentó matar a O-aa y comérsela —replicó Hodon.

—No pretendía quedármela para mí solo —gimió el viejo—. Iba a compartirla con Hodon y David.

—¿Quién es este hombre que dice que su nombre no es Dolly Dorcas? —preguntó Ghak.

—Era un prisionero de los hombres de dientes de sable —respondió David—. Creo que no está bien de la cabeza.

—Fue él quien me trajo hasta aquí —dijo Ghak—, así que es a él a quien le debéis vuestro rescate. No le hagáis daño. ¿Qué quiere decir con eso de que su nombre no es Dolly Dorcas?

—Nos contó que naufragó en un barco llamado *Dolly Dorcas* cerca del Polo Norte del mundo del que procedo —explicó David—. Luego navegó a la deriva en un pequeño bote a través de la abertura polar y llegó hasta Pellucidar. O-aa lo cogió todo un poco mezclado y creyó que su nombre era Dolly Dorcas.

—Se comió a todos los hombres que iban con él en el bote —dijo O-aa— y también nos contó que cuando no quedó ninguno estuvo a punto de cortarse una de sus piernas y comérsela. No llegó a

hacerlo porque encontró comida. Es un hombre muy voraz.

—A mí no me parece que pueda comerse a nadie —dijo Ghak—. No tiene dientes.

—Te sorprenderías —dijo el hombrecillo.

—Bien, tú... ¿Cuál es entonces tu nombre si no es Dolly Dorcas? —preguntó Ghak.

—Ya no me acuerdo —contestó el viejo.

—En ese caso te llamaremos Ah-gilak. Ese será tu nombre.

Ah-gilak significa en pellucidaro «hombre viejo».

—Me vale —respondió el hombrecillo—. Al menos, es un nombre mejor que Dolly Dorcas.

—Y recuerda esto, Ah-gilak —continuó Ghak—, si intentas comerte a alguien, te entregaré a Hodon.

—Algunos estaban tan sabrosos —suspiró Ah-gilak, melancólico—, especialmente aquel sueco.

—Regresemos ya al poblado de Kali —dijo David—. Hodon, O-aa y yo debemos comer algo. Casi perecemos de hambre en esa cueva. Luego enviaré un mensajero al norte, a las cuevas en las que se hallan escondidos Oose y los supervivientes de su poblado. Después nos dirigiremos al Lural Az, donde están nuestras naves, y regresaremos a casa; naturalmente, siempre y cuando estés convencido de que los suvios han aprendido suficientemente bien la lección, Ghak.

A medio camino entre el cañón y el poblado de Kali, se encontraron con una partida de hombres procedentes del norte. Al ver a tantos guerreros armados, los recién llegados dieron media vuelta y emprendieron la huida.

O-aa les llamó a voces.

—¡Regresad! No ocurre nada; son nuestros aliados. —Volviéndose, le dijo a Ghak—: Son los míos; he visto entre ellos a mi padre, el rey de Kali.

Los kalianos se aproximaron. Hodon descubrió a Blug al lado de Oose. Acercándose a

O-aa,

Hodon la rodeó con su brazo. Al verlo, Blug avanzó hacia ellos.

—Te dije que si todavía andabas por aquí cuando volviese, te mataría —rugió.

—¡Déjanos en paz! —replicó O-aa—. Hodon es ahora mi

compañero.

—¿Qué es esto? —demandó Oose, su padre—. Te dije que te unirías a Blug y así lo harás. Serás para Blug.

—¡Te voy a matar! —rugió Blug, abalanzándose sobre Hodon.

El sari le recibió con un directo en la mandíbula y Blug cayó de espaldas al suelo. Los guerreros saris gritaron de entusiasmo; pero, en un instante, Blug volvió a ponerse en pie y esta vez se las arregló para entablar una lucha cuerpo a cuerpo con Hodon. Los dos cayeron al suelo peleando como gatos salvajes. No fue una lucha limpia, puesto que el marqués de Queensberry era totalmente desconocido para aquellos hombres de la edad de piedra. Se golpeaban, mordían y arañaban; incluso Blug intentó clavar sus dientes en la yugular de Hodon.

Ambos se hallaban completamente cubiertos de sangre, y uno de los ojos de Blug colgaba sobre su mejilla. Hodon descubrió entonces una piedra cerca de su mano. En ese momento se encontraba encima de Blug y, cogiendo la piedra, alzó su mano para luego dejarla caer con todas sus fuerzas sobre el rostro de su enemigo.

Blug nunca había sido un hombre hermoso, pero ahora estaba verdaderamente irreconocible. Hodon volvió a levantar la piedra y le golpeó de nuevo. A la tercera vez, Blug aflojó su presa y se quedó inmóvil. Sin embargo, Hodon no dejó de golpearle hasta que su cabeza estuvo hecha gelatina; luego se irguió y miró a Oose.

—O-aa es mi compañera —dijo.

Oose miró a Blug.

—Blug ya no va a protestar —dijo—. Si O-aa te quiere, que se quede contigo.

Ambos miraron a su alrededor, buscando a O-aa. La muchacha no estaba por ningún sitio.

—Siempre me hace eso —dijo Hodon—. Tres veces he peleado por ella y las tres veces ha desaparecido mientras luchaba.

—Cuando la cojas, procura darle una buena paliza —comentó Oose.

—Lo haré —le aseguró Hodon.

Buscó a O-aa durante mucho tiempo, pero no consiguió encontrarla; luego regresó al poblado de Kali, donde sus compañeros saris comían y descansaban.

Una vez que David Innes hubo descansado lo suficiente, los saris

se despidieron de los kalianos y partieron hacia sus naves, que se encontraban a cuarenta millas en dirección a la costa.

Hodon partió con ellos. Se hallaba triste, puesto que pensaba que O-aa había huido de él porque realmente no le quería como compañero.

¿Y O-aa? Cuando vio que Blug ponía sus manos sobre Hodon y ambos rodaban por el suelo, pensó que Hodon resultaría muerto de aquel combate, así que prefirió echar a correr antes que quedarse allí y tener que unirse a Blug. Dirigió sus pasos hacia el sur, intentando llegar a Sari, que se encontraba a ochocientas millas de distancia. Era consciente de que tenía un largo viaje ante ella y que las oportunidades de que pudiera sobrevivir a los innumerables peligros que se iba a encontrar en su camino eran bastante escasas; pero con Hodon muerto, lo demás no le preocupaba demasiado.

O-aa era una joven cavernícola, y la muerte era tan familiar en su vida que no la temía especialmente. Los primeros hombres debieron ser fatalistas; de otro modo, el miedo los habría vuelto locos. O-aa era fatalista. Se decía a sí misma: «si al tarag, al thipdar o al ta-ho

se les ocurre encontrarme en el momento y lugar adecuados, moriré. Cualquier cosa que ellos o yo hagamos, conducirá a ese momento en que nos encontremos o no nos encontremos. Nada podrá cambiar eso». Esa era su manera de pensar, y por eso no se preocupaba demasiado de lo que pudiera ocurrir. No obstante, siempre mantenía sus ojos y sus oídos alerta, por si acaso.

O-aa nunca había estado en Sari, pero sabía que se encontraba tierra adentro desde el Lural Az, y que entre Kali y Sari había varias tribus que pertenecían a la Federación y que la tratarían de manera amistosa. Su idea era seguir la costa del Lural Az hasta encontrar una de esas tribus y, luego, obtener unas indicaciones más precisas para continuar su viaje.

Era consciente de que David Innes y el resto de los saris pronto retornarían a sus naves y se harían a la mar, pero prefería evitarles por temor a que la hicieran regresar junto a su padre y a Blug. En consecuencia, recorrió una gran distancia hacia el sur antes de girarse al este, donde se encontraba el Lural Az, la enorme masa de agua inexplorada e hirviente de gigantescos saurios, similares a los

que habían dominado los mares del Cretáceo y del Mesozoico en la corteza exterior. O-aa era una muchacha de las colinas y sentía temor al mar, pero no menos terribles eran los peligros que le amenazaban en tierra.

Y mientras O-aa se dirigía hacia aquel mar que tanto le atemorizaba, unos ojos la observaban desde el escondrijo de los arbustos a los que se estaba aproximando.

Abner Perry era un hombre destrozado. No podía comer ni dormir. Sabía que había sido su propio y culpable descuido el que había arrojado a Dian la Hermosa a merced de los vientos de las alturas. Había despachado a tres mensajeros para que intentasen seguir el rumbo del globo a la deriva. Sin embargo, tenía muy pocas esperanzas de que, si conseguían localizarlo cuando por fin descendiese a tierra, hallasen a Dian todavía con vida en su interior. El frío, el hambre y la sed habrían exigido hacía mucho tiempo a la muchacha el tributo de sus energías. Por primera vez en su vida, Abner Perry consideró seriamente la posibilidad de quitarse la vida.

Dian la Hermosa se había visto sorprendida por la repentina elevación del globo, pero no había considerado lo que presagiaba hasta que miró por encima de la cesta y vio el extremo de la cuerda que sujetaba el globo al torno, balanceándose por encima del poblado de Sari.

Dian era una muchacha de la edad de piedra. Lo único que sabía de globos es lo que había podido aprender de Perry mientras este construía el suyo. Tan solo de una manera vaga sabía qué era lo que le hacía mantenerse en el aire. Desconocía lo que era una cuerda de apertura y, por tanto, era incapaz de saber que, una vez más, Perry había cometido un fallo: se había olvidado de equipar al globo con aquel mecanismo de seguridad.

Si hubiera sabido algo más de aquella rama de la aeronáutica, habría deducido que trepando por las cuerdas de suspensión hasta la red y haciendo un pequeño agujero con su cuchillo en la bolsa del globo, el gas comenzaría a escaparse. Pero esto era algo que la muchacha desconocía, así que se limitó a ver como sus amigos se encogían hasta hacerse diminutos y, al igual que el poblado de Sari, desaparecían en la distancia.

Dian sabía que el sol era una bola de fuego, y por ese motivo se quedó sorprendida al descubrir que cuanto más se acercaba a él más

frío sentía. Aquello era algo que no tenía sentido y que trastornaba una teoría tan vieja como la raza humana de Pellucidar. Sin embargo, también el globo trastornaba muchas de las teorías establecidas. Por ejemplo, la cesta y los peritoneos de dinosaurios con los que se había fabricado la bolsa del globo eran demasiado pesados para volar por el aire. El porqué lo hacían quedaba fuera de su entendimiento, así que decidió que se debía a que Perry era capaz de realizar cualquier cosa.

Los vientos dominantes de Pellucidar soplan, generalmente, de norte a sur durante la mitad de un año de la corteza exterior y de sur a norte durante la otra mitad, dependiendo de si es invierno en un polo o en otro. El viento que alejaba a Dian de Sari soplabla en dirección sudoeste y la llevaba hacia Thuria, la Tierra de la Horrible Sombra.

Bajo el eterno sol de mediodía, la temperatura en la superficie de Pellucidar es normalmente alta, requiriendo de sus habitantes mínimos ropajes. Por ese motivo, la vestimenta de Dian era muy escasa. Un trozo de piel, cogido con una tira de cuero a través de uno de sus hombros, colgaba graciosamente hasta un punto por encima de sus rodillas, dejando ver una pierna bien formada totalmente desnuda casi hasta su cintura. Había sido diseñada con tanto ingenio como la más fina creación de un modisto francés, para acentuar y revelar, para esconder e intrigar. Pero, sin embargo, no había sido diseñada para las grandes alturas. Dian se hallaba congelada.

La muchacha estaba hambrienta y sedienta. No había comida ni bebida en aquel nuevo mundo al que había ido a parar. Por tanto, hizo lo que normalmente hacen los pellucidaros cuando están hambrientos y no pueden obtener comida: se tendió a dormir. De este modo es como conservan sus energías y prolongan su vida, consiguiendo algún respiro frente a los padecimientos del hambre y las angustias de la sed.

Dian no fue consciente de cuánto tiempo durmió, pero cuando se despertó se hallaba sobre la Tierra de la Horrible Sombra. Se encontraba en el interior de la sombra, y ahora sí que estaba verdaderamente helada. Por encima de ella se hallaba el Mundo Muerto, como lo denominan los pellucidaros, el diminuto satélite del sol de Pellucidar que, al girar de manera coincidente con la

rotación de la Tierra, permanece constantemente en una posición fija sobre la parte del mundo interior conocida como la Tierra de la Horrible Sombra. En ella se encuentra Thuria, que yace parcialmente en el interior de la sombra, y, a su derecha, las Llanuras del Lidi, donde los thurios pastorean y entrenan a sus gigantescas monturas, los enormes diplodocus del Jurásico Superior, a los que llaman Lidi.

El intenso frío había despertado a Dian, sumando ahora su padecimiento a los del hambre y la sed. La esperanza le había abandonado y empezaba a ser consciente de que pronto moriría. Pensaba que su cadáver flotaría eternamente sobre los cielos de Pellucidar.

Cuando el globo emergió de nuevo a la luz del sol, Dian se tendió y se volvió a dormir. Debido al agotamiento, debió permanecer dormida mucho tiempo, pues, al despertar, vio que se hallaba sobre el estrecho sin nombre, que se extiende durante unas mil millas o más y que conecta el Sojar Az con el Korsar Az. Dian era consciente de dónde estaba porque aquel estrecho limitaba el sudoeste del continente en el que se encontraba Sari. Al otro lado se hallaba lo que para su pueblo era terra incógnita; ningún hombre sabía lo que yacía en aquella tierra envuelta en el misterio.

El estrecho tendría unas doscientas millas de ancho por el punto en el que Dian lo estaba atravesando. La perspectiva, al curvarse suavemente a su alrededor hacia lo alto, le daba un ángulo de visión que le permitía vislumbrar la orilla opuesta.

A pesar de lo desesperado de su situación, Dian no pudo evitar sentirse impresionada por el hecho de estar contemplando un nuevo mundo. Era la primera de su pueblo que posaba sus ojos en él. Aquello le causó un ligero estremecimiento en el que posiblemente también hubo un poco de pánico.

Su absorción se vio interrumpida por un siseante sonido procedente de las alturas, a su espalda. Al girarse, descubrió al terror de los cielos pellucidaros: un gigantesco thipdar volaba en círculos sobre el globo. El corpachón de aquel enorme pterodáctilo mediría cuarenta pies de longitud, mientras que sus alas de murciélago tendrían una extensión de más de treinta pies. Sus poderosas mandíbulas estaban dotadas de largos y puntiagudos dientes y sus garras estaban armadas de horribles filos.

Por lo general, el thipdar ataca a cualquier cosa que vea. Si atacaba a la bolsa del globo y la desgarraba, Dian se vería precipitada al mar. La muchacha se hallaba indefensa. Lo único que podía hacer era ver a aquella terrible criatura dar vueltas alrededor del globo y escuchar sus furiosos siseos.

El globo tenía confundido al thipdar. No le prestaba ninguna atención, sino que continuaba flotando tranquilamente; no intentaba escapar ni le presentaba batalla. ¿Qué era aquella cosa? Se preguntó si sería buena para comer, así que, para averiguarlo, le dio un pequeño bocado. Al hacerlo, un asqueroso olor llenó su olfato. Siseó enfurecidamente y se alejó un poco; luego, dándose media vuelta, se precipitó de nuevo hacia la bolsa del globo con un horrible chillido.

Dian intentó pensar únicamente en David, como lo habría hecho cualquier creyente que rezase una oración al ver aproximarse su fin.



II

O-aa, siempre alerta a cualquier peligro, no fue sin embargo consciente de la presencia del hombre que se escondía tras los arbustos. Se trataba de un individuo gigantesco de amplios hombros, fornido pecho y poderosos brazos y bíceps. Llevaba un taparrabos hecho con plumas de aves —plumas amarillas con dos franjas transversales de plumas rojas—. Era artístico y llamativo. Tenía aros en sus orejas, unos aros hechos con espinas de pescado. Su cabello estaba trenzado en una coleta que caía sobre su espalda; en aquella coleta se veían tres largas plumas amarillas con franjas rojas. Llevaba un cuchillo de piedra y una lanza cuya punta consistía en el diente de un enorme tiburón. Sus facciones eran duras y regulares. Se trataba de un hombre apuesto cuya piel ostentaba un dorado bronceado.

En el momento en que O-aa se halló frente a él, saltó de su escondite y la cogió por el cabello, arrastrándola a través de los arbustos en dirección a la playa. Enseguida se dio cuenta de que aquello no iba a resultar tan fácil como había pensado. Arrastrar a O-aa

era como arrastrar a un gato con hidrofobia. Era prácticamente imposible. La muchacha tiraba de él hacia atrás, le mordía, le arañaba, le daba patadas y, cuando no le estaba mordiendo, emitía un torrente de vitriólicos insultos que hubiera acreditado a la misma Pegler cuando hacía objeto de ellos al señor Brown.

Las gentes de la edad de piedra son personas de pocas palabras y fieros temperamentos. El prehistórico Adonis que arrastraba a O-aa por el cabello no constituía la excepción que confirmase la regla. Resultó ser bastante ortodoxo. Después de unos cuantos mordiscos, alzó su lanza y golpeó a

O-aa

con ella en la cabeza. La muchacha cayó en redondo al suelo. Luego, echándosela sobre sus hombros, trotó en dirección a la playa, donde una canoa permanecía varada en la arena. Arrojó a

O-aa

a su interior y después empujó la embarcación hasta introducirla en el agua.

Manteniéndola contra el oleaje, saltó a ella en el momento preciso y remó con fuerza. La ligera embarcación se levantó con las primeras olas, se inclinó con las siguientes y la pequeña

O-aa

se vio inmersa en el gran mar al que tanto temía.

Al recobrar la consciencia, su corazón dio un brinco. La canoa saltaba tumultuosamente y la tierra firme se encontraba muy lejos. El hombre estaba sentado en la ahusada proa de la embarcación y remaba con un remo ancho y aplastado. O-aa le observó furtivamente. Al mismo tiempo que notaba y apreciaba su hermosura, intentaba formular un plan para matarle.

La muchacha también examinó la canoa. Tendría unos veinte pies de largo y tres pies de bao. Estaba cubierta en su proa y en su popa, dejando disponible una cubierta de aproximadamente ocho pies; unos botales transversales estaban sujetos a través de cada extremo de la cubierta, sobresaliendo fuera de la borda unos cuatro pies a cada lado. Sujetos a la superficie inferior del extremo de aquellos botales había unos flotadores de bambú de unos veinte pies de longitud y seis pulgadas de diámetro, corriendo en paralelo a cada lado de la embarcación, formando así un doble arbotante. Era una nave difícil de manejar, pero, al mismo tiempo, era imposible que volcase; incluso

O-aa,

que nada sabía del mar o de embarcaciones, se daba cuenta de ello, sintiéndose así más segura. Se habría sentido todavía más segura si hubiera sabido que las dos cubiertas de proa y de popa eran impermeables y que, en su interior, en unos recipientes de bambú, disponían además de agua fresca y de una buena cantidad de comida.

El hombre se dio cuenta de que la muchacha había recuperado el conocimiento.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—Me llamo O-aa —le espetó la joven—. Soy la hija de un rey. Cuando mi compañero, mi padre y mis siete hermanos sepan de esto, te matarán.

El hombre se echó a reír.

—Yo soy La-ak —dijo—. Vivo en la isla de Canda. Tengo seis mujeres y tú serás la séptima. Con siete mujeres me convertiré en un hombre muy importante en mi tribu. Solo nuestro jefe tiene siete mujeres. Fui al continente a buscar otra. No parece que haya tenido que buscar mucho, ¿verdad?

De nuevo se echó a reír.

—No me uniré a ti —estalló O-aa.

La-ak volvió a reír.

—Te sentirás contenta de hacerlo cuando mis otras mujeres te hayan enseñado a comportarte —dijo—; si es que consigues sobrevivir, claro: a ellas no les gustan las tonterías. Ya han matado a dos mujeres que llevé a mi casa y que rehusaron ser mis esposas. En mi país ningún hombre puede tomar una compañera sin su consentimiento. Creo que es una costumbre absurda, pero es muy antigua y tenemos que acatarla.

—Harías mejor en devolverme al continente —dijo O-aa—, porque no pienso unirme a ti. Y ten por seguro que mataré a alguna de tus mujeres antes de que ellas acaben conmigo. Te encontrarás en peor situación de lo que estás ahora.

El hombre la miró durante un buen rato antes de volver a hablar.

—Te creo —dijo—. Pero eres muy hermosa y no voy a dejar que te burles de mí. Lo que ocurra en esta canoa, nadie de Canda lo sabrá jamás, porque te arrojaré por la borda antes de que lleguemos allí.

Entonces, dejando a un lado su remo, se dirigió hacia ella.

David Innes, Hodon y el anciano hombrecillo, Ah-gilak, subieron a la nave de Ghak el Velludo. Cuando el resto de los guerreros hubo abordado tanto aquel como los demás navíos, la flota se hizo a la mar.

Ah-gilak miró a su alrededor con un gesto crítico y despectivo.

—¡Por todos los infiernos! —exclamó—. ¿Quién ha sido el maldito marinero de agua dulce que ha diseñado esta cuba? No hay

ni una maldita cosa bien hecha en ella. ¡Supongo que navega tan bien de costado como lo haría de frente y contra el viento! ¡Y tiene una vela latina! —añadió disgustado—. Deberíais haber visto al *Dolly Dorcas*. Aquello sí que era un barco.

Ghak el Velludo le miró de reojo con un peligroso brillo en la mirada. Ghak estaba orgulloso de todas las naves del Imperio de Pellucidar. Eran las primeras naves a las que había visto utilizar velas, y para él eran la última palabra en modernidad y perfección. Abner Perry era quien las había diseñado. ¿Acaso pensaba aquel enano sin dientes que podía hacerlo mejor que Abner Perry? Con una mano grande y peluda agarró a Ah-gilak por la barba.

—¡Espera! —exclamó David—. Creo que Ah-gilak sabe de lo que habla. Él ha tripulado barcos en el mundo exterior, algo que Perry nunca hizo. Perry lo llevó todo a cabo lo mejor que pudo, pero no tenía ningún conocimiento previo de cómo diseñar naves ni a nadie que hubiera visto antes un barco para ayudarle. Sería el primero en dar la bienvenida a alguien que pudiera prestarle su colaboración para mejorar la flota. Ah-gilak puede sernos muy útil cuando lleguemos a casa.

A regañadientes, Ghak soltó la barba de Ah-gilak.

—Habla demasiado —dijo; y, girándose, se alejó.

—Si no hubiera naufragado en el Ártico y caído en este maldito sitio —dijo Ah-gilak—, probablemente hoy estaría capitaneando el clíper más veloz del mundo. Me proponía construirlo tan pronto como regresase a Cabo Cod.

—¡Un clíper! —exclamó David—. Ya no existen los clípers. No creo que se haya construido ninguno en los últimos cincuenta años.

—¿Qué infiernos dices? —protestó Ah-gilak—. No llevaban construyéndolos más de cinco años cuando el *Dolly Dorcas* se fue a pique... Vamos a ver, eso ocurrió en 1845.

David Innes le miró asombrado.

—¿Estás seguro de esa fecha? —le preguntó.

—Como diría aquel, tan seguro como que estoy aquí —repuso Ah-gilak.

—¿Qué edad tenías cuando naufragó el *Dolly Dorcas*? —preguntó David.

—Cuarenta años. Siempre me acuerdo porque mi cumpleaños era el mismo día que el del presidente Tyler. Si él viviera, hubiera

cumplido cincuenta y cinco el 29 de Marzo de 1845, y yo era quince años más joven que él. Se hablaba de un tipo llamado Polk que iba para presidente cuando zarpamos.

—¿Sabes la edad que tienes ahora? —preguntó David.

—Bueno, he perdido un poco la noción del tiempo desde que estoy en este maldito agujero, pero supongo que debo estar cerca de los sesenta.

—No tan cerca —dijo David—. Tienes ciento cincuenta y tres años.

—Seguro. ¡De todos los malditos embusteros que he conocido, tú te llevas la palma! ¡Por Dios y el arcángel San Gabriel! ¿Acaso aparento tener ciento cincuenta y tres años?

—No —repuso David—. Yo diría que no aparentas ni un día más de los ciento cincuenta.

El hombrecillo miró a David con expresión de fastidio.

—No voy a mencionar nombres —dijo—, pero algunos tipos tienen menos sentido que un perro hecho de madera de pino blanco con un chopo por cola, como diría aquel.

A continuación, dándose media vuelta, se alejó.

Hodon había estado escuchando la conversación, pero nada sabía de años o edades, y se preguntó qué querría decir todo aquello. De todos modos, tampoco le interesaba mucho. Pensaba en O-aa

y no dejaba de preguntarse dónde estaría. Ahora sentía no haberse quedado en tierra y haber partido en su busca.

La nave capitana de la pequeña flota de tres navíos se llamaba *Amoz* en honor a Dian la Hermosa, pues de allí era de donde procedía la muchacha. Contaba con quinientos guerreros. Tenía ocho cañones en la cubierta inferior, cuatro a cada costado. Había bombas y balas de cañón ligeras y enramadas para cada uno de los cañones, los cuales se cargaban todos por la boca. Retrocedían sobre toscos raíles de madera para ser cargados y luego volvían a avanzar, introduciendo sus bocas en las troneras para poder disparar. Aquellos cañones eran el orgullo de la flota.

Los marineros que manejaban tanto el *Amoz* como los demás navíos eran cobrizos mezops de las islas de Anoroc. El almirante de la flota era Ja, el rey de Anoroc. La vela latina del *Amoz* era enorme; requería el esfuerzo combinado de cincuenta fornidos

mezops para izarla. Al igual que la bolsa de gas del globo de Perry y el material de su difunto aeroplano, estaba hecha con el peritoneo de un dinosaurio. Aquel había sido uno de los principales descubrimientos de Perry, ya que había montones de dinosaurios y sus peritoneos eran grandes y resistentes. Normalmente, ponían bastantes objeciones para desprenderse de ellos, así que la obtención de aquellos peritoneos era una tarea complicada, toda vez que los dinosaurios poseedores de un peritoneo de clase A-1

eran bastante grandes, feroces y de malas pulgas.

La flota había estado siguiendo su rumbo durante no mucho tiempo, cuando Ah-gilak, con un ojo habituado a las tempestades, descubrió una nube a popa.

—Vamos a tener movimiento —dijo a Ja, señalándosela.

Ja miró hacia la nube y asintió.

—Sí —contestó, dando las órdenes oportunas para acortar las velas.

La nube no era muy grande en el momento de ser descubierta, pero, innegablemente, era una nube de tormenta. A medida que se fue aproximando creció en extensión y se hizo más negra. Rasgados jirones se agitaban en su frente. Alrededor de las naves había una repentina y mortífera calma.

—Esto va a ser algo más que una galerna. Aquello de allí parece un maldito huracán.

En ese momento hizo su aparición una repentina racha de viento que hizo que la aflojada vela se sacudiera furiosamente. Ja ordenó arriarla completamente y los mezops batallaron con el agitado peritoneo mientras el viento incrementaba su violencia.

Ahora la tormenta se hallaba encima de ellos. Ondulantes nubes negras oscurecieron el eterno sol pellucidaro, los relámpagos resplandecieron y el trueno dejó oír su fragor. La lluvia comenzó a caer, no en finas gotas ni en sábanas de agua, sino como una sólida masa. El viento gemía y aullaba como un feroz demonio de destrucción. Los hombres se ataron a las barandas de la nave. Se ataron unos a otros. Se ataron a cualquier cosa a la que poder agarrarse para evitar verse arrojados por la borda.

David Innes se movía entre ellos, ordenándoles a todos que bajasen. Finalmente, solo los fornidos mezops y unos cuantos saris

permanecieron en la cubierta superior, así como el viejo hombrecillo, Ah-gilak. Innes, Ghak y Hodon se apiñaron detrás de Ja y de Ah-gilak. El anciano estaba en su elemento.

—He naufragado siete veces —chilló por encima de la tormenta—, y puede que vuelva a hacerlo una vez más, como diría aquel. ¡Y maldita sea si no pienso que eso es lo que va a ocurrir!

El mar se había elevado; las olas crecían constantemente en inmensidad. El pesado y sobrecargado navío se veía absorbido por una ola para, a continuación, verse engullido por otra.

El cielo estaba tan oscuro y la lluvia era tan densa que no se podía distinguir a ninguna de las otras naves. David temía por la seguridad del pequeño *Sari*; de hecho, temía por el destino de las tres naves si la tormenta no remitía pronto o si llegaba a incrementar su violencia. Como si poseyera un sardónico sentido del humor, el huracán arreció todavía con más fuerza mientras aquel pensamiento cruzaba por la mente de David.

El *Amoz* se elevó sobre la cresta de una montaña de agua para luego zambullirse en una sima acuática. Los hombres se agarraban a donde podían mientras la nave enterraba su proa en el mar. En ese momento, una enorme ola rompió sobre la popa, sumergiéndoles.

David pensó que aquello era el fin. Sabía que la nave nunca volvería a surgir de debajo de aquellas toneladas de furiosa agua, pero, a pesar de todo, no soltó aquello a lo que se había agarrado. Lenta, vacilantemente, como una gigantesca bestia que intentase salir de un pozo de arena, el *Amoz* se enderezó chorreando agua por su cubierta.

—¡Qué me quemen en el infierno si este no es un buen barco! —gritó Ah-gilak—. Hubiera bastado con la mitad de agua para echar a pique al *Dolly Dorcas*, y siempre lo tuve como un buen barco. Bueno, vive y aprenderás, como diría aquel.

Ahora no había tantos hombres en la cubierta como antes. David se preguntó cuántos pobres diablos habrían perdido su vida. Miró a su alrededor; Ghak, Ja, Hodon y Ah-gilak aún seguían allí.

David dirigió su mirada hacia las olas mientras estas se elevaban sobre la nave; luego, miró a los abismos que se abrían bajo el barco mientras este cabalgaba sobre su cresta.

—Setenta pies —dijo para sí mismo—; más de setenta pies...

De repente, Ah-gilak dejó escapar un grito.

—¡Agarraos bien y rezad lo que sepáis! —exclamó.

David miró hacia la proa. La ola más gigantesca que jamás hubiera visto se precipitaba hacia ellos. Cientos de toneladas de agua se hallaban suspendidas sobre la nave dispuestas a aplastarla. En un instante cayó sobre ellos.

Dian la Hermosa aguardaba su fin con suprema indiferencia. Aunque había alcanzado el límite de la resistencia humana, la muchacha no sentía temor. Si acaso estaba un poco fascinada por la situación, y se preguntaba si el rugiente thipdar que volaba hacia ella se dirigiría hacia la bolsa del globo o hacia su posición. En cualquier caso, no había mucha diferencia entre una cosa y otra.

De repente, el gigantesco pterodáctilo viró a un lado y pasó de largo. Dian le observó mientras se alejaba, esperando que diese la vuelta y renovase su ataque. Pero no lo hizo. Por fin había descubierto algo que le causaba temor.

Dian miró por encima de la barandilla del globo. Ahora podía ver con claridad la tierra que se extendía al otro lado del estrecho. Parecía hallarse a menos altura que antes, y eso le intrigó. No sabía que el gas se estaba escapando del globo allí donde lo había mordido el thipdar.

Pasó algún tiempo antes de que comprendiese lo que estaba sucediendo: el globo empezaba a descender. Aquello le supuso un nuevo motivo de preocupación: ¿lograría llegar a la costa o caería antes al mar? Si ocurría esto último, posiblemente acabase como alimento de algún saurio, o tal vez de una horda de ellos.

Entonces, en tierra firme, a corta distancia de la costa, descubrió lo que para cualquier pellucidaro hubiera constituido una visión asombrosa: una ciudad, una ciudad amurallada. La joven no hubiera sabido de qué se trataba si David no le hubiera hablado de las ciudades de su mundo. De todos modos, para Dian no había mucha diferencia entre los saurios y unos seres humanos extraños. No había mucho donde elegir, aunque, tras meditarlo un poco, decidió que era preferible que el globo llegase a tierra antes que caer al mar.

Ahora se encontraba a muy poca altura y la costa aún se hallaba a más de media milla. Intentó calcular la proporción entre su caída y su progresión horizontal hacia tierra firme. Mirando por encima de la barandilla del globo vio que la cuerda ya casi rozaba el agua.

Aquella cuerda mediría unos quinientos pies de largo. Luego de que una parte de la cuerda se sumergiera en el mar, el globo no pareció descender más; sin embargo, su avance también daba la sensación de ser más lento. No obstante, Dian tenía la impresión de que iba a conseguir llegar a tierra firme.

La muchacha empezaba a sentirse aliviada, cuando, al observar el estrecho, percibió la cabeza de una criatura a la que reconoció como un aztarag, un tigre marino, rompiendo las olas cerca de la colgante cuerda.

Se congratulaba de no estar allí abajo, cuando, en ese momento, la criatura atrapó la cuerda con sus poderosas mandíbulas y empezó a tirar de ella hacia el centro del estrecho.

¡Aquello era demasiado! Cansada, hambrienta, sedienta y exhausta, aunque al menos ya no sentía frío, Dian se vino abajo. Con un esfuerzo, logró contener las lágrimas. Ahora sí que no había esperanza.

Un momento. ¡Sí la había! Si cortaba aquella cuerda, el globo se vería libre y continuaría hacia la costa. Aligerado del peso de quinientos pies de pesada cuerda, con toda seguridad sería arrastrado por el viento tierra adentro antes que verse precipitado al mar. Pero ¿cómo llegar hasta la cuerda, si estaba atada a la superficie inferior del globo?

¡Tenía que existir un modo! Sacó su cuchillo de piedra y empezó a cortar el mimbre del suelo de la cesta. Finalmente logró hacer un agujero lo bastante grande como para pasar su brazo a través de él. Tanteando a su alrededor, encontró la cuerda. Estaba asegurada a la cesta por otras cuerdas mucho más pequeñas que discurrían hacia la periferia del cesto de mimbre.

Dian comenzó a cortar aquellas pequeñas cuerdas. A través del agujero de la cesta comprobó que el globo estaba siendo arrastrado rápidamente hacia el mar. ¡El aztarag se había sumergido y arrastraba el globo con él!

La joven trabajaba frenéticamente, pues una vez que la cesta se sumergiese estaría perdida. El mar, por debajo de ella, hervía de criaturas hambrientas. Distinguió a un tiburón gigantesco justo debajo de donde se encontraba; su hocico sobresalía del agua. Casi podía haberlo tocado con su mano, cuando el último trozo de cuerda se partió.

Al instante, el globo dio un salto en el aire y, una vez más, inició su precario y, en apariencia, interminable viaje hacia el misterioso mundo que se extendía al otro lado del estrecho sin nombre.



III

Cuando O-aa vio que La-ak avanzaba hacia ella, se puso en pie.

—Vuelve a tu remo o salto por la borda —dijo.

La-ak vaciló. Suponía, acertadamente, que la muchacha estaba segura de lo que decía; además, era consciente de que en algún momento la joven tendría que dormir y, entonces, caería sobre ella.

—Eres idiota —dijo, volviendo a coger su remo—. Solo se vive una vez.

—O-aa vive a su manera —replicó la muchacha.

La joven se sentó frente a la popa; así podía vigilar a La-ak. Vio la lanza tendida a su lado y el cuchillo a su costado. Aquellos podían ser los instrumentos para su fuga, pero estaban lejos de su alcance. De reojo, miró a su alrededor, hacia el gran mar que tanto temía. Muy vagamente, a través de la bruma de la distancia, creyó percibir el continente. Pero por ninguna parte se veía señal de tierra firme; solo la vasta extensión de agua azulada que se ondulaba suavemente hacia lo alto hasta fundirse en la distancia con el cielo azul que se arqueaba sobre ellos y que luego volvía a descender para unirse con el mar en el extremo opuesto. A su izquierda, muy a lo lejos, divisó una pequeña nube. Para

O-aa

no quería decir nada, pues era una muchacha de las colinas y, por tanto, menos consciente del peligro que representaba para aquellos que vivían en el mar.

También descubrió algo más a popa: un largo y delgado cuello coronado por una espantosa cabeza en cuya mandíbula se distinguían unos grandes colmillos. Ocasionalmente, creyó percibir un cuerpo liso, parecido al de una foca, que se alzaba momentáneamente sobre el lento oleaje. Sabía lo que era aquello:

un ta-ho-az, un león marino. No se trataba de la inofensiva y juguetona criatura que surca las aguas de nuestro Océano Pacífico, sino una terrible máquina de destrucción cuyo voraz apetito nunca parece satisfecho.

La terrorífica criatura se deslizaba suavemente por el agua en dirección a la canoa. El largo cuello se arquearía por encima de la borda y le atraparía a ella o a

La-ak;

probablemente a ambos. También era posible que la monstruosa criatura situase una gigantesca aleta sobre la canoa y la hundiese o la hiciese zozobrar. O-aa pensó con rapidez. Deseaba que la salvarsen de

La-ak,

pero no a riesgo de su propia vida, si es que aquella circunstancia podía evitarse.

Poniéndose en pie, señaló a la criatura, dando un par de pasos hacia

La-ak

mientras lo hacía.

—¡Mira! —gritó.

La-ak se giró para mirar a su espalda. Al hacerlo, O-aa saltó hacia delante y cogió la lanza; luego, la introdujo con todas sus fuerzas en el cuerpo de

La-ak,

bajo su hombro izquierdo.

Con un grito de rabia y agonía, La-ak intentó volverse hacia ella, pero O-aa sostuvo con fuerza el astil de la lanza, y, al girarse

La-ak,

el afilado diente de tiburón situado en su punta se clavó profundamente en su corazón. Así murió

La-ak

de la isla de Canda.

O-aa volvió su mirada hacia el ta-ho-az. Seguía aproximándose, pero lo hacía sin prisa, como si estuviera seguro de que su presa no podía escapar y, en consecuencia, no tuviera necesidad de apresurarse.

O-aa se fijó en el llamativo taparrabos de plumas amarillas y rojas que lucía el cuerpo de

La-ak

y en las plumas de su cabello. Le habían llamado mucho la atención, así que se las quitó, después de haber extraído la lanza del cadáver; luego hizo rodar el cuerpo desnudo de

La-ak

por la popa de la canoa y cogió el remo. Con fuertes, aunque torpes, golpes de remo impulsó la pequeña nave hacia delante.

Miró varias veces de reojo hacia atrás para ver lo que estaba haciendo el ta-ho-az. Por fin, para su alivio, vio que hacía lo que había esperado que hiciese: se había detenido para devorar el cuerpo de

La-ak.

Aquello, supuso la muchacha, le mantendría ocupado durante algún tiempo, toda vez que, a pesar de que sus mandíbulas eran enormes, su cuello era delgado y, necesariamente, debería masticarlo antes de poder engullirlo.

O-aa nunca había manejado antes un remo, algo que no debe extrañar puesto que jamás había subido a ningún tipo de bote, pero había visto como lo hacía

La-ak

y se defendió bastante bien, teniendo en cuenta su ignorancia y la tosquedad de la nave.

Estaba hambrienta, sedienta y cansada. Además, ahora había perdido de vista todo indicio de tierra firme y no tenía ninguna idea de hacia donde seguir remando. Decidió, por tanto, que sería estúpido continuar haciéndolo, puesto que había demasiadas direcciones a seguir y solo una que condujera hacia la tierra más cercana: todas las probabilidades estaban a favor de que remase en una dirección equivocada. Sería mucho más agradable dejarse llevar por el viento.

Naturalmente, poseía el instinto del hogar que le es común a todos los pellucidaros y que compensa la falta de cuerpos celestes que les guíen; pero allí, en aquella vasta extensión de agua, en un entorno totalmente desconocido para ella, decidió no confiar en él.

La pequeña nube que antes había divisado se había convertido en una nube enorme y ahora estaba mucho más cerca. O-aa, al verla, pensó que iba a llover, cosa que agradeció, toda vez que eso le proporcionaría agua para beber. Decidió, por tanto, volver su

atención hacia otras cuestiones.

Se dio cuenta de que había una tabla en la sobrecubierta sobre la que se había sentado

La-ak

que no parecía encajar bien con las otras. Como si fuera algo trivial, empezó a preguntarse su significado. Aquello le sugirió algo: nadie se aventuraría en un océano tan inmenso sin comida ni agua. Se decidió a investigar. O-aa, como ya habréis deducido, no era tonta. Descubrió que aquella tabla, perfectamente encajada en ambos extremos, una vez retirada, revelaba un amplio compartimento bajo la cubierta. En aquel compartimento había armas de repuesto, anzuelos, sedales, redes, recipientes de bambú con agua, carne ahumada, frutos secos y verduras.

O-aa comió, bebió y luego se durmió. Mientras, la gran nube negra avanzó hacia ella, los relámpagos resplandecieron y el trueno dejó oír su rugido. O-aa dormía el profundo sueño del agotamiento, al que se añadía un estómago lleno y satisfecho.

David pensó que el *Amoz* estaba condenado al ver a la gigantesca ola curvándose sobre su popa; luego rompió sobre ellos, aplastándoles contra la cubierta, arrancándoles violentamente de los asideros a los que se agarraban y hundiendo profundamente la proa de la nave en el mar.

Nadie creyó que el *Amoz* pudiera recobrarse de un golpe semejante, pero lo hizo. Combándose y retorciéndose, emergió lentamente. El agua chorreaba por su cubierta; en ese momento, David vio como el viejo hombrecillo era arrastrado por ella hacia la proa. Sin pensárselo dos veces, se arrojó tras él.

El mástil había desaparecido, dejando solamente un muñón a cuyo alrededor se enredaba el cordaje y una sección de la vela que se había desgarrado. Alcanzándole, David agarró al hombrecillo por uno de sus tobillos; luego, mientras él mismo era arrastrado hacia la proa, se las arregló para aferrarse al cordaje, aguantando su presa hasta que toda el agua hubo desaparecido por el costado de la nave.

Pensó que un hombre de ciento cincuenta y tres años nunca se recobraría de semejante impresión. Estaba a punto de cogerle y llevarle en brazos, cuando Ah-gilak se levantó de un salto.

—¡Por todos los infiernos! —exclamó—. ¡Esta vez sí que he estado a punto de mojarme los pies, como diría aquel!

—¿Estás bien? —le preguntó David.

—Nunca me he sentido tan bien en mi vida —contestó Ah-gilak—. Así que viniste detrás de mí, ¿verdad? ¡Maldito idiota! ¿No te has dado cuenta de que podrías haberte ido por la borda?

Eso fue todo lo que dijo sobre el tema.

Aquella última ola marcó el punto álgido de la tormenta. El viento continuó soplando como una galerna, pero el huracán había cedido. El mar todavía estaba muy agitado aunque no tanto como antes. Después de que el *Amoz* hubiera soportado lo peor de la tormenta, parecía ahora relativamente seguro. Sin avanzar, se balanceaba en el seno de las olas; varias veces se inclinaba sobre su bao, pero siempre conseguía enderezarse.

—Se necesitaría una maldita ley del Congreso para hacer volcar esta cuba —dijo Ah-gilak—. Ni puedes manejarla ni puedes navegar con ella; pero, por los dioses, tampoco puedes hundirla. Si hubiera estado en ella en vez de en el *Dolly Dorcas*, no estaría en este maldito agujero sino de vuelta en Cabo Cod, probablemente dando otra vez mi voto al viejo John Tyler o a algún otro buen demócrata.

David se dirigió abajo, a riesgo de su vida o de su integridad, para ver cómo les había ido a sus hombres. Con la llegada de la tormenta habían cerrado todas las portillas y asegurado los cañones. Afortunadamente, ninguno de ellos se había soltado y había muy pocas bajas entre los hombres, casi todas debidas al furioso balanceo de la nave.

A los marineros mezops no les había ido tan bien arriba; al menos veinticinco de ellos habían sido arrojados por la borda. Todos los botes y el mástil habían desaparecido, así como la mayor parte de la vela. El *Amoz* casi parecía los restos de un naufragio. No se veía a ninguno de los demás navíos. David los dio por perdidos, especialmente al pequeño *Sari*.

A aquellos hombres de la edad de piedra, su situación les parecía bastante desesperada.

—Si no hubiéramos perdido todos los botes, podríamos haber enviado a algunos hombres hasta la costa —dijo Ghak.

—¿Por qué no rompemos la cubierta y construimos balsas? —sugirió Hodon—. Es imposible que rememos con el *Amoz* hasta la costa, pero sí seríamos capaces de hacerlo con una balsa.

—Vosotros, los malditos marineros de agua dulce, siempre

conseguís que se me levante dolor de cabeza —bufó Ah-gilak—. Tenemos un trozo de mástil, parte de la vela y mucho cordaje. Podemos enjarciar el aparejo de esta condenada cuba y llegar a la costa el doble de rápido y con diez veces más facilidad que si nos pusiéramos a construir balsas y a remar. Si me dais unas cuantas manos, la pondré en forma en menos tiempo del que se tarda en hacer que un carnero mueva el rabo, como diría aquel. ¿A qué distancia está el puerto?

David se encogió de hombros.

—Eso depende de lo lejos que nos haya arrastrado el huracán y de la dirección en que nos haya llevado. Puede que estemos a cincuenta millas de puerto y puede que estemos a quinientas. Tus suposiciones a ese respecto son tan buenas como las mías.

—¿Cómo estamos de agua potable? —preguntó Ah-gilak.

—Tendremos suficiente para varios sueños —contestó Ja.

—¡Maldita sea! —gruñó el hombrecillo—. ¿Cómo demonios va alguien a hacer ningún tipo de cálculo con una tropa de marineros de agua dulce que ni siquiera saben el día en que nacieron?

—Todo lo contrario —repuso David—. Siempre lo saben.

—¿Y cómo lo saben? —inquirió Ah-gilak.

—Porque siempre es mediodía.

Ah-gilak dejó escapar un bufido. No estaba de humor para bromas.

—Está bien —dijo—. Lo haremos todo lo condenadamente bien que podamos. Puede que andemos cortos de agua, pero al menos tenemos bastante comida —añadió mirando a los guerreros que subían de la cubierta inferior.

O-aa se despertó a causa del movimiento de la canoa. Al abrir los ojos lo primero que vio fue un muro de agua alzándose sobre ella. Se encontraba en un cañón acuático, con otro muro de agua cercándola por el lado contrario. Aquella era una situación estremecedora que se hallaba más allá de su experiencia. Nada podría salvarla. Uno de los muros de agua estaba a punto de caer sobre ella. Pero no llegó a ocurrir. En su lugar, el muro descendió y la canoa fue alzada hasta otra pared acuática igual que la anterior. En ese momento,

O-aa

pudo ver una cortina de agua que se batía y rasgaba en todas

direcciones hasta donde alcanzaba la vista. El cielo estaba negro, cubierto de furiosas y retorcidas nubes que se veían resquebrajadas por los vivos resplandores de los relámpagos y el acompañamiento del fragor de los truenos. El viento aullaba y gemía con la furia propia de un maligno odio. La canoa volvió a hundirse en otro cañón formado por el agua.

Aquello continuó una y otra vez; no parecía tener fin. La cubierta estaba prácticamente llena de agua. Pero

La-ak

había construido bien su canoa: era imposible que volcase o se hundiera, y era tan ligera que remontaba hasta las más gigantescas olas. Ningún tipo de rayo podía caer sobre ella. Sin embargo,

O-aa

desconocía esto; ella pensaba que cada ola iba a ser la última. No obstante, al descubrir que, ola tras ola, era alzada hasta su cresta para luego descender a un nuevo abismo exactamente igual que el anterior, recuperó su coraje. De hecho, en breve, empezó a disfrutar de aquella experiencia. O-aa nunca había estado en una montaña rusa, pero obtuvo la misma emoción de aquella sorprendente aventura, solo que esta duraba mucho más y no había tenido que pagar ninguna entrada por participar en ella.

El *Sari*, al ser un navío más ligero que los otros dos, fue arrastrado con más fuerza por el huracán; también, al llevar una vela mucho más pequeña, su mástil no había salido despedido por la borda tan rápidamente como lo había hecho el del *Amoz*. El tercer navío lo había perdido incluso antes que el *Amoz*. Por esta razón, cuando el viento se abatió sobre el más pequeño de los tres navíos, el *Sari*, aunque también era ya a esas alturas un cascarón sin mástil, cubrió una distancia mayor que sus naves hermanas.

Al tener una única cubierta —abierta, además, al exterior— había perdido la mitad de su tripulación, aunque su armazón y su cuaderna aún resistían firmes. No en vano David y Perry la habían construido bien, mucho mejor que el primer navío diseñado por Perry, que también había recibido el mismo nombre y que había volcado al ser botado.

La continua galerna, que persistía aún después de que lo peor del huracán hubiera pasado, impulsó alegremente al *Sari* hacia un destino y un punto que ningún hombre conocía. Los supervivientes

simplemente estaban contentos de seguir vivos; al igual que la mayoría de los hombres de la edad de piedra, no se hacían preguntas sobre el futuro. El presente era su única preocupación. No obstante, a pesar de esta afirmación, recogieron todo el agua de lluvia que pudieron para aumentar las reservas de a bordo.

La cubierta del *Sari* era aún un lugar precario para transitar, cuando uno de los mezops divisó algo que flotaba a proa de la nave. Llamó la atención de sus compañeros hacia aquel objeto y varios de ellos acudieron a la baranda para echar un vistazo a lo que había descubierto.

Cualquier cosa que ahora flotase en aquel solitario mar era digna de mención. Aquellas no eran las aguas de las costas de California donde la mitad de los troncos cortados por los leñadores de Oregón flotan de un lado a otro amenazando la navegación y volviendo locos a los guardacostas.

—Es una canoa —dijo Ko, el gigantesco mezop que la había descubierto.

—¿Hay alguien en ella? —preguntó Raj, el capitán del *Sari* y uno de los jefes mezops.

—No lo sé. Hay que esperar a que las olas la alcen de nuevo —contestó Ko.

—Tiene que ser una canoa excepcional para haber sobrevivido a una tormenta semejante —dijo Raj.

—Posee un aspecto peculiar —apuntó Ko—. ¡Ahí está! Creo que hay alguien en ella.

—Sí, es una canoa extraña —afirmó Raj—. Lleva dos cosas unidas a sus costados.

—Una vez vi una canoa parecida —dijo otro mezop—. Ocurrió hace muchos sueños. Fue arrojada a nuestra isla junto a un hombre que decía proceder de una isla llamada Canda, situada muy dentro del Lural Az. Aquella canoa tenía dos flotadores de bambú a sus costados y no podía volcar. También poseía espacios herméticos al agua para no hundirse. Acabamos con ese hombre. Creo que esa canoa procede de Canda.

En breve, el *Sari*, que presentaba una superficie al viento mayor que la de la canoa, la alcanzó. O-aa les observaba. Al haber oído hablar de los grandes navíos de los saris a Hodon y a David, supuso que aquel era uno de ellos. Por ese motivo, no sintió temor. Si

lograba subir a bordo la rescatarían. Haciendo gestos con las manos, saludó a los hombres que la miraban desde la baranda.

—Es una muchacha —dijo Raj—. Traed una cuerda. La subiremos a bordo.

—Es de Canda —afirmó el guerrero que había visto al hombre de Canda—. Lleva el mismo tipo de taparrabo que aquel hombre. Creo que sería mejor que la dejásemos aquí.

—No —repuso Raj—. Es una mujer.

Lo que implicaba aquella afirmación, lo podéis suponer tan bien como yo. Raj era un hombre de la edad de piedra, así que en muchos aspectos probablemente era más decente que los hombres del civilizado mundo exterior; pero, a pesar de todo, seguía siendo un hombre.

Uno de los arbotantes de la canoa golpeó contra el costado del *Sari* en el momento en que Ko arrojó una cuerda a

O-aa.

La joven la cogió mientras la nave se escoraba a estribor y era alzada por una ola; al mismo tiempo, la canoa se hundió en el seno de otra. Pero

O-aa

no la soltó. Casi se cayó de la canoa al golpear esta contra el costado de la nave, pero empezó a trepar por la cuerda con la agilidad de un mono; las jóvenes de las cavernas poseen una agilidad sorprendente, posiblemente debido a que toda su vida la pasan subiendo por toscas y vacilantes escalas.

Cuando llegó a la cubierta del *Sari*, Raj la cogió del brazo.

—No solo es una muchacha —dijo—, sino que además es hermosa. Me parece que me voy a quedar con ella.

O-aa le golpeó en pleno rostro y se apartó de él.

—Soy la hija de un rey —dijo—. Mi compañero, mi padre y mis nueve hermanos te encontrarán y acabarán contigo si te atreves a causarme algún daño.

Un hombre de Thuria se hallaba buscando un rebaño de lidi que se le había extraviado; lo había seguido hasta los confines de la tierra que bordeaba el estrecho sin nombre. En ese momento, una sombra cruzó por encima de él. Miró hacia lo alto, pensando que se trataba de un thipdar; había un árbol muy cerca, por lo que no sintió ningún temor. Sin embargo, lo que vio le llenó de asombro y

horror: una cosa enorme y circular, que parecía llevar algo atado a su parte inferior, flotaba en lo alto del cielo y cruzaba el estrecho sin nombre. La observó durante bastante tiempo hasta que solo fue una pequeña mota; después siguió buscando sus perdidos lidi, a los que ya nunca encontraría.

Le dedicó una considerable atención a aquel extraño suceso mientras regresaba a Thuria sobre su gigantesca montura. ¿Qué podía haber sido aquello? Estaba seguro de que no estaba vivo, puesto que no había visto alas ni movimiento de ninguna especie; aquella cosa simplemente parecía dejarse llevar por el viento.

Al ser un hombre de la edad de piedra y vivir en un mundo salvaje, le habían sucedido tantas aventuras que ni siquiera mencionaba la mayoría de ellas al regresar a su hogar, a no ser que no se considerasen aventuras el tener que enfrentarse a hombres y bestias y estar a punto de perder la vida a sus manos. Cuando se las contaba a su compañera, ambos se maravillaban de aquellas historias.

Sin embargo, aquella cosa que había visto sobre el estrecho sin nombre era diferente; era algo de lo que realmente merecía la pena hablar. Nadie en Pellucidar había visto jamás algo parecido y, por tanto, las posibilidades de que le creyeran cuando lo contase no estaban muy a su favor. A pesar de todo correría el riesgo, pues nada podía cambiar el hecho de lo que había visto.

Así, tan pronto como regresó a su hogar, comenzó a contar lo sucedido y, como había supuesto, nadie le creyó; su compañera menos que los demás. Aquello le enfureció tanto que la dio una paliza.

—Seguro que estabas en el poblado de Liba con esa jalok gorda y maloliente. Y ahora pretendes hacerme creer que llegaste al fin del mundo —le había dicho. Posiblemente, ese era el motivo por el que la había pegado.

No llevaba mucho tiempo en casa, apenas un par de sueños, cuando llegó un mensajero procedente de Sari. Todo el mundo se congregó alrededor de la choza del jefe para oír lo que aquel mensajero tenía que decir.

—Vengo de Sari —dijo—, para preguntar si algún hombre de Thuria ha visto una cosa extraña flotando en el aire. Es redonda...

—Y tiene algo atado debajo —casi gritó el hombre al que nadie

había creído.

—¡Sí! —exclamó el mensajero—. ¿La has visto?

—Sí que la he visto —respondió el hombre.

Sus compañeros thurios le miraron con asombro; después de todo, sí había dicho la verdad. Aquello era la prueba. Su compañera asumió un aire de importancia y una expresión de «ya os lo había dicho» al mirar a las demás mujeres.

—¿Dónde la viste? —preguntó el mensajero.

—Fui al fin del mundo en busca de unos lidi que había perdido —explicó el hombre—, y allí vi a esa cosa flotando a través del estrecho sin nombre.

—¿A través del estrecho sin nombre? Entonces está perdida —comentó el mensajero.

—¿Quién está perdida? —preguntó el jefe.

—Dian la Hermosa. Era ella quien iba en la cesta que colgaba de esa gran bola redonda a la que Perry llamaba globo.

—Nunca volveréis a saber de ella —dijo el jefe—. Nadie sabe lo que hay más allá del estrecho sin nombre. A veces, cuando la visibilidad lo permite, algunos han creído ver tierra al otro lado. Por eso se dice que es un estrecho; pero también es posible que exista un océano aún mayor que el Sojar Az, cuyas costas sean desconocidas para el hombre.



IV

Aligerado del peso de la cuerda, el globo volvió a ascender a la altura en que había permanecido cuando la cuerda arrastraba por las aguas del estrecho sin nombre. Pronto llegó a tierra firme y sobrevoló la ciudad. Al mirar hacia abajo, Dian se admiró de que aquella maravilla hubiera sido construida por el hombre.

Se trataba de una pequeña ciudad de casas de arcilla y estrechas y serpenteantes calles, pero para una muchacha de la edad de piedra, que nunca antes había visto una ciudad, constituía una verdadera maravilla. Le impresionó tanto como la ciudad de Nueva York lo hace con los visitantes de Pittsburgh o de Kansas City cuando la ven por primera vez.

El globo volaba ahora tan bajo que podía ver a la gente en las calles y en los tejados de los edificios. Miraban hacia ella con asombro. Si bien Dian nunca había visto una ciudad, al menos había oído hablar de ellas; por el contrario, aquella gente no solo nunca había visto un globo, sino que jamás había tenido noticias de que pudiera existir algo semejante.

Una vez que el globo atravesó la ciudad y continuó hacia el territorio que se encontraba más allá, cientos de personas emprendieron su persecución. Lo siguieron durante mucho tiempo, mientras el globo seguía aproximándose cada vez más al suelo.

En breve, Dian descubrió otra ciudad en la distancia. Al acercarse a aquella segunda ciudad, el globo se hallaba ya muy cerca del suelo, apenas a veinte pies. En ese momento, vio a muchos hombres salir de ella. Llevaban escudos, arcos y flechas, y, por primera vez, se dio cuenta de que también aquellos que la venían siguiendo desde la primera ciudad iban armados de igual manera.

Antes de que el globo hubiera tocado el suelo, los hombres de

ambas ciudades entablaron una batalla a su alrededor. Al principio emplearon únicamente sus arcos y flechas, pero cuando se aproximaron desenvainaron unas espadas cortas que pendían a sus costados y se enfrentaron cuerpo a cuerpo. Gritaban y se insultaban unos a otros, formando un estrépito ensordecedor.

Dian rogó porque el globo volviera a remontar el vuelo, puesto que no deseaba acabar en manos de un pueblo tan feroz; pero, para su desaliento, fue a caer en medio de la batalla. No obstante, a base de saltos y sacudidas a través del terreno, el globo continuaba acercándose cada vez más hacia aquella segunda ciudad. Guerreros de ambos bandos se colgaban de la cesta, empujando o tirando de ella: los hombres de la primera ciudad intentando hacerla retroceder y los de la segunda tratando de acercarla hasta sus puertas.

—¡Es nuestra! —gritaban estos últimos—. ¡Mirad! ¡Intenta ir a Lolo-lolo! ¡Matad a los infieles que quieren apoderarse de Noada!

—¡Nos pertenece a nosotros! —clamaban los hombres de la primera ciudad—. Nosotros la vimos primero. ¡Muerte a los infieles que quieren arrebatarlos a Noada!

El globo se encontraba ahora muy cerca de las puertas de la ciudad. De repente, una docena de hombres salió al exterior y se apoderó de Dian. Sacándola de la cesta del globo, la llevaron al interior de la ciudad, cerrando de inmediato sus puertas tanto a amigos como a enemigos.

Sin el peso de Dian, el globo se elevó y empezó a alejarse de la ciudad. Incluso los combatientes se detuvieron para observar aquel milagro.

—¡Mirad! —exclamó uno de los guerreros de la segunda ciudad—. ¡Nos ha traído a Noada y ahora regresa a Karana!

Lolo-lolo era también una ciudad de casas de arcilla y serpenteantes y retorcidas calles. A través de ellas fue escoltada Dian la Hermosa, entre lo que percibió que eran profundas reverencias.

Un guerrero iba a la cabeza, gritando:

—¡Noada está aquí!

Mientras ella avanzaba, la gente, abriendo camino al pequeño cortejo, se arrodillaba y se tapaba los ojos con las manos.

Dian no entendía lo que estaba sucediendo, toda vez que, al

estar su pueblo libre de cualquier superstición, nada sabía de la existencia de religiones. Lo único que sabía es que aquella extraña gente parecía amistosa y que la recibían más como una invitada de honor que como una prisionera. Todo era extraño para ella: las pequeñas casas, sólidamente construidas, alineadas a lo largo de las estrechas calles; el color amarillo de la piel de aquella gente y los extraños ropajes que llevaban —mandiles de cuero con llamativos dibujos que les cubrían de cintura para abajo, por delante y por detrás—, los cascos de cuero de los hombres y las plumas que adornaban los peinados de las mujeres. Ni hombres ni mujeres llevaban prenda alguna por encima de la cintura, mientras que los más jóvenes y los niños iban totalmente desnudos.

Los brazaletes, tobilleras y otros ornamentos de metal que llevaban tanto hombres como mujeres, así como las espadas y las puntas de lanzas y flechas que utilizaban los guerreros, estaban hechos de un metal extraño para Dian. Se trataba de bronce, pues aquel pueblo había pasado de la edad de piedra y la del cobre a la edad del bronce. Que su civilización había avanzado, lo atestiguaba el hecho de que sus armas eran más letales que las de los pueblos de la edad de piedra: cuanto más civilizado es un pueblo, más mortíferos son los ingenios con los que mata a sus semejantes.

Dian fue escoltada hasta una plaza que se abría en el centro de la ciudad. Allí los edificios eran un poco más grandes, aunque ninguno tenía más de un piso de altura. En el centro de uno de los lados de aquella plaza cuadrangular había un edificio cubierto con una cúpula, el más imponente de la ciudad de Lolo-lolo, si bien describirlo como imponente sería un poco grandilocuente. No obstante, sí es destacable el hecho de que aquella gente pudiera diseñar y construir una cúpula tan grande como aquella.

El vociferante guerrero que precedía a la escolta corrió hacia la entrada de aquel edificio, gritando: *¡Ha venido Nooda!*

Repitió aquel grito una y otra vez hasta que varios hombres extrañamente vestidos salieron al exterior. Llevaban largas túnicas de piel en las que se veían dibujos de tipo ornamental; las cabezas de todos ellos aparecían cubiertas por unas espantosas máscaras.

Cuando Dian se aproximó a la entrada del edificio, aquellas extrañas figuras la rodearon y, arrodillándose, se cubrieron los ojos de las máscaras con las manos.

—¡Bienvenida, Noadá! ¡Bienvenida a tu templo en Lolo-lolo! ¡Nosotros, tus sacerdotes, te damos la bienvenida a la Casa de los Dioses! —clamaron al unísono.

Las palabras bienvenida, sacerdotes y dioses eran desconocidas para Dian. No sabía lo que significaban pero era lo bastante inteligente como para suponerlo y darse cuenta de que la estaban tomando por otra persona, así como que aquella creencia era su mejor salvaguarda. En consecuencia, inclinó graciosamente la cabeza y aguardó a lo que viniera a continuación.

La plaza situada a su espalda estaba repleta de gente, que ahora empezaba a entonar un canto pagano acompañado del batir de tambores. Y así, Dian la Hermosa fue escoltada a la Casa de los Dioses por los sacerdotes de Noadá.

Bajo la experta dirección de Ah-gilak, los hombres del Amoz colocaron un nuevo aparejo y, una vez más, la nave continuó su viaje. Un hombre de Amoz hacía las veces de compás, sextante, cronómetro y navegante, toda vez que el centro de la navegación de Pellucidar está situado en la pequeña bahía que existe cerca de los acantilados de Amoz. Su relevo fue otro hombre de Amoz. El turno de guardia terminaba cuando uno de los dos tenía sueño. El arreglo resultó muy satisfactorio y los resultados obtenidos mucho más precisos que los que se habrían conseguido con la utilización de cualquier compás, sextante o cronómetro.

El viento no había cesado y la mar todavía se hallaba encrespada, pero el *NIP Amoz* surcaba su camino con tanta facilidad que todos a bordo se hallaban convencidos de que finalmente llegarían a puerto.

—¡Maldito sea este viejo cascarón! —gruñó Ah-gilak—. Al final va a llegar a su destino, como diría aquel.

Cuando O-aa le dijo a Raj que era la hija de un rey, el mezop aguzó el oído, pues aquella palabra había sido introducida en el lenguaje de Pellucidar por Abner Perry, y aquellos que tenían derecho al título eran las cabezas de los «reinos» que pertenecían a la Federación conocida como el Imperio de Pellucidar. El que la muchacha fuera una simple joven era una cosa; pero si su pueblo pertenecía a la Federación, eso era, en verdad, otra muy distinta.

—¿Quién es tu padre? —preguntó Raj.

—Oose, el rey de Kali —contestó O-aa—. Y mi compañero es Hodon el Ligero, de Sari; y mis nueve hermanos son guerreros verdaderamente terribles.

—Tus nueve hermanos no me importan —repuso Raj—. Pero que tú seas de Kali y que tu compañero sea Hodon es suficiente. Serás bien tratada en este barco.

—Y para ti será mejor que así sea —dijo O-aa—, porque si no soy tratada correctamente, me veré obligada a mataros. Ya he matado a muchos hombres. Mis nueve hermanos y yo solíamos atacar solos el poblado de Suvi, y yo siempre mataba más guerreros que cualquiera de ellos. El hermano de mi madre también era un consumado matador de hombres, al igual que mis tres hermanas. Sí, será mejor para todos vosotros que me tratéis con consideración. Yo siempre...

—¡Cállate ya! —le interrumpió Raj—. Hablas demasiado y mientes aún más. No te causaremos ningún daño, pero los mezops tratamos como se merecen a las mujeres que hablan demasiado. No nos gustan nada.

O-aa se mordió la lengua, pero no dijo nada. Conocía a un hombre que sabía hacer valer su palabra nada más verlo.

—Si no eres de Canda —dijo el guerrero que en una ocasión había visto a un hombre de Canda—, ¿de dónde has sacado ese taparrabos con plumas?

—Se lo quité a un candio llamado La-ak después de matarle —contestó O-aa—, y eso no es ninguna mentira.

El *Sari* era impulsado por la galerna, y, al mismo tiempo, había sido cogido por una corriente oceánica que discurría en la misma dirección que el viento; en consecuencia, navegaba a una gran velocidad, aunque a

O-aa

le parecía que solo se movía arriba y abajo.

Cuando llegaron frente a las islas de Anoroc, los mezops comenzaron a impacientarse. No podían verlas, pero sabían con toda exactitud dónde se hallaban y no les agradaba la idea de dejar pasar de largo su hogar. Los cuatro botes del *Sari* habían sido asegurados contra la baranda por lo que la tormenta no había sido capaz de llevárselos. Raj sugirió a los saris que se encontraban a bordo que se repartiesen los botes. Él y sus compañeros mezops

cogerían dos de los botes y remarían hasta Anoroc, mientras que los saris se quedarían con los otros dos y continuarían hasta el continente, toda vez que no se hallaba muy lejos de allí.

La mar encrespada hacía extremadamente difícil y peligroso arrojar los botes al agua, pero los mezops eran excelentes marinos y lo hicieron sin dificultad. Con una despedida final, se alejaron remando a través del agitado océano.

O-aa observó todo aquello con cierta preocupación. Veía como los frágiles botes se alzaban con las poderosas olas para luego desaparecer en el seno de las siguientes. A veces creía que no volvería a verlos aparecer. Había contemplado con desasosiego el descenso de los botes y el embarco de los mezops; ahora, cuando los Saris empezaron a botar los suyos, se sintió verdaderamente asustada.

Le dijeron que subiese en el primer bote, pero la muchacha respondió que lo haría en el siguiente; en realidad, intentaba retrasar todo lo posible el momento de hacerlo. Lo que se añadía a su natural temor al mar era el hecho de estar convencida de que los saris no eran buenos marinos. Siempre habían vivido en tierra firme y no se habían aventurado en el mar hasta que David y Perry habían decretado que se convirtieran en una potencia naval, e incluso entonces lo habían hecho como guerreros y no como verdaderos marineros.

O-aa observó el descenso del bote con ansiedad y temor. En primer lugar, echaron el bote al agua con dos hombres en su interior; aquellos hombres intentaron evitar que golpease el costado de la nave, usando los remos con tal propósito. No tuvieron demasiado éxito. O-aa esperaba verlo saltar en pedazos en cualquier momento. El resto de saris que se disponía a ir en ese primer bote arrojaron varias cuerdas para descender por ellas. Todos se hallaban a bordo cuando el *Sari* giró repentinamente y lo hizo zozobrar. Algunos de los hombres consiguieron volver a coger las cuerdas por las que habían descendido y fueron izados a la cubierta del *Sari*. Para el resto no hubo esperanza. O-aa vio cómo se ahogaban.

Los saris comenzaron a tener dudas sobre si descender o no el segundo bote; a ninguno de ellos le hacía ilusión ahogarse en un mar repleto de voraces reptiles. Empezaron a discutir el asunto.

—Si la mitad de los hombres hubieran cogido los remos y

hubiesen alejado el bote del *Sari*, en vez de intentar remar cuando la nave ya se giraba hacia ellos, todo esto no habría ocurrido —dijo uno. El resto fue de la misma opinión.

—Creo que podríamos hacerlo con facilidad —dijo otro. O-aa no pensaba así.

—Si permanecemos a bordo del *Sari*, acabaremos muriendo de hambre o de sed —dijo un tercero—. No tendremos ninguna oportunidad. En el bote al menos tendremos alguna. Yo prefiero correr el riesgo.

Finalmente, todos estuvieron de acuerdo y el bote fue descendido con éxito. Varios hombres se encargaron de mantenerlo alejado del costado de la nave.

—Te toca bajar a ti —dijo uno de los guerreros a O-aa, indicándola la baranda.

—No —respondió la muchacha—. No voy a ir con vosotros.

—¡Qué! ¿Es que prefieres quedarte sola a bordo del *Sari*? —inquirió.

—Sí —contestó O-aa—. Si alguna vez llegáis a *Sari*, cosa que dudo, y Hodon aún se hallase vivo, decidle que O-aa está en el Lural Az, a bordo del *Sari*. Él vendrá a buscarme.

El hombre hizo un gesto negativo con la cabeza y empezó a descender por la borda. Los demás le siguieron. O-aa les observó mientras apartaban el bote del costado de la nave y se alejaban de ella; luego, hundiendo sus remos en el mar, remarón con fuerza hasta que se hallaron fuera de peligro. Les siguió con la mirada mientras el bote era zarandeado de un lado a otro hasta convertirse en un pequeño punto en la distancia. Sola, en un cascarón a la deriva, sobre un mar agitado por los últimos retazos de la tormenta, O-aa

se sintió mucho más segura de lo que lo hubiera estado en aquel diminuto bote, que estaba convencida de que nunca llegaría a tierra.

O-aa disponía de lo que ella consideraba una inagotable provisión de agua y de comida, y suponía que algún día la corriente le llevaría a tierra; entonces podría emprender el camino a casa. El mayor problema al que tendría que enfrentarse era la ausencia de alguien con quien poder hablar, pues para

O-aa

aquello suponía un verdadero problema.

El viento impulsaba a la nave hacia el sudoeste, en la misma dirección en que lo hacía la corriente oceánica. O-aa durmió muchas veces, aunque siempre era mediodía. La tormenta había cesado hace mucho tiempo. Grandes y tranquilas olas alzaban gentilmente al *Sari* y, gentilmente, lo hacían descender. Donde antes el océano había apaleado al navío, ahora lo acariciaba.

Cuando O-aa se despertaba buscaba ansiosamente la costa con la mirada. Hasta que por fin la vio. Apenas se vislumbraba y se hallaba muy lejos, pero estaba segura de que aquello era tierra firme y de que el *Sari* se dirigía hacia ella... ¡pero lo hacía tan despacio! Permaneció mirándola hasta que no pudo mantener los ojos abiertos por más tiempo y se durmió. Cuánto tiempo estuvo dormida nadie podría decirlo, pero cuando despertó se encontraba muy cerca, si bien el *Sari* avanzaba en paralelo a la línea costera, y lo hacía con rapidez. O-aa era consciente de que jamás sería capaz de alcanzarla si la nave mantenía su rumbo, pero no había nada que pudiera hacer al respecto.

Una fuerte corriente discurría a través del estrecho sin nombre procedente del Sojar Az —por el que el *Sari* navegaba en aquel momento— hacia el Korsar Az, el inmenso océano que limitaba con el oeste de la gran península en la que estaba situada Sari. O-aa ignoraba todo esto, así como el hecho de que la tierra hacia la que se dirigía el *Sari* era terra incógnita para su pueblo.

El viento, que había estado soplando suavemente desde el este, cambió bruscamente hacia el norte e incrementó su fuerza, arrastrando al *Sari* mucho más cerca de la costa. Ahora se hallaba tan cerca que

O-aa

pudo distinguir con claridad lo que había en tierra. Vio algo que despertó su curiosidad, puesto que jamás había visto algo parecido. Se trataba de una ciudad amurallada. O-aa no tenía la menor idea de lo que era. Enseguida distinguió a varias personas saliendo de ella y corriendo hacia la playa a la que se dirigía el *Sari*. Cuando se encontraron más cerca, se apercibió de que eran guerreros.

O-aa nunca había visto antes una ciudad y aquella gente tampoco había visto antes un barco. El *Sari* navegaba de proa y O-aa se hallaba de pie en el bauprés, una hermosa estampa con su

taparrabo de plumas rojas y amarillas y las tres plumas que coronaban su largo cabello.

El *Sari* se encontraba ahora muy cerca de la costa y aquella gente podía ver claramente a O-aa.

De repente, cayeron de rodillas y se cubrieron los ojos con las manos, irrumpiendo en lágrimas.

—¡Bienvenida, Noadá! ¡La verdadera Noadá ha venido a Tanga-tanga!

En ese preciso momento, el *Sari* encalló y O-aa se precipitó de cabeza al agua. O-aa había aprendido a nadar en un lago cercano a Kali en el que no había reptiles. Sin embargo, era perfectamente consciente de que aquellas aguas estaban infestadas de ellos puesto que los había visto a menudo. Por ese motivo, cuando salió a la superficie, empezó a nadar hacia la playa como si todos los saurios del mundo se hallasen a sus talones. Esther Williams no habría rebajado el tiempo en que la pequeña cavernícola de Kali cubrió los cien metros que la separaban de la costa.

Mientras avanzaba vacilantemente sobre la playa, los sorprendidos guerreros de Tanga-tanga volvieron a arrodillarse y se cubrieron los ojos con las manos. O-aa, confundida, miró de reojo hacia abajo para ver si había perdido su taparrabos. Para su alivio, descubrió que todavía seguía allí.



V

O-aa miró extrañada a los arrodillados guerreros; la situación se estaba haciendo embarazosa.

—¿Qué estáis haciendo? —preguntó la joven—. ¿Por qué no os levantáis?

—¿Podemos estar de pie en tu presencia? —preguntó un guerrero.

O-aa pensó con rapidez. Tal vez aquel era un caso de confusión de identidades, pero a ella le podía favorecer. Si la temían, lo mejor era que siguieran haciéndolo así.

—Lo pensaré —contestó.

Mirando de reojo a su alrededor, vio que varios guerreros la observaban subrepticamente; sin embargo, en el momento en que posó su mirada sobre ellos, estos inclinaron sus cabezas. A pesar de que la habían estado observando, no se habían apercebido de su error. También se fijó en que aquellos hombres amarillos de llamativos mandiles de cuero y extrañas armas llevaban unos cascos que a

O-aa

le parecieron muy bonitos.

Tras haberse tomado su tiempo observándoles, dijo:

—Ahora podéis levantaros.

Todos se pusieron en pie. Varios guerreros se aproximaron a ella.

—Nuestra Noada —dijo uno de ellos—, llevamos esperándote mucho tiempo, desde que el primer xexot descubrió que únicamente con tu ayuda podíamos aspirar a ir a Karana después de morir, quizás haga de eso un millón de sueños. Nuestros sacerdotes nos dijeron que algún día vendrías. No hace muchos sueños que otra a

la que tomamos por Noadá vino desde el aire, pero ahora sabemos que era una impostora. Acompáñanos a Tanga-tanga, para que tus sacerdotes puedan llevarte hasta tu templo.

O-aa estaba perpleja. Casi todo lo que había dicho aquel hombre le había sonado como el griego a un hotentote. Pero la pequeña O-aa era lo bastante lista como para darse cuenta de que su posición allí era buena, así que no iba a descubrir sus cartas haciendo ninguna pregunta. De hecho, su mayor temor era que se las empezasen a hacer a ella.

Dian la Hermosa había aprendido muchas cosas desde su llegada a la ciudad de Lolo-lolo, y las había averiguado sin tener que hacer demasiadas preguntas, puesto que una de las primeras cosas que había descubierto era que, al parecer, ella lo sabía todo, incluso lo que pensaba la gente.

Se había enterado de que aquella raza de hombres amarillos se llamaban a sí mismos xexots; que ella procedía de un lugar llamado Karana que se encontraba en alguna parte del cielo, y que si se portaban bien, ella haría que fuesen enviados allí al morir. Por el contrario, si su comportamiento era malo los enviaría al Molop Az, el mar flamígero sobre el que flotaba Pellucidar.

Dian sí sabía lo que era el Molop Az. ¿Qué pellucidaro no lo sabía? Los muertos que se enterraban en el suelo iban allí; eran llevados pedazo a pedazo por los pequeños demonios que habitaban en él. Todo el mundo sabía eso, pues cuando se abría una tumba siempre se descubría que los cuerpos habían desaparecido total o parcialmente. Por este motivo, los distintos pueblos de Pellucidar situaban a sus muertos en los árboles, donde los pájaros pudieran encontrarlos y llevárselos en pequeños trozos hasta el Mundo Muerto que pendía sobre la Tierra de la Horrible Sombra. Cuando se mataba a un enemigo, siempre se le enterraba en el suelo; así, seguro que acababa en el Molop Az.

También había descubierto que ser Noadá era incluso más importante que ser emperatriz. En Lolo-lolo hasta el rey se arrodillaba y se cubría los ojos cuando ella se aproximaba; no se levantaba hasta que ella le daba permiso.

Todo aquello asombraba a Dian a medida que lo iba descubriendo. La gente le llevaba presentes que consistían en comida, ornamentos, pieles y muchas, muchísimas pequeñas piezas

de metal octogonales, finas y gruesas. Los sacerdotes, que acababan quedándose con la mayoría de los presentes, parecían valorar aquellas piezas metálicas mucho más que cualquier otra cosa. Si cada día no se dejaba en el templo una buena cantidad, se enfurecían y amenazaban al pueblo. Sin embargo, por muy asombrada que estuviese, Dian no hacía preguntas. Intuitivamente era consciente de que si llegaban a dudar de que ella era toda sabiduría, dudarían también de que fuese la verdadera Noda y todo se complicaría. A pesar de la devota adoración que la profesaban, podían llegar a despedazarla si llegaban a descubrir que era una impostora.

Al rey de Lolo-lolo se le llamaba go-sha, y su nombre era Gamba. Acudía a menudo al santuario de Noda. Hor, el sumo sacerdote, decía que nunca antes había acudido al templo con tanta frecuencia, excepto en los días de fiesta, cuando podía comer y beber en abundancia y contemplar las danzas.

—Eres muy hermosa, Noda —le dijo Hor—. Quizás ese sea el motivo por el que el

go-sha

viene ahora más a menudo.

—Tal vez solo quiera asegurarse de ir a Karana cuando muera —sugirió Dian.

—Espero que solo pretenda eso —dijo Hor—. Siempre ha sido un hombre malvado que no le prestaba ningún respeto al sacerdocio. Incluso se burlaba de él. Se rumorea que no cree en Karana ni en el Molop Az ni en las enseñanzas de Pu, y que solía decir que Noda no vendría nunca a Lolo-lolo porque no existía ninguna Noda.

—Ahora ya sabe que todo es cierto —dijo Dian.

Poco después de aquella conversación, Gamba llegó al templo mientras Hor se hallaba durmiendo. Se arrodilló ante Dian y se cubrió los ojos con las manos.

—Levántate, Gamba —dijo Dian.

La joven estaba sentada en una pequeña plataforma sobre la que se asentaba un trabajado trono cubierto por teñidas pieles y tachonado de bronce. Llevaba una suave túnica de piel ceñida a la cintura por un cinturón. La túnica se cogía a uno de sus hombros dejando el otro al descubierto; a un lado estaba abierta por su

costado y se sujetaba por un disco de bronce. Alrededor de su cuello lucían ocho collares de trabajadas cuentas de marfil, cada collar de diferente longitud, el más largo llegándole por debajo de la cintura. Brazaletes y tobilleras de bronce adornaban sus perfectos miembros y, completando aquel bárbaro esplendor, su cabeza se veía coronada por un tocado de plumas.

Dian la Hermosa, que nunca había llevado más que unas escasas prendas de piel, no se sentía cómoda con toda aquella parafernalia. No estaba lo suficientemente avezada en los caminos de la civilización como para apreciar la necesidad de recargar la figura femenina con todas aquellas chucherías inútiles y sin sentido. La Naturaleza había creado su belleza, y ningún adorno superficial podía realzar sus encantos.

Gamba parecía estar completamente de acuerdo con este punto de vista, ya que sus ojos parecían ignorar la túnica. A Dian no le gustaba la mirada que veía en ellos.

—¿Ha venido el go-sha a adorarme? —inquirió Dian, la Diosa.

Gamba sonrió. ¿Había un indicio de ironía en aquella sonrisa? Dian así lo creyó.

—He venido a visitarte —contestó Gamba—. No he venido a adorarte... Eso lo hago siempre.

—Está bien que adores a Noada —repuso Dian—. Pu estará satisfecho.

—No es a Noada a quien adoro —dijo Gamba audazmente—. Es a la mujer.

—Eso no le agrada a Noada —replicó Dian fríamente—; ni a Pu, ni tampoco a Hor, el sumo sacerdote.

Gamba se echó a reír.

—Hor puede engañar a todos los demás, pero no a mí; y no creo que tampoco te engañe a ti. No sé qué accidente fue el que te trajo aquí ni qué era esa cosa en la que viniste, pero sí sé que solo eres una mujer pues no existe ninguna Noada. Muchos de mis nobles y mis guerreros piensan lo mismo que yo.

—Noada no está interesada en lo que dices —le interrumpió Dian—. El

go-sha

puede irse.

Gamba se sentó confortablemente en el extremo de la tarima.

—Yo soy el go-sha —dijo—. Voy y vengo donde me parece. Y ahora quiero quedarme aquí.

—Entonces seré yo quien se vaya —dijo Dian levantándose.

—Espera —dijo Gamba—. Si eres tan lista como supongo que eres, te darás cuenta de que es mejor tener a Gamba por amigo que por enemigo. La gente está descontenta. Hor les explota para arrebatárles todo lo que tienen, y desde que te tiene a ti para atemorizarles, les explota aún más. Sus sacerdotes les amenazan con tu ira si no te traen más ofrendas, especialmente piezas de bronce. Hor se está haciendo más rico y la gente más pobre. Dicen que no les queda nada para pagar sus tributos; pronto el go-sha

no tendrá pieles con que cubrir su desnudez.

—Esas cosas tendrás que hablarlas con Hor —repuso Dian.

—Con esa forma de hablar te condenas a ti misma —replicó Gamba triunfante—. De todas formas, el tuyo es un difícil papel. Estoy sorprendido de que no te hayas traicionado antes.

—No sé a qué te refieres —dijo Dian.

—Noadá es la representante de Pu en Pellucidar, según Hor. Ella es omnipotente. Ella decide. Ella da órdenes... no Hor. Cuando me dices que hable con Hor de esas cosas de las que se queja el pueblo, admites que es Hor quien da las órdenes... no tú.

—Noadá da las órdenes —contestó Dian—. Ella te ordena que lleves tus quejas a Hor de la misma forma que la gente común lleva sus quejas a los sacerdotes menores... Ellos no cargan a Noadá con ellas, ni tú deberías hacerlo. Si expones tus quejas a Hor, este las presentará ante mí.

Gamba se dio una palmada en el muslo.

—¡Por Pu! —exclamó—. Eres una chica brillante. Has salido del apuro con inteligencia. ¡Vamos! Seamos amigos. Juntos tendríamos un largo camino que recorrer en Lolo-lolo. Ser esposa del go-sha

no es algo tan malo y es bastante más divertido que ser Noadá y estar confinada en este templo como una prisionera... que es lo que eres. Sí, eres una prisionera; y Hor es tu carcelero. Piensa en ello, Noadá, piensa en ello...

—¿En qué tiene que pensar? —demandó una voz desde un lado de la estancia.

Ambos se volvieron. Era Hor. Acercándose, se arrodilló ante Dian y se cubrió los ojos con las manos. Luego se levantó y miró de reojo a Gamba, aunque dirigiéndose a Dian.

—¿Permites que este hombre se siente en un lugar sagrado? —inquirió.

Gamba miró intensamente a Dian, esperando su respuesta.

—Si le agrada, puede hacerlo —contestó la muchacha con altivez.

—Va contra las leyes que gobiernan el templo —dijo Hor.

—Yo hago las leyes que gobiernan el templo —dijo Dian—. Y también hago las leyes que gobiernan al pueblo de Lolo-lolo —añadió mirando a Gamba.

Hor parecía incómodo. Gamba sonreía. Dian se levantó.

—Ambos estáis excusados —dijo Dian. Aquello sonó como una orden. De hecho, era una orden. A continuación, bajando del altar, Dian se dirigió hacia las puertas del templo.

—¿Adónde vas? —preguntó Hor.

—Voy a caminar por las calles de Lolo-lolo y a hablar con mi pueblo.

—No puedes hacer eso —exclamó Hor—. Va contra las leyes del templo.

—¿No acabas de oír que es Noda quien hace las leyes del templo? —comentó Gamba sin dejar de sonreír.

—Espera entonces a que prepare los sacerdotes y los tambores —pidió Hor.

—No quiero sacerdotes ni tambores —dijo Dian—. Deseo caminar sola.

—Iré contigo —dijeron Hor y Gamba al unísono, como si hubieran ensayado la frase.

—He dicho que deseo ir sola —dijo Dian, traspasando la gran puerta del templo hacia la luz del eterno sol que brillaba en la plaza.

—Bueno —le dijo Gamba a Hor—, querías tener aquí a Noda, ¿no?

Sonrió irónicamente al decirlo.

—Rezaré a Pu para que la guíe —dijo Hor, pero su expresión parecía más la de un verdugo que la de alguien que se dispusiera a rezar.

—Probablemente será ella la que guíe a Pu —respondió Gamba.

Cuando la gente vio a Noada caminando sola por la plaza se llenó de consternación. Cayeron sobre sus rodillas y se cubrieron los ojos con las manos hasta que ella les ordenó que se levantasen. La muchacha se detuvo ante uno de ellos y le preguntó a qué se dedicaba.

—Trabajo el bronce —respondió el hombre—. Yo he hecho esos brazaletes que llevas, Noada.

—¿Te dan muchas piezas por tu trabajo?

Dian nunca había visto un sistema monetario hasta llegar a Lolo-lolo, pero había descubierto que uno podía conseguir comida y otras muchas cosas a cambio de aquellas piezas de bronce, comúnmente llamadas «piezas» para abreviar. Eran llevadas en grandes cantidades al templo como ofrendas a ella, aunque era Hor quien se las quedaba.

—Obtengo muchas piezas a cambio de mi trabajo —contestó el hombre—, pero...

Inclinó la cabeza y permaneció en silencio.

—¿Pero qué? —inquirió Dian.

—Tengo miedo de decirlo —dijo el hombre—. No debería haber hablado.

—Te ordeno que hables —dijo Dian.

—Los sacerdotes me exigen la mayor parte de lo que gano y, luego, el go-sha me pide el resto. Apenas me queda lo suficiente para comer.

—¿Cuánto te pagaron por estos brazaletes que llevo? —preguntó Dian.

—Nada.

—¿Cómo que nada?

—Los sacerdotes me pidieron que los hiciera y se los entregara como ofrenda a Noada, quien perdonaría mis pecados y haría que fuese a Karana cuando muriera.

—¿Cuánto valen?

—Al menos valen doscientas piezas —respondió el hombre—. Son los brazaletes más hermosos que jamás se hayan fabricado en Lolo-lolo.

—Acompáñame —dijo Dian, que continuó caminando por la plaza.

En el lado opuesto de la plaza, frente al templo, se encontraba el palacio del go-sha.

Ante la entrada se hallaban varios guerreros de guardia. Se arrodillaron y se cubrieron los ojos cuando Noda se acercó a ellos pero, al levantarse y observar sus rostros, Dian no vio en ellos ninguna reverencia; solo odio y temor.

—Vosotros sois guerreros —dijo Dian—. ¿Se os trata bien?

—Se nos trata tan bien como a los esclavos —respondió uno con amargura.

—Se nos dan las sobras de las mesas del go-sha y de los nobles, y no tenemos piezas con las que comprar otra cosa —dijo otro.

—¿Por qué no os dan piezas? ¿Acaso peleáis por nada?

—Se supone que se nos entregan cinco piezas cada vez que el go-sha duerme, pero hace muchos sueños que no se nos paga.

—¿Por qué?

—El go-sha dice que es porque los sacerdotes se quedan con todas las piezas para dártelas a ti —dijo el primer guerrero audazmente.

—Venid conmigo —dijo Dian.

—Estamos de guardia; no podemos marcharnos de aquí.

—¡Noda os ordena que vengáis! —dijo Dian imperiosamente.

—Si hacemos lo que Noda nos ordena, ella se encargará de protegernos —dijo uno.

—Y Gamba hará que nos castiguen —repuso otro.

—Gamba no os castigará si me obedecéis. Es Gamba el que será castigado si se os causa algún daño por haberme obedecido.

Los guerreros la siguieron mientras ella se detenía y hablaba con hombres y mujeres, cada uno de ellos con una queja contra los sacerdotes o el go-sha.

Aquel al que se lo ordenaba la seguía. Por fin, con una amplia procesión a sus espaldas, regresó al templo.

Gamba y Hor habían permanecido en la entrada, observándola; ahora la siguieron al interior del templo. Dian se subió a la tarima y se dirigió a ellos.

—Gamba y Hor —dijo—, no os habéis arrodillado cuando Noda se cruzó con vosotros en la puerta del templo. Arrodillaos ahora.

Los dos hombres vacilaron. Estaban siendo humillados ante sus propios guerreros y ante unos ciudadanos vulgares. Hor fue el primero en ceder. Cayó de rodillas y se cubrió los ojos. Gamba miró desafiantemente a Dian. La sombra de una sonrisa irónica cruzó por sus labios. La muchacha volvió la mirada hacia los guerreros que se hallaban de pie, junto a Gamba.

—Guerreros —dijo—, coged...

No fue necesario decir más. Gamba se arrodilló. El go-sha había adivinado lo que había cruzado por la mente de Dian y había estado a punto de salir de sus labios.

Después de permitir que ambos se levantasen, Dian se dirigió a Hor.

—¿Cuántas piezas de bronce hay en el templo? —preguntó.

—¿Para qué? —repuso Hor.

—Noada no tiene por qué explicar lo que desea hacer con lo que es suyo —respondió Dian.

—Pero Noada —balbuceó Hor—, las piezas pertenecen al templo.

—Las piezas y también el templo me pertenecen a mí. El templo se construyó para mí; las piezas me fueron traídas como ofrendas a mí. Haz que las traigan.

—¿Cuántas? —inquirió Hor.

—Todas las que puedan transportar seis sacerdotes. Si necesito más, enviaré a por más.

Seguido por seis de sus sacerdotes, Hor abandonó la estancia temblando de rabia. El sumo sacerdote disponía de muchas piezas de bronce e hizo que las llevasen al salón del trono.

—A ese hombre —dijo Dian, indicando al trabajador del bronce—, dadle doscientas piezas en pago de estos brazaletes que jamás le fueron pagados.

—¡Pero, Noada, esos brazaletes fueron ofrendas! —protestó Hor.

—¡Fueron ofrendas forzadas! Dadle las piezas. —Se volvió hacia Gamba—: ¿Cuántas veces has dormido desde la última vez que pagaste a tus guerreros?

Gamba palideció bajo su piel amarilla.

—No lo sé —dijo hoscamente.

—¿Cuántas? —preguntó Dian a los guerreros.

—Veintiuna veces —respondió uno de ellos.

—Dadle cinco piezas a estos hombres por cada uno de esos veintiún sueños —ordenó Dian—, y que los demás guerreros vengan inmediatamente a por las suyas.

A continuación, siguió ordenando el pago de diversas sumas a cada uno de los que le habían acompañado al templo.

Hor estaba furioso. Gamba, sin embargo, comenzó a darse cuenta de lo que aquello significaba y empezó a disfrutar de la situación, especialmente del desconcierto de Hor. Dian se hizo aún más deseable a sus ojos de lo que lo había sido hasta entonces. ¡Qué esposa sería para un go-sha!

—A partir de este momento —dijo Dian cuando todos hubieron recibido sus piezas—, las ofrendas a Noada consistirán en lo que podáis dar. Una pieza de cada diez o de cada veinte estará bien. Lo mismo vale para el go-sha.

Yo estaré sentada aquí después de cada sueño y Hor devolverá a todo aquel que venga al templo el número de piezas que haya sido obligado a entregar. Quienes piensen que una pieza de cada diez es una cantidad justa, pueden entregar ese importe a Hor. Si tenéis cualquier otra queja, hacedla llegar a Noada y será reparada. Podéis marcharos.

Aquellos ciudadanos y guerreros en cuyos ojos antes se leía el odio y el miedo ahora la miraban con maravilla y adoración. Tras haberse arrodillado, entregaron a Hor una pieza de cada diez de las que habían recibido. Alegres y risueños, abandonaron el templo para propagar las buenas nuevas por toda la ciudad.

—Esto disgustará a Pu —dijo Hor—. Las piezas eran suyas.

—Eres un estúpido, Hor —repuso Dian—, y si no corriges tus errores, tendré que nombrar un nuevo sacerdote.

—No puedes hacer eso —casi gritó Hor—. ¡Y no se te ocurra volver a tocar mis piezas de bronce!

—Como ves, lo que te dije era verdad —le dijo Gamba a Dian—. Hor quiere las piezas para él.

—Hablé con mucha gente en la plaza que hay frente al templo —dijo Dian—, y me enteré por ellos de muchas cosas. Una es que os odian a vosotros y que me odian a mí. Por eso te he llamado estúpido, Hor, porque desconoces que esa gente, los ciudadanos

expoliados y los guerreros sin pagar, estaban a punto de sublevarse y de acabar con todos nosotros. Después de haberles devuelto las piezas que les habíais robado os siguen odiando a vosotros dos, pero al menos ya no me odian a mí. Por tanto, si sois inteligentes, haréis lo que yo os diga... y no olvidéis que yo soy Noda.



VI

Dian dormía. Su dormitorio estaba protegido contra el eterno sol de mediodía. Se hallaba tendida en un lecho de pieles —suaves pieles curtidas y extendidas sobre una tosca estructura de madera—. Únicamente llevaba puesta una reducida prenda de piel, pues el aposento era cálido. Soñaba con David.

Un hombre se deslizaba por el aposento sobre sus pies descalzos, avanzando sigilosamente hacia el lecho. Dian se agitó inquieta y el hombre se detuvo, aguardando. Dian soñaba que un tarag se precipitaba hacia David y se levantó de un salto, totalmente despierta, para avisarle. Al hacerlo, se topó cara a cara con uno de los sacerdotes menores; llevaba en su mano un pequeño cuchillo de bronce.

Frente a frente con la muerte en aquella oscura cámara, Dian pensó con rapidez. Vio que el hombre temblaba mientras levantaba la daga a la altura de su hombro. En un instante, saltaría hacia delante y golpearía.

Dian dio una patada con su pie en el suelo.

—¡De rodillas! —ordenó imperiosamente.

El hombre vaciló. La mano que sostenía la daga cayó a un costado y se arrodilló.

—¡Tira el cuchillo! —exclamó Dian.

El hombre lo arrojó y Dian lo recogió del suelo.

—¡Confiesa! —ordenó la muchacha—. ¿Quién te ha enviado aquí? Aunque para qué necesito preguntarlo. Ha sido Hor.

El sacerdote asintió.

—Que Pu me perdone. No deseaba venir aquí. Hor me amenazó; dijo que me mataría si no lo hacía.

—Puedes irte —dijo Dian—. Y no vuelvas más.

—Nunca volverás a verme, Noadá —contestó el sacerdote—. Hor miente. Dijo que tú no eras la verdadera Noadá, pero yo sé que lo eres. Pu vigila y te protege.

Después de que el sacerdote hubiera abandonado la habitación, Dian se vistió lentamente y se dirigió al salón del trono. Generalmente, era precedida por los sacerdotes y el acompañamiento de cantos y tambores. Se dio cuenta de que los sacerdotes estaban nerviosos; la miraban de reojo, con cierta aprensión. Se preguntó si a ellos también les habrían ordenado matarla.

La estancia estaba llena de gente —sacerdotes, ciudadanos y guerreros—. Gamba y Hor se hallaban allí. Este último cayó sobre sus rodillas y se cubrió los ojos mucho antes de que la muchacha se acercase a él. Parecía haber una gran excitación entre todos los presentes. En el momento en que ocupó su lugar en el estrado todos se arrodillaron. Después que les permitiera levantarse, se abalanzaron a sus pies para exponer sus quejas. Dian observó que los sacerdotes murmuraban excitadamente entre ellos.

—¿Qué ocurre, Hor? —preguntó—. ¿Por qué hay tanta excitación?

Hor aclaró su garganta.

—No ocurre nada. No quiero molestar a Noadá con ello.

—Responde a mi pregunta —le ordenó Dian.

—Uno de los sacerdotes menores ha sido encontrado ahorcado en su habitación —explicó Hor—. Estaba muerto.

—Lo sé —dijo Dian—. Era el sacerdote llamado Saj.

—Noadá lo sabe todo —susurró uno de los ciudadanos a otro.

Luego que la gente hubo expuesto sus quejas y aquellos que sentían haber sido robados fueron indemnizados, Dian se dirigió a todos los que se encontraban en el templo.

—Estas son las nuevas leyes —dijo—. De todas las piezas de bronce que obtengáis, daréis una de cada diez al go-sha.

Esas piezas se destinarán a conservar y a mantener limpia la ciudad y a pagar a los guerreros que defienden Lolo-lolo. Daréis el mismo número de piezas para el sostenimiento de mi templo. Con ellas se costeará su mantenimiento y la alimentación y paga de los sacerdotes. También se le entregarán algunas de ellas al

go-sha

para pagar a los guerreros que defienden el templo. Haréis el pago cada veinte sueños. Más tarde designaré a un ciudadano honesto para que custodie las piezas que pertenecen al templo. Y una cosa más —añadió—: Quiero cincuenta guerreros para que me protejan en todo momento. Ellos formarán la Guardia de Noda. Cada vez que Noda duerma recibirán diez piezas cada uno. ¿Hay cincuenta de vosotros que quieran servir en la Guardia de Noda?

Todos los guerreros que había en el templo dieron un paso hacia delante. Dian escogió a los más altos y fuertes.

—Dormiré mejor de ahora en adelante —le dijo a Hor.

Hor no respondió nada. Si no lo hizo fue porque tenía mucho en lo que pensar. Sabía que si quería volver a recuperar su poder y su riqueza tendría que deshacerse él mismo de aquella nueva Noda.

El templo aún se hallaba lleno de guerreros y ciudadanos cuando los tambores de alarma comenzaron a sonar por toda la ciudad. Mientras los guerreros salían a la plaza, un mensajero llegó corriendo desde las puertas de la ciudad.

—¡Los tanga-tangas están aquí! —gritó—. ¡Han forzado las puertas y están dentro de la ciudad!

En un instante todo fue confusión. Los ciudadanos corrían en una dirección, para alejarse de las puertas, y los guerreros lo hacían en otra, para enfrentarse a los tanga-tangas. Gamba corría con sus guerreros, una indisciplinada chusma armada con espadas de bronce. Algunos llevaban sus lanzas, pero los arcos y las flechas de todos ellos se hallaban en los barracones.

Los cincuenta guerreros seleccionados por Dian se quedaron protegiéndola en el templo. Los sacerdotes menores se pusieron a rezar, repitiendo una y otra vez que Noda les salvaría y les conduciría a la victoria. Hor, sin embargo, fue más práctico: abandonó sus oraciones el tiempo suficiente como para cerrar las recias puertas del templo y asegurarlas con una barra; después de hacerlo, se volvió hacia Dian.

—Haz retroceder al enemigo —exclamó—. Golpéales hasta morir con las espadas de nuestros guerreros, expúlsales de la ciudad y no les dejes que cojan prisioneros para convertirlos en esclavos. ¡Solo tú puedes salvarnos!

Dian percibió una nota exultante en la voz de Hor, pero sabía

perfectamente que no se debía a la confianza en su poder para dar la victoria a los lolo-lolos. Dian se hallaba en un aprieto y era consciente de ello.

Los gritos de los muertos y heridos, las voces de los guerreros, el entrechocar de las armas, llegaban hasta ellos con claridad. Podían oír como la batalla discurría en la plaza situada ante el templo. Un clamor se alzaba frente a las puertas del recinto y el sonido de las espadas batía cada vez más cerca.

Hor no dejaba de observar a Dian.

—¡Destrúyeles, Noada! —clamaba con un velado desprecio en su voz.

Las recias puertas soportaron el ataque y la batalla se movió al otro lado del templo. Luego empezó a alejarse y Dian pudo oír los gritos de victoria de los tanga-tangas. Algún tiempo más tarde, los sonidos murieron en dirección a las puertas de la ciudad. Los guerreros procedieron a abrir las puertas del templo, pues todo indicaba que el enemigo se había marchado.

En la plaza yacían los cadáveres de muchísimos guerreros. Se hallaban tendidos ante las mismas puertas del templo, una muda evidencia del valor con el que los guerreros de Lolo-lolo habían defendido a su Noada.

Cuando por fin se conoció el resultado del ataque, se supo que más de un centenar de los guerreros de Gamba habían resultado muertos y el doble de ese número heridos. Todos los esclavos de Tanga-tanga habían sido liberados y casi un centenar de hombres y mujeres de Lolo-lolo habían sido capturados como esclavos. Por el contrario, los lolo-lolos solo habían hecho un prisionero.

El prisionero fue llevado al templo e interrogado en presencia de Dian, Gamba y Hor. Su actitud era insolente y agresiva.

—Hemos obtenido una gran victoria —dijo—. Si no me liberáis, los guerreros de nuestra Noada regresarán y esta vez no dejarán vivo a un solo Lolo-lolo, salvo a aquellos que se lleven como esclavos.

—No tenéis ninguna Noada —contestó Gamba—. Solo hay una Noada y está aquí.

El prisionero se echó a reír burlonamente.

—¿Entonces a qué atribuyes que hayamos obtenido una victoria tan gloriosa? —inquirió—. Ha sido gracias a nuestra Noada, la

verdadera Noadá. La que tenéis aquí es una impostora. Nuestra victoria lo demuestra.

—Solo hay una Noadá —indicó Hor, aunque no dijo cuál era.

—Tienes razón —convino el prisionero—. Solo hay una Noadá y está en Tanga-tanga. Vino en un gran templo que flotaba en el agua, se zambulló en el mar y nadó hasta la playa en la que le esperábamos para recibirla. Nadó a través de unas aguas infestadas de terribles monstruos, pero salió indemne. Solo Pu o Noadá podían haber hecho algo semejante... y ahora nos ha conducido a esta gran victoria.

El pueblo de Lolo-lolo había sufrido un duro golpe. Apenas había una familia que no tuviera a alguno de sus miembros muerto, herido o apresado como esclavo. Su espíritu había desaparecido. Los muertos permanecían tendidos en las calles y en la plaza principal y, constantemente, los sacerdotes menores, instigados por Hor, se movían entre la gente difundiendo el rumor de que aquella Noadá era una impostora, pues de otro modo aquella catástrofe nunca hubiera recaído sobre ellos.

Pocos eran ahora los que iban al templo a rezar y menos aún las ofrendas que llegaban. Uno, más audaz que el resto, preguntó a Dian por qué había permitido que aquel desastre se hubiera abatido sobre Lolo-lolo. Dian sabía que tenía que hacer algo para contrarrestar los efectos de las murmuraciones que difundían los sacerdotes o su vida no valdría una pieza de bronce. Estaba informada de lo que estaban haciendo Hor y sus sacerdotes gracias a que uno de los guerreros de su guardia le había puesto al corriente.

—No he sido yo quien ha hecho recaer este desastre sobre vosotros —respondió al hombre—. Ha sido Pu. Él ha querido castigar a Lolo-lolo a causa de la maldad de aquellos que robaban y engañaban a su pueblo.

El argumento no era muy lógico, pero tampoco lo eran los adoradores de Pu o, de otro modo, no le hubieran adorado. Quienes oyeron estas palabras las hicieron circular por la ciudad, apareciendo así una facción entre cuyos miembros Hor y los sacerdotes no eran muy populares.

Dian hizo llamar a Gamba, ordenándole que retirase los muertos de las calles y dispusiera de ellos, toda vez que el hedor era ya tan

insoponible que apenas se podía respirar.

—¿Cómo voy a retirarlos? —preguntó—. No tenemos esclavos.

—Pues entonces que lo hagan los hombres de Lolo-lolo —respondió Dian.

—No lo harán —repuso Gamba.

—¡Entonces haz que los guerreros les obliguen a hacerlo! —estalló Noda.

—Soy tu amigo —le respondió Gamba—; pero no puedo hacer eso por ti. La gente me despedazaría.

—Entonces tendré que hacerlo yo —dijo Dian, que llamando a uno de los guerreros de su guardia, le ordenó que reuniese a unos cuantos ciudadanos para limpiar de cadáveres la ciudad.

—Y puedes llevarte contigo a Hor y al resto de los sacerdotes —añadió.

Hor estaba furioso.

—No haré algo semejante —dijo.

—¡Llévatelo! —ordenó Dian; y el guerrero le obligó con su lanza a salir a la plaza.

Gamba la miró con admiración.

—Noda o no —dijo—, eres una mujer valiente. Contigo como esposa, desafiara a todos mis enemigos y sería capaz de conquistar Tanga-tanga.

—Yo no soy para ti —le contestó Dian.

La ciudad fue limpiada; pero lo fue demasiado tarde. Una epidemia hizo su aparición. Hombres y mujeres perecieron. Los supervivientes no se atrevían a tocar los cadáveres y ni siquiera la guardia de Dian pudo obligarles a hacerlo. Una vez más, los sacerdotes se mezclaron con la gente para difundir el rumor de que todos aquellos desastres que recaían sobre ellos se debían a la falsa Noda.

—Pu nos castiga por acogerla —decían.

Las cosas fueron de mal en peor para Dian la Hermosa. Por fin, llegaron al punto de que una multitud de personas se congregó en la plaza del templo, maldiciéndola e insultándola. Entonces, todos aquellos que aún creían en ella, incitados por agentes de Gamba, cayeron sobre la multitud. Las revueltas estallaron y corrió la sangre.

Hor tomó ventaja de la situación y difundió el rumor de que

Gamba y la falsa Noda planeaban destruir el templo y quedarse con la ciudad, desafiando a Pu y a los sacerdotes. Cuando esto ocurriera, Pu arrasaría la ciudad y arrojaría a todos sus habitantes al Molop Az. Aquella era precisamente la clase de propaganda y de terror capaz de influir a un pueblo ignorante y supersticioso. No hay que olvidar que se trataba de hombres de la edad de bronce. Aún no habían alcanzado un grado de civilización que les permitiera enviar niños a santas cruzadas para morir por millares; todavía no estaban lo suficientemente civilizados como para torturar a los no creyentes en el potro, ponerles hierros candentes o quemar herejes en la hoguera. En consecuencia, creyeron aquel absurdo que otras gentes más civilizadas habrían despreciado con sus risas mientras los judíos seguían siendo exterminados.

Finalmente, Gamba fue a hablar con Dian.

—Mis propios guerreros se vuelven contra mí —le dijo—. Creen en las historias que está difundiendo Hor, al igual que la mayor parte de los ciudadanos. Todavía quedan algunos que creen en ti y que son leales a mí, pero la mayoría están aterrorizados con la creencia de que Hor dice la verdad y piensan que si no nos destruyen a nosotros, Pu les destruirá a ellos.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Dian.

—La única oportunidad que tenemos de seguir vivos es escapar de la ciudad —contestó Gamba—, e incluso eso puede que sea ya imposible. Somos demasiado conocidos para escapar sin ser descubiertos: tu piel blanca te delataría y todo hombre, mujer o niño en Lolo-lolo conoce a su go-sha.

—Podríamos lograr nuestra fuga por la fuerza de las armas —sugirió Dian—. Estoy segura de que mis guerreros aún me son leales.

Gamba denegó con la cabeza.

—No lo son —dijo—. Algunos de mis hombres me han contado que ya no son tus protectores, sino tus carceleros. Hor les ha ganado con sobornos y amenazas.

Tras pensar un momento, Dian dijo:

—Tengo un plan; escucha...

Dian estuvo hablando con Gamba durante varios minutos; cuando acabó, el go-sha abandonó el templo y Dian se fue a su

dormitorio... pero no se durmió. En su lugar, se quitó la túnica de los oficios y se puso el atuendo que llevaba a su llegada a Lolo-lolo; luego se puso una amplia túnica de piel encima.

A través de un corredor trasero, salió a una estancia que solamente se utilizaba antes y después de las ceremonias. En ella había varios cofres. Dian se sentó sobre uno de ellos y esperó.

Un hombre llegó al templo con la cabeza tan vendada que solo uno de sus ojos era visible; había venido, como tantos otros, a ser curado por Noadá. A no ser que murieran, eventualmente todos acababan por curarse.

El templo estaba prácticamente desierto; únicamente los miembros de la Guardia de Noadá holgazaneaban cerca de la entrada. Se hallaban allí con órdenes de Hor para impedir que Noadá huyera, ya que el sumo sacerdote les había dicho que esta planeaba reunirse con Gamba en su palacio, desde el que habían acordado lanzar su ataque contra el templo.

El hombre llevaba las armas de un guerrero común y parecía débil y cansado, probablemente a causa de la pérdida de sangre. No dijo nada; simplemente aguardó junto al trono, esperando la llegada de Noadá. Pero Noadá ya no acudiría más. Un rato después, comenzó a moverse alrededor de la sala, echando un vistazo a los diferentes objetos. Ocasionalmente, miró de reojo hacia los guerreros que haraganeaban junto a la puerta. No le prestaban atención. De hecho, ya se habían olvidado de él cuando el individuo se deslizó a través de una puerta que había en el lado opuesto de la estancia.

El templo se hallaba en silencio y había muy pocas personas en el exterior. El sol de mediodía caía de plano y, como siempre, solo aquellos que tenían algún asunto entre manos se encontraban en las calles. Lolo-lolo estaba envuelta en una especie de letargo; pero era la calma que precedía a la tormenta. Los sacerdotes y el resto de enemigos de Gamba y Noadá estaban organizando la revuelta que estaba a punto de caer sobre ellos y destruirles. En muchos hogares, grupos de ciudadanos y guerreros aguardaban la señal oportuna.

Dos sacerdotes entraron en el salón del trono; llevaban sus largas túnicas de oficio y sus espantosas máscaras. Al salir del templo, cruzaron frente al grupo de guerreros que holgazaneaban junto a las puertas. Una vez en la plaza, comenzaron a gritar:

—¡Larga vida a los verdaderos fieles a Pu! ¡Muerte a la falsa Noadá! ¡Muerte a Gamba!

Era la señal.

Guerreros y ciudadanos comenzaron a surgir de las calles que rodeaban la plaza. Algunos de ellos corrieron hacia el palacio del go-sha y otros hacia el templo. Todos gritaban: «¡Muerte! ¡Muerte a Gamba! ¡Muerte a la falsa Noadá!».

Los dos sacerdotes atravesaron la plaza y desaparecieron por las serpenteantes calles que la circundaban, entonando su himno de muerte. Mientras avanzaban por ellas, cada vez más guerreros y ciudadanos se dirigían gritando hacia la plaza, clamando por la sangre de sus presas.

Los supervivientes del *Amoz* consiguieron llevar finalmente la nave hasta la bahía situada bajo los acantilados de Amoz. Después, David, Hodon, Ghak el Velludo y el viejo hombrecillo cuyo nombre no era *Dolly Dorcas* lograron por fin completar el largo viaje desde Amoz y regresaron a Sari.

David se encontró con un pueblo entristecido y un Perry anegado en lágrimas.

—¿Qué ocurre? —inquirió—. ¿Qué ha sucedido? ¿Dónde está Dian? ¿Por qué no ha acudido a recibirme?

Perry, envuelto en lágrimas, no le pudo responder. El hombre que había asumido las funciones de jefe durante su ausencia, fue quien le contestó.

—Dian la Hermosa se ha perdido para todos nosotros —dijo.

—¿Perdida? ¿Qué quieres decir? —demandó David.

Entonces le contaron lo sucedido y el mundo de David se resquebrajó bajo sus pies. Miró largamente a Perry y, finalmente, se acercó a él y puso la mano sobre su hombro.

—Tú también la querías —dijo—. Jamás le habrías causado daño alguno. Las lágrimas no nos ayudarán ahora. Constrúyeme otro globo para que pueda llegar al mismo lugar que ella.

Ambos se pusieron inmediatamente a construir un nuevo globo; de hecho, todos los saris contribuyeron a la tarea, lo que supuso algún alivio para su pesar. Numerosos cazadores salieron del poblado y, en poco tiempo, los dinosaurios capaces de proporcionar los peritoneos necesarios para la fabricación de la bolsa de gas cayeron bajo sus armas. Mientras ellos cazaban, las mujeres tejían

la cesta y trenzaban muchos pies de cuerda; y mientras todo esto estaba en marcha, el mensajero que había llegado hasta Thuria regresó.

David se hallaba en Sari cuando llegó. El hombre se dirigió inmediatamente a su encuentro.

—Tengo noticias de Dian la Hermosa —dijo—. Un thurio vio al globo atravesar el estrecho sin nombre en dirección al fin del mundo.

—¿Pudo ver si Dian aún se hallaba en él? —preguntó David.

—No —contestó el mensajero—. Volaba demasiado alto.

—Al menos sabemos dónde buscar —dijo David. Pero su corazón seguía oprimido por el dolor; era consciente de que había muy pocas posibilidades de que Dian hubiera sobrevivido al frío, al hambre y a la sed.

Antes de que el segundo globo estuviera terminado, los supervivientes del *Sari* regresaron al poblado y le contaron a Hodon todo lo que sabían de O-aa.

—Nos dijo que prefería quedarse a la deriva en el Lural Az a bordo del *Sari*, y que cuando tú lo supieras irías a buscarla —le explicó uno de ellos.

Hodon fue a buscar a David.

—¿Puedes dejarme algunos hombres y un barco para buscar a O-aa?

—le pidió.

—Llévate el barco que quieras y los hombres que necesites —le contestó David.



VII

Entonando su horrible canto de muerte, los dos sacerdotes atravesaron las estrechas calles de Lolo-lolo hasta llegar a las puertas de la ciudad.

—Acudid a la gran plaza —gritaron a los guardias—. Hor nos envía para avisaros. Se necesitan todos los guerreros posibles para acabar con los que todavía defienden a la falsa Noda y al go-sha.

¡Deprisa! Nosotros vigilaremos las puertas.

Los guerreros vacilaron.

—Es una orden directa de Hor —dijo uno de los sacerdotes—. Y con Noda y el go-sha muertos, Hor gobernará la ciudad. Será mejor que obedezcáis, si sabéis lo que os conviene.

Los guerreros lo creyeron así y se apresuraron hacia la plaza. Cuando se hubieron marchado, los dos sacerdotes abrieron las puertas y salieron de la ciudad. Girándose a la derecha, se internaron en la selva y desaparecieron en ella. Tan pronto como perdieron de vista la ciudad, se quitaron las máscaras y las túnicas.

—No solo eres una mujer valiente —dijo Gamba—. Además eres inteligente.

—Me temo que tendré que ser aún más inteligente si quiero regresar a Sari algún día —repuso Dian.

—¿Qué es «Sari»? —preguntó Gamba.

—Es el país del que procedo.

—Creía que venías de Karana —dijo Gamba.

—No creo que pensaras eso —respondió Dian, y ambos se echaron a reír.

—¿Dónde está Sari? —preguntó Gamba.

—Está al otro lado del estrecho sin nombre —contestó Dian—.

¿Sabes dónde podemos conseguir una canoa?

—¿Qué es una canoa? —inquirió Gamba.

Dian se sorprendió. ¿Era posible que aquel hombre no supiese lo que era una canoa?

—Es lo que se utiliza para cruzar el mar —respondió.

—Nadie ha cruzado jamás el mar —objetó Gamba—. Nada puede sobrevivir en el estrecho sin nombre. Está plagado de terribles criaturas y, cuando sopla el viento, el agua sube continuamente.

—Tendremos que construir una canoa —dijo Dian.

—Si Noada así lo quiere, construiremos esa canoa —replicó Gamba haciendo una reverencia burlona.

—Mi nombre es Dian —dijo la muchacha; y así, el hombre que había sido un rey y la joven que había sido una diosa, caminaron a través de la selva hacia las costas del estrecho sin nombre.

Bajo las largas túnicas de sacerdotes portaban todas las armas que habían conseguido ocultar. Cada uno llevaba una espada y un cuchillo; Gamba llevaba además un arco y muchas flechas.

De camino hacia la costa, Dian estuvo buscando árboles adecuados para la construcción de una canoa. Sabía que iba a ser una tarea larga y laboriosa, pero si los mezops eran capaces de llevarla a cabo con herramientas de piedra, mucho más fácil sería realizarla con cuchillos y espadas de bronce; además, naturalmente, habría que hacer un fuego para poder vaciar su interior.

Una vez que alcanzaron la costa del estrecho sin nombre, la remontaron hasta que Gamba estuvo seguro de no haber peligro de ser descubiertos por los guerreros de Lolo-lolo o de Tanga-tanga.

—No acostumbran a venir mucho en esta dirección —dijo—, ni tampoco suelen alejarse tanto de las ciudades. Los cazadores normalmente se dirigen tierra adentro. Se supone que aquí hay animales peligrosos y se dice además que una tribu de hombres salvajes caza por esta zona.

—No parece que nos vayamos a aburrir mientras construimos la canoa —comentó Dian.

Por fin, el segundo globo estuvo terminado. Era similar al primero, salvo que este disponía de una cuerda de apertura e iba bien provisto de agua y de comida. El peso extra que suponía la presencia de David y la provisión de agua y de comida se veía

compensado por la ausencia de la pesada cuerda que había estado asegurada al fondo del primer globo.

Cuando llegó la hora de soltar el aparato, el pueblo de Sari permaneció en silencio. Nadie esperaba volver a ver más a David Innes y este compartía esa creencia.

—¡Por todos los infiernos! —exclamó el anciano hombrecillo cuyo nombre no era *Dolly Dorcas*—, ahí va un hombre de verdad, como diría aquel.

Ope, el sumo sacerdote del templo de Tanga-tanga, había conseguido una Noadá; pero no era exactamente como él había imaginado que sería su Noadá. Al principio había sido dócil y manejable, atenta a cualquier sugerencia. Sin embargo, eso había sido así mientras

O-aa

se ponía al corriente de lo que sucedía, antes de averiguar que se suponía que era todo poder y sabiduría, que derivaba su omnisciencia de alguien a quien llamaban Pu y que vivía en un lugar llamado Karana.

A partir de ese momento, se convirtió en una especie de suplicio para Ope. En primer lugar, no tenía ningún sentido del valor de las piezas de bronce. Cuando se las traían como ofrenda, esperaba a tener una hermosa colección en un gran tazón situado junto a su trono y, entonces, cuando el templo se hallaba repleto de gente, cogía las piezas a puñados y se las arrojaba a la multitud, riéndose alegremente mientras veía como se peleaban por ellas.

Esto hizo a O-aa muy popular entre la gente, aunque a Ope prácticamente se le caían las lágrimas. Nunca antes había visto congregaciones tan grandes en el templo; pero sus beneficios tampoco habían sido tan escasos. Decidió tratar aquel asunto con Noadá, tímidamente, ya que, a diferencia de Hor de Lolo-lolo, Ope era un individuo simple y sencillo; creía en la divinidad de Noadá.

Furp, el go-sha de Tanga-tanga, no era tan simple y, al igual que la mayoría de agnósticos, creía en las cosas materiales. En consecuencia, también decidió tratar aquel asunto con Ope, pues hasta entonces había sido costumbre repartir entre ambos las ganancias del templo; ahora, la parte de Furp amenazaba con desaparecer. Por tanto, le sugirió a Ope que estaría bien hacer una indicación a Noadá sobre el tema. Aunque la caridad era una cosa

admirable, lo más correcto era que empezase en la casa de uno mismo. Así, Ope habló con Noada y Furp les escuchó.

—¿Por qué tira Noada las ofrendas que traen al templo? —le preguntó.

—Porque a la gente le gustan —contestó O-a-a—. ¿No os habéis fijado que se pelean por ellas?

—Sí, pero pertenecen al templo.

—No; me pertenecen a mí —le corrigió O-a-a—. De todos modos, no veo por qué os alborotáis tanto por unas pequeñas piezas de metal. Yo no las quiero para nada. ¿Para qué sirven?

—Sin ellas no podríamos pagar a los sacerdotes, ni comprar comida, ni llevar a cabo las reparaciones del templo —le explicó Ope.

—¡Tonterías! —dijo O-a-a, aunque pronunciando alguna otra exclamación de igual significado—. La gente trae alimentos que perfectamente podríamos comer, y los sacerdotes podrían encargarse de las reparaciones a cambio de su comida. Por cierto, todos esos sacerdotes son unos perezosos. He estado intentando averiguar qué es lo que hacen, aparte de ir de un lado a otro atemorizando a la gente para que nos traiga regalos, llevar esas estúpidas máscaras y pasarse el rato bailando. En el sitio de donde yo vengo los pondrían a todos a cazar o a trabajar.

Ope se quedó horrorizado.

—¡Pero tú vienes de Karana, Noada! —exclamó—. ¡Nadie trabaja en Karana!

O-a-a se dio cuenta de que había metido la pata. Tenía que pensar algo y rápido. Y lo hizo.

—¿Y tú qué sabes? —le respondió—. ¿Has estado alguna vez en Karana?

—No, claro que no —admitió Ope.

Furp estaba cada vez más confuso. Pero tenía clara una cosa, así que la introdujo en la conversación.

—Pu estaría furioso si supiera que tiras las ofrendas que la gente trae a su templo, y Pu puede incluso castigar a Noada.

—Pu hará mejor en no meterse en esto —señaló O-a-a—. Mi padre es un rey y mis once hermanos son hombres verdaderamente fuertes.

—¿Qué? —gritó Ope—. ¿Pero qué estás diciendo? Pu es

todopoderoso y, además, Noada no tiene padres ni hermanos.

—¿Tú has sido alguna vez una Noada? —inquirió O-aa—. No, por supuesto que no. Es hora de que aprendas algo sobre las Noadas. Las Noadas tenemos un montón de todo. Yo no solo tengo un padre, sino tres, y además de mis once hermanos, tengo cuatro hermanas y todas ellas son Noadas. Pu es mi hijo y hace lo que yo le digo. ¿Hay algo más que queráis saber de las Noadas?

Ope y Furp discutieron más tarde aquella conversación en privado.

—Jamás me hubiera imaginado todas esas cosas sobre las Noadas —dijo Ope.

—Sí, pero nuestra Noada parece saber de lo que está hablando —observó Furp.

—Evidentemente, tiene que ser más poderosa que Pu —argumentó Ope—; de otro modo, la habría destruido por las cosas que ha dicho de él.

—Quizá sería más conveniente que adorásemos a Noada en vez de a Pu —sugirió Furp.

—Me has quitado las palabras de la boca —dijo Ope.

Y de esta forma, O-aa se asentó todavía más en Tanga-tanga, mientras Hodon el Ligero partía de Amoz en su desesperada búsqueda y David Innes volaba hacia el fin del mundo en el *Dinosaurio II*, como Perry había bautizado a su segundo globo.



Tercera parte



Tigresa

I

Dices que hay otra orilla —indicó Gamba a Dian—. Es posible que la haya, pero nunca llegaremos a ella.

—Tenemos que intentarlo —contestó la muchacha—. Si nos hubiésemos quedado allí habríamos muerto a manos de los salvajes de que me hablaste, de las bestias o de tu propia gente. Si vamos a morir, es mejor hacerlo intentando llegar a un lugar seguro que permaneciendo donde no hay seguridad alguna.

—A veces desearía que no hubieses venido nunca a Lolo-lolo —dijo Gamba.

—No creas que lo deseas más que yo —respondió la muchacha.

—Nos iba muy bien sin una Noada —continuó el hombre—. Tuviste que venir tú a trastocarlo todo.

—Se hubiera trastocado de todas formas —repuso Dian—. Hor y tú estabais robando al pueblo. No hubiera pasado mucho tiempo sin que se hubiesen levantado contra vosotros, algo que sin duda hubiera sido beneficioso para Lolo-lolo.

—No estaría metido en este lío si no me hubiera enamorado de ti —afirmó Gamba—. Hor lo sabía, y eso le proporcionó una excusa para volver a la gente contra mí.

—No vas a conseguir nada enamorándote de mí. Ya tengo un compañero.

—Tu compañero está muy lejos —dijo Gamba—. Nunca volverás a verle. Si hubieses venido a mi palacio y te hubieras convertido en mi esposa antes de que todo esto ocurriera, hubiéramos gobernado juntos Lolo-lolo durante tanto tiempo como hubiesen durado nuestras vidas. Para ser una chica tan brillante, a veces te comportas estúpidamente.

—Tú te comportarás aún más estúpidamente si te enamoras de

mí —dijo Dian—, aunque es posible que dentro de poco nos dé lo mismo una cosa u otra... ¡Mira lo que se acerca por allí!

—¡Pu sea misericordioso! —gritó el hombre—. Esto es el fin. Te advertí que no nos metiéramos en estas aguas que crecen continuamente y que están llenas de muerte.

Una gran cabeza, coronando un largo cuello, se alzaba más de diez pies sobre la superficie del mar. Unos ojos fríos y reptilianos les observaban fijamente mientras unas poderosas mandíbulas armadas de afilados dientes se abrían dispuestas a atraparles. La criatura se movía lentamente hacia ellos, como si fuera consciente de que sus presas no podían escapar, haciendo que el agua se ondulase a lo largo de sus lustrosos costados.

—¡Tu arco y tus flechas! —gritó Dian—. Dispara a su cuerpo, a su línea de flotación, y tensa tu arco como jamás lo hayas hecho antes. ¡Cuando esté más cerca usaremos nuestras espadas!

Irguiéndose en la canoa, Gamba hizo retroceder la flecha en su arco todo lo que le fue posible; luego la soltó y dio en el blanco, clavando dos tercios del dardo en la línea de flotación del saurio. Rugiendo de dolor, siseando de rabia, la criatura atrapó con sus dientes la flecha y, de un tirón, se la extrajo de la herida. Un torrente de sangre manó de ella, enrojeciendo la superficie del mar. Sin dejar de rugir y sisear, se precipitó a continuación sobre los dos pequeños humanos y su frágil canoa. Dian se puso en pie, con la espada de bronce firmemente aferrada en una mano y el cuchillo de bronce en la otra. Gamba disparó otra flecha al pecho del reptil y, después, arrojando el arco al fondo de la canoa, recogió su espada.

En ese momento, como por arte de magia, cientos de pequeños peces, aproximadamente de un pie de longitud, atraídos por la sangre del saurio, empezaron a atacar a la enloquecida criatura, que se había vuelto a detener para arrancarse el segundo dardo del pecho. Ignorando a aquellos voraces peces de afilados colmillos que lo estaban haciendo pedazos, el monstruo cargó de nuevo contra los autores de sus heridas. Arqueando el cuello, se abalanzó sobre ellos. Al intentar atrapar a Dian, se encontró con la espada de la muchacha golpeándole en su largo cuello e infligiéndole una terrible herida que le hizo retroceder. Pero una vez más volvió a la carga, alzando una aleta que fácilmente hubiera podido hacer zozobrar la frágil embarcación.

Gamba, apercibiéndose del peligro, lanzó un terrorífico golpe a la aleta en el momento en que esta se posaba sobre la borda. Puso tanta fuerza en el golpe que la seccionó de cuajo; simultáneamente, Dian volvió a golpear al monstruo en su largo y delgado cuello. La enorme cabeza se balanceó de un lado a otro y, con una convulsión final, el saurio rodó sobre su costado.

—Como ves —dijo Dian—, aún hay esperanzas de que podamos alcanzar la otra orilla. Hay muy pocas criaturas en cualquier mar más terribles que la que acabamos de matar.

—No hubiera dado ni una pieza de bronce por nuestras vidas —contestó Gamba.

—No parecía haber muchas posibilidades a nuestro favor, es cierto —admitió Dian—, pero me he visto en situaciones más complicadas que esta y siempre he salido adelante. Al contrario que tú, yo no he vivido en una ciudad amurallada durante toda mi vida. Mi pueblo siempre ha vivido expuesto a los ataques de las bestias salvajes y las tribus enemigas.

De nuevo habían vuelto a los remos, pero ahora se hallaban en un punto en el que eran arrastrados por la fuerza de la corriente y se movían con rapidez a lo largo del estrecho, sin poder atravesarlo. La corriente dificultaba sus intentos por mantener la proa de la canoa en la dirección deseada. Era una lucha constante y extenuadora. Aún tenían a la vista la línea costera que habían abandonado, pero eran incapaces de divisar la otra orilla.

—No estamos haciendo ningún progreso —dijo Dian.

—Estoy demasiado cansado —repuso Gamba—. No creo que pueda seguir remando mucho más tiempo.

—Yo también estoy prácticamente exhausta —contestó la muchacha—. Quizá sea mejor que nos dejemos arrastrar por la corriente. Solo nos puede llevar a un sitio: al Korsar Az. Allí la corriente no tendrá tanta fuerza y podremos dirigirnos hacia la costa. De hecho, creo que nos acercaremos más a Sari si continuamos navegando a lo largo de la costa que si seguimos intentando cruzar el estrecho.

Y así, Dian la Hermosa y Gamba el xexot, navegaron a la deriva a través del estrecho sin nombre en dirección al Korsar Az.

Impulsado por una suave brisa, David Innes sobrevolaba la Tierra de la Horrible Sombra en dirección al fin del mundo y al

estrecho sin nombre a bordo del globo que Perry había bautizado como *Dinosaurio II*. Era consciente de que la suya era una aventura desesperada, que las posibilidades de que el globo tomase tierra cerca del lugar en que lo había hecho Dian eran prácticamente nulas, y que, aun cuando lo hiciera, ¿dónde iba a buscarla?

En el caso de aún se hallase con vida, lo que parecía bastante improbable, ¿adónde podría haberse dirigido en aquella tierra extraña y completamente desconocida para ella? A pesar de ir equipado con cálidos ropajes y bien provisto de agua y de comida, había sufrido las inclemencias del frío; por el contrario, sabía que Dian no llevaba agua ni comida, ni ningún otro ropaje salvo las escasas prendas que llevaba puestas en el momento de soltarse el globo.

No obstante, algo le decía que no estaba muerta. Le parecía imposible que aquella hermosa criatura, tan llena de vida y de energía, pudiera estar tendida en alguna parte, fría y rígida, o que su cuerpo hubiera sido devorado por alguna bestia salvaje. Se aferraba a aquella creencia con un fervor casi fanático.

Por fin llegó al estrecho sin nombre. Nunca antes lo había cruzado. Vio el mar debajo de él y, lejos, a su derecha, dos figuras que navegaban en una canoa. Se preguntó vagamente quiénes serían y hacia dónde se dirigirían en aquellas aguas solitarias y peligrosas; después, olvidándose de ellos, dirigió su mirada hacia delante, hacia la lejana costa, donde, si todo iba bien, estaba seguro de que hallaría a su compañera.

El globo flotaba a una altura de apenas mil pies cuando se aproximó al otro lado del estrecho. Su atención se vio entonces atraída por dos cosas. En la playa que había debajo de él yacía el armazón de un desarbolado navío, al que reconoció de inmediato, pues no en vano Perry y él lo habían construido y supervisado. Era el *Sari*.

La otra cosa que llamó su atención fue una ciudad amurallada, no muy lejos de la costa del estrecho sin nombre. Sabía que O-aa se hallaba a bordo del *Sari* en el momento en que su tripulación lo había abandonado, y se daba cuenta de que tal vez la muchacha podía haber sido capturada por el pueblo que vivía en aquella ciudad.

La presencia de una ciudad amurallada en Pellucidar ya era de

por sí un hecho lo suficientemente asombroso como para despertar una multitud de conjeturas en su mente. En una ciudad amurallada en la que viviera un pueblo semicivilizado existían posibilidades de que O-aa hubiera sido acogida amistosamente, y si Dian había tomado tierra cerca de allí, también podía hallarse en aquella ciudad, o, al menos, era posible que sus habitantes tuvieran noticias de ella, pues un globo, ciertamente, habría despertado su interés y curiosidad.

De hecho, eso mismo es lo que estaba sucediendo ahora. La gente salía de las puertas de la ciudad mirando hacia el globo y gritando cosas. Por lo que sabía, bien podían estar maldiciéndole o amenazándole, pero a pesar de todo decidió descender. Allí había gente, y donde había gente podían existir rumores; y quizás el más leve rumor podía encaminarle en la pista correcta. En consecuencia, tiró de la cuerda de apertura y el *Dinosaurio II* comenzó a descender lentamente hacia Tanga-tanga.

Cuando la cesta del globo tocó el suelo, David Innes se vio rodeado por unos guerreros de piel amarilla. Llevaban una especie de mandiles de cuero de extraños y llamativos dibujos que les caían por delante y detrás de su cintura. Sus cabezas también aparecían cubiertas por unos yelmos de cuero y usaban espadas y cuchillos de bronce, así como arcos y flechas.

—¡Es Pu! Ha venido a visitar a Noada —gritaban algunos de los guerreros.

—¡No es Pu! —gritaban otros—. Viene en la misma cosa que trajo a la falsa Noada a Lolo-lolo.

David Innes entendió las palabras, pero no captó su significado. No obstante, la referencia a la falsa Noada y al globo en que había llegado, bastaron para convencerle de que Dian había estado allí. No sabía quién podía ser Pu, pero observó que había divisiones entre aquella gente sobre su identidad; también se dio cuenta de que no se alzaba ningún arma contra él.

—Vengo del cielo a visitar a vuestro jefe —dijo—. Llevadme hasta él.

Para muchos de los hombres de Tanga-tanga aquello sonó como si hubiera sido el mismo Pu quien hubiese hablado. Incluso muchos de los que habían afirmado que no se trataba de Pu vacilaron en sus convicciones.

—Ve al palacio de Furp, el go-sha —dijo uno de ellos, evidentemente un oficial, dirigiéndose a otro de los guerreros—. Dile que vamos a llevar al extranjero al templo para que lo vea Noda. Si es Pu, ella lo reconocerá.

El globo de gas, parcialmente desinflado, aún se ondulaba suavemente por encima de la cesta. Al descender David y aliviarle de su peso, el globo se alzó lenta y majestuosamente en el aire, alejándose tierra adentro a través de la ciudad de Tanga-tanga.

Cuando David se acercó a ellos, aquellos que pensaban que era Pu, su dios, cayeron de rodillas y se cubrieron los ojos con las manos. David les miró asombrado durante unos instantes; entonces, de repente, comprendió que le estaban tomando por una especie de deidad venida de los cielos, y que el nombre de esa deidad era Pu. Se preguntó a sí mismo que haría un dios en esas circunstancias. Aventuró una suposición, y esta resultó ser correcta.

—Levantaos y escoltadme hasta el templo —dijo, pues recordaba que el oficial había dicho que era allí donde pensaban llevarle. La referencia a Noda y a Furp, el go-sha, significaban muy poco o nada para él, así que decidió mantener un divino silencio sobre la cuestión hasta que averiguara algo más al respecto.

Le llevaron a través de las puertas de la ciudad, a lo largo de unas estrechas y retorcidas calles flanqueadas por pequeñas casas de arcilla. En ellas vio mujeres y niños; las mujeres llevaban mandiles de cuero similares a los de los hombres y llamativos tocados de plumas; los niños iban prácticamente desnudos. Con cierta sorpresa, se dio cuenta de aquella gente utilizaba armas y ornamentos de bronce, lo que le hizo suponer que se hallaban ya en la edad de los metales. Su ciudad amurallada, sus trabajados mandiles de cuero, la artesanía mostrada en sus armas y ornamentos, le sugirieron que, si en el mundo interior se seguían los estadios de la evolución humana en la corteza exterior, aquel pueblo pronto entraría en la edad del hierro.

Si la mente de David Innes no hubiera estado tan absorbida por la búsqueda de su compañera, aquel pueblo hubiera representado un interesante estudio antropológico. Sin embargo, en aquel momento, únicamente lo contempló como un medio para alcanzar

un fin. Habían visto el globo de Dian. ¿La habrían visto a ella?
¿Sabrían lo que le había ocurrido?



II

En el centro de la ciudad había una plaza abierta; en uno de sus lados se veía un edificio dotado de una gran cúpula, una réplica del templo que Dian la Hermosa había regido durante su estancia en la ciudad de Lolo-lolo. Hacia aquel edificio fue conducido David Innes.

En su interior había una gran multitud. Algunos se arrodillaron y se cubrieron los ojos con las manos al entrar él. Sin duda, debía de tratarse de aquellos que preferían no correr riesgos. No obstante, la mayoría permanecían en pie, aguardando. Sobre un estrado, en el extremo más alejado de la estancia, se sentaba una muchacha envuelta en una larga túnica de piel, fastuosamente pintada con diversos colores y extraños dibujos. Su cabeza aparecía coronada por un enorme tocado de plumas y llevaba en sus brazos numerosos aros y brazaletes. Alrededor de su cuello lucía varios collares de cuentas de marfil.

Al acercarse David al trono, O-aa le reconoció. Le habían llevado el mensaje de que alguien que podía ser Pu había venido a visitar a Furp, el go-sha.

Ahora, más despierta que nunca, se dio cuenta de que debía perpetuar aquella errónea creencia como el medio más seguro de garantizar la seguridad de David.

Levantándose, miró furiosamente a aquellos que aún continuaban de pie.

—¡Arrodillaos! —ordenó imperiosamente—. ¿Quién se atreve a permanecer de pie en presencia de Pu?

David Innes se hallaba lo bastante cerca de O-aa como para reconocerla. La muchacha, al ver brillar en sus ojos aquel reconocimiento, se anticipó a cualquier cosa que David pudiera

decir.

—Noadá te da la bienvenida a tu templo en la ciudad de Tanga-tanga, Pu.

Y tendiéndole las manos, le indicó que se adelantase a su lado, junto al trono. Después que lo hubo hecho, le susurró:

—Diles que se levanten.

—¡Levantaos! —ordenó David en tono imperioso.

Fue una repentina transición de la mortalidad a la deidad, pero David aprovechó la ocasión y siguió la corriente a la pequeña

O-aa,

la hija de Oose, el rey de Kali.

—¿Cuáles son tus deseos, Pu? —le preguntó O-aa—. ¿Quieres hablar a solas con Noada?

—Sí; deseo hablar a solas con Noada —respondió David con solemne y divina dignidad—; luego, hablaré con Furp, el

go-sha

—añadió.

O-aa se volvió hacia Ope, el sumo sacerdote.

—Desaloja el templo —dijo—, pero dile al pueblo que se prepare para volver más tarde y traer ofrendas a Pu. Entonces sabrán por qué ha venido Pu y si está complacido con la gente de Tanga-tanga o enfurecido con ellos. Y haz que los sacerdotes menores traigan un asiento más pequeño para mí. Pu se sentará en mi trono mientras permanezca aquí.

Una vez solos, después de que el templo hubiera sido desalojado y le hubieran traído un banco, O-aa miró a David Innes a los ojos y sonrió.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó—. ¿Cómo has venido?

—Antes dime si sabes algo de Dian la Hermosa —insistió David.

—No —contestó O-aa—. ¿Es que le ha ocurrido algo? Suponía que se encontraba en Sari.

—No está en Sari —le informó David—. Abner Perry construyó un globo y se soltó, llevándose a Dian la Hermosa con él.

—¿Qué es un globo? —inquirió O-aa—. ¡Ah, sí! ¿Es una gran bola redonda que lleva atada una cesta y que puede llevar a una persona por el aire?

—Sí —contestó David—; eso es un globo.

—Entonces debió ser Dian la que vino antes que yo. Me

contaron más o menos lo ocurrido. Esa cosa a la que tú llamas globo, descendió en Tanga-tanga y pensaron que la mujer que iba en él era su Noada, que venía de Karana. Salieron en su persecución y lucharon con los guerreros de Lolo-lolo por ella. Los de Lolo-lolo la consiguieron y ella se convirtió en su Noada hasta hace unos treinta sueños, más o menos. Luego, la gente se volvió contra ella y desapareció con Gamba, el

go-sha

de Lolo-lolo, al que la gente también quería matar. Nadie sabe qué ha sido de ellos, pero la mujer debía ser Dian la Hermosa, pues vino en esa cosa que flotaba en el aire. ¿Pero cómo has llegado tú hasta aquí, David Innes?

—He venido también en un globo —contestó David—. Hice que Abner Perry lo construyera, pensando que el viento lo arrastraría en la misma dirección en que lo había hecho con el de Dian, puesto que en esta época del año rara vez cambia el viento, y un globo se impulsa por el viento.

—Me dijeron que un visitante, al que algunos tomaban por Pu, había venido desde Karana. Ahora entiendo lo que querían decir.

—¿Qué es eso de Karana? —preguntó David.

—Es el lugar en el que vive Pu —le explicó O-aa—. Se supone que yo también vivo allí cuando no estoy en Pellucidar, y también es el lugar al que van los que adoran a Pu cuando mueren. A mí me ha venido bastante bien que Pu haya llegado de Karana cuando lo ha hecho —añadió.

—¿Por qué? —preguntó David—. ¿A qué te refieres?

—A Ope, el sumo sacerdote, y a Furp, el go-sha, empiezo a no gustarles —contestó O-aa—. Al principio sí les gustaba, pero ya no les gusto. No les gusto nada. La gente me trae ofrendas, y muchas de esas ofrendas consisten en pequeñas piezas de metal, el mismo metal del que están hechos mis brazaletes.

—Es bronce —le dijo David Innes.

—Da igual lo que sea. Ope, el sumo sacerdote, y Furp, el go-sha, están ansiosos por tener tantas de esas piezas como les sea posible. Pero a mí me gusta tirárselas a la gente porque es muy divertido ver como se pelean por ellas. Y ese es el motivo por el que no les gusto a Ope y a Furp. No obstante, también me ha hecho muy popular entre las gentes de Tanga-tanga, y así, no solo no les gusto a Ope y

a Furp, sino que además me temen. No puedo entender por qué Ope, Furp y la gente están tan ansiosos por conseguir esas estúpidas piezas de metal.

David Innes sonrió. Pensó en lo propio que era de las mujeres, incluso en aquella pequeña cavernícola, la falta de sentido del valor del dinero, antes incluso de saber qué era el dinero o para qué servía.

—Harías mejor en dejar que Ope y Furp conservaran sus estúpidas piezas de metal —dijo—. Creo que vivirás más si lo haces así; por esas pequeñas piezas de metal los hombres pueden llegar a matar.

—Es todo muy extraño —dijo O-aa—. No lo entiendo, pero no me atrevo a preguntar nada porque se supone que Noadá lo sabe todo.

—Y se supone que Pu sabe incluso más que Noadá —repuso David con una sonrisa forzada.

—En efecto —le confirmó O-aa—. Así como yo sé todo lo que debe ser sabido, tú tienes que saber todo lo sabido y la mayor parte de lo que aún no se sabe.

—Pues hay algo que no sé, pero que me gustaría muchísimo saber —dijo David—. Y es averiguar dónde está Dian y si todavía está viva. Otra cosa que querría saber es cómo vamos a hacer para salir de aquí y volver a Sari, porque a ti te gustaría regresar, O-aa, ¿verdad?

—A mí ya me da igual —respondió la muchacha con tristeza—. Desde que Hodon el Ligero murió a manos de Blug ya no me importa mucho lo que me pase.

—Hodon no murió a manos de Blug —dijo David—. Fue Blug quien murió a manos de Hodon.

—¡Qué! —exclamó O-aa—. ¡Y yo hui creyendo que Hodon iba a morir y que me obligarían a unirme a Blug! ¡Por qué no me esperaría a ver qué sucedía! Dime, ¿dónde está Hodon?

—Antes de marcharme de Sari me pidió una nave y varios hombres para dirigirse al Lural Az en tu busca. Recibió el mensaje que le enviaste por si aún estaba vivo.

—Nunca podrá dar conmigo —se lamentó O-aa—. Se perderá en ese terrible océano.

Algún tiempo después, la gente regresó al templo llevando sus ofrendas a Pu. David Innes vio las pequeñas piezas de metal y no pudo evitar una sonrisa: se trataba de unas pequeñas e imperfectas monedas, toscamente acuñadas. Por ellas, el sumo sacerdote y el rey estaban dispuestos a derribar a una diosa de su pedestal y, sin duda, a acabar con su vida si era necesario. Incuestionablemente, aquel pueblo de la edad de bronce avanzaba hacia un grado más alto de civilización.

O-aa cogió un puñado de monedas y se las arrojó a los asistentes, quienes, dando gritos, se tiraron al suelo para recogerlas, peleándose entre ellos. Furp, el

go-sha,

y Ope, el sumo sacerdote, la miraron con el ceño fruncido; pero

O-aa

se sentía ahora mucho más segura, puesto que Pu se hallaba a su lado.

Después de que la gente hubiera abandonado el templo, Ope y Furp permanecieron en él. Ope, repentinamente envalentonado a causa de su rabia por la pérdida de tantas piezas de metal, se dirigió a David.

—¿Cómo es que pareces más viejo que Noda? —dijo.

O-aa se quedó momentáneamente horrorizada al recordar que en una ocasión les había dicho a Ope y a Furp que ella era la madre de Pu. Así mismo, también les había dicho que Pu hacía todo lo que ella decía. Para ser un buen mentiroso, uno tiene que ser rápido en cubrirse; así, antes de que David pudiera contestar,

O-aa

respondió por él.

—Deberías saber, Ope, ya que eres mi sumo sacerdote, que Noda puede aparentar siempre cualquier edad que desee. Me agrada no parecer mayor que mi hijo.

David Innes se quedó estupefacto por el descaro de la muchacha. Metafóricamente hablando, tenía que quitarse el sombrero ante ella. Aquella gente, pensó, tendría que buscar mucho para encontrar una diosa mejor que

O-aa.

Ope, el sumo sacerdote, intentó cambiar de conversación.

—¿Tendrá Pu, que todo lo sabe, la amabilidad de decirle a

Noada que no debería tirar las piezas de bronce que la gente trae como ofrendas?

David creyó que, toda vez que se suponía que él lo sabía todo, lo mejor era pretender que, en efecto, así ocurría.

—Noada ha estado haciendo lo correcto —dijo—. Lo ha hecho para deciros que estáis exigiendo demasiado al pueblo. Sé, desde hace mucho tiempo, que tus sacerdotes exigen de la gente más de lo que pueden dar. Esa es una de las razones por las que he venido desde Karana para hablar contigo. Y con Furp, que también exige más tributos de los necesarios.

Ope y Furp parecían abrumados. Fue Furp el primero en romper el silencio.

—Tengo que pagar a mis guerreros y hacer las reparaciones necesarias en la ciudad. Y Ope tiene que pagar a los sacerdotes y mantener el templo.

—Le estás diciendo a Pu algo que ya sabe —respondió David—. En el futuro tendréis que exigir menos tributos y menos ofrendas. Únicamente demandaréis lo que necesitéis para el adecuado sostenimiento del templo y de la ciudad.

Ope era un individuo bastante simple que, contra su voluntad, creía que en efecto aquel era Pu, su dios, y le tenía miedo. Sin embargo, Furp era más escéptico y además tenía bastante de ateo, o al menos bordeaba el ateísmo. No obstante, al igual que Ope, acataría la voluntad de Pu, al menos temporalmente y con algunas reservas.

—Hay muchas cosas que confunden mi mente —dijo Ope a David—. Tal vez quieras explicármelas. Siempre se nos ha enseñado que existe Pu y que él tenía una hija que era Noada. Pero ahora se nos dice que Pu es el hijo de Noada y que, sin embargo, ella tiene tres padres, once hermanos y cuatro hermanas, todas estas Noadas.

Incluso O-aa enrojeció al oír la exposición de los descarados embustes que había contado a Ope tratando de impresionarle con su conocimiento de las condiciones en Karana. Durante un momento se sintió confundida y no se le ocurrió nada que decir. Únicamente pudo preguntarse qué respuesta daría David Innes.

—Todo es muy sencillo cuando lo entiendes —dijo este—. Como mi sumo sacerdote, Ope, tú sabes que Pu es todopoderoso.

Ope asintió.

—Sí, por supuesto que lo sé —dijo, dándose importancia.

—Entonces entenderás que Pu puede ser tanto el hijo como el padre de Noadá. Podemos cambiar tanto como deseemos, y Noadá puede tener tantos hermanos, tantas hermanas o tantos padres como yo desee que tenga. ¿Está claro para ti?

—Absolutamente —respondió Ope.

Pero no estaba tan claro para Furp y, cuando abandonó el templo, comenzó a implantar en las mentes de muchos la sospecha de que el hombre que había venido del cielo no era Pu, y que aquella mujer no era la verdadera Noadá. Furp plantó una semilla y decidió esperar a que germinase, como estaba seguro que sucedería.



III

Cuando Hodon el Ligero llegó a la costa de Amoz, dispuesto a dirigirse al Lural Az en busca de

O-aa,

Raj, el mezop que había estado al mando del *Sari*, se encontraba allí. Hodon pidió entonces a Raj que le acompañase y capitanease el pequeño navío en el que sus guerreros y él estaban a punto de embarcarse.

Los mezops eran un pueblo marino, y Hodon fue muy afortunado al conseguir los servicios de uno de ellos para comandar su navío. También tuvo suerte de que se tratase de Raj, puesto que este sabía exactamente dónde había sido abandonado el *Sari* y conocía, además, los vientos y las corrientes de la zona. Conocedor de estos y del lugar hacia donde habían podido llevar al *Sari*, Raj puso rumbo hacia la entrada del estrecho sin nombre. Tardaron muchos sueños en alcanzarla, ya que una terrorífica tormenta, que capearon gracias a la habilidad y pericia de Raj, les hizo retrasarse varios sueños.

Cuando la tormenta cesó, el viento y las corrientes llevaron a la pequeña nave hasta la boca del estrecho sin nombre, haciéndola pasar muy cerca de la tierra de los xexots y del lugar en el que habían yacido los restos del *Sari* hasta que la tormenta los había hecho desaparecer, removiendo los vestigios de cualquier indicio que antes hubiera existido y que les hubiera conducido inmediatamente hasta la ciudad de Tanga-tanga.

Mientras tanto, David Innes y O-aa se sentaban en el estrado del templo de Pu, ignorantes del hecho de que sus amigos se hallaban tan cerca de ellos.

Dian la Hermosa y Gamba, remando a través del estrecho sin nombre en dirección al Korsar Az, no vieron el globo que, a su espalda, pasó por encima de ellos. Apenas unos cuantos cientos de yardas separaron a David y a Dian en ese momento. Fue un cruel destino el que impidió su reunión sabiendo lo cerca que había estado de producirse, puesto que David podría haber hecho descender al globo en la costa y Dian habría regresado con él.

Dian se había preocupado de que la canoa estuviese bien provista de agua y de comida antes de embarcarse en aquel peligroso viaje. Hicieron turnos para dormir mientras dejaban que la corriente les arrastrara en su curso. Una y otra vez se vieron atacados por terribles criaturas de las profundidades, pues aquella extraña cosa que surcaba la superficie del agua atraía a muchas de ellas. A algunas solo las motivaba la curiosidad, pero eran sus apetitos voraces los que llamaban a la mayoría de ellas. Para Gamba constituía una eterna fuente de asombro el que salieran victoriosos de cada enfrentamiento.

—Jamás pensé que viviéramos para poder dormir otra vez más después de que abandonásemos la costa —dijo.

—Yo tampoco estaba muy segura —replicó Dian—, pero ahora creo que lo mejor será penetrar en el Korsar Az y subir por la costa hasta que alcancemos un punto que esté situado frente a Amoz. Una vez que lleguemos a él, iremos tierra a través hasta nuestro destino. Me imagino que tendremos que enfrentarnos a mayores peligros en tierra que en el mar.

—¿Es un territorio salvaje? —preguntó Gamba.

—Cuando abandonemos el Korsar Az nos adentraremos en un territorio extremadamente salvaje —contestó Dian—. Nunca he estado en él, pero los hombres de mi pueblo que se han aventurado a cazar allí afirman que está infestado de bestias salvajes y de hombres aún más salvajes todavía.

—Cada vez lamento más haberte conocido —dijo Gamba—. Si no hubieras venido a Lolo-lolo seguiría siendo go-sha y me hallaría a salvo tras los muros de mi ciudad.

—Me gustaría que dejases de repetir eso una y otra vez —repuso Dian—. Si hubieras sido un mejor go-sha todavía seguirías allí. De todas formas, si quieres volver, podemos remar otra vez hacia la costa y dejarte en ella.

Después de muchos sueños llegaron al final del estrecho sin nombre. Su punta se estrechaba a la entrada del Korsar Az, de modo que las aguas se precipitaban a través de ella con una velocidad terrorífica. La canoa estuvo varias veces a punto de zozobrar antes de encontrarse en aguas relativamente seguras. A partir de ese momento viraron hacia el nordeste bordeando la costa. Fue entonces cuando la tormenta que había desviado a Hodon de la entrada al estrecho sin nombre en el Sojar Az, se abatió sobre ellos y les alejó de la costa.

La densa lluvia les cegó y el enorme oleaje amenazó constantemente con hacerles volcar. Así, mientras uno remaba, en un esfuerzo por evitar que la canoa girase de costado y se hundiese en el seno de alguna ola, el otro achicaba agua con uno de los recipientes que Dian, acertadamente, había llevado para tal propósito.

Ambos se hallaban completamente exhaustos cuando una línea costera apareció repentinamente ante sus ojos, confusamente perceptible a través de la lluvia. Dian pudo distinguir una abierta y blanca playa sobre la que se precipitaban unas enormes olas que rompían estruendosamente. La tormenta les llevaba hacia allí, sin importarle cualquier diminuto esfuerzo que pudieran hacer por apartarse de aquel inevitable destino.

A la muchacha le parecía imposible que pudieran sobrevivir a aquellas terroríficas rompientes, pero se determinó a intentar pasar a través de ellas. Le dijo a Gamba que remase con todas sus fuerzas mientras ella se disponía a hacer lo mismo.

La pequeña canoa era zarandeada continuamente de un lado a otro; entonces, cabalgando sobre la cresta de una enorme ola, salió disparada a una velocidad terrorífica hacia la costa y, como si se tratase de una tabla de surf, fue transportada hacia la playa.

Sorprendidos de hallarse aún con vida, saltaron a tierra y sujetaron la canoa para evitar que retrocediera con el oleaje; luego la arrastraron hacia la playa, fuera del alcance de los rompientes.

—Creo que, en verdad, tú debes ser Noadá —dijo Gamba—. Ningún mortal hubiera pasado por donde nosotros lo hemos hecho y hubiera salido con vida.

Dian sonrió.

—Nunca dije que no lo fuera —respondió.

Gamba meditó aquella respuesta, pero no hizo comentario alguno. En su lugar, dijo:

—Tan pronto como cese la tormenta partiremos hacia Amoz. Es bueno hallarse otra vez en tierra y saber que no tendremos que volver a afrontar los peligros del mar.

—Todavía tendremos que navegar mucho antes de llegar a Amoz —repuso Dian.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Gamba—. ¿Acaso no hemos llegado a la costa? ¿No estamos en tierra?

—Sí, estamos en tierra —contestó Dian—, pero la tormenta nos ha alejado del continente en el que se encuentra Amoz, y ya que no es posible que hayamos atravesado el Korsar Az, debemos hallarnos en una isla.

Gamba dejó caer los brazos, abatido.

—Entonces no hay esperanza —dijo—. Esto es el fin. Ahora sí que estoy seguro de que no eres la verdadera Noadá. De otro modo, no habrías permitido que esto ocurriera.

Dian se echó a reír.

—Te rindes muy fácilmente —dijo—. Debes haber sido un pésimo go-sha.

—Era un buen go-sha hasta que tú viniste —contestó Gamba—. Y ahora, gran Noadá —dijo sarcásticamente—, ¿qué vamos a hacer?

—Tan pronto como cese la tormenta volveremos a echar la canoa al mar y partiremos hacia el continente —dijo Dian.

—No pienso volver a meterme en el mar —afirmó Gamba.

—Muy bien —repuso Dian—. Entonces quédate aquí; pero yo me voy.

Más allá de la playa, unos acantilados se alzaban hasta una altura de casi un centenar de pies; en su cima se distinguía un verdor tropical. No muy lejos de allí, una cascada se precipitaba desde el acantilado al mar, que azotaba la pared del acantilado en ese punto, levantando tanta espuma que en ocasiones la cascada quedaba oculta. Un poco más adelante, el mar seguía rompiendo contra la pared del acantilado. Se hallaban sobre una estrecha franja de playa, con forma de media luna, que el mar no había reclamado como suya. Para Gamba, al igual que para vosotros y para mí, aquellos acantilados parecían imposibles de escalar; sin

embargo, para Dian, la cuestión no pasaba de la mera dificultad. De todos modos, al no tener ninguna intención de escalarlos, el problema carecía de importancia.

Durante un largo periodo de tiempo permanecieron en una situación bastante incómoda, pues se veían obligados a soportar un continuo chaparrón. Allí no había ninguna cueva en la que cobijarse y el dormir era algo impensable. Simplemente se sentaron y esperaron; Dian estoicamente, Gamba sin dejar de quejarse.

Sin embargo, por fin volvieron a ver brillar el sol sobre el mar. La tormenta estaba remitiendo y pronto cesaría. Normalmente, supone un alivio el que el eterno sol de mediodía se oculte tras una nube, pero, en aquella ocasión, Dian y Gamba se alegraron de verdad de que las nubes se alejaran y pudieran volver a sentir su calor.

—Será mejor que durmamos —dijo Dian—. Si la marea está baja cuando despertemos, partiré en busca del continente. Creo que demostrarías más inteligencia viniendo conmigo, pero haz lo que quieras. A mí me da igual.

—Tu corazón es de piedra —dijo el hombre—. ¿Cómo puedes hablar así a un hombre que te ama?

—Me voy a dormir, y tú deberías hacer lo mismo —respondió Dian, haciéndose un ovillo sobre la mojada hierba, mientras los rayos del sol bañaban su hermoso cuerpo.

La joven soñó que había regresado a Sari y que la gente se congregaba a su alrededor. David estaba allí y ella se sentía feliz, más feliz de lo que lo había sido en mucho tiempo.

De repente, uno de los que estaban a su alrededor le dio una patada en las costillas y Dian se despertó. Al abrir los ojos vio que, en efecto, había gente rodeándola, pero no se trataba de la gente de Sari. Eran hombres altos que portaban pesadas lanzas y grandes arcos. Sus taparrabos eran de piel de tarag; igualmente, las cabezas de los tarags habían sido inteligentemente preparadas para formar unos yelmos que cubrían sus cabezas; los enormes colmillos caían a ambos lados de sus rostros formando un ángulo de cuarenta y cinco grados. Los carcajes que contenían las flechas y que llevaban a su espalda también estaban hechos de la piel de aquel gigantesco carnívoro, de la piel amarilla y negra del tarag, el enorme tigre de dientes de sable largo tiempo atrás extinguido en la corteza

exterior.

—¡Arriba! —dijo uno de aquellos hombres. Dian y Gamba se levantaron de un salto.

—¿Qué queréis de nosotros? —preguntó Dian—. Nos iremos de aquí tan pronto como baje la marea.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó el hombre.

—La tormenta nos arrojó a esta playa —respondió Dian—. Estamos intentando llegar al continente.

—¿Quién eres?

—Me llamo Dian; soy la compañera de David Innes, el emperador de Pellucidar.

—No he oído hablar de él, ni tampoco de ti. Y no sé lo que es un emperador.

—Es lo que podríamos llamar un jefe de jefes —explicó Dian—. Tiene un gran ejército, una flota y muchos cañones. Si nos ayudáis a este hombre y a mí, será vuestro aliado.

—¿Qué es una flota? ¿Qué son cañones? —preguntó el hombre—. ¿Y por qué íbamos a ayudaros? No tenemos ningún miedo a ese David Innes. No tememos a nadie en Pellucidar. Somos hombres de Tandar.

—¿Tandar? —inquirió Dian.

—¿Nunca habéis oído hablar de Tandar? —exclamó el guerrero.

—No; nunca —contestó Dian.

—Yo tampoco —añadió Gamba.

El guerrero les miró con expresión de disgusto.

—La isla en la que os encontráis es Tandar —dijo—. Yo soy Hamlar, el jefe.

—La marea está empezando a bajar —repuso Dian—. Tenemos que irnos.

Hamlar se echó a reír. Su risa era amenazadora.

—Jamás abandonaréis Tandar —dijo—. Nadie que haya llegado hasta aquí lo ha hecho jamás.

Dian se encogió de hombros. Conocía bien el mundo en que vivía y sabía lo que aquel hombre quería decir.

—Vamos —dijo Hamlar.

Lo único que se podía hacer era seguirlos. Los guerreros les rodearon mientras Hamlar abría el camino en dirección a la cascada. Dian iba descalza, ya que había dejado sus sandalias en el

banco de la canoa para que se secaran. No le había preguntado a Hamlar si podía cogerlas porque ella también era demasiado orgullosa para pedir favores a un enemigo. Miró hacia la pared del acantilado para averiguar por dónde habían descendido aquellos hombres, pero no vio ningún sitio que les permitiera la escalada. Entonces Hamlar se introdujo bajo la cascada y desapareció en su interior; un momento después, Dian se encontró en una estrecha cornisa que discurría bajo las aguas, siguiendo al guerrero que iba delante de ella hasta la boca de una caverna tan oscura como la boca de un lobo y húmeda a causa del agua que se filtraba en su interior.

Ascendió a tientas a través de la oscuridad, hasta que en breve distinguió una luz un poco más adelante. La luz procedía de lo alto. Caía a través de un túnel que se inclinaba suavemente desde la vertical. Apoyada en la pared había una tosca escala. Dian había retrasado a los que se encontraban tras ella debido a la oscuridad de la caverna, pero ahora trepó por la escala con la agilidad de un mono, adelantando incluso a los que iban por delante de ella. Percibió como los guerreros a su espalda insultaban a Gamba por subir tan despacio. También pudo oír las quejas y lamentos de este al aguijonearle con sus lanzas.

Desde la cima del túnel, un serpenteante camino se introducía en la jungla. Ocasionalmente, Dian fue capaz de vislumbrar unos animales de gran tamaño que se escabullían a través de otros senderos que se cruzaban o corrían en paralelo con aquel que estaban siguiendo. Pudo distinguir los tonos negros y amarillos de la piel del tarag.

Aproximadamente a una milla tierra adentro de la costa, llegaron a un claro situado al pie de un elevado risco en cuya rocosa pared se veían varias cornisas y cavernas laboriosamente excavadas. Dian miró con asombro aquellas moradas cuya construcción debía haber requerido el esfuerzo de muchas generaciones. En la base del risco, los guerreros se recostaban a la sombra de los árboles mientras las mujeres trabajaban y los niños jugaban.

Al menos una veintena de tarags dormitaban o se movían entre la gente. Vio como un chiquillo tiraba de la cola de uno de ellos y el gigantesco carnívoro se volvía hacia él con una mueca feroz. El pequeño retrocedió de un salto y el tarag continuó su camino.

Aparte de aquel chiquillo, nadie parecía prestar atención a las bestias.

Atraídos por la visión de Dian y de Gamba, guerreros, mujeres y niños se congregaron en torno a ellos. Era evidente por sus comentarios que raramente veían extranjeros en su isla. Las mujeres llevaban prendas y sandalias hechas con piel de tarag. Al igual que los hombres, las mujeres eran bien parecidas, con cabezas bien formadas y una mirada inteligente en sus ojos.

Hamalar se dirigió a una de las mujeres.

—Esta es para ti, Manai —dijo señalando a Dian—. ¿Alguien quiere al hombre? —preguntó, mirando a su alrededor—. Si nadie lo quiere, se lo daremos a los tarags.

Gamba, desesperado, miró también a su alrededor. En un primer momento, nadie manifestó su deseo de quedarse con él. Finalmente, una mujer dijo:

—Me lo quedaré yo. Recogerá leña y me traerá agua. También curtirá las pieles de los tarags y las suavizará.

Gamba emitió un suspiro de alivio.

—Ven conmigo —dijo Manai a Dian, conduciéndola a través de una serie de escalas hasta una caverna situada en lo más alto del risco.

—Esta —dijo, deteniéndose a la entrada de la caverna—, es la cueva de Hamlar, el jefe, mi compañero.

Luego se fue, regresando poco después con un manojo de pequeñas ramas atadas entre sí con una tira de cuero.

—Barrerás la cueva de Hamlar y Manai —le ordenó—, y procura que la suciedad no caiga por el borde del risco. Encontrarás una calabaza vacía en la cueva. Echa en ella toda la porquería que recojas, bájala al pie del risco y vacíala en el arroyo.

Y así, Dian la Hermosa, la emperatriz de Pellucidar, se convirtió en la esclava de Manai, la compañera de Hamlar, el jefe de Tandar, pensando incluso que había sido afortunada de haber salvado la vida. Después que hubo terminado de limpiar la cueva, acarreado la suciedad y arrojado la misma en el arroyo, Manai, que se encontraba con las demás mujeres en la base del risco, la llamó.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—Dian —contestó la muchacha.

—Hay carne en la cueva —dijo Manai—. Cógela y tráela aquí;

luego enciende un fuego y prepárala para Hamlar, Manai y Bovar, su hijo.

Mientras asaba la carne, Dian vio a Gamba curtiendo la piel de un tarag. Sonrió al pensar que no hacía muchos sueños había sido un rey, con esclavos a su servicio.

Hamlar vino y se sentó junto a Manai.

—¿Y tu esclava? ¿Te gusta cómo trabaja o es perezosa? —le preguntó.

—Trabaja —contestó Manai.

—Aún trabajará más —repuso Hamlar—. Si no lo hace así, la mataré y se la daré a los tarags. No podemos mantener esclavos que no trabajen. ¿Dónde está Bovar?

—En su cueva, durmiendo —respondió Manai—. Me dijo que le despertase cuando fuésemos a comer.

—Dile a tu esclava que le despierte —dijo Hamlar—. La comida ya está preparada.

—La cueva de Bovar es la siguiente a la nuestra, la de la derecha —le dijo Manai a Dian—. Ve y despiértale.

De nuevo, Dian la Hermosa ascendió la larga serie de escalas hasta la cornisa situada en el nivel superior de la pared del risco. Una vez allí, se dirigió hacia la caverna siguiente a la de Hamlar y llamó a Bovar en voz alta. Tuvo que hacerlo varias veces hasta que una voz soñolienta por fin le respondió.

—¿Qué quieres? —preguntó.

—Manai, tu madre, me envía para decirte que la comida ya está preparada y que están a punto de comer.

Un guerrero alto y joven salió de la cueva y permaneció de pie.

—¿Y tú quién eres? —le preguntó.

—Soy la nueva esclava de Manai —contestó Dian.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Bovar.

—Dian —respondió la muchacha.

—Es un nombre muy bonito —dijo—. Y también eres una chica muy bonita. De hecho, creo que eres la chica más bonita que he visto jamás. ¿De dónde procedes?

—Soy de Amoz, un país que está junto al Darel Az —contestó Dian.

—Nunca he oído hablar de ese lugar. De todos modos, me da igual de donde vengas: eres con toda seguridad la muchacha más

bonita que he visto en mi vida —repitió Bovar.

—Baja a comer —dijo Dian, volviéndose hacia la escala y descendiendo por ella.

Bovar la siguió y se reunió con Hamlar y Manai junto a la pieza de carne que estaba asándose al fuego. La pieza había sido atravesada por Dian con un afilado trozo de madera, sostenido por dos horquillas a cada extremo.

—La comida está lista —dijo Manai, que había estado dándole vueltas durante la ausencia de Dian.

Dian la retiró del fuego y la dispuso sobre unas hojas que había desplegado en el suelo. Hamlar cogió su cuchillo de piedra y cortó un gran pedazo, sosteniéndolo un rato con la punta para que se enfriase un poco; después fue el turno de Manai y, luego, el de Bovar.

—¿Yo también puedo comer? —preguntó Dian.

—Sí; come lo que quieras —respondió Hamlar.

Dian sacó su cuchillo de la funda y se cortó un pedazo de carne. El cuchillo dio un corte suave y preciso, no como las toscas armas de piedra de los tandars.

—Déjame ver ese cuchillo —dijo Bovar.

Dian se lo tendió.

—Nunca había visto nada parecido —dijo Bovar tendiéndoselo a su padre. Tanto Hamlar como Manai lo examinaron con atención.

—¿Qué es esto? —preguntó Hamlar.

—Es un cuchillo —contestó Dian.

—No me refiero a eso —dijo Hamlar—. Lo que quiero saber es de qué está hecho.

—Es un metal al que los xexots llaman «andrade» —repuso la muchacha.

Bovar tendió su mano para coger el cuchillo y Manai se lo dio.

—¿Quiénes son los xexots? —inquirió Hamlar.

—Son un pueblo que vive muy lejos de aquí, en el otro extremo del estrecho sin nombre.

—¿Todos los cuchillos de ese pueblo están hechos de este metal? —preguntó Hamlar.

—No solo sus cuchillos; también sus espadas.

Omitió decir que su espada y la de Gamba se hallaban en la canoa. Esperaba poder escapar algún día y volver a ponerla en el

mar.

Dian tendió su mano hacia Bovar para que le devolviera el cuchillo.

—Me lo voy a quedar —dijo el joven—. Me gusta mucho.

—Devuélveselo —dijo Manai—. Es suyo. No somos ladrones.

Bovar le devolvió el cuchillo a Dian. Pero en su mente mantuvo la idea de apoderarse de él, pues sabía cómo llevar a efecto su propósito. Todo lo que tenía que hacer era empujar a Dian por el borde de la cornisa que discurría frente a su cueva. Entonces, estaba seguro, Manai le dejaría quedarse con el cuchillo; siempre y cuando, naturalmente, que nadie le viera hacerlo.



IV

Muchos sueños habían pasado desde la llegada de Pu a Tanga-tanga, pero ni David Innes ni O-aa habían sido capaces de urdir un plan que les permitiera la huida. La guardia del templo había sido seleccionada por Furp, y, en lo que a David y a O-aa se refería, aquellos guardias eran sus carceleros.

Furp estaba convencido de que se trataba de simples mortales que habían llegado a Tanga-tanga por accidente; pero era consciente de que la mayoría de la gente creía en su divinidad y no se atrevía a actuar abiertamente en su contra. Se hubiera sentido enormemente satisfecho si alguien les hubiera asesinado, puesto que ahora no recibía de Ope, el sumo sacerdote, ni siquiera la cuarta parte de las piezas de bronce que le habían llegado antes del advenimiento de Noada.

La situación había mejorado un poco con la llegada de Pu, pero el avaricioso Furp quería mucho más. Ope, el sumo sacerdote, también era, en secreto, su enemigo, y lo era por las mismas razones que Furp; sin embargo, al ser un individuo más simple y supersticioso, él sí estaba convencido de que eran un verdadero dios y una verdadera diosa quienes se sentaban en el estrado del templo.

No obstante, aunque sus enemigos eran poderosos, los que creían en Pu y Noada aún eran mayoría. Les amaban porque habían hecho que sus ofrendas y tributos se vieran notablemente reducidos y ahora todos disponían de más piezas de bronce con las que comprar comida y otros bienes necesarios.

Tanto David como O-aa percibían la oculta red de intriga que existía a su alrededor, pero también eran conscientes del cariño que les profesaba el pueblo llano; sin embargo, les era imposible hablar

a solas con la gente, ya que en todo momento se veían rodeados por los sacerdotes y los guardias del templo.

—Me gustaría poder hablar con alguna de esas personas —dijo David en una de las pocas ocasiones en las que tuvo oportunidad de conversar con

O-aa

sin que le escuchase alguno de los sacerdotes o de los guerreros—. Creo que nos aprecian, y si alguien estuviese tramando algo contra nosotros, nos lo dirían si tuviesen la oportunidad de hacerlo.

—Estoy segura de ello —dijo O-aa—. A la gente siempre le he gustado, y creo que tú también les gustas. Gracias a nosotros ahora tienen muchas más piezas de metal.

De repente, David chasqueó los dedos.

—¡Ya lo tengo! —exclamó—. En el mundo del que procedo existe una religión muy antigua e importante cuyos practicantes suelen acudir a confesar sus pecados para que estos les sean perdonados. En privado, cuentan en voz baja a un sacerdote todo aquello que angustia sus corazones, y nadie, salvo el sacerdote, puede oírles. Pueden disponer que la gente de Tanga-tanga tenga también ese privilegio, aunque con una gran ventaja sobre los confesores del mundo exterior: van a poder confesar sus pecados directamente ante su dios.

—Ope no dejará que lo hagas —dijo O-aa.

—Hay una buena y vieja expresión americana, aunque tú no la entenderías, que expresa sucintamente cómo me propongo ganar la voluntad de Ope.

—¿Qué es lo que te propones? —inquirió O-aa.

—Voy a darle un susto que hará que se le caigan los pantalones —dijo David.

—¿Qué son los pantalones? —preguntó O-aa.

—Olvidalo; es algo que no viene al caso —replicó David.

—Aquí viene Ope —dijo O-aa—. Vigilaré mientras tú haces que se le caigan los pantalones.

Ope, el sumo sacerdote, se acercó sinuosamente hacia ellos. Su manera de andar le recordó a David el silencioso aproximamiento de una serpiente.

David miró de reojo y con gravedad al sumo sacerdote.

—Ope —dijo con un profundo tono de voz—, sé lo que has

estado pensando.

—Yo... yo... no sé a qué te refieres —balbuceó el sumo sacerdote.

—Oh, sí que lo sabes —dijo David—. ¿No sabes que podrías morir por dar cobijo a semejantes pensamientos?

—No, muy gracioso Pu. Honestamente, jamás he albergado ningún mal pensamiento hacia ti. No se me ocurriría causarte daño alguno...

De repente se detuvo, seguramente al darse cuenta de que se estaba traicionando.

—¡Sé incluso lo que estás pensando en este mismo instante! —exclamó David, mientras las rodillas de Ope no dejaban de temblar.

—Será mejor para ti que no vuelva a suceder —continuó David—, y que procures que se satisfagan mis más mínimos deseos o los de Noada.

Ope cayó de rodillas y se cubrió los ojos con las manos.

—Muy glorioso Pu —dijo—, jamás tendrás razones para volver a amonestarme.

—Y harás bien en decirle a Furp que vigile sus pensamientos —dijo O-aa.

—Se lo diré —contestó Ope—. Aunque Furp es un hombre malvado y puede no hacerme caso.

—A pesar de la maldad que existe en Tanga-tanga, voy a hacer que una gran bendición recaiga sobre sus habitantes —dijo David—. Vas a ordenar que inmediatamente me construyan, junto a esa pared que da al estrado, una habitación de dos pasos en cuadro, con una puerta, y situarás dos bancos en su interior. La habitación tendrá dos pasos y medio de altura y no tendrá techo.

—Se hará enseguida, muy glorioso Pu —contestó Ope, el sumo sacerdote.

—Procura que así sea —repuso David—. Cuando esté terminada, convoca a la gente al templo para que me pueda dirigir a ellos y explicarles la maravillosa bendición que voy a otorgarles.

Ope, el sumo sacerdote, se moría de ganas por saber en qué consistía aquella bendición, pero no se atrevía a preguntárselo a Pu. De hecho, no dejó de preguntárselo y de estrujarse el cerebro con aquella cuestión mientras se dirigía a hacer los preparativos

necesarios para que los artesanos construyeran una habitación como la que David le había ordenado.

Estoy seguro de que es realmente Pu, pensaba Ope, el sumo sacerdote. Ahora tengo buenos pensamientos de Noda y de él, y siempre debo hacerlo así. Seguiré teniendo estos buenos pensamientos sobre ellos, buenos pensamientos. No debo dejar que Furp introduzca malos pensamientos en mi cabeza. Recalcó aquella última idea con la esperanza de que Pu le estuviera escuchando e hiciera recaer sobre el

go-sha

todas las culpas por los malos pensamientos que, como bien sabía Ope, había estado albergando hasta entonces.

Cuando la pequeña habitación junto al trono estuvo terminada, David ordenó que la gente fuera convocada al templo. Así, los sacerdotes menores, portando sus espantosas máscaras, hicieron batir los tambores y convocaron al pueblo al templo de Pu. El edificio se llenó con tanta gente que nadie más pudo entrar en él; aquellos que se quedaron en el exterior, llenaron la plaza.

Fue O-aa quien se dirigió a ellos.

—Pu ha decidido otorgar una gran bendición al pueblo de Tanga-tanga —dijo—. Muchos de vosotros habéis pecado, y al haberlo hecho y no haber sido perdonados por Pu, será difícil que vayáis a Karana al morir. Sin embargo, Pu ha hecho construir aquí esta pequeña habitación para que podáis acudir, de uno en uno, y os sentéis con él a confesarle vuestros pecados y así poder perdonaros. No podéis venir todos de una sola vez, sino que cada sueño Pu escuchará los pecados de veinte ciudadanos. Ahora, salid a la plaza y explicad esto a los que se han quedado afuera. Después, que los veinte primeros vengán al templo a confesar.

Tras oír aquello, la gente se abalanzó a la plaza y explicó aquella maravilla a todos aquellos que no habían escuchado las palabras de O-aa.

Casi se produjo una revuelta al seleccionar a los veinte que habían de comparecer ante Pu para exponer sus pecados antes del siguiente sueño.

David se introdujo en la pequeña habitación y el primero de aquellos que venían a confesar llegó y se arrodilló ante él, cubriéndose los ojos con las manos. David le ordenó que se

levantase y se sentase en el otro banco.

—Ahora puedes confesar tus pecados y te serán perdonados —le dijo a continuación.

—Hace muchos sueños —comenzó el hombre—, antes de que Noda y tú vinierais, robé piezas de metal a un vecino muy rico. Lo hice porque los sacerdotes y el

go-sha

me habían exigido tantas que apenas tenía para alimentar a mi familia.

—Cuando puedas hacerlo, devolverás la misma cantidad al hombre al que se las robaste y serás perdonado —dijo David—. ¿Sabes que si has oído algún comentario contra Pu o contra Noda, y no acudes a decírselo, también estarás cometiendo un pecado?

—No lo sabía —respondió el hombre—, pero sí he oído esos comentarios contra Noda y contra ti. Los guerreros de Furp se mezclan con la gente y dicen que Noda y tú no venís de Karana, sino del Molop Az, y que algún día, no dentro de muchos sueños, destruiréis Tanga-tanga y enviaréis a su pueblo al Molop Az para que los pequeños demonios les devoren. Yo no lo creo, y hay muchos más que tampoco lo creen, pero algunos sí lo hacen, y esos guerreros les incitan a que acaben con Noda y contigo.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó David.

Cuando el hombre se lo dijo, David grabó el nombre con la punta de su cuchillo en la pared de arcilla de la pequeña habitación. El sujeto observó aquel proceso con un temor casi reverencial, pues nada sabía de alfabetos o de escrituras.

—Esta —dijo David—, es la señal de tu perdón. Permanecerá aquí durante tanto tiempo como lo haga el templo y Noda y Pu se hallen seguros en él. Ahora vuelve a tus asuntos, sean estos cuales sean, y trata de averiguar todos los nombres que te sean posibles de aquellos que sean leales a Noda y a Pu. Así, si alguna vez estuviésemos en peligro, podrán ser convocados al templo para que nos defiendan.

El hombre abandonó el templo. Ni siquiera se le ocurrió pensar lo extraño que resultaba que un dios y una diosa que eran todopoderosos, necesitasen de la ayuda de unos simples mortales para que los defendieran.

Después de muchos sueños, David ya había logrado hablar con

la mayoría de los ciudadanos, grabando en los muros de la pequeña habitación los nombres de todos aquellos que él creía leales a Noada y a Pu. Furp tampoco había permanecido ocioso durante ese periodo. Estaba decidido a desembarazarse de aquellos dos impostores que constantemente incrementaban su influencia sobre el pueblo y le privaban de las piezas de bronce que antes había acostumbrado a recaudar a costa de la gente y del templo.

Tanto Furp como Ope estaban preocupados por aquel nuevo confesionario que le permitía a Pu hablar en privado con el pueblo. Sin embargo, aún habrían estado más preocupados si se hubieran enterado de que Pu, que ahora controlaba las finanzas del templo, entregaba piezas de bronce a aquellos que le eran leales aprovechando la privacidad del confesionario, piezas de bronce con las que adquirir espadas, arcos y flechas.

Ah-gilak, el anciano hombrecillo de Cabo Cod, estaba muy preocupado por la suerte de David Innes, a quien admiraba enormemente, no solo a causa de su habilidad y coraje, sino porque David era originario de Hartford, Connecticut, y pensaba que en aquel disparatado mundo situado en el centro de la Tierra, los nativos de Nueva Inglaterra se hallaban unidos entre sí por un vínculo común.

—¡Maldita sea! —le dijo a Abner Perry, poco después de que David Innes hubiera partido—, ¿cómo va a conseguir volver ese maldito idiota con ese invento tuyo del otro lado del estrecho sin nombre, si resulta que todo el mundo dice que se halla en el fin del mundo?

—No lo sé —respondió Abner Perry con pesar—. Todo ha sido por mi culpa; por mi culpa. Soy un estúpido viejo, descuidado e idiota, que ha enviado a la muerte a las dos personas que más quería.

—Bueno, el que nos sentemos aquí a llorar alrededor de la leche cortada, no va a hacer que las berzas se conviertan en mantequilla, como diría aquel —repuso Ah-gilak—. Lo que hay que hacer es algo al respecto.

—¿Y qué hacemos? —dijo Abner Perry—. Estoy dispuesto a cualquier cosa. He estado considerando muy seriamente la posibilidad de construir otro globo en el que seguirles.

—¡Bah! —exclamó Ah-gilak—. Seguro que eres el maldito viejo

más idiota del que he oído hablar en toda mi vida. ¿De qué serviría volar sobre el estrecho sin nombre en uno de esos cacharros? Tan solo para que tuviésemos que buscar a tres personas en vez de a dos. No obstante, he estado pensando en algo desde que David se marchó.

—¿En qué? —preguntó Perry.

—Bueno, verás —explicó el hombrecillo—, antes de que el *Dolly Dorcas* naufragase en el Océano Ártico en 1845, yo había estado haciendo planes para construir, en cuanto llegase a Cabo Cod, el clíper más hermoso y rápido que jamás hubiera surcado los mares. Pero entonces el *Dolly Dorcas* naufragó y vine a parar aquí, a este maldito agujero, y jamás tuve la oportunidad de construir nada. Sin embargo, si ahora tuviera a mi disposición los hombres y las herramientas adecuadas, sí que sería capaz de hacerlo. Con una nave así, podríamos navegar hasta el estrecho sin nombre, y, tal vez, consiguiéramos encontrar a David y a esa tal Dian la Hermosa.

El rostro de Abner Perry se iluminó ante aquella posibilidad.

—¿Tú serías capaz de construirla, Ah-gilak? —exclamó—. Si pudieras hacerlo, yo te proporcionaría los hombres y las herramientas que necesitases. Nosotros no tenemos ninguna nave lo suficientemente marinera como para atravesar el estrecho sin nombre con una total garantía. Pero si tú puedes construir esa nave y puedes gobernarla, yo haré que tengas los hombres que necesites para que la construyan y para que la tripulen.

—¡Pongámonos en marcha! —exclamó Ah-gilak—. La tardanza es la madre del ingenio, como diría aquel.

Con aquella esperanza latiendo en su corazón, Abner Perry se transformó en un hombre nuevo. Hizo llamar a Ghak el Velludo, el rey de Sari, quien gobernaba la relajada Federación que constituía el Imperio de Pellucidar cuando David se hallaba ausente. Perry le explicó a Ghak la propuesta de Ah-gilak y el sari la recibió con el mismo entusiasmo que ellos. De esta forma, la totalidad de la tribu, hombres, mujeres y niños, viajó hasta Amoz, donde se encontraba el Darel Az, un mar poco profundo, que, en realidad, no es sino una bahía situada en la costa del Lural Az.

Llevaron con ellos armas, municiones y herramientas —hachas, martillos, cinceles y piquetas—, todas las herramientas que Perry les había enseñado a fabricar después de que hubiera conseguido

manufacturar acero como consecuencia del descubrimiento y fundición de mineral de hierro y de la presencia de carbón en las colinas cercanas a Sari.

Ghak envió mensajeros a Thuria, Suvi y Kali. Finalmente, más de un millar de hombres se reunieron en Amoz, talando árboles y trabajando la madera. Los cazadores partieron en busca de los dinosaurios cuyos peritoneos eran necesarios para la fabricación de las velas.

Ah-gilak no diseñó el gran clíper que tenía en mente para cuando regresase a Cabo Cod, sino otro más pequeño pero igualmente rápido y marinero.

Ja, el mezop, vino desde las islas de Anoroc con cien hombres dispuestos a ayudar en la construcción del navío y a tripularlo una vez que fuese botado, pues los mezops eran los hombres de mar del Imperio de Pellucidar.

Las mujeres fabricaron los obenques y el cordaje con las fibras de una planta parecida al cáñamo; incluso los niños trabajaron llevando cosas de un lado a otro.

Ningún hombre pudo saber cuánto se tardó en construir el pequeño clíper, puesto que es imposible saberlo en un mundo donde siempre es mediodía y no existe el movimiento de cuerpos celestes que puedan indicar el transcurso del tiempo. Aquella cuestión siempre desconcertaba a Ah-gilak.

—¡Maldito sea ese condenado sol! —exclamaba—. ¿Por qué no se alza y se pone como un sol de verdad? ¿Cómo va un tipo a saber cuándo tiene que dejar de trabajar? ¡Por Dios y San Gabriel! Esto no es decente.

Pero los pellucidaros sabían perfectamente cuándo tenían que dejar de trabajar: cuando tenían hambre se detenían para comer y cuando tenían sueño buscaban el lugar más oscuro que podían encontrar y se tendían a dormir. El pequeño hombrecillo de Cabo Cod danzaba entonces a su alrededor en un frenesí de rabia y de blasfemias si su comida o su sueño interferían en la construcción del navío. Sin embargo, el trabajo continuó progresando y, finalmente, el clíper estuvo listo para ser botado. Las anguilas fueron engrasadas y el resto de preparativos fueron llevados a cabo. Un centenar de hombres se situaron junto a los soportes, dispuestos para retirarlos.

—¡Por todos los infiernos! —exclamó Ah-gilak—. Tenemos que bautizarlo, ¡y que me hunda si se me ocurre un nombre que darle!

—Tú lo has diseñado y lo has construido —dijo Abner Perry—. Supongo que eres el único que debe tener el privilegio de darle un nombre.

—Eso es bastante cierto —repuso Ah-gilak—. Creo que voy a llamarlo *John Tyler*, ya que fue a él a quien voté para presidente en las últimas elecciones; esto es, voté por él y por William Henry Harrison; pero cuando Harrison murió, Tyler se convirtió en presidente.

—¡Pero eso ocurrió hace ciento dieciocho años! —exclamó Abner Perry.

—Me importa un infierno si ocurrió hace ciento dieciocho años —replicó Ah-gilak—. Yo voté por Harrison y Tyler en las últimas elecciones.

—Pero ¿sabes en qué año estamos? —inquirió Perry.

—David Innes intentó explicarme una vez que yo tenía ciento cincuenta y tres años de edad —repuso Ah-gilak—, pero ha vivido tanto tiempo en este maldito agujero que se ha vuelto loco. Ninguno de vosotros puede saber en qué año estamos. ¡Aquí no existen los años! Aquí ni existen los años, ni los meses, ni las semanas, ni tampoco los días. Aquí no hay nada salvo el mediodía. ¿Cómo vais a medir el tiempo si siempre es mediodía? De todos modos, me da igual; voy a llamarlo *John Tyler*.

—Me parece un nombre excelente —dijo Perry.

—Ahora necesitamos una botella de cualquier cosa para romperla contra su proa y bautizarlo —señaló Ah-gilak—. Si algo merece la pena hacerse hoy, no lo dejes para mañana, como diría aquel.

El mejor sustituto que pudieron encontrar para la necesaria botella de champán fue un cántaro lleno de agua. Ah-gilak lo tomó en su mano y se situó ante la proa del clíper. De repente se volvió hacia Abner Perry.

—Esto no es así —dijo—. ¿Quién demonios ha oído hablar de un hombre que bautizase un barco?

—Stellara, la compañera de Tanar, el hijo de Ghak, está aquí —comentó Abner Perry—. Déjale a ella que lo haga.

Y así, Stellara se acercó y Ah-gilak le dijo lo que había que

hacer. A su señal, los hombres retiraron los soportes inmediatamente después de que Stellara hubiera roto el cántaro de agua contra la proa del clíper y dijera:

—Yo te bautizo como *John Tyler*.

La nave se deslizó a continuación por las anguilas hasta el Darel Az y toda la gente de Thuria, Sari, Amoz, Suvi y Kali que allí se había congregado, lanzaron gritos de entusiasmo.

El cañón ya había sido instalado a bordo antes de botar la nave, así que procedieron a aparejarla. Ah-gilak insistió en que aquella tarea fuese realizada por los mezops, ya que estos eran quienes iban a tripular la nave y era necesario que conocieran todos los palos y cuerdas. Aquello supuso una gran empresa para aquellas gentes de la edad de piedra, puesto que aún les quedaba mucho por aprender en el arte de la navegación. Cuando la nave estuvo aparejada, los mezops tuvieron que entrenarse en la tarea de izar las velas y de hacerlo con rapidez. Afortunadamente, no solo eran una raza de hombres de mar, sino también un pueblo semiarbóreo, toda vez que habitaban en los árboles de sus islas nativas. Trepaban a los obenques como si fueran monos y se movían por los peñoles de verga como si hubieran nacido en ellos.

—Puede que parezcan pieles rojas —le dijo Ah-gilak a Perry—, pero van a ser unos marineros excelentes.

Grandes cantidades de agua contenida en recipientes de bambú fueron almacenadas a bordo, así como de carne salada, nueces, verduras y de la tosca harina que Abner Perry les había enseñado a preparar a los pellucidaros.

Por fin, los mezops estuvieron perfectamente entrenados y el *John Tyler* dispuesto para hacerse a la mar. Ah-gilak era el capitán y Ja el primer piloto y navegante. Los pilotos segundo y tercero eran Jav y Ko, mientras que Ghak el Velludo estaba al mando de cien guerreros especialmente seleccionados, puesto que, como hombres de las cavernas que eran, preveían la posibilidad de combatir una vez que desembarcasen en la *terra incognita* que se hallaba al otro lado del estrecho sin nombre.

Carecían de brújulas, sextantes o cronómetros, pero llevaban con ellos un hombre de Thuria capaz de señalarles la dirección que habrían de llevar. Además, Ja conocía las grandes corrientes oceánicas que discurrían por la ruta que pensaban seguir.

Con todas sus velas desplegadas, la proa del *John Tyler* enfiló las azules aguas y se introdujo valientemente en el Lural Az a la búsqueda de David Innes y de Dian la Hermosa, y, por primera vez desde que Dian desapareció en dirección a la Tierra de la Horrible Sombra, Abner Perry sintió renacer la esperanza en su corazón. Y también, por primera vez en ciento trece años, el pequeño hombrecillo de Cabo Cod se sintió verdaderamente feliz.



V

Estoy cansado de ser un esclavo —le dijo Gamba a Dian al encontrarse en el arroyo en el que Dian llenaba una vasija de agua y Gamba lavaba las vestimentas de su ama—. Esa mujer me mata a trabajar.

—Es mejor que acabar muerto y como comida de los tarags —replicó Dian.

—Los tarags me dan pánico —contestó Gamba—. No puedo entender cómo dejan que esas terribles criaturas ronden por todas partes.

—Están domesticadas —repuso Dian—. Manai me ha contado que las capturan cuando son cachorros y las doman para utilizarlas en la caza y en la batalla. Hay otra tribu en el otro lado de la isla, a dos o tres marchas de aquí, con la que la tribu de Hamlar se encuentra siempre en guerra. Esa tribu recibe el nombre de Manat, y mientras que los tandars han domesticado y entrenado a los tarags, los manats han hecho lo mismo con los ta-hos.

—Este lugar es espantoso —gruñó Gamba—. ¿Por qué tendríamos que naufragar aquí?

—No sabes cuando estar agradecido —dijo Dian—. Si te hubieras quedado en Lolo-lolo, ahora estarías muerto; y si esa mujer no te hubiera aceptado como esclavo, habrías acabado en el estómago de algún tarag. ¿Es que nunca estás satisfecho? Bovar dice que deberías estar contento de haber encontrado un amo. A nadie le gustaba tu piel amarilla.

—¡Y a mí no me gusta Bovar! —estalló Gamba.

—¿Por qué? —preguntó Dian.

—Porque está enamorado de ti.

—¡No digas tonterías! —contestó Dian.

—Es cierto —afirmó Gamba—. Siempre te está siguiendo con la mirada cuando no lo puede hacer en persona.

—Eso no quiere decir que esté enamorado de mí —dijo Dian—. Lo que quiere es mi cuchillo de bronce.

En realidad, la muchacha denominó al metal «androde».

—¡En el nombre de Pu! —exclamó Gamba—. ¡Mira lo que hay ahí!

Dian se volvió para descubrir tres enormes tarags que se acercaban a ellos. No se hallaban muy lejos del risco, pero los tarags se encontraban en su camino. El xexot estaba aterrorizado; pero no así Dian. Las gigantescas bestias se aproximaron a la muchacha y se restregaron contra ella, lamiéndole las manos. Mientras, Gamba permanecía sentado, atenazado por el terror.

—No nos harán ningún daño —dijo la joven—. Son mis amigos. Siempre que puedo les traigo un poco de comida.

Una de las bestias se aproximó a Gamba y le olfateó; luego, descubrió sus enormes colmillos y le gruñó. Un estremecimiento recorrió el cuerpo del paralizado Gamba. Dian se acercó a la bestia y empujó uno de sus hombros, haciéndola girarse, al tiempo que le rascaba una de sus orejas. Después, recogiendo la vasija con el agua, se alejó. Las tres bestias la siguieron.

Durante un largo rato, Gamba permaneció allí sentado, completamente trastornado e incapaz de reanudar su tarea. De repente llegó una mujer y se dirigió hacia él.

—¡Ponte a trabajar, perezoso jalok! —dijo—. ¿Para qué se supone que te doy de comer? ¿Para que te sientes y no hagas nada? Sigue así y acabarás alimentando a los tarags.

—No me siento bien —se quejó Gamba.

—Pues mejor será que te recuperes rápido —dijo la mujer—, porque no pienso engordar a ningún esclavo enfermo.

Y así, Gamba, el que había sido un rey, reanudó su tarea. Cuando acabó, retorció las prendas de piel para extraer el agua y, luego, las extendió sobre una roca plana, frotándolas una y otra vez con una piedra suave para hacer desaparecer cualquier resto líquido que quedase en ellas y suavizarlas mientras se secaban al sol. En ese momento, regresó su dueña.

—No has limpiado mi cueva desde el último sueño —dijo

irritada.

—He estado lavando tu ropa —replicó Gamba.

—Habrías hecho las dos cosas si no hubieras estado holgazaneando —dijo la mujer—. No sé qué hacer. Últimamente es imposible conseguir un buen esclavo. He tenido que dar a los últimos tres a los tarags, y tengo la impresión de que tú vas a seguir el mismo camino.

—Intentaré hacerlo mejor —dijo Gamba—. Trabajaré más.

—Procura que sea así —dijo la mujer, cuyo nombre era Shrud.

Dian compartía una cueva con varios esclavos en el nivel más bajo del risco. En un poblado cavernícola, el nivel inferior es, naturalmente, el menos deseable, toda vez que es el que se halla más cerca del suelo y, por tanto, el más accesible para los enemigos y las bestias salvajes. Se le permitía ir a dormir a la cueva una vez que hubiese terminado sus tareas. No obstante, siempre tenía la sensación de que no había hecho más que cerrar los ojos cuando Manai, Hamlar o Bovar la llamaban.

Bovar era el que más a menudo lo hacía. Normalmente, el único motivo era que simplemente quería hablar con ella. Hacía bastante tiempo que había abandonado la idea de matarla para hacerse con su cuchillo de bronce. Ahora se había enamorado locamente de ella. Sin embargo, de acuerdo con las costumbres de su tribu, no le estaba permitido tomar a una esclava como compañera. No obstante, aquella circunstancia no desanimaba a Bovar puesto que el tandar conocía la existencia en la jungla de una escondida cueva y albergaba la idea de secuestrar a Dian y llevársela allí.

En una ocasión, después de un mal sueño, Bovar se despertó furioso e irritado. Al salir de su cueva, se detuvo en la cornisa y vio a Dian dirigiéndose a la jungla. Dos grandes tarags caminaban a su lado. Dian había hecho ya sus planes. Su idea era la de escapar, encontrar la playa donde estaba su canoa y remar a través del Korsar Az intentando alcanzar el continente. Había propuesto a Gamba que se fugase con ella, pero este le había respondido que lo único que iban a conseguir era ser capturados y servir de alimento a los tarags. Por tanto, la muchacha había decidido fugarse sola.

Cuando Bovar llegó al pie de la última escala, descubrió a uno de los gigantescos tigres tendido en el suelo, durmiendo e interponiéndose en su camino. Lo apartó de su paso con una

violenta patada en el lomo. La bestia se levantó de un salto, descubriendo sus colmillos y gruñendo de un modo horrible. Bovar la amenazó con su larga y pesada lanza y la criatura retrocedió con un rugido; luego se alejó, aunque sin dejar de rugir. Sin prestar más atención al tarag, Bovar miró a su alrededor, observando a los hombres y mujeres de la tribu que se encontraban en la base del risco. Nadie le prestaba atención. Los hombres se hallaban tendidos a la sombra de los árboles, medio dormidos, y las mujeres realizaban sus tareas. Bovar se dirigió despreocupadamente hacia el lugar en el que había desaparecido Dian. No echó ninguna mirada atrás. Si lo hubiera hecho, hubiera visto como un tarag se deslizaba silenciosamente tras él.

Gamba fregaba el suelo de la cueva de su ama. Utilizaba en su tarea un recipiente con agua, una piedra lisa y suave y un manojo de hierbas. Sus rodillas aparecían raspadas y sangrantes debido al contacto con el áspero suelo de la caverna. Cuando Shrud pasó a su lado al salir de la cueva, le dio una patada en el costado.

—Trabaja más rápido, esclavo perezoso —dijo.

Aquello fue más de lo que Gamba podía soportar. Era inconcebible que él, un rey, se viera sometido y humillado de esa manera. Era preferible la muerte, aunque antes de que le llegase conseguiría su venganza. Agarrando a Shrud por uno de sus tobillos, tiró de ella hacia delante y la hizo caer de espaldas al suelo. La mujer le clavó las uñas y le golpeó, pero Gamba saltó sobre ella y hundió su cuchillo de bronce una y otra vez en su corazón.

Al darse cuenta de lo que había hecho, Gamba se quedó horrorizado. Ahora deseaba haberse fugado con Dian; tal vez la muchacha aún no se hubiese marchado. Limpiando la sangre de su cuchillo, arrastró el cadáver de Shrud hasta el extremo más alejado de la caverna, donde mayor era la oscuridad; luego, salió a la cornisa. No se veía a Dian por ninguna parte.

Gamba se apresuró a bajar por las escalas hasta el suelo y se dirigió a la caverna que ocupaba Dian. La llamó varias veces pero no obtuvo respuesta. Empezó a caminar por el claro hacia la jungla, en la misma dirección que pensaba que debía haber seguido Dian para llegar a la cala en la que se encontraba la canoa. Apenas había recorrido una corta distancia, cuando el compañero de Shrud le llamó.

—¿Adónde vas, esclavo? —le preguntó.

—Shrud me ha enviado a la jungla a por fruta —contestó Gamba.

—Está bien, date prisa —repuso el hombre—. Tengo trabajo para ti.

Un momento después, un esclavo fugado desaparecía en la jungla.

Era mediodía en la ciudad de Tanga-tanga. En todas las direcciones que abarcaba la vista, el mundo se curvaba hacia lo alto y se perdía en la bruma de la distancia, fundiéndose con la bóveda azul del cielo hasta formar una gigantesca cúpula en cuyo centro llameaba el ardiente sol que siempre colgaba en su cénit.

En el templo, en una pequeña habitación, un hombre aterrorizado se sentaba en un banco frente a su dios.

—Va a ser muy pronto, glorioso Pu —decía—. Si averiguan que he estado aquí me matarán. Todos ellos saben que estoy al corriente.

—¿Cómo va a ocurrir? —preguntó David.

—Una gran multitud vendrá al templo con ofrendas. Habrá guerreros entre ellos y se agolparán frente al estrado. Cuando alguien dé la orden, caerán sobre Noda y sobre ti y os matarán. Furp no estará allí, así que nadie le podrá acusar. Pero es él quien lo dirige todo.

David le leyó en voz alta los nombres que había grabado en la pared de la pequeña habitación, los nombres de aquellos que les eran leales a O-aa y a él. Se los leyó dos veces; incluso una tercera vez.

—¿Recordarás todos esos nombres? —le preguntó.

—Sí —contestó el hombre—. Los conozco bien a todos.

—Reúnete con ellos entonces, y avísales de que Pu ha dicho que la hora ha llegado. Ellos comprenderán lo que quieres decir.

—Así lo haré —dijo el hombre, arrodillándose y cubriéndose los ojos con las manos; luego se levantó y abandonó el templo.

David regresó al estrado y se sentó en el trono; poco después, O-aa salió de sus aposentos acompañada de los sacerdotes menores, quienes portaban sus espantosas máscaras, y del batir de tambores, de acuerdo con la costumbre del templo. Subiendo al estrado, se sentó al lado de David Innes.

—La hora ha llegado —le susurró David.

—Tengo una espada y un cuchillo bajo mi túnica —dijo O-aa.

Ope, el sumo sacerdote, no había sido capaz de persuadir a David para que llevase las túnicas del oficio ni para que abandonase sus armas. David le había respondido que Pu siempre vestía de la misma forma; que eran solo quienes servían a Pu los que llevaban las túnicas del oficio.

El tiempo transcurrió lentamente para aquellos que bien podían estar aguardando la muerte; pero, en breve, varias personas comenzaron a reunirse frente al templo. David reconoció entre ellos a algunos de los que le eran leales y situó los dos primeros dedos de su mano derecha sobre su pecho. Era la señal convenida para distinguir a los amigos de los enemigos. La totalidad de los congregados, incluso algunos a los que no fue capaz de reconocer, respondieron a su señal.

Aproximándose, se arrodillaron ante el estrado y se cubrieron los ojos; después de que se les hubiera dado permiso para levantarse, se acercaron aún más al trono. Para justificar su presencia al lado de Pu, David empezó a predicar, como imaginaba que lo haría un dios ante su pueblo. Les habló de la lealtad y de las recompensas de la lealtad, del destino que aguardaba a quienes atentasen contra la fe. Habló con lentitud, dejando que transcurriera el tiempo.

Más y más hombres comenzaron a entrar en el templo. No había mujeres, algo totalmente inusual. A cada uno que entraba, David le hacía la señal. Algunos la respondían y otros no, pero aquellos que lo hicieron fueron los que más se acercaron al estrado hasta rodear completamente tres de sus lados; el cuarto era el que daba a la pared del templo.

David continuó hablando en un tono tranquilo que no indicaba que estuviese ocurriendo nada anormal, aunque sin dejar de observarlo todo cuidadosamente. Se dio cuenta de que la mayoría de los que no habían respondido a su señal estaban nerviosos y que algunos de ellos intentaban acercarse más al estrado. Sin embargo, los que le eran leales permanecían hombro con hombro y no les permitían pasar. Todo el mundo en el templo aguardaba ahora una señal.

Y por fin llegó. Un guerrero gritó: «¡Muerte!». Solo fue una

palabra, pero capaz de convertir el tranquilo templo en un manicomio de hombres que maldecían y luchaban.

En el instante en que se dio la señal, los leales a Pu se giraron con las espadas desenvainadas para hacer frente a los enemigos de sus dioses. David también se puso en pie, blandiendo su espada.

Los combatientes surgían de todas partes frente al estrado. Uno de los hombres de Furp atravesó la barrera humana y atacó a O-aa.

David detuvo el ataque y derribó al hombre; luego saltó al suelo y se unió a sus seguidores. Su presencia les dio un ánimo y un coraje más allá de lo que estos jamás hubieran soñado poseer, al tiempo que puso el temor de Dios en los corazones de sus enemigos.

Veinte de los hombres de Furp yacían envueltos en su propia sangre. El resto dio media vuelta y emprendió la huida, solo para descubrir que tenían cortada la retirada. De acuerdo con el plan de David, una sólida falange de sus partidarios, armada con espadas, cuchillos, arcos y flechas, bloqueaba el camino.

—¡Arrojad vuestras armas! —gritó David—. ¡Arrojadlas o moriréis!

Después de que hubieran depuesto las armas, David ordenó a los suyos que les dejaran marchar, no sin antes advertirles que jamás volvieran a alzar sus manos contra Noda o contra Pu.

—Ahora volved junto a quien os ha enviado aquí —les dijo—. Decidle que Pu siempre ha estado al corriente de sus malvados pensamientos y que se hallaba preparado para hacerle frente. Decidle que, a causa de lo que ha hecho, será entregado al pueblo de Tanga-tanga para que este haga con él lo que mejor le parezca. Y cuando os vayáis, llevaos con vosotros a vuestros muertos y heridos.

Los derrotados guerreros abandonaron el templo llevándose consigo a sus compañeros caídos. Con una sonrisa, David comprobó que se dirigían directamente hacia el palacio del go-sha.

—Ha sido fácil derrotar a los guerreros de Furp estando Pu a nuestro lado —dijo uno de los seguidores de David—. Esto supone el fin de Furp. Pu y Noda gobernarán ahora Tanga-tanga.

—No estéis tan seguros —repuso David—. Furp no preveía ninguna resistencia y por eso tan solo envió un puñado de hombres al templo. Habrá más batalla antes de que todo esto se haya

acabado. Si conocéis en la ciudad a más gente que nos sea leal, haced que estén armados y dispuestos a acudir en cualquier momento. Cien hombres permanecerán constantemente en el templo. Estoy seguro de que Furp volverá a atacar. No renunciará tan fácilmente a su poder.

—Ni a las piezas de bronce que nos ha estado robando —dijo uno de los hombres con amargura.

El centenar de hombres permaneció en el templo, mientras el resto se marchaba para recorrer la ciudad en busca de nuevos reclutas.

David miró a O-aa y le sonrió. La muchacha le devolvió la sonrisa.

—Desearía que mis once hermanos estuvieran aquí —dijo ella.



VI

Cuando Gamba se introdujo en la jungla, empezó a correr esperando alcanzar a Dian. Sin embargo, la maleza formaba tal laberinto de senderos que pronto se dio cuenta de que se había perdido. Entonces, de refilón, percibió a una enorme criatura de piel rayada que se deslizaba entre la vegetación. Gamba se sentía cada vez más nervioso. Deseó no haber matado a Shrud, ya que así no habría tenido que huir. Maldijo el momento en que Dian había llegado a Lolo-lolo; maldijo a Dian; maldijo a todo el mundo excepto a sí mismo, cuando en realidad solo él era el único responsable de su situación. Y, sin dejar de maldecir, se subió a un árbol.

El tarag que le había estado siguiendo apareció y se situó bajo el árbol, gruñendo y mirando hacia arriba.

—¡Márchate! —exclamó Gamba, cogiendo uno de los frutos que crecían en el árbol y arrojándoselo al tarag.

La enorme bestia lanzó un rugido y se tendió bajo el árbol.

En el momento en que Dian se introdujo en la jungla, aceleró su paso. Las dos grandes bestias que le acompañaban, una a cada lado del sendero, también acomodaron su paso al suyo. Dian se sentía feliz por su presencia, pues le sugería protección, aunque no estaba demasiado segura de si la defenderían en caso de emergencia.

De repente salió a un claro. No había llegado a la mitad de él, cuando escuchó una voz que la llamaba por su nombre. Sorprendida, se giró para ver a Bovar.

—¿Adónde vas? —le preguntó.

—Al poblado —respondió la muchacha.

—Entonces vas en dirección equivocada. El poblado está por aquí.

—Estos senderos me confunden —dijo Dian—. Pensé que esta era la dirección correcta.

Dian se dio cuenta de que ahora lo único que se podía hacer era regresar al poblado y esperar otra oportunidad para fugarse. Se sentía terriblemente contrariada aunque no había perdido todas las esperanzas. Si en aquella ocasión había sido tan fácil introducirse en la jungla sin despertar sospechas, habría otras ocasiones en que fuera igual de sencillo.

Al aproximarse Bovar a ella, vio como un tercer tarag se deslizaba al claro, a su espalda. Inmediatamente lo reconoció como el tercer miembro del terrible trío cuyo afecto se había ganado.

—No vas a regresar al poblado —dijo Bovar—. Vas a ir en la dirección que yo te indique.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Dian.

—Quiero decir que estabas intentando escapar y que yo voy a ayudarte. Conozco una cueva escondida en lo más profundo de la jungla en la que nadie nos encontrará y en la que, si yo estoy a tu lado, estarás a salvo de hombres y bestias.

—Prefiero regresar al poblado —respondió Dian—. Si prometes no molestarme, no le diré a Hamlar ni a Manai lo que pretendías hacer.

—No vas a volver al poblado —repuso Bovar—. Vas a venir conmigo. Si no me acompañas voluntariamente, tendré que arrastrarte por el cabello a través de toda la jungla.

Dian desenvainó su cuchillo de bronce.

—Ven a intentarlo —dijo.

—No seas estúpida —replicó Bovar—. En el poblado eres una esclava. Tienes que limpiar tres cuevas, preparar la comida a tres personas, lavar sus ropas y estar todo el día llevando cosas de un lado a otro. En la jungla solo tendrías que limpiar una cueva y cocinar para dos personas. Además, si te portas adecuadamente, no te pegaría mucho.

—Jamás me pondrás la mano encima, me porte como me porte —repuso Dian.

—Tira ese cuchillo —le amenazó Bovar.

Dian se echó a reír. Bovar se enfureció.

—Tíralo y ven conmigo o te mataré —dijo el hombre—. Nunca regresarás al poblado para contar lo que aquí ha ocurrido. Haz tu

elección, esclava. Ven conmigo o muere.

Los dos tarags que estaban junto a Dian la daban una sensación de seguridad —si era falsa o no, no lo sabía, pero al menos su presencia daba aliento a sus esperanzas—. El tercer tarag estaba tendido sobre su vientre, unas cuantas yardas más allá, a la espalda de Bovar. La punta de su cola no dejaba de agitarse. Dian sabía lo que presagiaba aquel síntoma y se quedó sorprendida.

Bovar desconocía que el tarag le había seguido y que se encontraba a su espalda, observando todos sus movimientos. Lo que había en la mente de aquella enorme bestia nadie lo hubiera podido decir. Desde que era un cachorro había sido entrenado para temer a aquellas cosas-hombres y sus largas y afiladas lanzas.

Bovar dio unos cuantos pasos hacia Dian, con su lanza dispuesta para ser arrojada. Dian no había creído que fuese a cumplir su amenaza; pero, ahora, al mirar a sus ojos, leyó en ellos la determinación que le guiaba. También vio como el tarag que se hallaba detrás de Bovar se levantaba y mostraba sus colmillos. Entonces tuvo una inspiración. La joven era consciente de que una invitación infalible para cualquier animal a que atacase era la huida, así que, de repente, se dio media vuelta y empezó a correr a través del claro, confiando su vida a los afectos que había despertado en aquellas bestias salvajes.

Bovar saltó tras ella, haciendo retroceder su lanza en un movimiento para arrojarla. Entonces, la bestia que se encontraba a su espalda dio un salto y se abalanzó sobre él. Igualmente, los dos tarags que estaban junto a Dian se precipitaron sobre Bovar lanzando atronadores rugidos.

Dian escuchó un agudo grito y se volvió para ver caer a Bovar con los terribles colmillos clavados en su carne. Aquel único grito marcó el final de Bovar, el hijo de Hamlar. Dian vio como las enormes bestias hacían pedazos al hijo del jefe y le devoraban. Acostumbrada al salvajismo de su indómito mundo, la escena de la que fue testigo no le horrorizó. Su reacción ante aquel suceso estuvo más bien motivada por la comprensión de que se había librado de un enemigo molesto. Ahora no tendría que regresar al poblado y, además, había conseguido una larga y pesada lanza.

Dian se sentó a la sombra de un árbol y esperó a que las tres bestias terminasen su horrible festín. Aguardó de buen grado a que

lo concluyesen, puesto que necesitaba de su compañía y protección, al menos hasta la entrada del túnel que descendía hacia la playa en que se encontraba su canoa. Y mientras esperaba, se quedó dormida.

La joven se despertó a causa de algo que se frotaba contra su hombro. Al abrir los ojos, vio a uno de los tarags acariciándola con su hocico. Los otros dos se habían tendido cerca de ella y, al despertarse la muchacha, ambos se levantaron; luego, los tres se adentraron en la jungla. Dian los siguió. Sabía que iban en busca de agua y que, después que bebieran, se echarían a dormir. No estaba equivocada, pues, luego que hubieron saciado su sed, se tendieron bajo una sombra cercana al arroyo. Dian se recostó a su lado y también se durmió.

Gamba, en su refugio arbóreo, aproximadamente a un cuarto de milla del claro en el que Bovar había encontrado la muerte, había escuchado aquel grito humano mezclado con los horripilantes rugidos y gruñidos emitidos por las bestias al atacar. Supuso que había sido Dian la víctima de aquel ataque y que había muerto como consecuencia del mismo. Y Gamba, el que había sido rey de Lolo-lolo, se sintió todavía mucho más solo y temeroso por su suerte que antes.

En Tanga-tanga, Ope, el sumo sacerdote, se sentía muy incómodo ante el aprieto en que se encontraba. Tanto él como los sacerdotes menores no habían estado presentes en el momento en que los seguidores de Furp habían atacado a Noda y a Pu, y ahora intentaba explicar su ausencia ante su dios. Su apuro consistía en el hecho de que no sabía cuál de los dos bandos iba a ganar la inminente batalla que era consciente que iba a tener lugar.

—Puede que a algunos les parezca una coincidencia que tú y el resto de los sacerdotes no estuvierais presentes en el momento en que fuimos atacados por los hombres de Furp —le estaba diciendo David—, pero Pu sabe que no fue ninguna coincidencia. Tu propia ausencia cuando sabías que estábamos en peligro, de modo que nadie pudiera reprocharte nada, no se ve atenuada por el resultado fallido que tuvo ese intento. Debes decidir de una vez por todas si nos apoyas a nosotros o al go-sha.

Los sacerdotes estaban reunidos en torno a Ope al pie del

estrado y aguardaban a lo que dijera su superior. Ope sentía sus ojos fijos en él. Conocía la fuerza numérica de los partidarios del go-sha,

pero no sabía que Pu también contaba con un gran número de seguidores, ni tampoco que estaban armados. Pensaba que los guerreros de Furp se iban a encontrar, si llegaba el caso, con una muchedumbre desarmada a la que fácilmente podrían segar con sus lanzas, espadas y flechas.

—Estoy esperando tu respuesta —dijo David.

Ope decidió jugar sobre seguro. Más tarde explicaría sus razones a Furp.

—Seremos tan leales a Pu y a Noda en el futuro como lo hemos sido en el pasado —dijo.

—Muy bien —dijo David—. Envía entonces a los sacerdotes a la ciudad y que difundan entre el pueblo la noticia de que deben estar armados y preparados para defender el templo.

Ope, que no había esperado nada por el estilo, se quedó perplejo. En el fondo de su corazón albergaba la esperanza de que Furp lograra destruir a aquellos dos seres y así poder volver a disfrutar de todos los beneficios y privilegios que antes le había reportado su cargo. Sin embargo, se daba cuenta de que al menos debía aparentar su intención de cumplir las instrucciones de Pu.

—Lo haré inmediatamente —dijo—. Llevaré a los sacerdotes menores a mis aposentos privados y les explicaré cuáles son sus deberes.

—No harás nada de eso —repuso David—. Los sacerdotes menores ya han escuchado cuáles son las órdenes de Pu. Irán enseguida a la ciudad y cada uno de ellos será acompañado por un ciudadano leal para ver que mis deseos sean cumplidos al pie de la letra.

—Pero... —empezó Ope.

—¡Pero nada! —estalló David, que dirigió su mirada a los sacerdotes—. Partiréis de inmediato y cada uno de vosotros irá acompañado de uno de estos hombres.

A continuación, designó a aquellos que habían de acompañar a los sacerdotes. Les dijo que tenían su permiso, el permiso de su dios, para acabar con cualquier sacerdote que no exhortara entusiásticamente al pueblo para que defendiera el templo de Pu.

No pasó mucho tiempo antes de que los hombres comenzaran a congregarse en la plaza situada frente al templo. A través de las puertas del edificio, David podía ver el palacio del go-sha.

Enseguida vio a muchos guerreros que salían de su interior y a otros muchos que llegaban a la plaza desde distintas direcciones. Marchaban en dirección al templo, ante el cual se hallaban sus guardias y los ciudadanos leales que habían sido armados para proteger a Pu y a Noada.

Los hombres de Furp intentaron abrirse paso a codazos hasta el templo, pero de inmediato fueron rechazados y la batalla comenzó. En breve, la plaza se llenó con el sonido del choque de las espadas, los gritos y maldiciones de los combatientes y los lamentos y quejidos de los muertos y heridos.

Desde cada estrecha y serpenteante callejuela, un verdadero enjambre de ciudadanos leales apareció dispuesto a defender el templo, de manera que ninguno de los hombres de Furp consiguió acercarse en ningún momento a las puertas del edificio.

Nadie puede saber cuánto tiempo duró aquella batalla, puesto que era mediodía cuando dio comienzo y también era mediodía cuando concluyó. En cualquier caso, a

O-aa

y a David les pareció una eternidad.

Cuando el último de los partidarios de Furp que no había caído muerto o herido fue expulsado de la plaza, los cadáveres yacían tendidos a puñados y David Innes era el dueño de Tanga-tanga.

Furp y un par de cientos de sus seguidores consiguieron escapar de la ciudad. Más tarde se descubriría que habían huido a Lolo-lolo y se habían alistado al servicio del nuevo

go-sha,

quien se mostró satisfecho de poder adquirir tantos guerreros bien entrenados.

David envió un mensaje al pueblo: él sería el nuevo gobernante de Tanga-tanga hasta que se marchase, momento en que designaría un nuevo

go-sha,

alguien de confianza que no les robase. Luego hizo llamar a Ope, el sumo sacerdote.

—Ope —le dijo—, en el fondo de tu corazón siempre has sido desleal a Noada y a Pu. Por tanto, quedas expulsado del sacerdocio y desterrado de Tanga-tanga. Puedes irte a Lolo-lolo y reunirte con Furp. Y agradece que no acabe con tu vida como te merecías.

Ope se quedó estupefacto. No estaba preparado para algo así, pues creía haber jugado bien sus cartas.

—Pero Pu... —gritó casi—. El pueblo... el pueblo, ¿cuál será su reacción? Esto no les va a gustar. Puede que incluso se levanten contra ti en su ira. Yo he sido su sumo sacerdote durante muchos sueños.

—Si lo prefieres dejaré mi decisión en manos del pueblo —dijo David—. Les convocaré y les contaré tu deslealtad; luego, te entregaré a ellos.

Ope se estremeció ante aquella posibilidad. A pesar de sus palabras, sabía lo impopular que era entre la gente.

—Acataré la voluntad de Pu —dijo—. Abandonaré Tanga-tanga de inmediato. Pero me duele pensar que debo abandonar a mi pueblo sin dejarles un sumo sacerdote que pueda aliviarles de sus pesares.

—Y de sus piezas de metal —dijo O-aa.

—El pueblo no va a quedarse sin sumo sacerdote —dijo David—. Pienso ordenar a Kanje como sumo sacerdote del templo de Pu.

Kanje era uno de los sacerdotes menores que David sabía que les había sido leal.

Ope fue conducido hasta las puertas de la ciudad por miembros de la guardia del templo con órdenes de no dejarle hablar con nadie. Y así, el último de los poderosos y activos enemigos de David fue depuesto y este pudo dedicar todo su tiempo a hacer los planes necesarios para regresar a Sari y proseguir la búsqueda de Dian, a quien en el fondo de su corazón creía perdida para siempre.

Envió a varios hombres a talar cierto tipo de árboles que crecían en los bosques cercanos y trasladar después la madera a la ciudad. También hizo salir a los cazadores en busca de ejemplares de bos, el prehistórico progenitor de las modernas reses del mundo exterior. Aquellos cazadores tenían la orden de traer consigo la carne para dársela a la gente y de entregar luego las pieles a las mujeres para que pudieran ser limpiadas y curtidas.

Cuando la madera llegó a la ciudad, la hizo cortar en planchas y

listones. El propio David, en persona, supervisó la construcción de una gran canoa dotada de mástil, velas y compartimentos estancos a proa y a popa.

La gente se preguntó por el propósito para el que estaba siendo construida aquella extraña cosa. Al no ser un pueblo marino, únicamente recordaban haber visto un objeto similar que flotase en el mar: aquel en el que Noada había llegado hasta ellos.

Cuando la canoa estuvo terminada, convocó a la gente en la plaza y les dijo que Noada y él se disponían a visitar otros templos situados en lejanas tierras. Mientras se hallasen ausentes, el pueblo debía permanecer leal a Kanje y al nuevo

go-sha

designado por David. Igualmente, también advirtió a Kanje y al nuevo

go-sha

de que gobernasen benévolamente y no robasen al pueblo.

—Porque, dondequiera que esté, os estaré vigilando —les dijo.

Hizo que el pueblo trasladase la canoa hasta el estrecho sin nombre y la aprovisionase con agua, alimentos y una gran cantidad de armas —lanzas, arcos, flechas y espadas de bronce—, pues era consciente del peligro de la travesía que iban a emprender.

Todos los habitantes de Tanga-tanga, con excepción de los guerreros de las murallas, se congregaron en la costa para despedir a Noada y a Pu. O-aa acompañó a la gente, pero David permaneció en el templo hasta última hora para escuchar el informe de los guerreros que había enviado en busca de alguna pista sobre el paradero de Dian. Aquellos hombres le informaron de que habían capturado a un cazador de Lolo-lolo que decía haber visto a Gamba y a Dian cuando partían en su pequeña canoa dispuestos a cruzar el estrecho sin nombre. David dedujo que si Dian aún seguía con vida, su propósito debía ser el de regresar a Sari.

En el momento de partir hacia las puertas de la ciudad, llegó hasta él el sonido del entrechocar de las armas. Al llegar a las murallas, vio que la gente que se hallaba en la playa había sido atacada por una horda de guerreros de Lolo-lolo y que retrocedían hacia la ciudad.

O-aa ya estaba en la canoa, aguardando a David, cuando empezó el ataque. En orden a evitar la captura, había remado mar adentro,

intentando alejar la embarcación hasta que los atacantes hubieran sido dispersados y David pudiera llegar a la costa. Pero la canoa fue atrapada por la corriente, adentrándose en el estrecho sin nombre, y aunque la muchacha remó valientemente, no pudo hacer nada por desviar su rumbo.



VII

El navío en el que navegaba Hodon en busca de O-aa y del *Sari* recibía el nombre de

Lo-har

, en honor a

La-ja,

la hermosa muchacha de aquel país. Aunque pequeña, era una nave segura. Raj, el mezop, la había conducido a salvo a través del estrecho sin nombre hasta el amplio seno del Korsar Az. Después de haber entrado en un mar en calma, la corriente les había llevado hasta el lugar en el que ahora se encontraban. Sus reservas de agua casi se habían agotado, esperando en vano que lloviera. Entonces, en la distancia, divisaron tierra, justo en la misma dirección en que les estaba llevando la corriente. Apenas se hallaban a una milla de la costa cuando la corriente cambió y Hodon vio que se disponían a pasar de largo lo que ahora percibía claramente como una isla. En consecuencia, hizo llenar una canoa con todos los recipientes de agua vacíos y, acompañado por veinte remeros, puso rumbo hacia la isla. Al acercarse, percibió una cascada que se vertía al mar desde el borde de un acantilado.

Al arrastrar la canoa hasta una estrecha franja de playa situada en una pequeña cala, en cuyo extremo más alejado se veía la cascada, Hodon descubrió otra canoa que había sido arrastrada hacia la playa. Mientras sus hombres llevaban los recipientes hasta la cascada, decidió investigar.

En el fondo de la canoa había unas armas extrañas como Hodon nunca había visto antes, toda vez que las espadas que allí había eran de un metal desconocido para él, al igual que las puntas de las lanzas y flechas. Sobre el banco descansaban unas pequeñas

sandalias. Hodon cogió una y la examinó. Al instante reconoció el trabajo de una mujer de Sari, pues las mujeres de cada tribu poseían una manera peculiar de hacer sus sandalias para que así sus huellas pudieran ser fácilmente reconocidas al posarse sobre la tierra blanda o la arena.

¿A qué otra mujer de Sari sino a Dian la Hermosa podían pertenecer aquellas pequeñas sandalias? Solo ella había desaparecido de Sari. Hodon, excitado, se apresuró hacia la cascada en busca de sus guerreros, que también se sorprendieron y excitaron mucho al enterarse de que Dian podía hallarse en aquella isla.

Mientras sus hombres recogían apresuradamente los recipientes de bambú, Hodon descubrió la pequeña cornisa que discurría bajo la cascada y, al examinarla, encontró la entrada a la caverna. Siguiendo el subterráneo, llegó al fondo del pozo y a las toscas escalas por las que Dian y Gamba habían sido obligados a ascender por sus captores. Hodon regresó con sus guerreros, que estaban transportando el agua a la canoa. Al hacerlo, vio como una suave brisa empujaba al

Lo-har

hacia la costa.

Después de que el tarag, cansado de esperar bajo el árbol, se levantara y se internase en la jungla, Gamba descendió al suelo y reanudó su huida. Recorrió una distancia bastante considerable antes de volver a subirse a otro árbol al percibir una serie de sonidos que no supo interpretar claramente. Parecían sugerir los gruñidos de unas bestias acompañados de voces humanas. En breve, pasaron por debajo de él una docena de guerreros, cada uno de los cuales iba acompañado por un

ta-ho

sujeto por una correa. Gamba les reconoció al instante como los manats que vivían al otro lado de la isla. Aunque nunca había visto a ninguno de ellos con anterioridad, había oído a los tandars describir muchas veces a aquellos guerreros y a sus feroces bestias.

Gamba permaneció inmóvil en el árbol; aquellos manats parecían hombres fieros y terribles, casi tanto como sus siniestras bestias.

Y mientras Gamba les observaba pasar por debajo de su refugio y desaparecer a través del serpenteante sendero que corría a su

espalda, Dian y sus tres bestias dormían junto al pequeño arroyo en el que habían saciado su sed.

Dian se despertó bruscamente al levantarse una de las bestias de un salto y soltar un espantoso rugido. Se aproximaban los doce guerreros manats y sus

ta-hos

de guerra. Los tres tarags, rugiendo y gruñendo, se interpusieron entre Dian y los cada vez más cercanos manats.

Con gritos de alarma, los manats soltaron a sus bestias. Dian, al ver lo ampliamente que sus defensores eran superados en número, se dio media vuelta y emprendió la huida. Mientras los tarags luchaban por sus vidas, un guerrero manat salió en su persecución.

Dian corrió como un ciervo, distanciando rápidamente al manat. No tenía la más ligera idea de la dirección que estaba siguiendo. Corría a través de senderos selváticos que se giraban y se retorcían y que, finalmente, la acabaron llevando al mismo claro en el que había muerto Bovar. De nuevo vio a los manats y a sus bestias de guerra, si bien ahora solo quedaban siete de ellas. Antes de morir, los tarags habían acabado con cinco de sus enemigos.

Los guerreros aún no habían visto a Dian. Con un suspiro de alivio, la muchacha se volvió y echo de nuevo a correr a través del sendero por el que había venido... para ir a caer en los brazos del guerrero que había estado siguiéndola. Se encontraron en una revuelta del sendero y la atrapó antes de que la joven pudiera hacer algún intento de fuga. Dian buscó su cuchillo, pero el hombre la cogió por la muñeca y le desarmó.

—Ahora vendrás conmigo —dijo con un tono brusco—. Cuando lleguemos al poblado de Manat, te daré una buena paliza por lo que me has hecho correr.

Dian no dijo nada. Era consciente de que nada de lo que dijera le serviría de algo.

Gamba, abatido y aterrorizado, aún se hallaba sentado en su árbol cuando vio regresar a los doce guerreros manats. Ahora solo llevaban a siete

ta-hos

con ellos pero, sin embargo, traían una mujer. Gamba la reconoció de inmediato y, al hacerlo, un hondo pesar cayó sobre él —pesar por sí mismo, no por Dian—. Jamás le guiaría hasta la cala en que

se encontraba la canoa, y, si lograba dar con ella, se tendría que embarcar solo en aquellas terribles aguas. Gamba se sintió completamente desmoralizado. No se atrevía a regresar al poblado, no sabía en qué dirección se encontraba la cala y se hallaba completamente solo en una jungla habitada por hambrientos devoradores de hombres, él, que siempre había vivido en la seguridad de una ciudad amurallada. Del deseo de no haber conocido jamás a Dian, pasó a desear no haber nacido nunca. Finalmente, tomó la decisión de buscar algún arroyo en cuyas proximidades crecieran árboles que produjeran frutos y nueces comestibles. Viviría en aquellos árboles el resto de su vida, descendiendo tan solo para beber agua.

Mientras Gamba lamentaba su destino, Dian, con las manos atadas a la espalda y la correa de uno de los ta-hos

alrededor de su cuello, era llevada a través de la isla de Tandar hacia el territorio de los manats. Sin embargo, la muchacha no se lamentaba de nada ni sentía pena por su suerte. No podía dar cabida en su mente a pensamientos inútiles; por el contrario, debía dedicar toda su atención a la posibilidad de huir. Nadie podía saber en qué momento se desataría una emergencia que le proporcionase la oportunidad que ansiaba. No obstante, en lo más profundo de su corazón, su destino le parecía absolutamente desesperado.

El guerrero que había capturado a Dian era una bestia de mala catadura, y el hecho de que hubiera perdido su ta-ho en la escaramuza con los tarags no tendía a aumentar su buena disposición. Tiraba de la correa que Dian llevaba atada al cuello brutal e innecesariamente y, en ocasiones, sin ningún pretexto para ello, le propinaba una bofetada. Cada vez que procedía así, se fortalecía la decisión de la muchacha de matarle. Casi hubiera abandonado cualquier posibilidad de fuga a cambio del placer de clavar un cuchillo en su corazón.

Con todas sus velas desplegadas, el *John Tyler* surcaba las aguas del estrecho sin nombre. Ja, Abner Perry y Ah-gilak se hallaban en el puente de mando.

—Creo que deberíamos desembarcar una partida de búsqueda tan pronto como fuera posible —dijo Abner Perry—. Tendremos que buscar en una amplia línea costera y en un vasto territorio.

Habrá que peinarlo todo si queremos encontrar alguna pista del paradero de Dian.

Los otros estuvieron de acuerdo con él. Al aproximarse a la costa, el vig  gritó:

— Hay una canoa delante de nosotros!

Al acercarse a la pequeña embarcación, la proa se hallaba repleta de guerreros saris y mezops que observaban a la canoa y a su único ocupante. Se trataba de una figura cubierta con una amplia capa y un enorme tocado de plumas. Cuando se hallaron más cerca descubrieron que era una mujer.

O-aa nunca había visto un navío a vela como aquel, que evidentemente la había visto y se dirigió hacia ella. No obstante, en lo que ella sabía, solo los hombres del Imperio de Pellucidar poseían ese tipo de naves, así que confi  desesperadamente en que se tratase de guerreros de la Federación.

Cuando el navío se aproximó a su lado, la muchacha rem  hasta situarse a su costado. Tras arrojarle una cuerda, la joven fue izada a cubierta.

— Por todos los infiernos! —exclamó Ah-gilak—.  Por Dios y San Gabriel!  Si es la pequeña

O-aa!

 Qu  demonios est s haciendo aquí sola en esta canoa, muchacha?

—No hables tanto, viejo —replicó O-aa, que nunca iba a olvidar que Ah-gilak había querido matarla y comérsela en aquella ocasión en que se habían visto asediados en una caverna por los hombres de dientes de sable—. En lugar de hablar, mejor har ais en dirigiros a la costa a rescatar a David Innes.

— David Innes! —exclamó Perry—.  Est  aquí David Innes?

—Est  en esa ciudad que se divisa a lo lejos —contestó O-aa—. Si los guerreros de Lolo-lolo llegan hasta él, lo matarán.

El navío volvió a ponerse en movimiento. Ah-gilak lo acercó a la costa tanto como se atrevió, ancl ndolo cerca de la playa. A continuación, Ghak y sus guerreros, reforzados por veinticinco mezops, tomaron los botes y se dirigieron a tierra. Eran más de doscientos veteranos armados con mosquetes, toscos artefactos, pero lo bastante efectivos tanto contra hombres de la edad de piedra como contra hombres de la edad de bronce. Además de producir un ruido considerable, emitían también convincentes

masas de humo negro: aquellos que no resultaban muertos, quedaban completamente aterrorizados.

En una larga hilera, tal y como David les había enseñado, se aproximaron a la ciudad, donde los guerreros de Lolo-lolo intentaban forzar las puertas.

Al verles, los lolo-lolos se volvieron para hacerles frente, mirando con desprecio a aquella estirada fila de apenas un par de cientos de guerreros que tenían la osadía de amenazar a casi un millar de arqueros. Sin embargo, el estruendo de la primera andanada y el espeso humo negro que siguió a continuación, así como el ver caer al suelo gritando a veinte o treinta de sus camaradas, les hizo detenerse. No obstante, continuaron avanzando valientemente frente a una segunda andanada. Finalmente, con la tercera descarga, aquellos que no resultaron muertos o heridos, se dieron la vuelta y emprendieron la huida. Ghak el Velludo condujo a sus tropas hasta los muros de Tanga-tanga.

—¿Quiénes sois? —gritó un guerrero desde lo alto de las murallas.

—Somos amigos. Venimos en busca de Pu —respondió Ghak, que había sido previamente advertido por O-aa.

Casi inmediatamente, las puertas se abrieron y dieron paso a David Innes. Había escuchado los disparos desde el templo y estaba seguro de que únicamente podía tratarse de los mosquetes del Imperio.

Las lágrimas corrieron por las mejillas de Abner Perry cuando le dio la bienvenida al *John Tyler*.

David les escuchó cuando le explicaron los planes que tenían para la búsqueda de Dian, pero, con un ademán de cabeza, les dijo que sería inútil; Dian había partido con otra persona en una canoa a través del estrecho sin nombre. Si transcurrido algún tiempo no había logrado llegar a Sari, era señal de que había muerto.

O-aa preguntó por Hodon; cuando le dijeron que debía hallarse por aquella zona, buscándola, suplicó a David Innes que continuasen a través del estrecho y se dirigiesen al Korsar Az en su busca. Si Hodon no había naufragado, tenía que estar allí.

Gamba estaba buscando un arroyo en el que hubiera árboles con frutos y nueces, cuando se vio repentinamente rodeado por una

partida de extraños guerreros que usaban unas armas como jamás había visto antes. Intentó escapar de ellos, pero no lo consiguió.

—¿Quién eres? —le preguntó Hodon.

—Soy Gamba, el go-sha de Lolo-lolo —contestó el hombre, aterrorizado.

—Creo que deberíamos matarle —dijo un mezop—. No me gusta el color de su piel.

—¿Dónde está Lolo-lolo? —preguntó Hodon.

—Al otro lado del estrecho sin nombre —respondió Gamba—, en el país de los xexots.

—¿Vienes del otro lado del estrecho sin nombre?

—Sí; llegué aquí en una cosa llamada «canoa».

—¿Viniste solo? —inquirió Hodon.

—No; vine con una mujer que decía proceder de un país llamado Sari. Se llamaba Dian la Hermosa.

—¿Dónde está? —demandó Hodon.

—Fue capturada por los manats que viven al otro lado de la isla.

—¿Puedes llevarnos hasta ellos?

—No —contestó Gamba—. Me he perdido. Ni siquiera sé el camino hasta la playa en que se encuentra nuestra canoa. Si yo fuera vosotros, no iría al territorio de los manats. Se trata de unos hombres terribles y llevan

ta-hos

con ellos. Esas bestias son capaces de mataros y devoraros a todos vosotros. Fueron doce manats los que capturaron a Dian; llevaban siete

ta-hos.

—¿Puedes mostrarnos dónde la capturaron?

—Puedo llevaros al lugar donde la vi por última vez —dijo Gamba.

Y así lo hizo. El rastro de hombres y bestias se distinguía con claridad y para aquellos hombres de la edad de piedra seguirlo fue una cuestión bastante sencilla. Avanzaron rápidamente y prácticamente sin descanso. Aunque en circunstancias normales se hubieran requerido tres largas marchas para llegar al poblado de los manats, Hodon y sus cien guerreros cubrieron la distancia poco después del primer sueño.

Los hombres que habían capturado a Dian acababan de llegar y

su captor la había llevado hasta su cueva.

—Ahora voy a darte la paliza que te prometí —le dijo—. Te voy a enseñar como debes comportarte.

Agarrándola por el cabello, se giró para coger una recia vara. Pero, al girarse, Dian le arrebató el cuchillo de bronce que antes le había quitado el manat. En el momento en que el hombre alzaba la vara para golpearla, Dian le clavó el cuchillo en el corazón. Con un grito, el hombre se llevó las manos al pecho y Dian le propinó un empujón que le hizo rodar hasta el borde de la cornisa, precipitándose al suelo.

Enseguida, llegaron hasta sus oídos gritos y maldiciones. Pensó que se debían a la furia de los manats al ver asesinado a uno de los suyos. Situándose en la parte más oscura de la entrada a la caverna, con el cuchillo en su mano, se dispuso a vender su vida tan cara como le fuera posible, exigiendo un elevado tributo a sus enemigos.

Desde abajo le llegaban los gritos de los guerreros y los rugidos y gruñidos de los ta-hos;

entonces, como una tormenta en un cielo despejado, escuchó el estrépito de las armas de fuego.

Dian no podía dar crédito a sus oídos. ¿Qué otro pueblo de Pellucidar, aparte de los guerreros del Imperio y los habitantes de la lejana Korsar, poseía armas de fuego? Era demasiado bueno esperar que se tratase de Saris. Y si se trataba de korsars, prefería morir a manos de los manats antes que ser capturada por los korsars.

Avanzó hacia la entrada de la caverna y se detuvo a observar. La batalla se desarrollaba prácticamente debajo de donde ella se encontraba. Los

ta-hos

estaban causando un alto número de bajas entre los atacantes, pero, una a una, las bestias finalmente acababan cayendo derribadas. Los guerreros manats, confundidos por el atronador ruido y el humo, tan solo intentaban alguna salida ocasional, viéndose obligados a retroceder ante el elevado número de pérdidas. Por fin, cuando hubo caído el último de los

ta-hos,

los supervivientes se retiraron del campo de batalla.

Dian había comprobado hacía tiempo que aquellos hombres no

eran korsars. Al reconocer las cobrizas pieles de los mezops, comprendió que estaba salvada.

De pie sobre la cornisa, les llamó. Los guerreros, mirando hacia ella, la vitorearon. Luego bajó y saludó a Hodon y al resto de sus salvadores. La primera pregunta que les hizo fue sobre David.

—¿Por qué no está con vosotros? —preguntó—. ¿Le ha sucedido algo?

—Abandonó Sari en un globo igual a aquel en el que desapareciste tú —le explicó Hodon—. Tenía la esperanza de que le llevase al mismo lugar en que te encontrases. No sabemos qué habrá sido de él.

—¿Y qué hacéis aquí? —preguntó Dian.

—Estamos buscando a una muchacha llamada O-aa. La última vez que fue vista navegaba a la deriva a bordo del *Sari*.

—¿Pero cómo habéis llegado hasta aquí y me habéis encontrado? —inquirió Dian.

—Desembarcamos en esta isla en busca de agua y descubrí tus sandalias en el fondo de tu canoa. Luego, cuando partimos tierra adentro en tu busca, encontramos a un hombre que había visto como te capturaban esos manats. Después, fue bastante fácil seguir su rastro.

Emprendieron de inmediato el largo viaje de regreso hacia el otro lado de la isla. Al penetrar en la jungla, Gamba descendió del árbol en el que se había escondido durante la batalla.

—Este hombre dice que vino aquí contigo en una canoa —dijo Hodon—. ¿Te ha causado algún daño?

—No —contestó Dian.

—Entonces le dejaremos vivir —respondió Hodon.



Cuarta parte



Salvaje Pellucidar

I

Mientras el *John Tyler* navegaba a través del estrecho sin nombre hacia el Korsar Az en lo que parecía una búsqueda infructuosa del

Lo-har

y de Hodon el Ligero, un olvidado incidente relampagueó en la mente de David Innes. Cuando cruzaba el estrecho sin nombre en el globo que Abner Perry había construido para llevar a cabo la búsqueda de Dian la Hermosa, había divisado a lo lejos una canoa con dos ocupantes que era arrastrada por la corriente hacia el Korsar Az. Ahora, al recordar lo que uno de los xexots le había dicho sobre que había visto a Dian y a Gamba, el antiguo rey de Lolo-lolo, escapando en una canoa, estuvo seguro de que eran ellos quienes ocupaban la embarcación. David se sentía ahora tan ansioso como O-aa por adentrarse en el Korsar Az.

Por su parte, Ah-gilak, el anciano hombrecillo de Cabo Cod que era incapaz de recordar su nombre, si bien estaba seguro de que este no era *Dolly Dorcas*, no daba importancia al lugar hacia el que navegase el navío que había construido y que ahora capitaneaba. Simplemente estaba contento por el hecho de poder navegar en él, en aquella pequeña versión del gran clíper que había soñado construir casi cien años antes, cuando hubiera regresado a Cabo Cod.

Naturalmente, Abner Perry era el más ansioso por proseguir la búsqueda de Dian, pues su descuido había sido el causante de que el globo se soltase y se llevase con él a la muchacha. Ja, Jav, Ko y el resto de los mezops que componían la tripulación, habiendo nacido en el mar, se sentían felices a bordo de aquel, para ellos, maravilloso navío. Ghak el Velludo, el rey de Sari, que comandaba

a los doscientos guerreros que viajaban a bordo, habría ido al mismísimo Molop Az en busca de David o de Dian. En cuanto a los doscientos guerreros, aunque leales y valientes, se encontraban en su mayor parte incómodos. Eran gente de las colinas, el mar no era su elemento, y la mayoría de ellos sufrían frecuentemente de mareos.

A bordo del *Lo-har*, Hodon y Dian decidieron continuar surcando el Korsar Az durante algún tiempo más antes de abandonar la búsqueda de

O-aa,

a quien ya estaban a punto de dar por perdida. Cuando lo hicieran, regresarían a Sari.

El Korsar Az es un océano inmenso. Se extiende aproximadamente unas dos mil millas de norte a sur. Supone una inexplorada inmensidad de aguas desconocidas y, salvo una pequeña extensión de su enorme línea costera, constituía terra incógnita para las tripulaciones del

Lo-har

y del *John Tyler*. En su mayor parte, pensaban que sus aguas se extendían hasta el fin del mundo y que estaban bordeadas por territorios poblados por feroces enemigos y en los que vagaban terroríficas bestias. Salvo la primera de estas teorías, el resto era bastante aproximado.

Abandonando Tandar, la isla en la que había encontrado a Dian, Hodon navegó hacia el sur, mientras que el *John Tyler* penetraba en el inmenso océano a través del estrecho sin nombre, enfilando su proa hacia el norte. De este modo, el destino les separaba cada vez más.

Sin perder de vista, por lo general, la línea costera, el *John Tyler* navegó en dirección noreste a lo largo de la gran península en cuyo extremo opuesto se encontraban la mayoría de los reinos que constituían el Imperio de Pellucidar. Durante mil trescientas o mil cuatrocientas millas el navío mantuvo su rumbo. Mientras tanto, los doscientos aguerridos guerreros de Ghak, mareados y hastiados del mar, se sentían cada vez más cansados y descontentos, casi hasta rozar el amotinamiento.

En su corazón eran leales a David y a Ghak; pero eran hombres de la edad de piedra, ferozmente individualistas y

desacostumbrados a la disciplina. Finalmente enviaron una representación a Ghak, pidiéndole que el navío diese media vuelta y regresase a casa.

Ghak y David les escucharon, Ghak con profunda simpatía, puesto que también él estaba harto del mar y ansiaba volver a sentir tierra firme bajo sus pies. David con comprensión y con un plan en su mente.

—Estamos aquí —les indicó, desplegando un tosco mapa ante ellos—, frente a la parte más estrecha de la península. —Luego movió su dedo hacia el sudeste—. Aquí está Sari. Entre nosotros y Sari hay unas setecientas millas de terreno inhóspito, habitado por tribus salvajes y recorrido por feroces bestias. Tendréis que luchar cada paso que deis de esas setecientas millas.

A continuación volvió a mover su dedo hacia la costa, bajando a través del estrecho sin nombre y, luego, bordeando la costa de la península hasta llegar a Sari.

—El *John Tyler* es un navío firme y seguro —continuó—. Si permanecéis a bordo, os seguiréis mareando y en ocasiones os sentiréis incómodos, pero llegaréis a salvo a Sari. Si lo deseáis os desembarcaremos aquí o, si lo preferís, podéis continuar a bordo. Si elegís continuar en la nave, no habrá más quejas y obedeceréis cualquier orden. ¿Qué deseáis hacer?

—¿A qué distancia está Sari por mar? —preguntó uno de los guerreros.

—Bueno, naturalmente, este mapa es bastante rudimentario —dijo David—, y tan solo podemos calcular las distancias de un modo aproximado; pero yo diría que hay cerca de unas cinco mil millas.

—Y solo setecientas por tierra —dijo el hombre.

—Aproximadamente. Puede haber más y puede haber menos.

—Si hubiera setecientas millas por mar y cinco mil por tierra —dijo otro guerrero—, y tuviera que pelear cada milla de terreno, aun así elegiría ir por tierra.

Como un solo hombre, los doscientos guerreros vitorearon aquella afirmación, quedando zanjada la cuestión.

—Bueno, ¡maldito sea mi propio pellejo! —gruñó Ah-gilak—. ¡Esta es la cosa más condenadamente absurda que he visto en mi vida! Prefieren caminar setecientas millas a pie en lugar de regresar a casa con todo lujo y seguridad en el mejor navío que haya surcado

jamás estos malditos mares. Esto no tiene más sentido que un perro hecho de madera de pino blanco con un chopo por cola. Pero, en cualquier caso, ¡qué lo hagan en buena hora! Eso digo. Así nos quedarán más provisiones y dispondremos de mucha más agua.

—Entonces, todos contentos —dijo David sonriendo.

En el punto que los guerreros saris eligieron para desembarcar, una estrecha playa situada al pie de unos acantilados se extendía hasta donde alcanzaba la vista. A cuatrocientas yardas de la costa, la sonda no tocaba fondo hasta una profundidad de dieciséis brazas. Ah-gilak no se atrevía a llevar más cerca su nave.

—Ahora estamos condenadamente cerca —dijo—. Espero que el viento siga así.

Meciéndose a intervalos por impulso de la suave brisa y con un mar en calma, los botes fueron descendidos y el primer contingente partió hacia tierra. David, Perry, Ghak y

O-aa,

observaban juntos el desembarco de los guerreros.

—¿Vas a ir con ellos, Ghak? —preguntó David.

—Haré lo que tú prefieras —respondió el rey de Sari.

—Tu sitio está con ellos —dijo David—. Si les acompañas, llegarán a Sari mucho antes de que lo hagamos nosotros por mar.

—¿Entonces por qué no vamos nosotros también con ellos? —sugirió Perry—. Si Dian no está aquí, es señal de que debe estar intentando regresar a Sari.

—Ya había pensado en eso —dijo David—. Pero pienso en mí, no en ti. Creo que sería un viaje demasiado duro para ti, Abner. No olvides que ahora debes estar rondando los noventa.

Perry alzó la cabeza.

—¡Eso es una estupidez sin ningún sentido! —exclamó—. Puedo aguantar lo mismo que aguantas tú. Y no olvides, David, que si yo estoy cerca de los noventa, tú ya rondas los cincuenta. Yo también voy, y eso zanja la cuestión. Voy a volver a Sari. Tengo cosas importantes que hacer.

—Viajarías con mayor comodidad en el *John Tyler* —dijo David en tono conciliador—. Además, ¿qué es eso tan importante que tienes que hacer, que no puede esperar en un mundo en el que el tiempo permanece eternamente inmóvil?

—Tengo en mente el diseño de una locomotora a vapor y la

construcción de un ferrocarril —contestó Perry—. Y también me gustaría montar una cámara fotográfica. Hay mucho que hacer, David.

—¿Para qué quieres una cámara fotográfica? —inquirió David—. No puedes matar a nadie con una cámara fotográfica.

Perry pareció dolido. El hombre que había traído a la edad de piedra la pólvora, los mosquetes, el cañón y el acero necesario para fabricar lanzas, espadas y cuchillos, era al mismo tiempo el más cariñoso y benévolo de los seres vivos. Simplemente, no podía dejar de «inventar» cosas.

—Sea como fuere, David —repuso con dignidad—, yo también voy con Ghak.

David supo que no había más que decir al respecto.

—¿Y tú, O-aa? —preguntó—. Con doscientos guerreros pertrechados con los adelantos de la civilización que Perry ha traído a Pellucidar, estoy seguro de que podemos llevar a cabo nuestro viaje con cierta seguridad. Estarías en Kali con tu propia gente mucho antes que si hicieras la travesía por mar.

—Hodon está en alguna parte del Korsar Az, buscándome, estoy segura —respondió O-aa—, así que seguiré en el *John Tyler*. Preferiría ir con vosotros antes que quedarme aquí con ese pequeño hombrecillo cuyo nombre no es *Dolly Dorcas* y que no me gusta nada; pero, si lo hago así, nunca encontraré a Hodon.

—¿Por qué le llamas «pequeño hombrecillo cuyo nombre no es *Dolly Dorcas*» y por qué no te gusta? —le preguntó Perry.

—Porque ha olvidado su nombre. No tiene ninguno. Cuando le conocí le llamé *Dolly Dorcas* porque creí que ese era su nombre, pero luego resultó que ese era el nombre del navío en el que había naufragado. Hasta que le dimos el nombre de Ah-gilak, siempre estaba diciendo que su nombre no era *Dolly Dorcas*. Y no me gusta porque se come a las personas. Quería comerme a mí. Se comió a los hombres que naufragaron con él. Incluso quería comerse a sí mismo. Fue él mismo quien nos lo contó. Es un viejo malvado, pero iré con él porque quiero encontrar a Hodon.

—¡Dios mío! —exclamó Perry—. No tenía ni idea de que Ah-gilak fuese una persona tan terrible.

—Lo es —afirmó O-aa—. Pero hará mejor en dejarme en paz, porque si no lo hace mis trece hermanos acabarán con él.



II

Mientras el *John Tyler* se alejaba de la costa, O-aa se apoyaba en la baranda y observaba al último de los guerreros saris subir por el acantilado y desaparecer en la jungla que lo coronaba. Un momento más tarde, percibió un salvaje griterío que llegaba desde la costa y, a continuación, el atronador sonido de los mosquetes y los gritos de los hombres heridos.

—No han tenido que esperar mucho para encontrarse con problemas —comentó Ko, el tercer piloto mezop, que se hallaba apoyado a su lado—. Has hecho bien al decidir regresar por mar, pequeña.

O-aa le echó una rápida mirada de reojo. No le gustó el tono de su voz al llamarla «pequeña».

—Los míos saben cuidar de sí mismos —respondió—. Si es necesario, matarán a todos los hombres que se encuentren de aquí a Sari. Y yo también sé cuidar de mí misma —añadió.

—No tienes necesidad de hacerlo —repuso Ko—. Yo cuidaré de ti.

—Dedícate a tus propios asuntos —le contestó O-aa.

Ko sonrió. Al igual que todos los mezops era apuesto y bien parecido, y, como todos los hombres apuestos, confiaba en su atractivo para las mujeres, pensando que era irresistible.

—Hay una larga travesía hasta Sari —dijo—, y pasaremos juntos mucho tiempo. Creo que lo mejor es que seamos amigos, pequeña.

—No vamos a pasar mucho tiempo juntos, no vamos a ser amigos y no me llames «pequeña». No me gustas nada, hombre rojo.

Los ojos de O-aa relampagueaban. Ko acentuó su sonrisa.

—Yo creo que sí te gusto... pequeña —dijo.

O-aa le golpeó de lleno en el rostro. La sonrisa de Ko se

desvaneció al instante para ser reemplazada por una mueca feroz.

—Yo te enseñaré a ti... —gruñó, acercándose a ella.

O-aa desenvainó el largo y fino cuchillo de acero que David le había entregado al subir a bordo del *John Tyler*. En ese momento, una voz chillona y cascada exclamó:

—¡Ya basta, friegacubiertas! ¿Qué está ocurriendo aquí?

Era Ah-gilak, el capitán del *John Tyler*.

—Esta tarag iba a acuchillarme —dijo Ko.

—Es cierto, pero solo en parte —repuso O-aa—. Si alguna vez se le ocurre ponerme la mano encima, conseguiré su corazón.

Ja, atraído por la discusión, cruzó la cubierta a tiempo de oír decir a Ah-gilak:

—Esta muchacha no es buena. Necesita una lección.

—Será mejor para ti que no me des ninguna lección, comedor de hombres —le espetó O-aa—; a no ser que quieras ver tu viejo vientre abierto de par en par.

—¿Qué sucede, O-aa? —preguntó Ja.

—Este —dijo O-aa, señalando a Ko—, me ha hablado como nadie, salvo Hodon, puede hablarme. Además, me ha llamado «pequeña», a mí, a la hija de Oose, el rey de Kali. Cuando le golpeé, quiso cogerme... y lo hubiera hecho si no hubiera tenido a mano mi cuchillo.

Ja se volvió hacia Ko.

—Deja a la muchacha en paz —le dijo.

Ko frunció el ceño pero no dijo nada. Ja era el rey de los mezops de la isla de Anoroc, a quien se le debía obediencia. Ko se dio media vuelta y se alejó.

—¡Por todos los infiernos! —exclamó Ah-gilak—. Siempre hay problemas cuando hay una mujer a bordo. Nunca me ha gustado navegar con una mujer. Creo que sería una buena idea dejarla en tierra.

—No harás nada de eso —dijo Ja.

—Soy el capitán de esta nave —replicó Ah-gilak—. La dejaré en tierra si me apetece.

—Hablas demasiado, viejo —le contestó Ja, alejándose.

—¡Maldito indio piel roja! —murmuró Ah-gilak—. Esto es insubordinación. ¡Maldita sea! Esto es un motín, por todos los infiernos. Haré que te encadenen al mástil, ¿sabes?

No obstante, tuvo buen cuidado de expresar su rabia y sus amenazas después de que Ja se hubiera alejado lo suficiente como para no oírle, puesto que, salvo él, la tripulación del *John Tyler* estaba compuesta en su totalidad por mezops, y Ja era su rey.

El *John Tyler* retrocedió a lo largo de la costa en dirección al estrecho sin nombre. O-aa no dejaba de inspeccionar en todo momento la superficie de aquel gran mar que se curvaba hacia lo alto hasta fundirse en la bruma de la distancia con la bóveda de los cielos. Pero ninguna señal de otro navío recompensó su incesante vigilia. Había vida, la terrible vida marina de aquel joven mundo, pero ningún navío que llevase en él a Hodon.

O-aa se sentía muy sola. Los mezops, con la excepción de Ko, no le eran hostiles, pero se trataba de un pueblo muy taciturno. Además, no tenía demasiado en común con ellos para poder entablar una conversación. Y sobre todo odiaba el mar: le causaba temor. Sabía cómo tratar con aquellos hombres que eran sus enemigos, pero no sabía cómo tratar con el mar. Comenzaba a lamentar no haber acompañado a David Innes y sus hombres.

El tiempo transcurría lentamente. La nave parecía hallarse inmóvil. Habían tenido vientos adversos y, en una ocasión en que subió a cubierta, tras un largo sueño, el mar se hallaba en calma y una densa niebla flotaba sobre el agua. O-aa era incapaz de distinguir la eslora de la nave. Ni siquiera veía el océano. Tan solo el golpeteo de las tranquilas olas contra el casco y el suave movimiento del navío, indicaban que no estaban flotando en el espacio, en un elemento completamente nuevo y desconocido. Era una sensación intranquilizadora.

Todas las velas estaban desplegadas y se agitaban perezosamente. Entonces, una figura se materializó en la niebla. O-aa vio que se trataba del pequeño hombrecillo y el pequeño hombrecillo vio a su vez que la pequeña figura que se apoyaba en la baranda era

O-aa.

El anciano echó un vistazo a su alrededor. No había nadie a la vista. Se acercó un poco más.

—Traes mala suerte —le dijo—. Trajiste los malos vientos. Ahora has traído la niebla y la mar en calma. Mientras permanezcas a bordo tendremos mala suerte.

Se acercó todavía más. O-aa creyó adivinar lo que tenía en mente y sacó su cuchillo.

—Retrocede, comedor de hombres —dijo—. Estás a un paso de la muerte.

Ah-gilak se detuvo.

—¡Por todos los demonios, muchacha! —protestó—. No pensaba hacerte ningún daño.

—Por una vez has dicho la verdad, viejo malvado —repuso O-aa—. No vas a hacerme ningún daño. No mientras tenga mi cuchillo. Tenías la intención de empujarme por la borda, ¿verdad?

—De todas las malditas idioteces que he oído en mi vida, esa se lleva la palma, como diría aquel.

—De todos los malditos mentirosos que conozco, tú te llevas la palma, como diría aquel —le imitó O-aa en son de burla—. Márchate y déjame sola.

O-aa anotó en su mente el preguntar a alguien lo que era una palma. No había palmas en la edad de piedra, ni ninguna palabra que expresase su significado.

Ah-gilak continuó su camino y se perdió en la niebla. O-aa permaneció de pie, de espaldas a la baranda, de manera que nadie pudiera atacarla por detrás. Era consciente de que tenía dos enemigos a bordo: Ko y Ah-gilak. Tendría que estar siempre alerta. La perspectiva no era agradable. Aquel viaje podía ser muy largo y durante el mismo habría muchas oportunidades para que cualquiera de los dos atentase contra su vida.

De nuevo lamentó no haberse marchado con David y sus hombres. El mar no era su elemento. Ansiaba notar tierra firme bajo sus pies. Incluso los innumerables peligros de aquel mundo salvaje parecían menos amenazadores que aquel vil anciano que se jactaba de su canibalismo. Ella había visto a hombres que la miraban con ansia en los ojos, pero el ansia que percibía en los viejos y acuosos ojos de Ah-gilak era diferente. Mostraban un ansia por comer, y eso le aterrorizaba aún más que si procediera de los llameantes ojos de algún terrible carnívoro; era algo insano, repulsivo.

Una ligera brisa hinchó las velas del *John Tyler* y barrió la niebla de su cubierta. La nave volvía a moverse. Al mirar al otro lado de la nave,
O-aa

vislumbró algo al costado del *John Tyler*. Era tierra firme; un enorme peñón cubierto de vegetación, medio escondido en la niebla que se arremolinaba a su alrededor. Oyó como Ah-gilak gritaba órdenes. Escuchó la profunda voz de Ja dirigiendo el trabajo de los marineros, una voz tranquila y serena.

O-aa corrió a través de la cubierta hasta la baranda opuesta. El enorme peñón se alzaba hacia lo alto, perdiéndose en la niebla. Apenas se hallaba a cien pies de distancia. Su base era una estrecha franja de tierra que apenas podía ser dignificada con el nombre de playa. Se trataba de poco más que un asidero en la base de aquella escarpada pared.

Pero era tierra firme, ¡la ansiada tierra firme! Su llamada era irresistible. O-aa se subió al borde de la baranda y se zambulló en el mar. Nadó con fuerza hacia la pequeña franja de tierra. Una divina providencia la protegió. Ninguno de los voraces habitantes de aquel hirviente océano la atacó y alcanzó su objetivo sana y salva.

Mientras se arrastraba hacia la estrecha playa, la niebla volvió a cerrarse y el *John Tyler* desapareció de su vista. No obstante, aún podía percibir las voces de Ah-gilak y de Ja.

O-aa se hizo cargo de su situación. Si la marea estaba baja, entonces la playa quedaría sumergida cuando subiese. Examinó la pared del peñón en su vecindad más inmediata y concluyó que ahora se hallaba baja, puesto que podía ver las señales de la marea alta por encima de su cabeza.

Debido a la niebla, apenas podía ver poco un más allá de lo que se hallaba sobre ella, a su derecha o a su izquierda. Para la mayoría de la gente, semejante situación hubiera sido definitiva. Sin embargo, los kalianos eran habitantes de los riscos, y

O-aa, al ser kaliana, se había pasado toda su vida escalándolos. Había descubierto que había muy pocas subidas que no ofrecieran algún asidero. Aquella afirmación era especialmente cierta en los riscos cuyas paredes mostraban algún tipo de vegetación, y aquel acantilado rebosaba de ella.

O-aa deseó que la niebla levantase antes de que subiera la marea. Le hubiera gustado examinar aquel acantilado más detenidamente antes de iniciar el ascenso. Ya no se oían las voces del *John Tyler*. O-aa se encontraba sola en aquel extraño mundo que

no parecía contener a ningún otro ser vivo. Un pequeño y diminuto mundo circundado por la niebla.

Una ola se deslizó y le mojó los tobillos. O-aa miró hacia abajo. La marea estaba subiendo. Y algo más se acercaba con ella. Un gigantesco reptil de formidables mandíbulas se dirigía hacia donde se encontraba, mirándola de forma tan hambrienta como lo había hecho Ah-gilak. Aquel monstruo de cuarenta pies de largo era una cosa sin nombre para O-aa.

De poco le hubiera servido a la pequeña cavernícola saber que aquella criatura que intentaba alcanzarla y arrastrarla con ella al mar era un Tylosaurio, uno de los antiguos reyes de los mares del Cretáceo de la corteza exterior hacia eones.



III

Ah-gilak había descubierto el verde acantilado que acechaba al costado del *John Tyler* en el mismo instante en que lo había hecho O-aa; pero, a diferencia de la muchacha, para él había significado algo muy distinto. Para uno significaba el desastre; para el otro una vía de escape. Y cada uno reaccionó a su modo: Ah-gilak empezó a gritar dando órdenes y O-aa se zambulló por la borda.

Con la ligera y refrescante brisa, el navío se alejó del peligro, al menos de la inminente amenaza que suponía aquel peñón. ¿Pero quién podía saber lo que acechaba entre la niebla?

Una vez más el viento cesó, las velas colgaron flácidas y la niebla se hizo aún más espesa de lo que lo había sido antes. La marea y la corriente arrastraban al indefenso navío. ¿Pero hacia dónde? La rudimentaria brújula de Abner Perry marcaba tan pronto los 180 grados como los 360, mientras la corriente, cada vez más fuerte, y la marea hacían virar al *John Tyler* de un lado a otro.

—Este condenado cascarón va a la deriva —gruñó Ah-gilak—. Nunca debimos embarcar a una mujer, malditas sean todas. Si la hubiéramos tirado al mar, todo habría ido bien. Pero si nos hubiéramos tirado nosotros, seguro que ella hubiera sido la única que se hubiese salvado. ¡Por Dios y San Gabriel! ¡Antes arrojaría a un buen montón de mujeres por la borda que perder un barco como el *John Tyler*!

—¡Cállate! —le ordenó Ja—. Hablas demasiado. ¡Escucha!

Ah-gilak se llevó la mano al oído, ahuecándola.

—No oigo nada —dijo.

—Estás sordo, viejo —repuso Ja.

—Puedo oír tan bien como cualquiera, como diría aquel —puntualizó Ah-gilak.

—Entonces seguro que eres capaz de escuchar las mismas rompientes que estoy oyendo yo —dijo Ja.

—¿Rompientes? —gritó Ah-gilak—. ¿Dónde? ¿A qué distancia?

—Allí —señaló Ja—. Muy cerca.

El *Lo-har* estaba cubierto por la niebla. Había estado navegando hacia el nordeste tras una inútil exploración en otras direcciones. Hodon estaba a punto de abandonar la búsqueda, dando definitivamente por perdida a

O-aa.

Dian la Hermosa estaba apática. Sabía que David podía haber sido llevado a cualquier parte por el globo que había construido para buscarla. Tenía tantas posibilidades de encontrarle mientras buscaban a

O-aa

como las que hubiera tenido hallándose en cualquier otro lugar. No obstante, en el fondo, empezaba a resignarse a no volverle a ver jamás, por lo que animaba a Hodon a que siguiera intentando encontrar a

O-aa.

Raj y el resto de los mezops se sentían felices por el hecho de seguir navegando. Los mezops amaban el mar. A Gamba, el xexot que antaño había sido un rey, el mar no le gustaba. Le aterrorizaba, si bien es cierto que a Gamba le aterrorizaban muchas cosas. No estaba hecho del molde del que se suponía que tenían que estar hechos los reyes. Siempre estaba murmurando y buscando culpabilizar a alguien de su situación. Hodon le hubiera arrojado por la borda si Dian no hubiera intercedido en su favor.

—¿Cuántos sueños faltan para que lleguemos a tu país? —le preguntó a Dian.

—Muchos —contestó ella.

—Ya he perdido la cuenta del número de veces que he dormido desde que subí a esta cosa a la que llamáis barco. Deberíamos estar ya cerca de tu país. El mundo no es tan grande como para viajar durante tantos sueños sin haberlo visto todo.

—Pellucidar es muy grande —dijo Dian—. Podrías viajar

durante miles de sueños y ver tan solo una pequeña parte de él. De todos modos, no estamos viajando hacia Sari.

—¿Qué? —exclamó Gamba—. ¿No estamos viajando hacia tu país?

—Hodon está buscando a su compañera.

—¿Qué está buscando a su compañera! —repuso Gamba—. ¿Ese es el motivo por el que no estamos viajando hacia Sari?

—En efecto —contestó Dian—. Nos estamos alejando cada vez más de Sari, al menos por mar.

—Haz que dé la vuelta y que navegue hacia Sari —exigió Gamba—. Dile que soy un rey y que a mí no me gustan ni los océanos ni los barcos.

Dian sonrió.

—¿Rey de dónde? —inquirió.

—Puede que me nombren rey de Sari cuando lleguemos allí —repuso Gamba.

—Si quieres un buen consejo, no le comentes eso a Ghak el Velludo —dijo Dian.

—¿Por qué no he de hacerlo? ¿Quién es Ghak el Velludo?

—Es el rey de Sari —le explicó Dian—. Es un individuo enorme. Y terrible cuando monta en cólera.

—No le tengo ningún miedo —afirmó Gamba.

Dian volvió a sonreír.

O-aa no gritó ni se desvaneció cuando vio que las fauces del reptil se abrían para atraparla. Si nuestras antecesoras de la edad de piedra hubieran perdido el tiempo desmayándose o gritando en los momentos de peligro, la raza humana se habría extinguido antes de nacer. Quizás entonces el mundo hubiera sido un lugar mejor para todos aquellos animales que no se hacen constantemente la guerra unos a otros, como ocurre con los seres humanos.

Al igual que una mosca humana, O-aa consiguió trepar unos cuantos pies más por la pared del acantilado; luego, una vez que examinó cuidadosamente su nueva posición, miró hacia abajo y le hizo un gesto de burla al Tylosaurio. Debido a la niebla, apenas podía ver unas cuantas yardas en cualquier dirección que mirase. Era incapaz de calcular la altura del acantilado. La vegetación que lo cubría consistía básicamente en líquenes y recias enredaderas, muy parecidas a lianas, que pendían desde lo alto. Toda vez que en

aquella roca vertical no había tierra en la que las plantas pudieran echar raíces, para

O-aa

fue obvio que las enredaderas crecían en la cima del peñón. Las examinó detenidamente. No solo eran recias y flexibles, sino que los zarcillos con los que se aferraban a la pared del acantilado las dotaban de una gran resistencia y estabilidad. Haciendo uso de ellas a modo de escala natural,

O-aa

comenzó a ascender.

A unos cincuenta pies sobre la superficie del mar, llegó hasta la entrada de una enorme gruta de la que emanaba un desagradable olor —el hedor de la carroña en descomposición—. Arrastrándose, echó un vistazo a través del umbral de la caverna. Tres pequeños y siseantes horrores se precipitaron chillando hacia ella con la intención de atacarla. O-aa los reconoció como crías de thipdar. Los paleontólogos los hubieran clasificado como pterodáctilos de las lías, aunque se hubieran sorprendido del tamaño que poseían aquellos reptiles voladores que crecían en el mundo interior. Un ala palmeada de veinte pies de largo sirve como promedio. Los thipdars son unos de los más temidos y voraces carnívoros de Pellucidar.

Las tres crías que atacaban a O-aa tenían aproximadamente el tamaño de unos pavos, y se acercaban a ella con las fauces completamente abiertas. Agarrándose a su soporte con una mano,

O-aa

desenvainó su cuchillo y decapitó a la que encabezaba el ataque. Pero las otras dos no detuvieron su avance. Sus diminutos cerebros, reaccionando únicamente ante la urgencia del hambre, no daban cabida al miedo.

La joven hubiera retrocedido de buena gana, pero aquellos pequeños e insensatos horrores no le daban ningún respiro. Lanzó un golpe con todas sus fuerzas hacia uno de ellos, pero falló. El impulso de su ataque llevó su cuchillo contra la enredadera a la que estaba agarrada, cortándola justo por encima de su mano izquierda y cayéndose hacia atrás.

A cincuenta pies por debajo de ella yacía el océano y, quizás, el Tylosaurio y la muerte. Nosotros, con nuestros reflejos disminuidos por las generaciones de civilización y un modo de vida fácil y

protegido, sin duda nos hubiéramos precipitado al océano y, quizás, hacia el Tylosaurio y la muerte. Pero no
O-aa.

Simultáneamente, transfirió el cuchillo a su boca, arrojó la cortada enredadera y buscó un nuevo asidero con ambas manos. Encontrándolo, se aferró a él.

—¡Uf! —suspiró con alivio.

Había faltado poco. De nuevo reanudó su ascenso, pero esta vez dando un rodeo para evitar la caverna de los thipdars. Tenía muchas cosas a las que dar gracias, incluyendo a la niebla. No había ningún thipdar adulto en la cueva, y no tenía que temer el regreso de ninguno mientras persistiese la niebla.

A unos cien pies por encima del mar descubrió el final de la vertical pared del acantilado. Desde allí, el peñón se inclinaba hacia lo alto en un ángulo de cuarenta y cinco grados. Aquello ya era fácil para

O-aa,

prácticamente como si se hallase al nivel del suelo. Había árboles. Parecían descollar a través de la niebla a medida que avanzaba. Los árboles son amados por los pellucidaros. Entre sus ramas se encuentra cobijo frente a los grandes carnívoros que pueblan la tierra.

Ahora que había encontrado árboles, O-aa no tenía más necesidad de niebla y deseaba que por fin se levantase. Estaba tan cansada de la niebla como lo había estado del mar. Sin embargo, para ella, la niebla era preferible al mar. La niebla desaparecería alguna vez. El mar no lo haría nunca.

Continuó ascendiendo, siempre alerta, escuchando, olfateando el aire. Y, en breve, emergió de la niebla y salió a la brillante luz del eterno sol de mediodía de Pellucidar. La escena era muy hermosa. Si pensáis que los pueblos primitivos no sabían apreciar la belleza, estáis muy equivocados. En cualquier caso,

O-aa

sí la apreció. La pendiente continuaba elevándose suavemente hasta la cima. Fastuosos árboles se hallaban esparcidos por la ladera. La verde hierba crecía lujuriosamente, salpicada por muchísimas flores. Y ante ella, resplandeciendo por efecto del brillante sol, la niebla envolvía un silencioso y plateado mar.

En el momento en que alcanzó la cumbre la niebla desapareció tan milagrosamente como había surgido. O-aa miró a su alrededor y su corazón se estremeció. Allá donde posase su mirada solo veía el mar. Aquel solitario peñón emergía de las profundidades del océano para formar una pequeña isla. A una milla de distancia podía ver el continente. Pero aquella milla de mar suponía para la pequeña cavernícola montañesa una barrera tan efectiva como lo hubieran sido un centenar de millas de turbulento océano.

Y entonces O-aa vio algo más, algo que hizo que el corazón diese un salto en su pecho. Acercándose a ella, apareció un jalok, el feroz sabueso de Pellucidar. Y ahora no había ningún árbol cercano.



IV

El *John Tyler* no dejaba de acercarse cada vez más hacia la costa hasta que, por fin, la resaca le hizo encallar en las rocas. Ah-gilak rompió en lágrimas al vislumbrar el fin de su querido clíper. Maldijo al destino, a la niebla y a la mar en calma, pero sobre todo maldijo a O-aa.

—¡Calla, viejo! —le ordenó Ja.

El mezop empezó a impartir órdenes para que los botes fuesen descendidos por el otro costado de la nave. Los fornidos marinos, ayudados de sus lanzas, llevaron a cabo la tarea evitando que golpearan contra la nave cuando las olas los acercaban.

Ja, Jav y Ko pasaron revista a la tripulación para comprobar que todos sus miembros se hallaban presentes.

—¿Dónde está la muchacha? —preguntó Ja.

Nadie la había visto. Ja envió a varios hombres para que registrasen el barco en su busca. Al regresar, le informaron que O-aa no se hallaba a bordo. Ja volvió sus feroces ojos hacia Ah-gilak.

—¿Qué has hecho con ella, viejo? —demandó Ja.

—Yo no la he hecho nada.

—Querías dejarla en tierra. Creo que la has arrojado por la borda.

—No le necesitamos para nada —dijo Jav—. Deberíamos matarlo.

—¡No! ¡No! —gimió Ah-gilak—. Yo no la he tirado por la borda. No sé qué habrá sido de ella. No me hagáis nada. Solo soy un pobre viejo que jamás ha hecho daño a nadie.

—Todos sabemos que eres un mentiroso —repuso Ja—, así que lo que digas no cambiará nada. Sin embargo, ya que nadie te ha

visto arrojarla por la borda, te concederé el beneficio de la duda. No voy a matarte. En su lugar, voy a abandonarte con la nave.

—Pero va a naufragar. ¡Moriré ahogado!

—Eso es asunto tuyo, no mío —respondió Ja.

Y así, los mezops abandonaron el *John Tyler*, dejando atrás a Ahgilak y alcanzando a salvo la costa. Poco después, la niebla se levantó. Un fuerte viento la arrastró hacia el mar. Los mezops vieron como se hinchaban las velas del *John Tyler*.

—El viejo lo va a pasar mal —dijo Jav.

—¡Mirad! —exclamó Ko—. ¡No puede ser! La nave se está moviendo hacia el mar.

—La marea está subiendo y la ha reflatado —dijo Ja—. Hemos hecho mal al abandonarla tan rápidamente. Prefiero el mar antes que la tierra firme.

—Puede que aún seamos capaces de alcanzarla con los botes —sugirió un mezop.

Cogiendo de nuevo los botes, remaron en pos del *John Tyler*. Ahgilak, al verles, adivinó su intención. Impulsado por una doble motivación —el temor a los mezops y el deseo de venganza— tomó el timón y cambió de rumbo para aprovechar todo lo posible el viento. El *John Tyler* ganó velocidad y frustró los esfuerzos de los mezops, que poco después desistieron de la persecución y emprendieron el regreso hacia la costa.

—¡Maldito hijo de un sithic! —exclamó Jav.

El sithic, por supuesto, es un reptil.

El jalok es un hienodonte enorme y cubierto de un enmarañado pelaje. Su cuerpo es tan grande como el del leopardo pero con unas patas más largas. Los jaloks normalmente cazan en manadas y ni siquiera los animales más grandes y feroces están a salvo de su ataque. Desconocen el miedo y siempre están hambrientos. O-aa, que sabía todo esto acerca de los jaloks, deseó haberse podido subir a algún árbol. Se encontraba literalmente entre la espada y la pared. De hecho, si hubiera conocido lo que era el juego del billar, se habría dado cuenta de que el contrario estaba a un tanto de ganar la partida. Y hallarse entre la espada y la pared y, al mismo tiempo, estar a punto de perder la partida, es realmente la peor de las situaciones en que te puedes encontrar.

O-aa desenvainó su cuchillo y esperó. El jalok se tendió,

restregando sus poderosas fauces sobre sus extendidas patas delanteras sin dejar de mirar a

O-aa.

Aquello sorprendió a la muchacha. Esperaba que la bestia se hubiese abalanzado sobre ella, pero el animal se comportaba más bien como un perro grande y lanudo. Sin embargo,

O-aa

no se dejaba engañar por las apariencias. Por lo que ella sabía, los jaloks podían ser, en efecto, entrenados, pero no se les podía domesticar. Aquel probablemente no tenía hambre en ese momento. Simplemente, estaba aguardando a tenerla.

«No puedo quedarme aquí a esperar a que me devore», pensó O-aa, que comenzó a alejarse lentamente en la dirección que había estado siguiendo hasta entonces. El jalok se levantó y la siguió.

Ante ella se estrechaba una suave pendiente que descendía hasta una pequeña llanura cerca de la playa. Un pequeño arroyo, que nacía en alguna parte a la izquierda de donde se encontraba, hendía la ladera de la montaña. Otros arroyuelos se le unían para formar un pequeño río que recorría la llanura en dirección al mar. Todo el conjunto formaba una escena de exquisita belleza, una pequeña gema en medio de un mar azulado. Sin embargo, en ese momento, todo aquello pasó desapercibido para

O-aa,

pues, al mirar hacia atrás, vio que el jalok la estaba siguiendo.

«Si me subo a un árbol —pensó la muchacha—, el jalok se tenderá a su lado hasta que baje de él o hasta que me caiga». O-aa conocía bien a los jaloks, así que continuó caminando.

Había descendido aproximadamente media milla cuando escuchó un salvaje gruñido por delante de ella, a su izquierda. Al mirar, un codon surgió de unas altas hierbas y se abalanzó hacia ella. O-aa supo que estaba perdida, pero aferró su cuchillo y se dispuso a vender cara su vida. Entonces un relámpago cruzó a su lado. Era el jalok. Salía al encuentro del codon, el enorme antecesor del lobo norteamericano, largo tiempo atrás extinguido en la corteza exterior, que en ese momento se precipitaba hacia

O-aa.

Lo que venía a continuación presagiaba ser una auténtica batalla entre aquellas dos salvajes y poderosas bestias. O-aa se aprovechó

de su distracción para emprender la huida. Mientras corría montaña abajo, los rugidos y gruñidos de las bestias al enfrentarse llegaban hasta sus oídos. Pero no duraron mucho tiempo. Cesaron de un modo repentino. La joven echó una mirada a su espalda y, una vez más, su corazón se estremeció. El jalok se acercaba a ella a la carrera. Detrás de él, se veía la inerte figura del codon, tendido allí donde había caído.

O-aa permaneció inmóvil. El fin parecía ahora inevitable. Tenía que hacerle frente. El jalok se detuvo a unas cuantas yardas; luego, volvió a avanzar hacia ella... ¡moviendo la cola! Aquello significaba lo mismo en las familias caninas del Cretáceo que en las de la edad moderna, ya fuera en la corteza exterior o en el mundo interior situado en el corazón de la Tierra.

O-aa extrajo su cuchillo y aguardó. El jalok se acercó aún más, sin dejar de mirarle al rostro. Entonces, la muchacha le puso la mano sobre la cabeza y le acarició detrás de las orejas. La enorme bestia le lamió la mano y, al reemprender la joven su camino hacia el mar, se mantuvo a su lado, frotándose contra sus piernas. Nunca antes, desde que se había separado de Hodon, había sentido

O-aa

una sensación de seguridad parecida. Enredó sus dedos en el peludo cuello de la bestia como si jamás fuera a separarse de ella. Al hacerlo, descubrió un collar de piel que le rodeaba el cuello.

Hasta ese momento, lo cierto es que no se había dado cuenta de lo sola y sin amigos que se sentía desde que se había separado de David, Perry y Ghak. Pero ahora tenía un amigo y protector. O-aa casi se sentía feliz.

A medida que se acercaron a la playa, el jalok empezó a dirigirse hacia la derecha. O-aa le siguió. Le condujo hasta una pequeña cala. Allí vio una canoa construida con arbotantes a sus lados y varada en la playa. El jalok se detuvo a su lado y la miró. En la canoa se hallaban las armas y el taparrabos de un hombre. En todo aquello se podía leer una historia. Podía apreciarse, por el aspecto de los objetos que había en la canoa, que estos llevaban mucho tiempo sin ser tocados. Era evidente que ningún guerrero se marcharía desnudo y desarmado dejando allí sus pertenencias. Así que reconstruyó lo ocurrido: un guerrero había venido remando en su canoa desde el continente con su jalok, posiblemente para cazar. Se

había introducido en el mar para bañarse y había sido atrapado y devorado por alguno de los innumerables y voraces habitantes que poblaban las aguas del Korsar Az. O quizás, un thipdar se había abatido sobre él y lo había atrapado. En cualquier caso, la joven estaba segura de que nunca iba a regresar. Ella había heredado ahora sus armas, su canoa y su jalok. No obstante, aún había una milla de aterradoras aguas entre ella y el continente.

Miró hacia la lejana costa en el preciso instante en que el *John Tyler* se hacía a la mar. Para ella era imposible saber que su único ocupante era Ah-gilak. El resto de la tripulación, en la costa, se hallaba demasiado lejos para poder verla. Posó sus ojos en la canoa y, a continuación, de nuevo en el mar. El jalok se había tendido a sus pies. La muchacha acarició su tupido pelaje con uno de sus pies calzados con sandalias y el animal la miró descubriendo sus colmillos en una mueca típicamente canina; unos terribles colmillos, asentados en unas poderosas mandíbulas que podían hacerla pedazos en cualquier momento.

O-aa se sentó en el suelo, junto al jalok, e intentó hacer planes para el futuro. En realidad, lo que intentaba hacer era encorajinar su ánimo hasta llegar a un punto que le permitiera botar la canoa y atravesar aquella temida milla. Cada vez que conseguía llegar a ese punto, su mirada se dirigía al mar y descubría una monstruosa cabeza o una aleta dorsal que surgía de la superficie del mar. Entonces su resolución volvía a decaer. Finalmente, al descubrir que tenía el viento en su contra, lanzó un suspiro de alivio por haber encontrado una excelente excusa que le permitiera retrasar su partida.

Examinó con más detenimiento el contenido de la canoa. Había un cuchillo y una lanza con punta de piedra, un tomahawk con cabeza de piedra y un trabajado mango de madera, un arco, un carcaj lleno de flechas, dos remos, una pértiga de seis o siete pies de largo, una esterilla de fibra y algunas cuerdas de hierbas trenzadas. Aquellos objetos le sugirieron a

O-aa

algo que jamás se le habría ocurrido antes de dar comienzo a sus aventuras en aquel medio tan poco familiar que se ondulaba y se agitaba a través de una vasta inmensidad formando el Sojar Az y el Korsar Az. O-aa había aprendido muchas cosas que no formaban

parte de la educación de una joven de los riscos de Kali.

Continuó su examen y descubrió un agujero en el banco de la canoa y, debajo, el correspondiente hueco en el fondo de la embarcación. Ahora sabía para que servían la pértiga, la estera de fibra y las cuerdas. Todo lo que tenía que hacer, decidió, era esperar a que el viento fuera favorable. Aquello era mucho mejor que remar, así que se dispuso a esperar a que cambiase el viento, lo que resultaría en una travesía mucho más corta y en una disminución considerable de los riesgos a los que siempre tenía que hacer frente la supervivencia de cualquiera que se aventurase en los mares de Pellucidar.

Con su destino pospuesto hasta que cambiase el viento, O-aa se dio cuenta de que tenía hambre. Cogiendo la lanza, el carcaj con las flechas y el arco, partió en busca de caza. El jalok la siguió.



V

Ah-gilak amarró el timón y bajó para comprobar los daños causados por el choque de la nave contra los escollos al encallar. Seguía tan sólida como una roca; los saris habían sabido elegir la madera y habían construido un buen barco.

Regresando al timón, se hizo cargo de su situación. No había cabida para el optimismo. Se requerían veinte o treinta hombres para manejar el *John Tyler*. Obviamente, un anciano no podía hacerlo solo. Con el viento que ahora tenía, podía seguir manteniendo su rumbo durante tanto tiempo como siguiera teniendo el océano al frente. Incluso podía llevar a cabo algunas maniobras sin ninguna ayuda, ya que Ah-gilak se había pasado toda su vida en el mar. Pero una tormenta significaría su ruina.

Sin luna ni estrellas, con un sol eternamente inmóvil, era imposible navegar; ni siquiera aunque hubiera tenido un mapa fiable y los instrumentos necesarios, que no era el caso. Del mismo modo, tampoco hubiera podido atravesar el estrecho sin nombre, en el supuesto de que fuera capaz de encontrarlo. Ah-gilak se hallaba en un apuro y era consciente de ello, así que decidió varar el *John Tyler* a la primera oportunidad que tuviera y hacer frente a su suerte en tierra.

O-aa siguió el curso del pequeño río. Avanzaba con cautela, aprovechando la cobertura de los árboles, la maleza y las hierbas más altas. Se movía silenciosamente, al igual que la bestia que caminaba a su lado. Su mano izquierda aferraba el arco y varias flechas mientras que otra flecha estaba preparada en el arma, presentando cierta analogía con un pesado 45 de los que aparecen en las portadas de las revistas con todas sus balas cargadas y el

seguro quitado.

De repente, tres pequeños caballos surgieron de la maleza cercana. En rápida sucesión, un par de flechas abatieron a los dos primeros. O-aa se abalanzó sobre ellos y los remató con su cuchillo, mientras el jalok perseguía y derribaba al tercero.

La joven recogió los dos caballos que había cazado y aguardó a que el jalok devorase al suyo; luego partieron hacia la canoa. La muchacha conocía a sus presas como orthopis, pero vosotros los hubierais reconocido como hyracotherios del Eoceno Inferior, los primitivos ancestros de nuestros caballos, pequeñas criaturas del tamaño de un zorro.

La muchacha entregó uno de los orthopis al jalok; después hizo un fuego y cocinó el otro para ella. Satisfecha su hambre, se tendió bajo un árbol y se durmió.

Cuando se despertó, miró a su alrededor en busca del jalok. No se le veía por ninguna parte. O-aa se sintió invadida por una sensación de soledad. Se había sentido fortalecida por la promesa de protección y compañerismo que le había ofrecido aquella bestia salvaje. Ahora el futuro le parecía más oscuro. Para mayor desesperación, la línea del continente parecía haberse alejado y el mundo aparecía poblado por terroríficas amenazas, algo totalmente superfluo, puesto que la naturaleza ya se había ocupado de que así fuera.

Se entregó a la autocompasión por poco tiempo; luego, alzó su barbilla e irguió los hombros. De nuevo volvió a ser la autosuficiente joven de las cavernas de Kali. Al mirar hacia el mar, se dio cuenta de que el viento había cambiado mientras dormía. Ahora soplabla con fuerza hacia el continente.

Dirigiéndose a la canoa, asentó el mástil y aparejó la vela lo mejor que supo. No lo hizo mal, pues O-aa era una muchacha muy inteligente, observadora y con una buena memoria. Tiró con fuerza de la canoa y vio que era capaz de moverla. No obstante, antes de arrastrarla al mar, decidió echar una última mirada en busca del jalok.

Se sintió feliz de haberlo hecho así, ya que enseguida le vio venir hacia ella trayendo algo consigo. Al acercarse, descubrió que era el cuerpo de un pequeño ciervo que había arrojado sobre su espalda, aunque sin dejar de sujetarlo con sus fauces; lo

transportaba del mismo modo que un león africano lo hubiera hecho con su presa.

Se acercó a ella moviendo la cola y puso el ciervo a sus pies. O-aa se sintió tan contenta de verle que se arrodilló y le rodeó con sus brazos, acariciándole. Sin duda, aquello era algo nuevo para el jalok, pero pareció entender su significado y le gustó, ya que mostró sus colmillos en una mueca y le lamió el rostro.

O-aa tenía ahora que hacer frente a un problema. Si esperaba a preparar el ciervo y a comérselo, el viento podía cambiar. Por otra parte, no quería abandonar aquella excelente pieza. La alternativa era llevársela con ella; pero ¿dejaría el jalok que le arrebatasen su presa? Decidió hacer un experimento. Cogiendo al ciervo, comenzó a arrastrarlo hacia la orilla. El jalok la observó; luego, aparentemente captando la idea, también lo cogió y empezó a ayudarla. O-aa se dio cuenta de algo de lo que ya casi estaba convencida: aquel era un animal bien entrenado que había trabajado con y para su fallecido amo.

Tras depositar al ciervo en la playa, O-aa arrastró la canoa hacia el mar. Exigió de todas sus fuerzas, pero finalmente se vio recompensada al verla en el agua. Luego transportó el ciervo a su interior.

No le había puesto ningún nombre al jalok, y no sabía cómo llamarle para que subiera a la canoa. No necesitó saberlo. Mientras ella subía por la borda, el jalok saltó a bordo y tomó asiento en la proa.

La popa de la canoa aún descansaba en el fondo arenoso, pero la vela se había hinchado y forcejeaba por sacar la embarcación de su lecho. Unos cuantos vigorosos golpes de remo acabaron de liberar la canoa y

O-aa

comenzó su travesía a lo largo del temido océano.

Ayudada por el remo, O-aa mantuvo la proa de su embarcación enfilada hacia la otra orilla, con el viento siempre de popa. Con aquel viento a favor, la canoa comenzó a surcar el agua a gran velocidad. Aquello era mucho mejor que remar y más rápido. O-aa empezó a pensar que aquel sería un agradable modo de viajar si no fuera por los innumerables horrores que infestaban el océano y las terroríficas tormentas que ocasionalmente lo azotaban con su furia.

Sin dejar de observar constantemente la superficie del mar en busca de alguna señal de peligro, al echar un vistazo a su espalda, descubrió el largo cuello y la pequeña cabeza de un tadoraz, palabra que en pellucidaro significa «mamut de mar». El reptil estaba siguiendo la canoa y, lentamente, la estaba dando alcance. O-aa sabía perfectamente lo que había dentro de su diminuto cerebro. También era consciente de que lo único que lograría con sus armas era enfurecerlo.

Si hubiera conocido un dios, le hubiera rogado por un poco más de viento; sin embargo, al no conocer ninguno, tuvo que depender únicamente de sus propios recursos. De repente, sus ojos se posaron sobre el ciervo. Si no podía matar al tadoraz, al menos podía ser capaz de huir si lograba retrasarlo.

La costa ya no se hallaba muy lejos. La canoa surcaba ahora el mar casi a la misma velocidad que el reptil. No obstante, O-aa no estaba demasiado segura de que la criatura estuviera al límite de sus posibilidades. De hecho, no era así.

Con el cuchillo de acero que David le había entregado, abrió el vientre del ciervo y extrajo sus vísceras. Mirando de nuevo hacia atrás, vio que el tadoraz se hallaba prácticamente encima. Los fríos y reptilianos ojos estaban fijos en ella. Sus fauces de serpiente, completamente abiertas.

Arrastrando las vísceras hasta la popa de la canoa, las arrojó por la borda, justo frente a la siseante criatura. Los segundos siguientes se le antojaron una eternidad. ¿Mordería aquella cosa el anzuelo? ¿Se apartaría tan fácilmente la estúpida mente que gobernaba su diminuto cerebro de la idea que tan fijamente había estado persiguiendo?

El olor de la carne y de la sangre fresca del animal jugó a favor de O-aa. El cuello se arqueó y la cabeza se arrojó vorazmente sobre las vísceras. Y mientras el tadoraz se detenía para despedazar aquel apetitoso bocado, la canoa se alejó. La distancia volvió a aumentar. La canoa se hallaba ahora mucho más cerca, aunque un furioso oleaje rompía contra la arenosa playa.

O-aa había vuelto a coger el remo y de nuevo gobernaba la embarcación. Su corazón estaba henchido de regocijo. Su huida de la muerte había sido por muy poco y, en comparación, la amenaza del oleaje le parecía trivial. Volvió a mirar hacia atrás en busca del

tandoraz y, entonces, un estremecimiento sacudió su pecho. Evidentemente, al ver escapar a su presa, el monstruo se acercaba ahora a una velocidad terrorífica en su persecución.

De nuevo dirigió su mirada al frente. Confiaba en que la canoa llegase al lugar en que rompían las olas antes de que el tandoraz la alcanzase. ¿Pero y luego qué? No creía que la pequeña embarcación pudiera sobrevivir a lo que a ella le parecían unas olas inmensas que rompían sobre la costa hasta internarse en la playa. El reptil caería sobre ellos en el momento en que fueran arrojados al agua. Su única esperanza radicaba en que aquella cosa cayera sobre el cuerpo del ciervo antes que sobre ella o el jalok, que seguía sentado en la proa de la canoa, totalmente ajeno a la tragedia que estaba a punto de desarrollarse en los siguientes minutos.

Una vez más, el «mamut de mar» se hallaba prácticamente encima de ellos. La canoa se vio entonces atrapada por una ola gigantesca y se elevó con ella. O-aa sintió una repentina aceleración, como si la canoa, al presentir el inminente peligro, intentase escapar de su destino en un estallido de velocidad.

Cabalgando en lo alto, sobre la cresta de la ola, la embarcación volaba hacia la playa como un ciervo aterrorizado hasta que, finalmente, envuelta en un torbellino de agua y espuma, fue a parar sobre la arena, fuera del alcance del tandoraz. O-aa saltó y la retuvo para evitar que se viera arrastrada por el retroceso de las olas. Una vez puesta a salvo la canoa, se arrojó sobre la arena, completamente exhausta.

El jalok se tendió a su lado. La muchacha le acarició el peludo lomo.

—Lo hemos conseguido —dijo—. No creí que fuésemos capaces de hacerlo.

El jalok no le respondió. Al menos, no lo hizo con palabras. Situó una de sus enormes patas encima de ella y le lamió una oreja.

—Tengo que ponerte un nombre —dijo O-aa—. Vamos a ver... ¡Ya lo tengo! Rahna. Sí, ese es un buen nombre para ti, Rahna.

Rahna quiere decir «asesino».



VI

O-aa se sentó y empezó a hacerse cargo de su situación. Al otro lado de la arenosa playa, el terreno comenzaba a elevarse lentamente hasta formar una pequeña loma a cuatrocientas o quinientas yardas tierra adentro. Más allá de la loma se distinguían unas onduladas colinas que, curvándose hacia lo alto de aquel mundo sin horizonte, se fundían con unas lejanas montañas que, a su vez, parecían fundirse en la bruma de la distancia.

El terreno que había entre O-aa y la loma aparecía cubierto de juncos y atrofiados arbustos, así como de algún que otro árbol disperso. Los árboles le recordaron a

O-aa

que, allí, tendida en aquel terreno abierto, estaba cortejando a una muerte segura: era una invitación a que cualquier reptil alado pudiera descubrirla.

Se levantó y regresó a la canoa, donde, echándose el cuerpo del ciervo sobre sus hombros, recogió todas sus armas; luego miró hacia el jalok.

—¡Vamos, Rahna! —dijo, poniéndose en marcha hacia el árbol más cercano.

Un hombre, procedente de las colinas, se detuvo al borde de la pequeña loma que antes había divisado O-aa a unas cuantas yardas tierra adentro. Al lado del hombre caminaba un jalok. El individuo iba desnudo, excepto por la funda del cuchillo que llevaba al costado. Portaba una lanza y un cuchillo de piedra, arco y flechas. Al descubrir a la muchacha se arrojó al suelo, escondiéndose detrás de unos pequeños arbustos. Dijo algo al jalok y este se tendió a su lado.

El hombre se fijó en la canoa varada en la playa; luego, dirigió

su mirada al jalok que acompañaba a la joven. Vio el cuerpo del ciervo. Al principio pensó que la muchacha era un hombre, pero un examen más cercano le reveló su error. Estaba desconcertado, puesto que era consciente de que allí no debería haber ninguna muchacha con una canoa y un jalok. Aquel era su territorio, y los hombres de la edad de piedra conocían perfectamente todo lo que se movía en sus pequeños dominios.

O-aa cortó un generoso cuarto trasero del ciervo y se lo dio a Rahna. Usó para ello el tomahawk y su cuchillo de acero. Luego hizo acopio de algunas hierbas secas y de leña, encendió un fuego y se cocinó su propia comida. O-aa, la esbelta y pequeña joven de rubios cabellos, desgarró la carne con sus firmes y blancos dientes, devorando lo suficiente como para alimentar a un par de granjeros. Los pellucidaros acumulan grandes cantidades de energía a través de la comida, pues a veces han de permanecer durante largos periodos de tiempo sin probar bocado. Del mismo modo, acumulan el descanso a través de largos periodos de sueño.

Habiendo almacenado todas las energías de las que era capaz, O-aa se tendió para hacer lo mismo a través del sueño. Se despertó a causa de un gruñido de Rahna. Estaba de pie a su lado, con el pelaje erizado a lo largo de su espina dorsal.

O-aa descubrió que se aproximaba un hombre. Un jalok caminaba a su lado. La muchacha cogió el arco y las flechas y se puso en pie. Ahora los dos jaloks se gruñían mutuamente. O-aa introdujo una flecha en su arco.

—¡Márchate de aquí! —dijo.

—No voy a hacerte ningún daño —replicó el hombre, que había visto que se hallaba ante una joven muy deseable y hermosa.

—Eso te lo puedo asegurar —contestó la muchacha—. Si intentas cualquier cosa, te mataré. También puedo hacer que Rahna acabe contigo. Mi compañero, mi padre o mis siete hermanos te matarían igualmente.

O-aa entendía que trece hermanos eran demasiados como para que sonase plausible.

El hombre sonrió y se sentó en la arena.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Me llamo O-aa; soy la hija de Oose, el rey de Kali. Mi compañero es Hodon el Ligero, un guerrero de Sari. Mis siete

hermanos son los individuos más grandes y terribles que jamás hayas visto en tu vida. Mis tres hermanas son las mujeres más hermosas de Pellucidar, y yo soy aún más hermosa que ellas.

El hombre continuó sonriendo.

—Nunca he oído hablar de Kali —dijo—. ¿Dónde está?

—Por allí —le señaló O-aa—. Debes ser bastante ignorante para no conocer Kali —añadió—. Kali es el país más grande del mundo. Se necesitan todas las cuevas de una cordillera para albergar a sus guerreros, que son tantos como toda la hierba que puedes ver hasta donde te alcance la vista.

—Eres muy hermosa —dijo el hombre—, pero mientes demasiado. Si no fueras una joven tan hermosa, te daría una buena paliza por mentir tanto. Puede que lo acabe haciendo de todos modos.

—Inténtalo —le desafió O-aa—. No he matado a nadie desde el último sueño.

—¡Ah! —exclamó el hombre—. ¿Entonces has sido tú quien ha matado a mi hermano?

—Yo no he matado a tu hermano. Nunca he visto a tu hermano.

—¿Entonces cómo es que tienes su canoa, su jalok y sus armas? Son tuyas.

En ese momento, O-aa se dio cuenta de que quizás había mentido demasiado para su propio bien, así que decidió empezar a decir la verdad.

—Puedo explicártelo —dijo.

—Esta vez intenta no mentir —repuso el hombre.

—¿Ves esa montaña que sobresale del mar? —le preguntó, señalando la isla.

El hombre asintió.

—Salté al mar al otro lado de esa montaña desde una gran canoa para escapar de un hombre muy viejo cuyo nombre no es *Dolly Dorcas* —continuó O-aa—. Luego crucé hasta el otro lado de la montaña y encontré a Rahna.

—Su nombre no es Rahna —dijo el hombre.

—Puede que no lo fuera antes, pero ahora sí lo es. Y no me interrumpas. Rahna me salvó de un codon y nos hicimos amigos. Después nos dirigimos hasta la orilla del mar y allí encontré una canoa con estas armas y el taparrabos de un hombre en su interior.

Si esta era la canoa de tu hermano, creo que debió meterse en el agua y fue devorado por un tandoraz; o puede que un thipdar cayese sobre él. Yo no maté a tu hermano. ¿Cómo iba a matar a un guerrero si solo iba armada con un cuchillo? Puedes ver que no tengo más armas que las que había en la canoa.

El hombre meditó unos instantes.

—Creo que ahora estás diciendo la verdad —dijo—. Si hubieras matado a mi hermano, el jalok habría acabado contigo.

—¿Ahora te marcharás y me dejarás sola? —preguntó O-aa.

—¿Y qué harás entonces?

—Pienso regresar a Kali.

—¿Sabes si está muy lejos?

—No lo sé. Kali está cerca de la costa del Lural Az. ¿Sabes si está muy lejos de aquí el Lural Az?

—Nunca he oído hablar del Lural Az —respondió el hombre.

—Eres demasiado ignorante —volvió a afirmar O-aa.

—No tan ignorante como tú, si crees que puedes llegar a Kali en esa dirección que señalas. Por allí hay una cordillera de enormes montañas que jamás serás capaz de cruzar.

—Las rodearé —repuso O-aa.

—Eres una muchacha muy valiente —dijo el hombre—. Seamos amigos. Ven conmigo a mi poblado. Quizá podamos ayudarte a regresar a Kali. Al menos, nuestros guerreros pueden acompañarte hasta las montañas. Nadie de nuestro pueblo las ha llegado a cruzar jamás.

—¿Cómo sé que no te propones causarme algún daño? —inquirió O-aa.

El hombre arrojó al suelo todas sus armas y se acercó a ella con las manos en alto. La joven le creyó.

—Está bien, seremos amigos —dijo—. ¿Cuál es tu nombre?

—Me llamo Utan; pertenezco a la tribu de los zurts.

Utan se volvió a su jalok.

—Padang —dijo; a continuación se volvió a O-aa—: Dile a tu jalok que somos amigos.

—Padang, Rahna —dijo O-aa.

Padang significa en pellucidaro «amigo» o «amigos».

Los dos jaloks se aproximaron el uno al otro, aún con desconfianza; sin embargo, una vez que se hubieron olfateado, se

relajaron y acabaron moviendo sus colas, pues, al fin y al cabo, habían crecido juntos en el poblado de Zurt. No obstante, a pesar de haber sido domesticados, no hubo ningún juego entre ellos. Eran bestias salvajes, con toda la dignidad y majestuosidad inherente a su especie. Las bestias salvajes adultas tienen aún más dignidad que los seres humanos. Cuando la gente dice como insulto que una persona actúa como una bestia, en realidad debería decir que actúa como un hombre.

—¿Sabes manejar un remo? —le preguntó Utan a O-aa.

—He remado en todos los mares de Pellucidar —respondió O-aa.

—¿Ya estás mintiendo otra vez? En fin, supongo que tendré que acostumbrarme. Ahora tendrás que ayudarme a llevar la canoa de mi hermano a un lugar seguro.

—Es mi canoa —dijo O-aa.

Utan sonrió.

—¿Piensas remar a través de las montañas para llegar a Kali?

—Podría hacerlo si quisiera —repuso O-aa.

—Cuanto más te conozco, menos dudas tengo de que serías capaz de hacerlo —dijo Utan—. Si todas las chicas de Kali son como tú, estoy pensando en acompañarte para buscar una compañera.

—No creo que les gustases —dijo O-aa—. Eres demasiado pequeño. No creo que midas más de seis pies. Todos nuestros hombres miden siete pies de alto, salvo aquellos que llegan a los ocho.

—Vamos, pequeña mentirosa —repuso Utan—; cojamos la canoa.

Juntos arrastraron la embarcación hasta el agua. O-aa subió a la proa, los dos jaloks también saltaron a su interior y, en el momento preciso, Utan le dio un último empujón y también saltó a bordo.

—¡Rema ahora! —dijo—. ¡Y hazlo con fuerza!

La canoa se encaramó a la cresta de una ola y se deslizó con ella. Ambos remaron furiosamente hasta salir del alcance de las olas más fuertes; después, continuaron en paralelo a la costa hasta llegar a la desembocadura de un río, hacia el cual se dirigió Utan.

Se trataba de un río muy hermoso, cubierto por el follaje de los árboles y plagado de cocodrilos. Remaron casi una milla hasta llegar a unos rápidos. Allí, Utan giró hacia la orilla que quedaba a su derecha; luego, juntos, arrastraron la canoa hacia la frondosa

vegetación, donde quedó bien escondida.

—Tu canoa estará aquí bastante segura hasta que decidas ir remando a través de las montañas hasta Kali —dijo Utan—. Ahora será mejor que vayamos a mi poblado.



VII

Hodon, Raj, Dian y Gamba se hallaban de pie sobre el puente del

Lo-har

. Como siempre, Hodon oteaba la superficie del mar en busca de la pequeña mancha que en el fondo de su corazón estaba seguro de que nunca volvería a ver: la pequeña mancha que suponía el *Sari*, en el que, sin duda,

O-aa

había sido arrastrada por los vientos y las corrientes del Sojar Az, a través del estrecho sin nombre, hacia el Korsar Az. La pequeña vela latina del

Lo-har

se había visto inutilizada a causa de la niebla y el mar en calma. Sin embargo, ahora el tiempo había mejorado y un viento favorable hinchaba la vela.

Hodon movió la cabeza con pesar.

—Me temo que no hay esperanza, Dian —dijo.

Dian la Hermosa, de acuerdo con él, asintió.

—Mis hombres están empezando a cansarse —dijo Raj—. Llevan muchos sueños fuera de sus hogares. Quieren volver a ver a sus mujeres.

—De acuerdo —dijo Hodon—. Volvemos a Sari.

Mientras el pequeño navío viraba, Gamba señaló algo.

—¿Qué es eso? —preguntó.

Todos volvieron la vista. En la bruma de la distancia se percibía una pequeña mancha blanca sobre la superficie del mar.

—¡Es una vela! —dijo Raj.

—¡O-aa! —exclamó Hodon.

El viento soplaba en la misma dirección en que se veía la vela, por lo que el

Lo-har

tuvo que cambiar de amura primero en un sentido y luego en otro. Sin embargo, enseguida se hizo evidente que el extraño navío navegaba a favor de viento y directamente hacia ellos. La distancia entre ambos barcos se acortaba a cada instante.

—No es el *Sari* —afirmó Raj—. Es un gran navío con muchas más velas de las que había visto nunca.

—Debe ser de Korsar —dijo Dian—. Si es así, no podremos evitarlos.

—Tenemos cañones —repuso Hodon—; y hombres capaces de luchar.

—Hay que dar media vuelta y marcharse de aquí —dijo Gamba—. Puede que aún no nos hayan visto.

—Tú siempre quieres huir —dijo Dian con desprecio—. Mantendremos nuestro rumbo y nos enfrentaremos a ellos.

—¡Dad la vuelta! —gritó Gamba—. ¡Es una orden! ¡Soy un rey!

—¡Cállate! —le dijo Raj—. Los mezops no huyen.

—Los saris tampoco —dijo Dian.

El poblado de Zurt, al que Utan había llevado a O-aa, se encontraba en un reducido valle atravesado por un pequeño río. No era el típico poblado cavernícola a los que

O-aa

estaba acostumbrada en Kali. Se trataba de unas chozas de bambú con tejados de paja. Se hallaban situadas sobre unos postes a unos diez pies del suelo. Toscas escalas conducían a sus entradas.

Había muchas de aquellas chozas. Tanto en las puertas como en el suelo, debajo de ellas, había muchos guerreros, mujeres y niños. También había casi tantos jaloks como personas.

A medida que Utan y O-aa se fueron acercando, los jaloks del poblado empezaron a ponerse rígidos; el pelaje a lo largo de su espina dorsal estaba completamente erizado.

—¡Padang! —gritó Utan.

—¡Padang! —exclamaron varios guerreros al reconocerle.

Los jaloks se calmaron y Utan y O-aa se introdujeron tranquilamente en el poblado. No obstante, aún hubo bastantes olfateos y husmeos por parte de los jaloks antes de que se

estableciera una *entente cordiale*.

Las mujeres y los guerreros se congregaron alrededor de Utan y O-aa, haciéndoles muchas preguntas. O-aa suponía una verdadera curiosidad a causa de su cabello rubio, pues los zurts lo tenían de un brillante color negro. Nunca antes habían visto una mujer rubia.

Utan les contó todo lo que sabía de O-aa y le preguntó a Jalu, el jefe, si podía quedarse en el poblado.

—Procede de un país llamado Kali que se encuentra al otro lado de las Montañas Terribles. Quiere intentar cruzarlas, y, por lo que he visto, si alguien puede hacerlo es ella.

—Nadie es capaz de cruzarlas —dijo Jalu—. Puede quedarse aquí durante treinta sueños. Si alguno de los guerreros decide tomarla por compañera en ese tiempo, puede quedarse para siempre.

—Ninguno de tus guerreros me tomará como compañera —contestó O-aa—, y, además, me marcharé mucho antes de que hayan pasado treinta sueños.

—¿Qué te hace pensar que ninguno de mis guerreros te tomará como compañera? —preguntó Jalu.

—Porque no me gusta ninguno de ellos.

Jalu se echó a reír.

—Si alguno de mis guerreros te quiere como compañera, no te lo va a pedir. Simplemente, te hará su compañera.

Ahora fue el turno de O-aa de echarse a reír.

—Entonces se encontrará con un cuchillo en su vientre —dijo—. Ya he matado a muchos hombres, y, además, ya tengo un compañero. Si se me hace algún daño, tanto él como mis once hermanos y mi padre, el rey de Kali, vendrán y acabarán con todos vosotros. Son hombres muy fieros y miden casi nueve pies de alto. Mi compañero es Hodon el Ligerero, un sari. Los saris son el pueblo más feroz de Pellucidar. No obstante, si se me trata correctamente, nadie os causará ningún daño. Mientras permanezca aquí, Rahna y yo cazaremos para vosotros. Soy una gran cazadora, posiblemente la mejor cazadora de Pellucidar.

—Lo que creo es que eres la mayor mentirosa —contestó Jalu—. ¿Quién es Rahna?

—Mi jalok —respondió O-aa, posando su mano sobre la cabeza de la bestia que se hallaba a su lado.

—Las mujeres no cazan; ni tampoco tienen jaloks —dijo Jalu.

—Yo sí —contestó O-aa.

Una media sonrisa cruzó el rostro de Jalu. Se encontró admirando a aquella extraña joven de cabellos dorados. Tenía coraje, y esa era una cualidad que Jalu comprendía y admiraba. Nunca antes había conocido a una mujer con tanto coraje.

Un guerrero dio un paso hacia delante.

—Yo la tomaré como compañera y le enseñaré cuál es el sitio de una mujer —dijo—. Lo que necesita es una buena paliza.

Los labios de O-aa se curvaron en una sonrisa.

—Inténtalo, patizambo —dijo.

El guerrero enrojció, porque, en efecto, era patizambo y estaba muy sensibilizado al respecto. Dio otro paso más hacia O-aa en actitud amenazadora.

—¡Basta Zurk! —ordenó Jalu—. La muchacha se quedará aquí durante treinta sueños sin tener compañero. Si permanece más tiempo, puedes tomarla como compañera... si es que eres capaz de hacerlo; aunque, más bien, creo que antes te matará.

Zurk se quedó mirando fijamente a O-aa.

—Cuando seas mía —gruñó—, lo primero que haré será matarte a golpes.

Jalu se volvió hacia una de las mujeres.

—Hala —ordenó—, lleva a esta mujer a una choza en la que pueda dormir.

—Acompáñame —le dijo Hala a O-aa.

La mujer le condujo hasta una choza en el extremo más alejado del poblado.

—Ahora no vive nadie aquí —le dijo—. El hombre y la mujer que la ocupaban murieron a manos de un tarag no hace mucho tiempo.

O-aa miró a la escala y subió hasta la entrada.

—¿Cómo puede subir aquí mi jalok? —preguntó.

Hala le miró sorprendida.

—Los jaloks no suben a las chozas —le explicó—. Duermen al pie de las escalas para advertir a sus amos de cualquier peligro y protegerles. ¿No lo sabías?

—En mi país no domamos a los jaloks —contestó O-aa.

—Tienes suerte de tener a uno contigo ahora que te has hecho

enemiga de Zurk. Es un hombre malvado; no es como su padre, Jalu.

Así que me he hecho enemiga del hijo del jefe, pensó O-aa, encogiendo sus pequeños y perfectos hombros.

Ah-gilak había navegado en dirección sudoeste durante algún tiempo gracias a los vientos favorables. Luego, el viento cesó y Ah-gilak no dejó entonces de maldecir. Maldijo a muchas cosas, pero principalmente, de acuerdo con sus supersticiones, maldijo a O-aa, que había traído todas aquellas desgracias sobre él.

Cuando el viento volvió a hacer su aparición, sopló en dirección opuesta a lo que lo había estado haciendo hasta entonces, antes de que la mar entrase en calma. Ah-gilak se movió de un lado a otro, presa de la ira, pero no había nada que pudiera hacer al respecto. Únicamente podía navegar en una dirección, y esa era a favor de viento. En consecuencia, la nave empezó a retroceder hacia el noreste. Ah-gilak amarró el timón y se fue abajo a comer y a dormir.



VIII

Si bien el *Lo-har* y el *John Tyler* seguían aproximándose el uno al otro, la primera de las embarcaciones no hacía ningún esfuerzo por evitar a su oponente. Por el contrario, sus cañones estaban siendo cargados y puestos en posición mientras la tripulación se preparaba para el combate.

Fue Raj el primero en notar algo raro en el extraño navío.

—No hay nadie en cubierta —dijo—; ni tampoco al timón. Parece una hermosa nave —murmuró a continuación casi para sí mismo.

Entonces una idea cruzó por su mente.

—¡Capturémosla! —exclamó.

—¡No! ¡No! —gritó Gamba—. No nos han visto. Vayámonos tan rápido como podamos.

—¿Puedes poner el *Lo-har* a su costado? —preguntó Dian.

—Sí —respondió Raj, llamando inmediatamente a los hombres que se hallaban abajo y empezando a impartir las órdenes necesarias.

El *Lo-har* hizo su aproximación por delante del *John Tyler*, ya que este navegaba mucho más rápido que el pequeño navío. Cuando el *John Tyler* llegó a la altura del

Lo-har

, Raj se acercó a él. En cuanto sus costados se tocaron, los mezops saltaron con sus cabos a bordo del *John Tyler* y amarraron el

Lo-har

a su borda.

El choque de aproximación de los dos navíos despertó a Ahgilak.

—¡Por todos los infiernos! —exclamó al subir a la cubierta

principal y descubrir a una veintena de mezops frente a él—. ¡Maldita sea, al final he acabado volviéndome loco!

Cerró los ojos y volvió la cabeza a otro lado; luego, de modo furtivo, los fue abriendo poco a poco. Los guerreros de piel cobriza aún continuaban allí.

—Es el pequeño Ah-gilak —dijo uno de los mezops—. El que se come a la gente.

Entonces Ah-gilak vio a más guerreros subiendo por el costado de su navío, al tiempo que también descubría la vela del pequeño

Lo-har

. Vio a Raj, a Hodon y a una muchacha muy hermosa a la que nunca había visto antes. Junto a ellos había un hombre de piel amarilla. En ese instante, Ah-gilak, comprendiendo lo ocurrido, se dio cuenta de la enorme suerte que había tenido, justo cuando no parecía vislumbrarse la más mínima esperanza para el futuro.

—¡Por Dios y San Gabriel! —exclamó—. Nunca llueve eternamente, como diría aquel. ¡Tengo una tripulación! Ahora podré mandar al infierno a este maldito Korsar Az y regresar a Sari.

—¿Quién más hay a bordo? —le preguntó Hodon.

—No hay ni un alma, excepto yo.

Tras pensárselo rápidamente, Ah-gilak decidió que quizá no fuese una buena idea decir toda la verdad.

—Como ves, hemos tenido un poco de mala suerte —dijo—. Una tormenta nos arrojó hacia la costa. La tripulación abandonó la nave y supongo que se olvidaron de mí. Antes de que yo también pudiera hacerlo, el viento cambió, la marea subió y... ¡Por todos los infiernos, la primera cosa que supe es que me hallaba solo a bordo!

—¿Quién más estaba contigo? —insistió Hodon.

—Bueno, estaban Ja, Jav, Ko y unos cuantos mezops más. Fueron los únicos que abandonaron el barco; aunque, antes de eso, a O-aa ya se le había antojado ir a tierra...

—¿O-aa? —exclamó Hodon—. ¿O-aa estaba a bordo de esta nave? ¿Dónde está?

—Te lo estaba diciendo. Se le antojó ir a tierra y saltó por la borda.

—¿Que saltó por la borda? —La voz de Hodon proclamó su incredulidad—. Creo que estás mintiendo, viejo.

—Lo juro por mi vida —dijo Ah-gilak.

—¿Cómo llegó a esta nave? —continuó Hodon.

—Bueno, la recogimos en una canoa en el estrecho sin nombre. Ella nos dijo dónde estaba David y fuimos a rescatarle.

—¿David? —exclamó Dian—. ¿Dónde está David?

—Bueno, antes de que el *John Tyler* estuviese a punto de encallar, David, Abner Perry, Ghak y todos los guerreros saris decidieron que llegarían antes a Sari por tierra que por mar. Por supuesto, yo pensé que estaban completamente locos, pero...

—¿Dónde desembarcaron? —preguntó Dian.

—¡Por Dios y San Gabriel! ¿Cómo voy a saberlo? No hay mapas, ni luna, ni estrellas, y ese maldito sol no se mueve nunca. Aquí no existe el tiempo. Por lo que a mí respecta, podrían haber desembarcado hace veinte años.

—¿Reconocerías el lugar en que lo hicieron? —insistió Dian.

—Puede que sí y puede que no. Lo reconocería tanto como pudiera hacerlo.

—¿Serías capaz de reconocer el lugar en que O-aa saltó por la borda? —preguntó Hodon.

—No. Ni siquiera lo vi. Saltó en medio de la niebla.

—¿Y no tienes alguna idea?

—Bueno, puede que sí.

Ah-gilak estaba seguro de que O-aa o bien se había ahogado o bien había sido devorada por alguno de los reptiles que poblaban el Korsar Az, así que creyó oportuno dar toda la información posible.

—De hecho —continuó—, no fue muy lejos del lugar en que el *John Tyler* estuvo a punto de encallar.

—¿Reconocerías ese lugar?

—Podría hacerlo y podría no hacerlo. Si no recuerdo mal fue en una isla, aproximadamente a una milla de la costa en la que el *John Tyler* casi encalló.

—De acuerdo; nos dirigiremos hacia allí —dijo Hodon.

—¿Hacia dónde? —inquirió Ah-gilak.

—Subiremos por la costa hacia el lugar en que saltó O-aa y, luego, iremos a donde desembarcó David Innes.

—Un momento, jovencito —objetó Ah-gilak—. No te olvides de que yo soy el capitán de este barco. Soy yo quien da las órdenes a bordo de este velero, no tú.

Hodon se volvió hacia Raj.

—Haz que los hombres traigan del *Lo-har* el agua, las provisiones, las municiones y todas sus pertenencias; luego, déjalo a la deriva.

Ah-gilak señaló con su dedo a Hodon.

—Espera un momento...

—¡Cállate! —estalló Hodon, que, a continuación, se volvió hacia Raj—: Tú te haces cargo del mando del *John Tyler*.

—¡Por Dios y San Gabriel! —gritó Ah-gilak—. Yo lo diseñé, le di su nombre y he sido su capitán desde que fue botado. No puedes hacerme algo así.

—Puedo y lo haré; de hecho, aún iré más lejos si me causas algún problema —respondió Hodon—. Te arrojaré por la borda, viejo canalla.

Ah-gilak no dijo nada y se alejó enfurruñado. Sabía que Hodon no amenazaba en vano. Aquellos hombres de la edad de piedra valoraban en muy poco la vida humana. Decidió entonces elaborar algún plan que le permitiera vengarse sin inculparse a sí mismo. Ah-gilak poseía una astuta mente yanqui, desprovista de cualquier conciencia o principio moral.

Apoyándose en la baranda, observó a Hodon. Luego sus ojos se posaron en Dian y permaneció un rato mirándola. ¡Otra mujer! ¡Mala suerte! Con aquella idea en mente, su plan empezó a tomar forma. No era un plan totalmente satisfactorio y definitivo, pero era mejor que nada. Entonces acudió en su ayuda una contingencia que Hodon no había previsto.

Con toda la carga útil del *Lo-har* transferida al *John Tyler*, y el primero a la deriva, Raj se acercó a Hodon con una expresión de preocupación en su apuesto semblante.

—Este —dijo, extendiendo su mano de forma que abarcase todo el *John Tyler*—, es un navío como mis hombres y yo nunca habíamos visto antes. Tiene muchas velas, cuerdas y palos que no nos son familiares. No sabemos manejarlo.

Durante un instante, Hodon se quedó anonadado. Al ser un hombre de tierra firme, jamás se le había ocurrido semejante posibilidad. Dirigió su mirada a popa, hacia el pequeño

Lo-har

, del que el gran navío se estaba alejando rápidamente. Hodon se dio cuenta de que había actuado precipitadamente. Aún se hallaban

a tiempo. Quizá fuese mejor descender los botes y regresar al
Lo-har

. La idea le mortificaba. Entonces, Raj le hizo una sugerencia.

—El hombrecillo podría enseñarnos; si quisiera hacerlo... —añadió con una nota de duda en la voz.

—Lo hará —dijo Hodon, dirigiéndose a grandes pasos hacia donde se hallaba Ah-gilak. Raj le acompañó.

—Ah-gilak —dijo—, tú guiarás la nave; pero Raj seguirá siendo el capitán. Les enseñarás a él y a sus hombres todo lo que sea necesario para manejarla.

—¿Así que ya no piensas arrojarme por la borda? —inquirió Ah-gilak con una expresión de burla.

—Aún no —respondió Hodon—, pero lo haré si no haces lo que te pido y lo haces bien.

—Tú no estás en tus cabales, jovencito, pidiéndome a mí, un capitán yanqui, que sirva como piloto a las órdenes de un maldito indio piel roja.

Ni Hodon ni Raj tenían la menor idea de lo que era un indio piel roja, pero, por el tono de voz de Ah-gilak, ambos estuvieron seguros de que el mezop de piel cobriza acababa de ser insultado.

—La pilotaré para ti —continuó Ah-gilak—, pero lo haré como capitán.

—Está bien, tirémosle por la borda —indicó Hodon a Raj.

Cuando los dos hombres le agarraron, Ah-gilak comenzó a chillar.

—¡No lo hagáis! —gritó—. Navegaré a las órdenes de Raj. Solo estaba bromeando, muchachos. ¿Es que no sabéis aguantar una broma?

Y así, el aprendizaje de Raj y sus mezops comenzó inmediatamente. Aprendieron muy rápido. Ah-gilak hizo un buen trabajo enseñándoles, ya que su vanidad convirtió en un placer la posibilidad de demostrar a los mezops sus superiores conocimientos. Sin embargo, no había olvidado sus planes de venganza. Su idea era la de causar una disensión, volviendo a los cobrizos mezops contra los blancos Hodon y Dian. Naturalmente, Ah-gilak nunca había oído hablar del comunismo, pero, sin embargo, estaba bastante familiarizado con sus técnicas. Así, mientras desarrollaba su labor con los mezops, intentó hacer

hincapié en lo que consideraba que eran sus ignorancias y supersticiones, implantando la idea de que llevar a una mujer a bordo traía mala suerte y que Dian solo estaba allí a causa de Hodon. También les sugirió que Hodon se consideraba superior a ellos debido al color de su piel, que les miraba como a seres inferiores y que no era justo que él diera órdenes a Raj. Intentó inculcarles la idea de que sería bueno para todos que Dian y Hodon se cayeran accidentalmente por la borda.

Los mezops no eran ignorantes ni supersticiosos, ni tampoco habían oído hablar nunca de ningún sentimiento de discriminación racial. Escucharon a Ah-gilak, pero no se sintieron impresionados por sus palabras. Simplemente se aburrieron con ellas. Finalmente, uno de ellos le comentó a Ah-gilak:

—Viejo, hablas demasiado sobre cosas que nada tienen que ver con el gobierno de esta nave. No vamos a arrojar a Hodon el Ligerito por la borda, ni tampoco a Dian la Hermosa. Si alguien es arrojado por la borda, serás tú.

Ah-gilak decidió desistir de sus planes.



IX

Cuando se despertó, O-aa se dirigió a la puerta de la choza y echó un vistazo a su alrededor. El poblado parecía tranquilo. Había muy pocas personas a la vista y se hallaban en el extremo más alejado del poblado. Bajó por la escala y descendió al suelo. Rahna, que estaba allí tendido, se levantó moviendo la cola. O-aa le acarició la cabeza.

—Tengo hambre —dijo—. Seguro que tú también. Iremos a cazar.

O-aa llevaba sus armas con ella. Todo aquel que viva en la edad de piedra, y quiera seguir haciéndolo, siempre ha de tener sus armas a mano.

—¡Vamos, Rahna! —dijo, dirigiéndose hacia el valle y alejándose del poblado.

Un hombre, de pie ante la puerta de una de las chozas más alejadas, la vio marcharse. Era Zurk, el hijo de Jalu, el jefe. Cuando un recodo del pequeño valle ocultó a O-aa de su vista, partió tras ella con su jalok. Zurk era un individuo rechoncho, de corta estatura debido a sus piernas arqueadas, y daba bandazos de un lado a otro al andar, como si una de sus piernas fuera más corta que la otra. Su rostro era grosero y brutal y su frente sobresalía por encima de unos ojos semicerrados.

O-aa y Rahna avanzaban silenciosamente a través del valle en busca de caza. Un fuerte viento soplaba procedente del mar y, en breve, el sol quedó oculto por unas negras nubes. Un relámpago fue seguido por el profundo rugido de un trueno. El viento se alzó con violencia y comenzó a llover. Pero nada de esto apaciguó el hambre de
O-aa,

así que prosiguió su tarea.

El valle se giraba repentinamente hacia la derecha, en paralelo a la costa, y comenzaba a estrecharse. Sus paredes no eran altas ni escarpadas en ese punto. O-aa ascendió por la pendiente que quedaba a su derecha y salió a una meseta salpicada de árboles. Una alta hierba, entre la que podían esconderse las piezas más pequeñas, crecía en aquella zona.

Zurk la seguía con su jalok. El rastro de O-aa era fácil de seguir a causa de la lluvia. Cuando Zurk llegó a la meseta,

O-aa,

que había estado avanzando lentamente, no se hallaba muy lejos. Tan absorta estaba en su empresa que Zurk pudo acercarse rápidamente hasta ella sin llamar su atención ni la de Rahna. El viento, la lluvia y el fragor de los truenos estaban de parte de Zurk.

El hombre ya tenía un plan en mente. Dispararía primero al jalok y así la muchacha estaría a su merced. Se acercó más para asegurarse de no fallar. Introdujo una flecha en su arco. No hizo ningún ruido, pero, sin embargo, algo hizo que

O-aa

mirase en ese momento a su espalda.

Su arco estaba listo para ser disparado ante cualquier pieza que ella o Rahna pudieran levantar. Al reconocer a Zurk y ver su arco preparado, se giró rápidamente y disparó una flecha. El arco de Zurk vibró en el mismo instante que el suyo, pero su flecha apuntaba a

O-aa

no a Rahna.

Zurk falló; sin embargo, la flecha de O-aa se clavó en el hombro de Zurk. O-aa se dio media vuelta y echó a correr. El hombre era consciente de que no podría alcanzarla con sus cortas y arqueadas piernas.

—¡Rah! —gritó fieramente a su jalok, indicando a la muchacha.

Rah significa «mata».

La poderosa y salvaje bestia se lanzó en su persecución.

El mar huía ante la fuerza del viento, ascendiendo sobre su seno cuando el viento le obligaba a hacerlo. El *John Tyler* había arriado las velas. Era una nave excelente y marinera. Ah-gilak estaba orgulloso de ella. Ni aun cuando la tormenta alcanzase las

proporciones de una tempestad sentiría la menor preocupación por la seguridad de su nave.

Gamba, encogido bajo cubierta, se hallaba aterrorizado, prácticamente reducido a un estado gimoteante a causa del pánico. Dian le observaba con disgusto. ¡Y aquel hombre se había atrevido a hablarle de amor! Hodon se sentía nervioso. Al igual que todos los montañeses, prefería estar en un espacio abierto. Quería hacer frente al peligro y a la tormenta en un lugar donde pudiera verlos. Bajo la cubierta se sentía como una fiera enjaulada. Aunque el navío se balanceaba frenéticamente, Hodon se las arregló para subir por la escalera hasta la cubierta superior.

El viento y el mar se habían unido con malevolente furia en su intento por arrojar al *John Tyler* sobre la cada vez más cercana costa. La muerte acechaba en el verde islote en el que había caído O-aa

al saltar por la borda en medio de la niebla. Ah-gilak se daba cuenta de que no había otra salida que pasar entre aquella isla y la costa, apenas separadas por una milla de distancia. Y tener que hacerlo a través de unas aguas no cartografiadas, bajo cuya superficie se escondían peligrosas rocas y arrecifes, no le satisfacía a Ah-gilak en absoluto.

Al contemplar las gigantescas olas, Hodon se preguntó cómo podía sobrevivir cualquier navío en semejante mar. Siendo un hombre de tierra firme, la única amenaza que percibía era la del mar. Ah-gilak, por el contrario, temía aquello que no podía ver: las rocas, los arrecifes y las corrientes contra las que su nave y él se estaban enfrentando en una titánica batalla.

Hodon, agarrándose a uno de los mástiles para evitar verse arrastrado por la furia de la tormenta, no era verdaderamente consciente del peligro al que se enfrentaba en la cubierta del *John Tyler*. La nave se alzaba sobre las enormes olas para luego hundirse en su seno, puesto que aún no había llegado a las aguas menos profundas.

Ah-gilak vio a Hodon y su desdentada boca hizo una mueca. El viento y la cegadora lluvia batían a su alrededor y la tempestad desplegaba su blanco manto. Parece que no voy a tener que preocuparme de arrojar a ese condenado idiota por la borda, pensó. Raj también vio a Hodon y le llamó a voces para prevenirle, pero el

viento ahogó su voz.

Justo antes de que la nave alcanzase un resguardo contra el viento, al refugio de la isla, una monstruosa ola se abatió sobre ella. Al romper, toneladas de agua cayeron sobre el navío, sumergiéndolo. El *John Tyler* se estremeció ante el terrorífico impacto, pero, lentamente, chorreando agua por sus costados, volvió a emerger.

Ah-gilak echó una mirada y sonrió. Hodon ya no estaba en el mástil. Al cobijo de la isla, Ah-gilak se puso a la capa y arrojó el ancla. El *John Tyler* había resistido el temporal y se hallaba a salvo.

Los ojos de Raj recorrieron las turbulentas aguas, pero no vio ningún rastro de Hodon. El mezop movió su cabeza con pesar. El sari se había granjeado sus simpatías. Después, cuando Dian subió a cubierta, le contó lo ocurrido y también ella manifestó su tristeza. Pero la muerte era rápida y frecuente en la edad de piedra.

—Tal vez haya sido mejor así —dijo Dian—. Ambos se han ido y ninguno de ellos tendrá que llorar al otro.

Dian pensaba en todas las veces que había deseado la muerte cuando daba a David por muerto.

Ah-gilak derramó lágrimas de cocodrilo, aunque no consiguió engañar a los mezops. Si no hubieran estado seguros de que era completamente imposible, habrían pensado que él había tenido algo que ver con lo ocurrido, y, naturalmente, también habría salido por la borda.

Una encrespada ola había arrojado a Hodon sobre la playa. Se hallaba exhausto y medio muerto. El mar le había tratado con dureza. Su cabeza había permanecido más tiempo bajo el agua que sobre ella. Sin embargo, la marea y el viento habían estado a su favor, así como una misericordiosa providencia que había hecho que ninguna criatura de las profundidades le descubriera. Posiblemente la misma turbulencia de las aguas le había salvado, al mantener a los titánicos reptiles en la relativa tranquilidad de las aguas más profundas.

Hodon yació durante largo tiempo allí donde el mar le había arrojado. Ocasionalmente, alguna ola llegaba hasta él y le rodeaba, pero ninguna tenía la fuerza ni el volumen como para volver a arrastrarle al mar.

Por fin, lentamente, se puso en pie. Al mirar hacia atrás, vio al

John Tyler anclado al refugio de la isla. Apenas podía discernirlo a causa de la torrencial lluvia, por lo que supuso que tampoco nadie de a bordo sería capaz de verle a él. Pensó en hacer un fuego, con la esperanza de que el humo les advirtiera de su presencia, pero no había nada con que encenderlo.

Antes de que la tormenta se abatiera sobre ellos, Ah-gilak había comentado que creía que la nave se estaba acercando al sitio en que los mezops la habían abandonado. Si eso era así, entonces aquella playa se hallaba cerca del lugar en el que se suponía que

O-aa

había saltado por la borda. Si la muchacha había logrado sobrevivir, de lo que no estaba muy seguro, sin duda se habría dirigido hacia Kali, a cientos de millas de distancia de allí. Tal vez, en alguna parte de aquella tierra de desconocidos horrores, la joven estaba llevando a cabo en ese momento su desesperado viaje.

Era consciente de que encontrarla en aquella inmensa extensión de llanuras, colinas y montañas era prácticamente imposible, en el supuesto, además, de que, en efecto, se encontrara allí. Pero, al menos, existía una posibilidad. Y, sobre todo, por encima de cualquier otra consideración, la amaba. Sin una sola mirada atrás, Hodon el Ligero volvió sus pasos al noreste, en dirección a Kali.



X

O-aa corría como el viento. No sabía que Zurk había enviado a su jalok tras ella. Solo pensaba en escapar del hombre y estaba segura de que con sus piernas arqueadas este jamás la cogería.

Zurk tiró de la flecha clavada en su hombro. Había faltado muy poco para que le alcanzase en el corazón. La áspera punta de piedra desgarró la herida. La sangre corrió por el cuerpo del hombre. Sus rasgos se retorcieron a causa del dolor. Escupió varias maldiciones. Tuvo mucho cuidado al extraer la flecha, evitando que la punta se desviase y tocase su corazón. La muchacha y el jalok no estaban a la vista. Habían desaparecido al otro lado de unos arbustos, en dirección hacia una pequeña hondonada.

Rahna había seguido a su dueña, trotando tranquilamente a unas cuantas yardas por detrás de ella. De repente, otro jalok pasó como un relámpago a su lado, directo hacia la muchacha que huía.

Hodon volvió sus pasos al noroeste, hacia Kali. Nada sabía sobre puntos cardinales, pero su instinto del hogar le decía la dirección en que se hallaba Sari y, conociendo donde se encontraba Kali en relación a Sari, su hogar, sabía hacia dónde debía dirigirse.

Llevaba caminando algún tiempo, cuando, al salir de unos arbustos, se tropezó con un hombre sentado en el suelo y la espalda apoyada contra el tronco de un árbol. Hodon solo iba armado con un cuchillo, algo verdaderamente insuficiente en un mundo donde el saludo más normal es: «te mataré».

Sin embargo, al verle, percibió que su cuerpo estaba cubierto de sangre. La sangre le manaba de una herida en el pecho, cerca del hombro izquierdo.

Los saris, debido a la influencia de David Innes y Abner Perry,

eran menos salvajes y brutales que la mayoría de los pellucidaros. Aunque Perry les había enseñado a matar de un modo civilizado con mosquetes, cañones y pólvora, también había predicado entre ellos la doctrina de la hermandad de todos los hombres. En consecuencia, su manera de conducirse se basaba ahora en las ideas de un hombre del que nunca habían oído hablar y que había vivido en un mundo que ellos nunca verían, en el hablar suavemente sin dejar de sostener el garrote que se tenía en las manos, puesto que Abner Perry había sido un ferviente seguidor de Teddy Roosevelt.

La cabeza del hombre se hallaba inclinada sobre su pecho. Apenas respiraba. Sin embargo, cuando se dio cuenta de que alguien se aproximaba, alzó la cabeza e hizo una mueca. Esperaba que le matasen, pero era incapaz de hacer nada por evitarlo.

Hodon regresó a los arbustos de los que había salido y recogió algunas hojas. Hizo una pequeña bola con las más tiernas y volvió junto al hombre. Arrodillándose a su lado, aplicó el emplasto de hojas a la herida, deteniendo el flujo de sangre.

Había interrogación en los embotados ojos de Zurk al mirar en los del extraño.

—¿No vas a matarme? —susurró.

Hodon ignoró la pregunta.

—¿Dónde está tu pueblo? —preguntó—. ¿Se encuentra lejos de aquí?

—No —respondió Zurk.

—Te ayudaré a llegar a él si me prometes que tus guerreros no me matarán —dijo Hodon.

—No te harán ningún daño —contestó Zurk—. Soy el hijo del jefe. ¿Por qué haces esto por un extraño?

—Porque soy un sari —dijo Hodon con orgullo.

Hodon ayudó a Zurk a ponerse en pie, pero este apenas podía sostenerse. Al darse cuenta de que no podía caminar, le llevó a hombros mientras Zurk le indicaba el camino a seguir.

El viento soplaba y la lluvia seguía cayendo, pero la tormenta finalmente cesó cuando Hodon llegó con el hijo del jefe al poblado. Los guerreros salieron de las chozas con sus armas dispuestas, toda vez que Hodon era un extranjero al que matar nada más ponerle la vista encima. Sin embargo, al ver a Zurk, que ahora se hallaba inconsciente, vacilaron.

Hodon se dirigió a su encuentro.

—En lugar de quedaros ahí mirándome —dijo—, venid y ayudadme a llevar al hijo de vuestro jefe a algún sitio en el que las mujeres puedan cuidar de él.

Cuando recogieron a Zurk de su espalda, Hodon vio que había perdido el conocimiento. Era posible que al fin y al cabo ya estuviera muerto.

—¿Dónde está vuestro jefe? —preguntó.

Jalu había salido de su choza y se acercaba a ellos.

—Yo soy el jefe —dijo—. No sé si eres un hombre muy valiente o un estúpido que ha herido a mi hijo y ahora lo trae ante mí.

—No fui yo quien lo hirió —repuso Hodon—. Lo encontré ya herido y lo traje hasta aquí, aunque puede que haya muerto. Me dijo que tus guerreros respetarían mi vida.

—Si has dicho la verdad, no se te causará ningún daño —respondió Jalu.

—Si muere antes de recuperar la consciencia, ¿cómo sabrás si he dicho la verdad? —preguntó Hodon.

—No lo sabremos —dijo Jalu, que a continuación se volvió a uno de sus guerreros—. Trátadle bien, pero procurad que no escape.

—La hermandad de todos los hombres está bien cuando los demás saben que existe —murmuró Hodon.

Los zurts no sabían a lo que se estaba refiriendo.

—He sido un estúpido al no dejarle morir —añadió Hodon.

—En eso tienes razón —convino Jalu.

Hodon fue conducido a una de las chozas mientras una de las mujeres era enviada para que le trajera comida. Dos guerreros se quedaron de guardia al pie de la escala. La mujer llegó poco después con la comida. Se trataba de Hala. Miró al apuesto prisionero con ojos inquisitivos. No parecía estúpido, pero tampoco se debía juzgar por las apariencias.

—¿Por qué has traído a Zurk cuando sabías que podía costarte la vida? ¿Significaba algo para ti? —preguntó la mujer.

—Soy un sari y él era un hombre como yo —fue la sencilla respuesta de Hodon.

—¿Eres un sari? —preguntó Hala.

—Sí. ¿Por qué?

—Hay una sari con nosotros, o al menos estaba aquí. Se marchó,

creo que a cazar, y no ha regresado.

Hodon palideció.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó.

—Oh, espera un momento —dijo Hala—. Ella no era dari; es su compañero el que era un sari. Ella procedía de otro país donde los hombres medían nueve pies de altura. Tenía once hermanos y su padre era un rey.

—Su nombre era O-aa —dijo Hodon.

—¿Cómo lo sabes? —inquirió Hala.

—Porque solo hay una O-aa —repuso Hodon enigmáticamente—. ¿Por dónde se fue?

—Se fue valle arriba —respondió Hala—. Zurk la siguió. Zurk no es un buen hombre. Debe haber sido O-aa quien le hirió.

—¡Y yo le he salvado la vida! —exclamó Hodon—. Después de esto, creo que dejaré para los demás lo de la hermandad de todos los hombres.

—¿A qué te refieres?

—No tiene importancia —repuso Hodon—. Debo salir de aquí e ir tras ella.

—No puedes salir de aquí.

De repente sus ojos relampaguearon con la luz de la comprensión.

—Tú eres Hodon el Ligero —dijo.

—¿Cómo sabes eso?

—Ese es el nombre del compañero de O-aa. Fue ella quien me lo dijo, y también que su compañero era un sari.

—Tengo que escapar de aquí —dijo Hodon.

—Te ayudaría si pudiera —repuso Hala—. Me gustaba O-aa y me gustas tú, pero solo saldrás de aquí con vida si Zurk recupera la consciencia y confirma que te prometió que no se te causaría ningún daño.

—¿Entonces puedes ir a ver si ha recuperado el conocimiento? —le pidió Hodon.

O-aa escuchó un salvaje gruñido a su espalda. Se volvió para ver a un jalok pegado a sus talones, dispuesto a atraparla y a acabar con ella. Al saltar a un lado, rápida como una gacela, vio algo más. Vio a Rahna precipitarse sobre el otro jalok, arrastrándolo al suelo. La lucha que se entabló a continuación fue terrorífica y sangrienta. Las

dos bestias salvajes peleaban casi en silencio. Solo emitían gruñidos de rabia. Mientras se hacían pedazos la una a la otra,

O-aa

daba vueltas a su alrededor, con la lanza en su mano, buscando una oportunidad de empalar al antagonista de Rahna. Pero los jaloks se movían tan rápido que no se atrevía a hacer uso de ella por temor a herir a Rahna en vez de a su enemigo.

Rahna no necesitó ayuda. Finalmente obtuvo la presa que había estado buscando durante la pelea: la garganta del otro jalok. Las poderosas fauces se cerraron y Rahna sacudió a su enemigo del mismo modo que un terrier lo hubiera hecho con una rata. Enseguida acabó todo. Rahna echó a un lado el cuerpo inerte de su adversario y dirigió su mirada al rostro de

O-aa,

moviendo la cola. O-aa se arrodilló y lo abrazó a pesar de la sangre que lo cubría.

Tras encontrar las hojas que necesitaba, lavó en un pequeño arroyo las heridas de Rahna y las frotó con el jugo de las hojas. Después de hacerlo, consiguió cazar un par de liebres y unas extrañas aves extinguidas de la faz de la Tierra desde hacía millones de años. Dio de comer a Rahna y luego comió ella. Carne cruda, pues no había nada seco con lo que encender un fuego.

No se atrevía a regresar al poblado, puesto que temía tanto haber matado a Zurk como no haberlo hecho. En el primer caso, Jalu la mataría si descubría lo ocurrido; en el segundo, la mataría Zurk. Decidió que lo mejor era dirigirse hacia Kali; pero antes dormiría. Se tendió bajo un gran árbol, con el feroz hienodonte a su lado.



XI

Una vez que cesó la gran tormenta, el sol volvió a brillar y el mar se apaciguó. Entristecida, Dian sugirió volver a Sari.

—¿De qué nos sirve continuar? —preguntó—. Es posible que todos hayan muerto.

—Tal vez no —dijo Raj—. Quizás algunos hayan sobrevivido. David, Perry, Ghak y doscientos guerreros podrían abrirse camino en cualquier parte de Pellucidar. Incluso es posible que nos estén esperando en Sari cuando lleguemos.

—Sí, creo que lo mejor será regresar lo antes posible —dijo Dian.

—Hasta puede que haya alguna esperanza para Hodon y O-aa. Dian movió la cabeza.

—Si hubieran estado juntos, quizá la hubieran tenido; pero solos no. Además, aun cuando Hodon hubiera conseguido alcanzar la costa, solo iba armado con un cuchillo.

Y así, levando el ancla, la nave viró y puso rumbo hacia el estrecho sin nombre.

Al mismo tiempo, David, Perry y Ghak celebraban un consejo de guerra, por llamarlo de algún modo, puesto que no había guerra salvo con el propio terreno al que se enfrentaban. Con los doscientos feroces guerreros saris armados con mosquetes y bien equipados de munición, la partida había conseguido moverse a través de aquel territorio salvaje sin una sola baja.

Su alimento consistía en la caza, que abundaba por todas partes, frutas, bayas silvestres y nueces. Pero el terreno era extremadamente duro. La columna vertebral del territorio que intentaban atravesar estaba formada por una cordillera montañosa

tan formidable como la del Himalaya, prácticamente insalvable para unos hombres vestidos únicamente con unas escasas pieles. Sus picos más altos, cubiertos de hielo y nieve, presentaban una insuperable barrera para aquellos semidesnudos hombres de la edad de piedra.

Una vez que alcanzaron las montañas avanzaron en dirección al norte en busca de un paso. Sin embargo, a pesar de que transcurrieron muchos sueños, la inexpugnable barrera de las Montañas Terribles seguía obstaculizando su camino hacia Sari. Continuamente exploraban profundos cañones esperando encontrar alguna hendidura que les permitiera cruzar al otro lado, pero una y otra vez se veían obligados a retroceder sobre sus pasos. Tan lejos como alcanzaba la vista, las Montañas Terribles se extendían hasta perderse en la distancia, al parecer hasta el infinito.

—Es inútil que sigamos en esta dirección —dijo finalmente David Innes.

—Bien, ¿y hacia dónde nos dirigimos? —preguntó Abner Perry.

—No hay más remedio que retroceder —respondió David—. No hay montañas en las Llanuras del Lidi ni en la Tierra de la Horrible Sombra. Cruzaremos por allí hacia el este y luego continuaremos hasta Sari.

Y así, retrocediendo hacia el sudoeste, de nuevo emprendieron el largo, el larguísimo viaje de regreso a casa.

Más tarde, muchos sueños más tarde, el guerrero que iba en vanguardia, pues David siempre destacaba a varios hombres por delante de sus tropas, divisó la aproximación de un gran número de guerreros. Uno de los hombres que formaban la avanzadilla corrió a notificárselo a David y, al instante, los Saris se dispusieron en una larga hilera. Sus órdenes eran no abrir fuego hasta verse atacados y, entonces, disparar una andanada por encima de sus enemigos. David había descubierto que eso solía ser suficiente. Al contemplar el humo y oír el estrépito de los mosquetes, los adversarios normalmente huían.

Para asombro de David, los extraños guerreros también formaron en hilera. Aquella era una innovación táctica que David había introducido en Pellucidar y que solo utilizaban los guerreros que servían a las órdenes del Imperio. Las dos líneas avanzaban lentamente la una hacia la otra.

—Me parece que son mezops —dijo David a Ghak—. Su piel es de color cobrizo.

—¿Cómo puede haber mezops aquí? —preguntó Ghak.

David se encogió de hombros.

—No lo sé.

De repente, la línea de guerreros de piel cobriza detuvo su avance. Salvo uno, que siguió caminando hacia ellos, haciendo la señal de la paz. Al instante, David lo reconoció.

—Primero vi vuestros mosquetes y después te reconocí a ti —dijo Ja.

Ja les contó la desaparición de O-aa, el abandono del *John Tyler* y cómo la nave se había hecho a la mar tripulada únicamente por Ah-gilak.

—Entonces podemos darles a ambos por perdidos —dijo David con pesar.

—Ah-gilak no creo que esté perdido, pero la muchacha... sí.

Y de ese modo, Ja, Jav, Ko y el resto de los mezops se unieron a los Saris y reanudaron la marcha hacia las Llanuras del Lidi y la Tierra de la Horrible Sombra.

Un guerrero llegó al pie de la escala que conducía a la choza en la que se hallaba confinado Hodon. Tras conversar con los guardias, uno de estos llamó a Hodon.

—Baja, sari. Jalu ha enviado a por ti.

Jalu estaba sentado frente a la choza en la que se encontraba Zurk. Tenía el ceño fruncido, por lo que Hodon supuso que Zurk había muerto.

—Zurk ha hablado —dijo—. Ha confirmado lo que tú dijiste. Pero también ha dicho más cosas. Fue O-aa quien disparó la flecha que le hirió. Zurk dice que ella tuvo motivos para hacerlo, puesto que él la había seguido para matarla. Ahora dice que lo lamenta. Tienes mis guerreros a tu disposición para buscarla. Si la encuentras, podéis regresar aquí; si no lo haces, te acompañarán al pie de las Montañas Terribles, que es hacia donde O-aa

quería dirigirse. Hago esto porque Zurk me ha contado lo que hiciste por él cuando podías haberlo matado. Ha sido el propio Zurk quien me ha pedido que lo haga. ¿Cuándo deseas empezar?

—Lo antes posible —respondió Hodon.

Con veinte guerreros y sus respectivos jaloks, Hodon partió en busca de
O-aa.

O-aa durmió durante mucho tiempo; o quizá solo lo hiciera durante unos breves segundos. ¿Quién puede saberlo en un mundo donde no existe el tiempo? No obstante, sí debió haber transcurrido un tiempo considerable según los cánones del mundo exterior, porque las cosas que ocurrieron mientras permaneció dormida no pudieron tener lugar en el intervalo de unos pocos segundos.

Se despertó a causa de los gruñidos de Rahna. Su despertar fue rápido y completo, con la plena posesión de todas sus facultades. Cuando uno se despierta en la edad de piedra no permanece tendido con los ojos semicerrados, se estira perezosamente y abraza complacido un rato más de sueño. Por el contrario, se quita el sueño de golpe y busca enseguida sus armas.

Eso fue lo que hizo O-aa, mirando rápidamente a su alrededor. Rahna se hallaba de pie, de espaldas a ella. El pelaje a lo largo de su espina dorsal estaba completamente erizado. Más allá de donde se encontraba, avanzando hacia ellos, había un tarag, el gigantesco tigre de dientes de sable del mundo interior. Un jalok no era adversario para un tarag, pero Rahna permanecía en su puesto, dispuesto a morir por proteger a su dueña.

O-aa se hizo cargo al instante de la situación y de todas sus implicaciones. Solo podía hacer una cosa si quería salvarse a sí misma y salvar a Rahna. Y

O-aa

la hizo: trepó al árbol bajo el que había dormido, llevando su arco y sus flechas consigo.

—¡Rahna! —gritó.

El jalok miró hacia arriba y la vio. En ese momento, el tarag se precipitó hacia ellos. Libre de la necesidad de sacrificar su vida para salvar la de la muchacha, Rahna escapó. El tarag emprendió su persecución, pero Rahna era demasiado rápido para él.

Frustrada, la enorme bestia rugió su rabia y saltó hacia el árbol, intentando subir en pos de

O-aa.

Pero sus ramas eran demasiado pequeñas para soportar su peso y cayó de espaldas al suelo. Rahna se abalanzó sobre él y le mordió,

alejándose después de un salto. Una vez más, el gigantesco felino salió en persecución del jalok, pero Rahna era mucho más rápido. O-aa, riéndose, dedicó al tarag y a todos sus ancestros los insultos más procaces que conocía.

Aunque el tarag no se caracteriza precisamente por su paciencia, lo cierto es que aquel tarag estaba muy hambriento, y cuando uno tiene hambre es capaz de ejercitar su paciencia a fin de obtener comida. Así, se tendió debajo del árbol, mirando de reojo a O-aa.

Pero debería haber vigilado también a Rahna. El jalok se arrastraba sigilosamente a su espalda; entonces se abalanzó sobre él y le mordió salvajemente en la cola, alejándose una vez más con rapidez. De nuevo se entabló una inútil persecución.

El tarag volvió a tenderse debajo del árbol, pero esta vez con los ojos fijos en Rahna. O-aa introdujo una flecha en su arco y disparó a la espalda de la bestia. Con un rugido de dolor y de rabia, el felino dio un salto en el aire. Sin embargo, se iba a necesitar algo más que una diminuta flecha para hacer otra cosa que no fuera enfurecerle.

O-aa disparó otra flecha. Esta vez el tarag vio de dónde procedía y, lenta, metódicamente, comenzó a trepar por el tronco del árbol. O-aa retrocedió hasta las ramas más altas. Rahna se acercó y lanzó un zarpazo a los cuartos traseros del tarag, pero la bestia continuó su escalada.

O-aa ya no tenía ganas de reír. Supuso que aquello era el fin. El poderoso felino seguiría subiendo tras ella hasta que el peso combinado de los dos quebrase su precario asidero y ambos cayesen al suelo.

Semejante escena fue la que contemplaron Hodon y el resto de los guerreros zurts. Utan reconoció a Rahna y dedujo que debía ser O-aa la que se hallaba en el árbol. Rahna se giró hacia aquella nueva amenaza y Utan le gritó a

O-aa
que lo llamara. No quería verse obligado a matar al bravo animal.

O-aa percibió con alivio las voces humanas. Cualquier hombre era bienvenido en ese momento, así que gritó la palabra «Padang» a Rahna. Jalu le había proporcionado armas a Hodon, por lo que fueron veintiún arcos los que se tensaron y veintiuna flechas las que atravesaron el cuerpo del tarag. Pero ni siquiera eso bastó para

acabar con él. Al caer del árbol, se precipitó contra sus enemigos.

Los hombres se dispersaron, aunque sin dejar de disparar sus flechas contra la bestia. Cada vez que cargaba contra alguno de ellos, los jaloks saltaban sobre ella. Hasta que por fin murió. Una de las flechas atravesó su salvaje corazón.

O-aa bajó entonces del árbol. La muchacha permaneció de pie, en silencio, mirando a Hodon con los ojos muy abiertos. Dos lágrimas corrieron por sus mejillas y, allí, frente a todos los guerreros zurts, Hodon el Ligeró la tomó en sus brazos.



XII

Los veinte guerreros de Jalu acompañaron a Hodon y a O-aa hasta las estribaciones de las Montañas Terribles.

—Nunca podréis cruzarlas —les dijo Utan—. Haríais mejor en regresar con nosotros y uniros a nuestra tribu. Jalu dijo que os aceptaría a los dos.

Hodon negó con la cabeza.

—Mi compañera y yo pertenecemos a Sari. Puede que nunca lleguemos allí, pero al menos debemos intentarlo.

—Llegaremos a Sari —dijo O-aa—. Tú, yo y Rahna podemos llegar a cualquier sitio. No hay nada que los saris no podamos hacer.

—Creía que eras de Kali, donde los hombres miden nueve pies de altura —comentó Utan con una sonrisa.

—Soy de donde sea mi compañero —dijo O-aa—. Ahora soy una sari.

—Si creyera que hay otra muchacha como tú en Kali, iría a buscarla —dijo Utan.

—No hay otra como O-aa en todo Pellucidar —afirmó Hodon el Liger.

—Estoy seguro de ello —repuso Utan.

Los guerreros de Jalu comieron, durmieron y, finalmente, regresaron a su poblado. Hodon y O-aa emprendieron su largo viaje... pero no lo hicieron en la dirección adecuada, puesto que se dirigieron hacia el noreste. Sin embargo, al fin y al cabo, su decisión resultó ser acertada, ya que antes del siguiente sueño se toparon con David y sus hombres. Para todos significó el reencuentro con unos viejos amigos a quienes se daba por perdidos.

¿Quién puede saber cuánto tiempo les llevó aquella increíble

marcha de casi dos mil quinientas millas hasta llegar a las Llanuras del Lidi y a la Tierra de la Horrible Sombra para luego dirigirse al este, hacia Sari? Pero lo cierto es que por fin llegaron a su destino, el destino que la mayoría de ellos no esperaba volver a ver jamás. Entre los primeros en darles la bienvenida se hallaba Dian la Hermosa. El *John Tyler* había llevado a cabo su largo viaje sin mayores incidencias.

Todo el mundo fue feliz excepto Ah-gilak y Gamba. Ah-gilak fue feliz hasta que vio a

O-aa.

Gamba, en cambio, nunca fue feliz. Abner Perry, por su parte, fue tan feliz que se le saltaron las lágrimas, pues todos aquellos a quienes él pensaba que su descuido había condenado a muerte se hallaban de nuevo en casa y a salvo. En su mente, ya estaba proyectando el diseño de un submarino.

Fin



Mapas

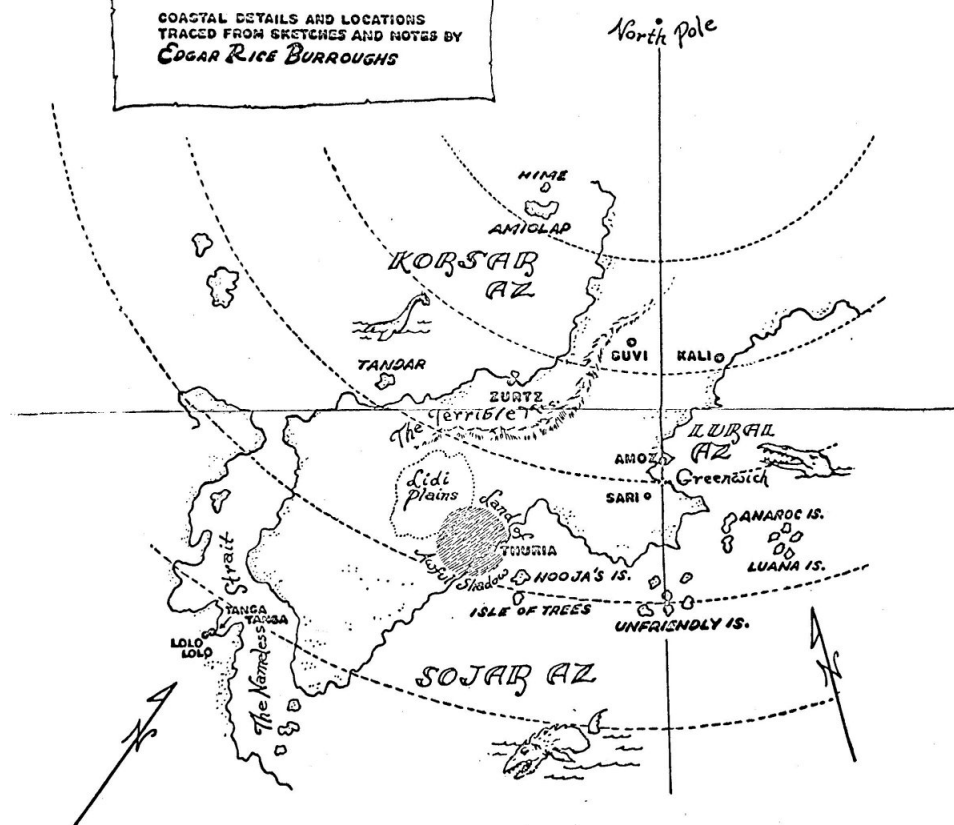
Edgar Rice Burroughs probablemente realizó su propio mapa de Pellucidar a medida que fue escribiendo las historias, y sus progresivos diseños seguramente se encuentran todavía en sus cuadernos de notas. El primer mapa en ser publicado apareció en 1915, en la revista *All-Story Cavalier Weekly*, junto a la primera entrega de *Pellucidar*, siendo posteriormente publicado en 1923, en la edición en formato de libro que se realizó de esta novela. Un segundo mapa, abarcando un área mayor, apareció en 1929 en varios números de la revista *Blue Book Magazine* junto con *Tanar de Pellucidar*. Vern Coriell reimprimió este mapa en el número 10 del fanzine *Gridley Wave* en junio de 1963. Un tercer mapa (el que reproducimos aquí) apareció en 1963 en las contracubiertas del libro *Salvaje Pellucidar*, que volvía a ampliar la zona representada. Un cuarto mapa aparecería en el fanzine *Burroughs Reader & Thuria*

, fechado en la primavera de 1965, nuevamente ampliado. Otro mapa, de autor desconocido, para muchos el más bello de los realizados sobre Pellucidar apareció publicado en 1977.

El mapa que aquí incluimos fue creado por Larry Ivie, a partir de notas y bocetos de Burroughs y aparecía en las últimas páginas de la primera edición de *Salvaje Pellucidar* de Canaveral Press (1963). En palabras del propio Ivie: «Se me pidió seguir los bocetos que Burroughs había incluido con el manuscrito de forma exacta, aunque también había una nota pidiendo al artista que chequeara el diagrama con los anteriores y con el texto, para evitar contradicciones» (ERB-dom#16, April 1966). Este mapa tiene la isla de Amiocap mal escrita, como *Amiolap*, y Anoroc mal escrita como *Anaroc*. Además, el nombre *Zurtz* aparece donde debe estar la tribu de los Zurts, error que se repetiría en numerosos mapas posteriores.

PELLUCIDAR

COASTAL DETAILS AND LOCATIONS
TRACED FROM SKETCHES AND NOTES BY
EDGAR RICE BURROUGHS



Map of The Great Peninsula

0 500 1000 1500 2000
SCALE IN MILES



EDGARD RICE BURROUGHS (Chicago; 1 de septiembre de 1875 – Encino, California; 19 de marzo de 1950) fue un prolífico escritor de género fantástico y de aventuras, célebre por sus series de historias de Barsoom (ambientadas en Marte), de Pellucidar (que tienen lugar en el centro de la Tierra) y, en especial, por la creación del mundialmente famoso personaje de Tarzán.

Burroughs nació en Chicago, Illinois, cuarto hijo del empresario y veterano de la Guerra de Secesión, Mayor George Tyler Burroughs (1833-1913) y de su esposa María Evaline (*Zieger*) Burroughs (1840-1920). Su segundo nombre procede de su abuela paterna, Mary Rice Burroughs (1802-ca. 1870).

Estudió en varias escuelas locales, incluyendo la Harvard School de Chicago, donde entraría en contacto con el mundo clásico de Grecia y Roma. Durante la epidemia de gripe de 1891, pasó un año y medio en el rancho de su hermano en el Río Balsa, en Idaho. Atraído por la vía militar, asistió a la Academia Phillips en Andover, Massachusetts, y luego a la Academia Militar de Michigan. Se graduó en 1895, y al no superar el examen de ingreso en la Academia Militar de Estados Unidos (West Point), terminó como soldado alistado con el famoso Séptimo de Caballería en Fort Grant, territorio de Arizona, donde llegó a luchar contra los Apaches. Tras

ser diagnosticado de un problema cardíaco y no ser apto para el servicio, fue dado de baja en 1897.

Volvió a Chicago e Idaho, donde desempeñó algunos trabajos mal pagados. Finalmente, Burroughs encontró trabajo en la empresa de su padre en 1899, lo que le permitió casarse con su novia de toda la vida, Emma Hulbert, en enero de 1900. En 1904 dejó su empleo y se embarcó en trabajos menos regulares y lucrativos.

Siete años de salarios bajos le llevarían a la escritura. En 1911, Burroughs y Emma tenían dos hijos, Joan (1908-1972), que más tarde se casaría con el actor de cine James Pierce, intérprete de Tarzán, y Hulbert (1909-1991). Durante este período, disponía de abundante tiempo libre y comenzó a leer muchas revistas de aventuras (denominadas popularmente «pulp», por el aspecto del papel barato con el que se imprimían). Convencido de ser capaz de alcanzar el (magro) nivel de sofisticación de las historias que contenían, a los 36 años de edad y bajo el protector seudónimo de Norman Bean, publica su primer relato, *Bajo las lunas de Marte*, en la revista *All-Story Weekly*, obra que le reportó 400 dólares. En octubre del mismo año, esta vez con su nombre real, se publica serializada *Tarzán de los monos*, dando inicio a una meteórica carrera como escritor.

En 1913, Burroughs y Emma tuvieron su tercer y último hijo, John Coleman Burroughs (1913-1979). Pronto se dedica a la literatura a tiempo completo, publicando fundamentalmente en revistas populares, como *All-Story* y *The Argosy*. Escribió relatos de aventuras, ciencia ficción, fantasía, historias del salvaje oeste y romances históricos. Fueron famosas las series dedicadas a los fantasiosos mundos de Barsoom (Marte), Amtor (Venus) o Pellucidar (el centro de la Tierra), pero ninguna tuvo comparación a la serie que narraba las aventuras de Tarzán, el hombre-mono, del que escribiría 24 novelas que lo convirtieron en un hombre rico y famoso.

Este éxito no es solo literario. En 1917 se rodaría la primera película extraída de una de sus obras: *The Lad and the Lion*, aunque será un año más tarde cuando comience la interminable serie de versiones del Tarzán cinematográfico. Este Tarzán del cine mudo, dirigido por Scott Sidney, fue interpretado por Gordon Griffith,

como Tarzán niño y Elmo Lincoln como Tarzán adulto. El éxito de público es rotundo.

Poseedor ya de una considerable fortuna, se trasladó a California en 1919 donde adquirió 540 acres de terreno, fundando una localidad a la que da el nombre de *Tarzana*, en honor al personaje que le había dado fama y fortuna, y dando comienzo a un próspero negocio inmobiliario.

En 1923 Burroughs creó su propia compañía, la Edgar Rice Burroughs, Inc., y comenzó a imprimir sus propios libros a lo largo de la década de 1930. En Febrero de 1932 se estrena, dirigida por W. S. Van Dyke e interpretada por Johnny Weismuller (Tarzán) y Maureen

O'Sullivan

(Jane), *Tarzan, the Ape Man*, película que convertirá a Tarzán en uno de los mitos más populares del siglo xx y que dará lugar a toda una serie de secuelas protagonizadas por los mismos actores. A pesar del dinero que le reportaron, a Burroughs nunca le gustó la versión de Tarzán que se daba en estas películas.

En lo personal, Burroughs no tuvo tanta suerte. Se divorció de Emma, que no se había sabido adaptar al éxito de su marido, en 1934, para casarse en 1935 con la actriz Florence Dearholt Gilbert, exesposa de su amigo Ashton Dearholt y veinte años menor que él. Burroughs adoptó los dos hijos de Dearholt. La pareja, a su vez, se divorciaría en 1942.

En el momento del ataque a Pearl Harbor, el escritor vivía en Hawái, a donde se había trasladado por motivos de salud. A pesar de tener casi setenta años, solicitó y obtuvo permiso para convertirse en corresponsal de guerra.

Al terminar la Segunda Guerra Mundial, Burroughs volvió a California, donde sufrió muchos problemas de salud. Murió de un ataque al corazón el 19 de marzo de 1950, dejando como legado un centenar de novelas y relatos.